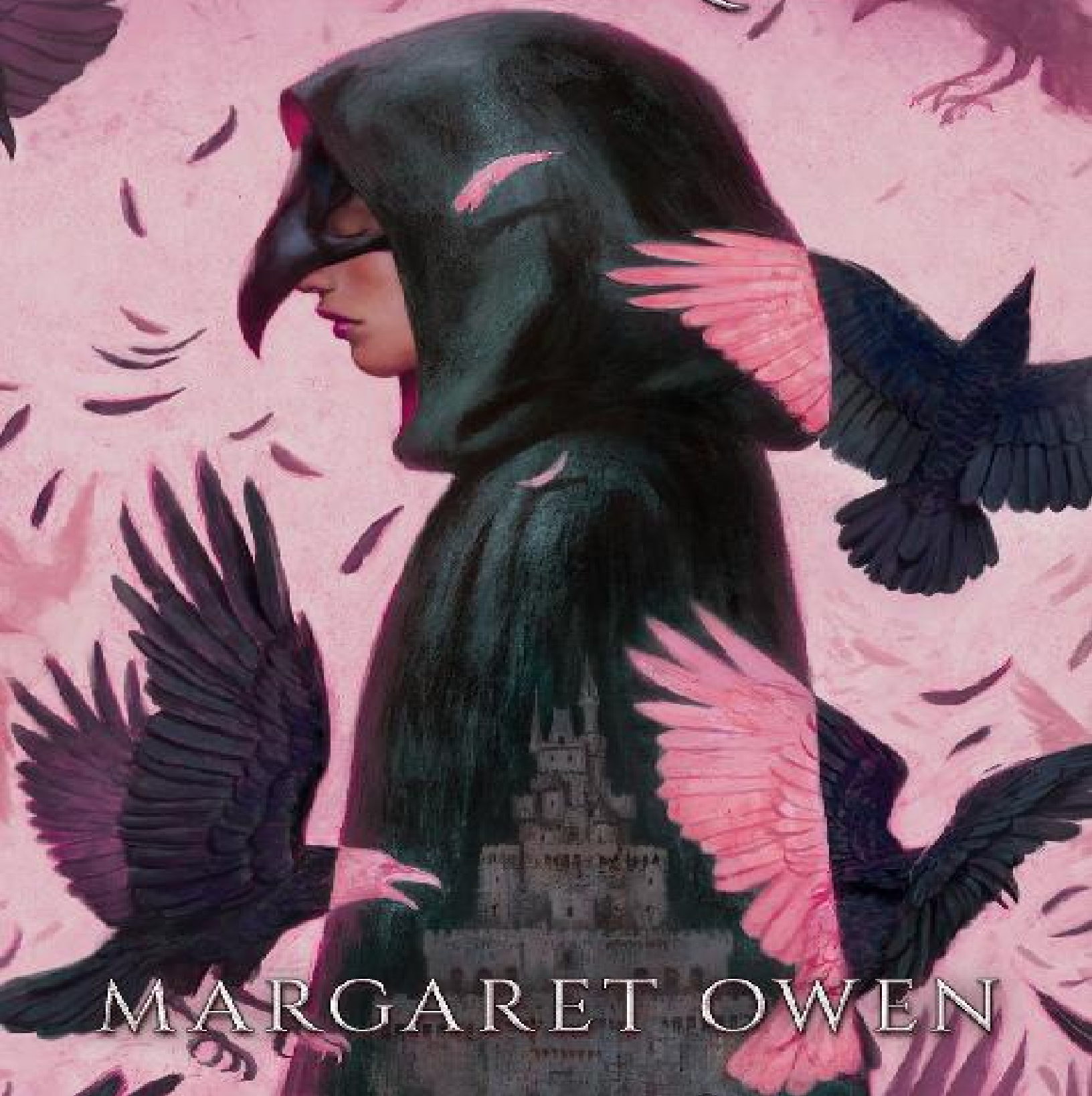


LA MISERICORDIA DEL CUERVO



MARGARET OWEN

LA
MISERICORDIA
DEL CUERVO

LA
MISERICORDIA
DEL CUERVO

MARGARET OWEN

Traducción de Julieta María Gorlero



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *The Merciful Crow*
Editor original: Henry Holt and Co. (BYR)
Traducción: Julieta María Gorlero

1.ª edición: septiembre 2019

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2019 *by* Margaret Owen

Publicado en virtud de un acuerdo con Henry Holt and Company, Henry Holt®, una marca registrada de Macmillan Publishing Group, LLC, gestionado por medio de Sandra Bruna Agencia Literaria SL.

All Rights Reserved

© de la traducción 2019 *by* Julieta María Gorlero

© 2019 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17780-04-3

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*A todos aquellos a quienes se les exige misericordia y que, en su lugar,
sueñan con dientes.*

Y a mis padres: no, no aparecen en este. El gato lo había pedido primero.

De una u otra forma, damos de comer a los Cuervos.

—Proverbio saboreano

En las noches en que cremas pecadores, duerme con las sandalias puestas.

—Consejo a una joven jefa Cuervo.

DIVISIÓN DE CASTA



FENIX

Don de nacimiento: Fuego



CASTAS ESPLÉNDIDAS

PAVO REAL

Don de nacimiento: Glamour

CISNE

Don de nacimiento: Deseo

TÓRTOLA

Don de nacimiento: Arte



CASTAS CAZADORAS

FALCÓN

Don de nacimiento: Sangre

GRULLA

Don de nacimiento: Verdad



PRIMERA PARTE
PECADORES Y REINAS



I

EL TRONO VACÍO

Pa estaba tardando demasiado tiempo en rebanar el pescuezo de los pecadores.

Casi diez minutos se habían consumido desde que había desaparecido en la casilla de cuarentena y Fie había pasado los últimos siete mirando con odio esa puerta dorada e intentando que la preocupación no la hiciese tirar de un hilo suelto de su harapienta túnica negra. Que tardara un minuto significaba que la plaga del pecador ya había acabado con los chicos por dentro. Que tardara tres significaba que Pa tenía que impartir un final misericordioso.

Diez minutos era demasiado. Diez significaba que algo estaba jodido. Y por los susurros que circulaban a lo largo de los

inmaculados azulejos del patio, la multitud de mirones comenzaba a darse cuenta.

Fie apretó los dientes hasta que la punzada de náuseas que le retorció las tripas se apaciguó. Pa sabía lo que estaba haciendo. Por los doce infiernos, ayer mismo por la mañana el jefe había llevado a su bandada de Cuervos a atender una almenara de peste, habían retirado el cuerpo, cobrado el dinero y, antes del mediodía, estaban todos de vuelta en la carretera.

En ese pueblo tampoco faltaron los curiosos: un hombre había echado miradas por entre los hilos de su telar, una mujer había guiado a su rebaño de cabras por detrás de la cabaña del pecador para tener una mejor vista. Unos niños se habían soltado de las manos de sus padres para observar a los Cuervos y después preguntar si había monstruos escondidos debajo de las máscaras con pico y las túnicas negras.

Fie calculó que la respuesta dependía de si el Cuervo había podido escucharlos.

Pero Fie había visto ya a esos curiosos y otras cosas peores casi todos los días que podía recordar. Por ser la única casta que la plaga no tocaba, los misericordiosos Cuervos estaban obligados a responder a cada llamada.

Y como aprendiz de jefe de Pa, no podía darse el lujo de tener un corazón débil. Ni siquiera aquí. Ni siquiera ahora.

Los chicos que debían llevarse esta noche al responder a las señales de humo no eran diferentes de los cientos de cuerpos que ella había ayudado a cremar en sus dieciséis años. Poco importaba que algunos de esos pecadores hubiesen sido de una casta tan alta como estos. Poco importaba que los Cuervos no hubiesen sido llamados al palacio real de Sabor en cerca de quinientos años.

Pero las miradas penetrantes de los guerreros y los aristócratas le decían a Fie que esta noche la plaga sí les importaba a las castas altas.

Pa sabe lo que hace, se dijo a sí misma otra vez.

Pero Pa estaba tardando demasiado.

Fie arrancó la mirada de la puerta y observó a la muchedumbre que rebosaba las galerías del palacio en cuarentena. Había adquirido la costumbre de estar atenta a posibles problemas desde la primera vez que un pariente enojado los había perseguido. Por lo que podía ver ahora, tras las celosías, todos los cortesanos eran Pavos Reales, que revoloteaban con luto pintado y congoja ornamental mientras miraban desde una distancia segura.

Fie hizo una mueca de fastidio bajo su máscara al captar susurros demasiado familiares: «... qué deshonra», «... ¿su padre?» y el desagradable «... ladrones de huesos». Una vieja y agotadora clase de problemas. Sedientos de escándalos, los Pavos Reales estaban absortos en el espectáculo de los trece Cuervos en la primera planta, esperando la función.

El problema que involucraba a los Halcones era una clase de bestia completamente distinta. Al Rey Surimir le gustaba tener brujos de guerra como guardias del palacio, guerreros que podían curar heridas con tanta facilidad como podían hacer trizas desde adentro a sus enemigos. El doble de peligrosos y, como eran conscientes de ello, el triple de propensos a irritarse.

Las manos de estos brujos de guerra se habían anclado en las empuñaduras de sus espadas en cuanto los Cuervos habían atravesado las puertas arrastrando su carreta. Y no se habían movido desde entonces.

Fie no encontró tristeza alguna en sus miradas de piedra. Los

Halcones no estaban esperando un espectáculo. Estaban esperando que los Cuervos cometieran un error.

Se encontró a sí misma retorciendo otro hilo entre sus delgados dedos morenos. Volvió a empujar la náusea de vuelta a su estómago; clavó la mirada en la puerta. Permanecía condenadamente cerrada.

Hubo un leve movimiento a su izquierda. Hangdog, el otro aprendiz de Pa, se había desplazado hacia la carreta. La luz de su antorcha abrasaba su figura: caía sobre la túnica andrajosa y sobre la larga curva de su máscara con pico, bordeándolas de un anaranjado intenso. Por la inclinación de su cabeza, estaba mirando los quemadores de pachuli apostados alrededor de la casilla.

Fie frunció la nariz. Había rellenado el pico de su máscara con un puñado de menta silvestre para repeler el hedor de la plaga. No podía culpar al elegante palacio por intentar disimularlo también. Podía, sin embargo, culparlo por su pésimo gusto por el pachuli.

La sandalia de Hangdog se acercaba lentamente hacia el quemador.

En cualquier otro lado, ella también hubiese pateado *accidentalmente* el pachuli. Era probable que Hangdog estuviera irritado por la atención de tantos miembros de las castas altas, y por las galerías superiores llenas de altos burgueses desdeñosos que rogaban que hubiese alguna sorpresa desagradable.

Pero no era el sitio ni el momento. Fie tiró de la capucha de su capa, una señal que solo los otros Cuervos podían comprender. *No crees problemas.*

El pie de Hangdog se deslizó un dedo de distancia más cerca del quemador. Fie podía hasta oler la sonrisa que él escondía tras su

máscara.

Ambos eran brujos de nacimiento y, para los Cuervos, eso también significaba que habían nacido para ser jefes. Las tripas de Fie se retorcían con fuerza cada vez que pensaba en eso... pero dudaba de que Hangdog pensara en ser jefe en lo más mínimo. Pa lo llamaba «inteligente durante dos segundos»: demasiado empeñado en dejar a otros como tontos para percatarse de que alguien estaba robando su monedero.

Fie miró a los soldados, después a Hangdog y decidió desollarlo si los Halcones no lo hacían por ella primero.

Se escuchó el chillido de las bisagras rara vez usadas cuando Pa finalmente salió.

Fie soltó el hilo que retorcía, su cabeza y su corazón se tranquilizaron. La parte frontal de la túnica de Pa estaba manchada de un rojo húmedo. Entonces, había tenido que impartir una muerte misericordiosa.

Una misericordia horriblemente lenta, consideró Fie.

Su alivio duró medio latido, hasta que escuchó el aterrador chirrido de metal que venía desde la pared que estaba detrás de ellos.

Todo Cuervo conocía la melodía que cantaba el acero de calidad al ser desenfundado. Pero Pa apenas se volvió hacia el sonido, la luz de la antorcha destelló contra los ojos de cristalnero de su máscara. Y después esperó.

Un silencio helado cayó sobre el patio, cuando todos, hasta los Pavos Reales, contuvieron la respiración.

En las calles de las ciudades, en los campos de sorgo, en cualquier sitio desde las bahías mercantes del oeste de Sabor hasta las crueles montañas del este, una casta más alta podía degollar

Cuervos por cualquier descuido inventado. Hermanos, tías, amantes, amigos: todo Cuervo caminaba con las cicatrices de la pérdida. La propia madre de Fie había caído en una oscura carretera años atrás.

Pero, esta vez, los Halcones permanecieron en su sitio. La plaga del pecador se propagaba con velocidad una vez que su víctima moría. Un cuerpo podía corromper a un pueblo hasta la última piedra antes de que transcurriese un año. Aquí, en el palacio en cuarentena, con dos chicos muertos que prometían echar por tierra el palacio en menos de medio giro de la luna... aquí era donde los Cuervos no podían ser tocados.

Hubo otro rechinar cuando el filo volvió a su funda. Fie no se atrevió a mirar atrás. En lugar de eso, se concentró en el retumbar de la voz áspera de Pa:

—Cargadlos.

—Yo me ocupo de los niñatos muertos —dijo Hangdog y comenzó a avanzar.

—No lo hagas solo. —Pa negó con la cabeza e hizo un gesto a Fie—. Son más grandes que tú.

Fie parpadeó. El mayordomo había llamado «niños» a los pecadores cuando guio a los Cuervos al interior. Ella había creído que serían pequeños, no lorecillos casi adultos.

Pa la agarró del hombro cuando se estiraba para abrir la puerta. Ladeó la cabeza hacia él.

—Sí, Pa.

La máscara escondía su cara, pero aun así ella captó un salto en su respiración, la forma en que el pico se inclinaba menos de un dedo de distancia para señalar con más precisión hacia los Halcones.

—Solo... traedlos —indicó Pa.

Fie se tensionó. Algo olía mal, podía jurarlo sobre la tumba de un dios muerto. Pero Pa era el jefe y los había sacado de peores situaciones.

A la mayoría de ellos, al menos.

Fie asintió.

—Sí, Pa.

En cuanto la puerta se cerró, Fie le dio un coscorrón a Hangdog.

—Por los doce infiernos, ¿en qué pensabas al imaginar semejante tontería? —siseó ella—. Los Halcones casi destripan a Pa por salir por una *puerta* y ¿tú intentas probar su paciencia?

—Intento enfurecerte. —Esta vez, escuchó la sonrisa de Hangdog en la profunda oscuridad de la casilla—. Esos malditos no destriparán al jefe. Y si lo hicieran, terminarían pudriéndose con todos nosotros.

—Eres el único que desea comprobarlo —ladró Fie, después se detuvo en seco.

Sus ojos se habían acostumbrado a la escasa luz de las antorchas que se colaba por la lona que cubría la ventana de la casilla. Los lorecillos ya estaban bien envueltos en mortajas de lino sobre sus catres manchados de rojo y, a la altura de sus gargantas, la sangre se filtraba por la tela.

Envolver a los muertos era tarea de ellos dos, no de Pa.

—Quizás el jefe no confió en que lo haríamos bien. —Hangdog ya no sonaba como si estuviera sonriendo.

Eso era ridículo. Ambos habían estado encargándose de las mortajas desde hacía cinco años ya, desde que Hangdog había venido a su bandada a aprender para ser jefe.

—Si Pa tiene razones para hacerlo, nos las dirá —mintió Fie—.

Cuanto antes estén estos desgraciados en la carreta, antes nos desharemos de ese maldito pachuli.

Se escuchó una risa breve, sofocada, cuando Hangdog levantó uno de los cuerpos por los hombros. Fie agarró los pies y salió retrocediendo por la puerta, con la sensación de que todas las miradas en el patio se posaban sobre ella y luego se disparaban hacia la mortaja ensangrentada.

Llantos silenciosos se expandieron por entre los Pavos Reales de la corte cuando Fie columpió el cuerpo para subirlo a la carreta. Hangdog le dio un impulso extra. El cadáver se desplomó sobre las pilas de leña con un brusco ruido seco y derribó una de ellas. Un grito ahogado colectivo recorrió las galerías.

Fie quiso golpear a Hangdog.

Pa aclaró su garganta y habló con dientes apretados para marcar con énfasis:

—Misericordia, Cuervos *misericordiosos*.

—Seremos amables —respondió Hangdog mientras volvían a entrar. Acababa de levantar el cuerpo restante por los pies cuando agregó—: Apuesto a que alguien se desmayará si dejamos caer a este.

Fie negó con la cabeza.

—Pa puede vender *tu* pellejo a un brujo de piel, el mío no.

El segundo cuerpo fue recibido por otra ronda de sollozos. Sin embargo, una vez que los Cuervos comenzaron a arrastrar su carreta hacia las puertas del patio, los Pavos Reales milagrosamente superaron la pena lo suficiente para empujarse contra las celosías en busca de una mejor vista.

La angustia exaltada de los espectadores chirrió como un eje roto. Los chicos muertos debían de haber sido predilectos de la casta real

de los Fénix si todos estos Pavos Reales luchaban entre sí para ver quién estaba más acongojado.

La piel de Fie se erizó. De todos los cuerpos que había llevado a cremar, decidió que odiaba a estos dos más que a ninguno.

Para llegar al palacio en cuarentena, los habían llevado por corredores estrechos y sin lujos que usaban los sirvientes; ahora una mujer Halcón con cara de piedra los llevaba a toda prisa por el interior del palacio. Cuanto más tiempo permanecieran aquí los cadáveres, mayores serían las posibilidades de que la plaga eligiera a una nueva víctima.

El rencor de Fie iba creciendo con cada maravilla que dejaban atrás. Su carreta repiqueteaba contra los mosaicos incrustados en espirales hipnotizantes mientras avanzaban por jardines de vainas ambarinas que arrojaban su perfume a la húmeda noche de finales de primavera. Luego entraron en pasillos abovedados de alabastro y bronce. Cada columna, cada nicho, cada mosaico rendía homenaje a la realeza Fénix: un sol, una pluma dorada, una espiral de fuego.

La Halcón abrió de un empujón un juego de enormes puertas de ébano y señaló hacia adentro con su lanza.

—Conocéis el camino desde aquí.

Pa hizo un gesto para que avanzaran y la carreta entró crujiendo a lo que no podía ser otra cosa que el legendario Salón del Alba. Emergieron por la cabecera del salón, que estaba coronada con un estrado; la salida esperaba a lo lejos, al final de una gran pasarela a la cual se unían más galerías. Enormes pilares de hierro negro sostenían el techo abovedado; en cada uno de ellos, un nicho con la efigie de un monarca Fénix muerto, donde ardían fuegos lo bastante intensos como para acariciar los brazos de Fie incluso

desde donde estaba, en la puerta.

La mayor parte del salón estaba barnizado con púrpuras intensos, escarlatas e índigos, pero las barandillas de cada galería estaban engalanadas con dorados espumosos y, en el estrado, un enorme disco dorado pulido como un espejo descansaba sobre la pared del fondo, arriba de un estanque de fuego. Rayos de oro adornados con gemas se extendían en abanico hacia el techo. Cada faceta retenía la luz dorada del fuego con tanta intensidad que se volvía doloroso mirar directamente hacia el estrado. Esa completa mezcolanza formaba el sol que se alzaba detrás de los tronos de los Fénix.

Los tronos *vacíos* de los Fénix.

Fie inhaló con fuerza. Ni rey, ni reina y tampoco el príncipe mayor ni el recién nacido estaban aquí para mostrar el luto por los lorecillos muertos; sin embargo, los nobles lloraban como si sus fortunas dependieran de ello. No tenía sentido. Pero fuera lo que fuera esto, fuera lo que fuera lo que estaba mal, Pa los sacaría de aquí como había hecho siempre.

Rodaron hacia la pasarela y comenzaron a marcharse.

Ella odiaba la forma en que chirriaban los clavos que cubrían las suelas de sus sandalias contra las resbaladizas baldosas de mármol y cómo se desafilaban en cada paso. Odiaba los aceites perfumados que enrarecían el aire viciado. Y más que nada, odiaba las galerías de Pavos Reales aristócratas, que se estremecían melindrosamente en sus vestimentas de satén como si los Cuervos no fuesen más que una procesión de ratas.

Pero detrás de los guardias Halcones, de pie en silencio, había una legión vestida con las túnicas pardas de los sirvientes del palacio, pertenecientes a la casta de los Gorriones, que casi

superaba en cantidad a los cortesanos de los niveles superiores. Las expresiones atormentadas señalaban que su pena era mucho más que decorativa.

La punzada volvió a las tripas de Fie como una venganza. Nadie quería *tanto* a los Pavos Reales.

Tratar con castas tan altas, que no solían temer a la plaga, era un mal negocio. Así como se presentaban las cosas, Pa tendría que exprimir el pago de su viático en la puerta. Así, quizás ni siquiera les pagarían en absoluto.

Entonces, a medio camino hacia la puerta y diez pasos delante de la carreta, Pa se detuvo.

Al principio, Fie no lo entendió. Luego sus ojos saltaron a la colosal puerta del palacio, el último hito fronterizo entre ellos y la ciudad capital de Dumosa. La puerta había sido construida con suficiente amplitud como para admitir procesiones de dignatarios y montadores de mamuts por igual; se tragaría a los trece Cuervos y su carreta sin dificultad.

Y, efectivamente, solo una centinela aguardaba de pie en la entrada para pagar el viático por los muertos.

La mujer era un espectro brillante, desde su cascada de pelo plateado suelto al vestido de seda blanca que apenas ondeaba con la brisa perezosa. Incluso desde tan lejos, el revelador fragmento de luz de luna y la llama de la antorcha sobre sus galas delataban suficientes gemas para alimentar a toda la bandada de Cuervos de Fie —doce infiernos, quizás la casta de Cuervos completa— de por vida. Pero una cosa pesaba más que la suma de sus joyas: el collar que adornaba su garganta.

Dos manos de oro mecían un sol naciente debajo de sus clavículas. Era el emblema real. Fie había visto esas manos

estampadas en cada moneda saboreana y tejidas en cada bandera y ahora podía decir que las había visto colgando del cuello de una reina.

La mujer se había convertido en Fénix por matrimonio, pero la llamaban la reina Cisne pese a que había dejado los pabellones de la casta cortesana. Uno de esos tronos vacíos que Fie había dejado atrás era el de ella.

Y en ese momento, Fie comprendió qué parte de esta noche se había jodido.

Habían pasado quinientos años, o algo así, desde que la plaga del pecador había tocado el palacio real. Quinientos años desde que los Fénix habían encendido una almenara por la plaga. Quinientos años desde que habían mandado llamar a los Cuervos.

Pero si la reina Rhusana estaba aquí para pagar el viático por estos chicos pecadores, Fie sabía muy bien quién estaba bajo una de las mortajas.

Los Cuervos cargaban al príncipe heredero de Sabor a su pira funeraria.



2

LA DANZA DEL DINERO

Un príncipe muerto yacía en su carreta como cualquier otro pecador, a menos de un brazo de distancia. Fie apenas podía creerlo. Un príncipe. Un *Fénix*.

Una morbosa parte suya se preguntó si los jóvenes Fénix se quemaban como cualquier otro pecador. Quizás más despacio. Al menos tenían al pobre bastardo que lo acompañaba para comparar.

Pero Pa no se movía, seguía clavado en el sitio incluso cuando el resto de la bandada había arrastrado la carreta más cerca. Y entonces Fie vio por qué.

La reina pretendía pagarles en la puerta, sin duda; el mayordomo que estaba a su lado sostenía el viático a plena vista.

El valor del viático se adecuaba a los recursos de la familia, esa era la regla. Un granjero Gorrión podía pagarles con un costal de sal o de panchato; un juez de paz Grulla podía ofrecer láminas del cristalnero. El viático por un miembro de la realeza, sin embargo... Fie no sabía qué sería lo apropiado.

Sí sabía, de todos modos, que no sería el sucio gato atigrado que se retorció para liberarse de los brazos del mayordomo.

La noche se ampolló en repentinas, furiosas, lágrimas. Un gato callejero. Una paga justa por un mendigo, como mucho. No por los dos jóvenes palaciegos lamedores de oro por los cuales habían marchado siete leguas y que aún debían incinerar.

Cada hilo deshilachado de la paciencia de Fie se retorció para crear un tenso alambre de furia.

El palacio los había mirado con desprecio, habían desenfundado acero contra ellos, prácticamente les habían escupido y ahora su paga era una burla. A la reina Rhusana no le importaba enviar a su familia a la siguiente vida sin el más mínimo dejo de dignidad. Lo único que le interesaba era ostentar la cruel verdad: como reina, podía darles a los Cuervos solo desprecio y los Cuervos tendrían que aceptarlo todas las veces.

Ningún jefe toleraría esto, ni siquiera un aprendiz. Ni siquiera frente a una reina. Algo debía hacerse.

Los Cuervos eran misericordiosos, pero no eran baratos.

La carreta casi había alcanzado a Pa. Fie se inclinó hacia adelante, parpadeó para quitarse el sudor y las lágrimas de los ojos.

—Pa —susurró. El pico de la máscara del jefe bajó un poco—. ¿Danza del dinero?

Por un largo rato, él no se movió. Después el pico volvió a bajar.

Por primera vez esa noche, Fie sonrió.

Apretó los clavos de sus sandalias contra el suelo y, exprimiendo hasta el último ápice de odio que tenía, hizo un largo y gratificante rayón en el mármol, que chilló rogando misericordia. Y después, ella chilló como réplica.

Alrededor de Fie, los doce Cuervos lanzaron plañidos en respuesta al llamado y se detuvieron de golpe. Trece antorchas repiquetearon contra el suelo.

Por segunda vez esa noche, las elevadas galerías quedaron en silencio.

Los Cuervos volvieron a chillar; Fie, la más ruidosa, y su voz trepó bien agudo hacia el final. Los otros captaron su señal y esperaron, completamente inmóviles. Contó en silencio en su cabeza: *Cuatro. Tres. Dos. Uno.*

Otro grito espeluznante desgarró el aire del salón desde las trece gargantas, su ira inconfundible resonó en los arcos lejanos. Otro silencio estalló detrás.

En la tercera rueda de plañidos, las miradas de desprecio de los nobles se habían desvanecido. Todos los ojos estaban fijos en la carreta inmóvil.

En la quinta rueda, la mitad de las galerías parecía al borde del llanto.

La mayoría de los lores y ladies jamás habían estado tan cerca de los Cuervos o de muertos por plaga. Para ellos, la plaga era un problema de pobres.

No comprendían que había reglas. Que a la plaga no le importaban ni las joyas ni las sedas. Que se iba cuando los Cuervos decían que podía irse.

Pero, por los mil dioses muertos de Sabor, Fie apostaba que

comenzaban a comprenderlo.

Decidió que habían creado suficiente agitación y gorjeó la orden de marcha.

Pisotón. Los trece Cuervos dieron un paso adelante al unísono, pero la carreta permaneció en su sitio; las cuerdas para su arrastre, enroscadas en el mármol como áspides. *Pisotón.* Castas cazadoras, espléndidas, comunes: no importaba. Los Cuervos le enseñarían a cada saboreano en este salón a recordar. *Pisotón.* Antes, sus raídos harapos negros y sus máscaras de pico largo habían hecho que parecieran un hazmerreír supersticioso. *Pisotón.* Ahora vio las pesadillas en los ojos rezagados en la carreta de despojos. *Este* era el miedo que habían aprendido sobre las rodillas de sus padres.

Fie gorjeó otra vez.

Las pisadas se aceleraron para terminar en un movimiento circular que talló bucles infernales en las baldosas. Otro pisotón. Otro grito gutural. Otros dos pasos que los alejaron de la carreta. Las galerías retrocedieron.

Pisotón-rayón-grito. Fie resopló bajo su máscara. Esto, por su horrible palacio.

Pisotón-rayón-pisotón. Esto, por desenfundar acero contra ellos.

Gorjeó otra vez y los Cuervos se detuvieron justo frente al umbral. Una tensión bestial se aferró a las galerías, los nudillos se volvían blancos contra gemas y sedas.

Los Cuervos dieron media vuelta de golpe y regresaron hacia la carreta en un patrón serpenteante y feroz. Un alivio nervioso atravesó las galerías y flaqueó cuando los Cuervos no recogieron de inmediato sus cuerdas ni sus antorchas. Fie tomó su lugar en la esquina frontal derecha de la carreta y esperó a que el Pavo Real más cercano pareciera estar a punto de mearse encima.

Entonces dejó salir un silbido brutal. Los Cuervos sujetaron con rapidez cuerdas y antorchas, y avanzaron por la pasarela como una explosión para entrar en el último patio como un huracán, aullando con la ira propia de los dioses.

Los cortesanos se dispersaron, tropezándose con sus colas de satén y sus sandalias de cuero pintado. Desde el rabillo de su ojo, Fie vio que a Hangdog se le había cumplido su deseo; al menos tres Pavos Reales se habían desmayado.

Esto, pensó Fie, es por intentar pagarnos con un maldito gato.

A Pa le gustaba llamarla la danza del dinero. A Fie solo le gustaba porque funcionaba.

La carreta fue frenando al acercarse a la puerta, la danza, sin embargo, continuó. La reina no había huido como el resto de su corte; el mayordomo, aún a su lado, temblaba. A diez pasos de distancia, Fie podía ver con demasiada claridad a quién pretendían intimidar.

La reina Rhusana estaba enfurecida bajo el arco del portón, sus ojos claros brillaban como dos lunas crueles. Debajo de las intrincadas espirales de pintura blanca de luto, su cara era apenas unos tonos más claros que el color terracota de la propia Fie; su complexión morena, más cercana al bronce pulido. Donde Fie miraba, veía monedas desperdiciadas: un tocado tachonado con diamantes y forjado como un fénix de oro blanco; cadenas de perlas y diamantes que se derramaban desde los brazos para arrastrarse en el suelo; una piel de tigre blanco acomodada sobre sus hombros. La cola de rayas negras estaba enroscada alrededor de su brazo, llevaba una garra trasera abrochada a su cadera y la cabeza embalsamada caía pesadamente a las baldosas, con los ojos vacíos más blancos que dorados. Para repulsión de Fie, hasta las

garras del animal muerto estaban cubiertas con diamantes.

La silenciosa exigencia de las tradiciones había traído a Rhusana a pagar por el hijo muerto de su marido. Pero estaba claro como el agua que la reina tenía su propia exigencia silenciosa: todos los ojos quedarían clavados solo en su gloria.

Jamás se había tratado de dinero. Pero por todos los dioses muertos, Fie esperaba que Pa hiciera que ahora fuera sobre dinero.

Entonces él hizo un gesto a Fie, un cabezazo hacia las puertas.

Quería que ella lidiara con Rhusana. Que fijase el viático.

Fie se petrificó. El sudor cayó por su columna. Dirigir la danza del dinero era una cosa. Exigirle pago a una reina era otra. Ella no era jefa, todavía no. No era correcto. ¿Y si cometía un error y eso les costaba a todos...?

Ni siquiera sabía *qué* pedir.

La luz de las antorchas destelló contra los aceros cuando los Halcones se movieron sobre la pared, una señal de que su tolerancia estaba agotándose. Una amenaza potencial, con muertos de plaga cargados en la carreta, pero aun así una amenaza. Era suficiente para hacer que algunos Cuervos se retrajeran. Suficiente para enviar un relámpago a las tripas de Fie.

Solo una amenaza potencial, pero la hacían porque podían. Porque les gustaba ver a los Cuervos sobresaltarse.

La furia de Fie era una cosa curiosa, a veces templada e inquebrantable como el acero, a veces cruda e imparable como el corte en una vena. Ahora una clase de rabia vieja y afilada trepó por su columna, forjada con el escarnio de cada espada apuntada hacia ella.

Y fue esa ira vieja y afilada la que le dijo a Fie el precio.

Los gritos y pisotones de la danza del dinero se alzaron furiosos

cuando ella dio un paso adelante.

Rhusana había pintado deliberadamente su rostro con un gesto de aburrimiento y hacía repiquetear entre sí las garras abarrotadas de diamantes con un ritmo más rápido que el compás de la danza. Fie conocía las señales de la impaciencia: la reina aún no creía que tendría que responder por este insulto. El mayordomo, sin embargo, se había puesto casi tan gris como el gato atigrado que sujetaba en sus brazos.

Le ofrecieron el gato trémulamente. Fie no lo tomó. Tenía el precio de jefe en la mente.

Quería mirar a las castas espléndidas a los ojos sin miedo. Quería hacer que las castas cazadoras lo pensaran dos veces antes de exhibir sus aceros solo por diversión. Quería a su Ma de regreso.

Pero como la reina no podía darle nada de eso, elegiría la siguiente mejor opción.

—Me llevaré los dientes —dijo Fie.

Rhusana miró con furia al mayordomo. Este parecía al borde del vómito, sus ojos estaban clavados en las mortajas ensangrentadas dentro de la carreta.

—Jefa, no puedo... no está en posición de pedir...

—Los dientes —repitió Fie, con una frialdad implacable. Aplastó el extraño y pequeño sobresalto en su pecho al escuchar que la llamaban «jefa». *Aún no.*

Detrás de ella, los Cuervos rotaron y rugieron. Tanto Fie como Rhusana sabían que podían seguir aterrorizando a la corte durante horas, mientras los pecadores muertos impregnaban el palacio de plaga. La reina Cisne podía llevar el emblema de la realeza, pero aquí y ahora, Fie mandaba en el patio.

Rhusana no respondió.

Fie no se inmutó. Cuanto más tiempo durara esto, peor sería vista la reina por dejar que los Cuervos la arrastraran de un lado a otro.

El sudor se acumuló en gotas sobre la cara del mayordomo. Era una pena que Fie necesitara que la reina cediera y no él.

—Contaremos hasta 100 —dijo Fie, que giró su máscara directamente hacia Rhusana y se armó de cada gota de furia antigua—. Después, dejaremos a los muertos en la entrada y jamás volveremos a su ciudad.

—Pero... —el mayordomo balbuceó—, el rey...

—Uno —contó Fie.

—*Por favor...*

—Dos —continuó Fie.

—Suficiente —espetó Rhusana.

Fie esperó. Una brisa pasajera tiró de su túnica, luego se asentó.

—Cincuenta nakas. —Los labios de Rhusana se retorcieron, las garras cubiertas de diamantes repiquetearon con más rapidez—. Y pasaremos por alto tu insolencia.

El mayordomo suspiró como si hubiese sido salvado.

—Gracias por su inconmensurable generosidad, Su Majest...

—Tres —dijo Fie.

Las garras se inmovilizaron, presionadas contra el muslo ataviado en sedas de Rhusana.

A la cuenta de diez, el sirviente de la reina salió a toda prisa. Para los setenta, estaba de regreso y acercaba una pesada bolsa de brocado a las manos de Fie.

Si la pesadez no develaba el contenido, sí lo hacía el silencioso, reverberante zumbido de la magia en sus propios huesos. En Sabor, todas las familias guardaban sus dientes para el día en que

quizás debieran llamar a los Cuervos con las manos vacías. Cada diente era casi tan valioso como el oro, aunque solo para los Cuervos que escuchaban sus susurros. Algunos valían más, una pizca de suerte de una Paloma o el refugio de un Gorrión cuando un Cuervo lo llamaba.

Ningún miembro de la realeza había pagado un viático en siglos. Pero esta noche, Fie había venido a cobrar.

Una rara cosecha de dientes repiqueteó y tamborileó dentro de la bolsa de brocado, dientes de dinastías enteras de Fénix, miles de dientes de leche e incluso dientes arrancados a los muertos.

Y ahora su bandada de Cuervos era dueña de todos y cada uno de estos, que eran invaluablees.

Una sonrisa más afilada que el acero de una espada se abrió bajo la máscara de Fie. Por algo la llamaban la danza del dinero.

La boca perfecta de Rhusana se estrechó en una delgada línea. Y Fie lo tomó como una victoria personal. Hizo la amplia reverencia de un actor, dio un paso atrás y le entregó la bolsa a Pa.

Él alzó un puño. La danza se detuvo; un silencio doloroso hizo eco en el patio. Se recogieron las cuerdas, los pies se reorganizaron en una marcha y un suspiro de alivio recorrió la multitud cuando la carreta por fin comenzó a rodar hacia las puertas.

Fie hizo una pausa, después se dio la vuelta.

La reina se giró con ojos enfurecidos.

—¿Qué *más* quieres? —Rhusana hizo un gesto rápido con la mano hacia los guardias. Todos los Halcones se pusieron en alerta, sus lanzas listas.

Uno de los brazaletes de la reina llamó la atención de Fie al destellar con la luz de las antorchas: una ingeniosa labor en plata y perlas, confeccionada para que parezca un ramillete de adelfas

blancas.

Durante un momento, Fie sintió que las garras de diamantes le envolvían la garganta.

Inhaló con fuerza y dejó que la menta se asentara en sus huesos. Cualquiera podía llevar adelfas. No tenía por qué significar nada, no en una reina. Y si lo hacía... bueno, los Cuervos ya estaban camino al exterior del palacio. Fie simplemente debía asegurarse de que avanzaran más rápido.

Arrancó al gato de las manos del mayordomo.

—También esto.

El animal no luchó contra Fie mientras esta se apresuraba a volver a la carreta, solo enterró la cara en el pliegue de su codo, refunfuñando. Para cuando dejaron atrás las puertas, había comenzado a ronronear.

Fie decidió que le gustaba el gato. Todo aquello que sintiera felicidad por abandonar el palacio definitivamente tenía buen gusto.



Fue una larga y silenciosa caminata la que los alejó de la ciudad capital de Dumosa, alumbrados solo por sus antorchas y algún ocasional farol de artesanía Tórtola en la ventana de una mansión. Fie estaba segura de que el resto de los Cuervos también sentía esa angustiante impaciencia por dejar atrás los muros de la ciudad antes de que las castas cazadoras los alcanzaran. Todo Cuervo sabía lo que significaba tener una bolsa de dientes de Fénix. Cada uno de ellos se preguntó si realmente les permitirían llevárselos de Dumosa.

Fie sintió los ojos que espiaban detrás de los enrejados o por los agujeros en los nudos de la madera a cada paso del camino: a

través de los lujosos pabellones de los cortesanos de la casta de los Cisnes, de la Avenida del Magistrado, incluso en la plaza de las Palomas, donde rostros sucios se escondían tras las paredes de las chozas y escupían cuando los Cuervos pasaban, para ahuyentar la mala suerte.

Mantuvo los ojos atentos a las sombras y más de una vez pilló a Pa golpeando despacio su esternón, justo debajo del collar de dientes que colgaba de su nuca. Si los dioses muertos eran bondadosos esta noche, él no tendría motivos para usarlos.

Pero si Fie había aprendido algo a lo largo de los años era que los dioses muertos torcían miserablemente la bondad cuando se trataba de los Cuervos.



Era casi la medianoche cuando sus pies alcanzaron el Puente Alto de Legua sobre el Hem. El gran río tronaba solo algunos cientos de pasos más abajo, pero si el propósito era asesinar, funcionaba casi tan bien como si realmente hubiese sido una legua. Fie tuvo cuidado de dónde pisaba durante los diez minutos que tardaron en cruzarlo.

En el momento en que sus suelas de clavos tocaron gravilla en lugar de adoquines, Fie contuvo la respiración. Si los nobles pretendían recuperar sus dientes, aquí era donde las castas cazadoras atacarían.

Todos ellos se esforzaron por captar cualquier indicio de que los seguían. El largo, terrible silencio se prolongó quebradizo y traicionero como el hielo recién hecho, mientras Fie observaba cada movimiento de las hojas atenta a una emboscada.

No vino ninguna.

Quizás —solo quizás—, lo habían logrado.

Alguien inhaló con fuerza. Después, un grito ensordecedor:

—OH, UNA VEZ CONOCÍ A UN TÍO AL OTRO LADO DEL RÍO, CON UNA MUY PARTICULAR PARTICULARIDAD...

La voz de Madcap atravesó la noche como un hacha, al estallar en la canción de ruta más obscena que Pa les dejaba cantar en presencia de Fie. El resto de la bandada echó a reír a carcajadas, algunos casi lloraban de alivio.

—¡Doce *infiernos*, Fie! —Wretch se aferró a la carreta con fuerza y dio una palmada a su propia rodilla. La mujer tenía casi los mismos años que Pa y el doble de mal genio, una de las pocas que habían conocido a Pa cuando aún lo llamaban Cur y no jefe. Agarró al gato que llevaba Fie y le rascó la cabeza—. ¡Creí que le pedirías a la reina que agregara una corona por las molestias!

—¿De qué sirve una corona? —dijo Swain, arrastrando las palabras, detrás de Wretch. Un destello de risa aligeraba la eterna hosquedad de su voz—. Podría haber pedido abofetear al rey. Probablemente le hubiese caído mejor a Su Majestad.

Madcap, quien tenía alergia a la solemnidad, sujetó las manos de Fie y la hizo dar vueltas por la carretera en una espiral atolondrada mientras entonaba otro verso obsceno y anatómicamente improbable de *El tío al otro lado del río*. Fie no pudo evitar echar la cabeza hacia atrás y reír. Sí, aún tenían leguas que caminar y cuerpos que cremar, pero ella lo había conseguido.

Por una vez, había hecho que el palacio pagara.

—Detente, para —resolló Madcap, mientras se reía sosteniendo su propia barriga—. ¡Estoy a punto de vomitar!

Los dos desaceleraron hasta bambolearse como borrachos cerca de Pa. Sin dudas, Pa debería haber estado tambaleándose con alegría como el resto de la bandada.

Ni siquiera se había quitado la máscara y observaba hacia atrás, directamente a Dumosa.

—*Vamos, jefe* —comenzó a decir Madcap, pero Pa lo interrumpió.

—Aún no se ha terminado. Guardad la danza para cuando los cuerpos ardan. —Pa disparó el silbido que daba la orden de continuar.

Wretch le pasó el gato de nuevo a Fie, negando con la cabeza hacia las espaldas de Pa. La tensión volvió a posarse sobre los Cuervos. Madcap siguió tarareando para sí y los murmullos de Swain se le unieron después de unos pasos, pero salvo por eso, el silencio se aferró a la carreta mientras la arrastraban.

El grupo de chozas y santuarios con tumbas de dioses muertos dispersos a la vera del camino finalmente dio paso a un bosque de árboles de troncos retorcidos y mantos de líquen. *El tío al otro lado del río* perdió fuerza y otra canción se alzó en su lugar, más ruidosa y constante. Pronto, los únicos rastros de Dumosa eran destellos de una corteza dorada sobre las montañas oscuras, que algunas veces resplandecía entre los árboles.

—Aquí.

La voz de Pa atravesó la noche y cortó el último verso de la canción de ruta. Clavó su antorcha en la tierra suave a un lado de la carretera. La carreta crujió al detenerse al mismo tiempo que Pa se desenmascaraba y señalaba a Fie y al gato atigrado con la cabeza.

—Nada de gatos callejeros que no podamos comer, jovencita.

—No es callejera, es mía —respondió Fie—. Mi parte del viático.

Pa soltó una pequeña risa.

—Desechos de la Alianza, eso es lo que es, Fie, pero hablaremos de tu parte más tarde. ¿Cómo se llama, entonces?

Pensó en la expresión nauseabunda en la cara del mayordomo y en la danza de Madcap, y sonrió.

—*Barf*, que significa *vómito*.

—Es apropiado. —Pa pasó una mano sobre su coronilla calva. Todo su pelo había migrado al sur, a su corta barba entrecana, hacía muchos años—. Ahora ocupémonos de estos chicos, ¿eh?

Fie se inclinó sobre el borde la carreta y estudió las dos mortajas que yacían entre los leños partidos.

—Grandotes —señaló. El príncipe había sido casi un año mayor que Fie y era evidente que ambos jóvenes habían estado mucho mejor alimentados que ella—. No sé si tenemos suficiente leña para ambos.

—Será si los bañamos en fognazo —sugirió Hangdog, apoltronándose sobre el otro lado de la carreta.

El pico de Fie estorbaba ahora. Apoyó a Barf en la carreta y arrojó su capucha hacia atrás para aflojar las tiras de la máscara y dejarla colgando sobre su cuello mientras pasaba una mano por el revoltijo negro de su pelo, recortado a la altura del mentón. Respirar el aire limpio de la noche y no el incienso del palacio o la menta rancia de su máscara era una bendición.

Para ella, el contagio no era nada que de qué preocuparse. Se decía que todos los Cuervos habían cometido muchas faltas en sus vidas pasadas, las suficientes como para que la Alianza los castigara con la plaga y los arrojara directamente a una vida de expiación, en la que debían contener la enfermedad. Se decía que los Cuervos ya nacían en deuda con la Alianza en el recuento de pecados. Que esta no los llevaría a la vida siguiente antes de que esa deuda estuviese saldada.

Al menos eso era lo que se decía. Fie no sabía cuánto de todo

aquello sonaba verdadero a sus oídos. Pero era una verdad tan fuerte como el hierro que la plaga del pecador solo dejaba a los Cuervos indemnes.

El hedor de la muerte aún no se había asentado en los chicos, pero de todas formas ella se contrajo ante las manchas carmesí en las mortajas. De todos los deberes de un jefe, cortar gargantas era el que más la amilanaba.

Se estiró hacia el interior de la carreta y empujó lo que parecía ser el más noble de los dos montículos ensangrentados.

—¿De verdad son de la realeza, Pa?

—Solo uno. El otro era su doble de cuerpo.

Fie tiró de la tela hasta que la luz de las antorchas aterrizó sobre la cara con pecas color herrumbre del chico, que en todo sentido parecía estar durmiendo. Quizás un poco asustado. Quizás había estado despierto cuando la cuchilla de Pa tocó su garganta.

Fie frunció los labios.

—De forma que así es como se ve un príncipe pecador.

El chico muerto se sentó.

—Bueno, no —respondió—, pero me han dicho que soy muy parecido.



3

UN JURAMENTO POR LA ALIANZA

Fie no tuvo la intención de darle un puñetazo al chico, pero de todas maneras lo hizo.

Fie tampoco tuvo la intención de gritar, pero eso también sucedió y con entusiasmo. Así como también se tropezó con sus propios pies al echarse con rapidez hacia atrás, después de lo cual cayó sobre su trasero en el césped mojado. Los insultos de Hangdog y las carcajadas rugientes de Pa solo enturbiaron su pánico.

El chico muerto liberó su mano izquierda de las ligaduras de un tirón y, al tocarse la mandíbula, hizo un gesto de dolor. El encarnado en su sencilla túnica de mangas largas hacía imposible saber si algo de la sangre era nueva. Fie gateó a toda prisa para armarse con una piedra cuando la otra mortaja comenzó a

moverse.

—Ya, ya —dijo Pa, que se limpió las lágrimas de los ojos y subió a la carreta para ayudarlos a liberarse—. Habéis asustado a mi chica.

—Creo que eso se queda corto —respondió el joven, mordaz. Echó una mirada a la mortaja que se contoneaba a su lado—. Jas, como tu guardia personal, me siento obligado a advertirte... — Señaló a Fie—. *Esa se sobresalta con facilidad.*

La mente de Fie era una mosca en su cráneo vacío, que zumbaba en círculos infructuosos. Los chicos muertos se movían. Los chicos muertos *hablaban*.

Los chicos muertos no estaban muertos.

—Puaj. —El guardaespaldas se deslizó afuera de la carreta, haciendo muecas de repulsión ante el crujido de su camisa, tiesa por la sangre seca—. ¿Siempre es tan repugnante la sangre de cerdo? La próxima vez que finja mi muerte, elegiré algo más glamuroso. He oído que el envenenamiento está de moda.

—Pa. —La voz de Fie salió estrangulada—. ¿Acaso acabamos de secuestrar a miembros de realeza?

Pa sonrió de oreja a oreja. Él amaba una buena broma, pero ella no estaba segura de que la casta de los Fénix encontrara el rapto del heredero demasiado divertido.

—Te lo he dicho, Fie, solo uno. Y solo porque me lo pidieron amablemente.

Un príncipe y un guardia. Un Fénix y su Halcón, entonces. Fie no sabía si quería gritar o reír. Quizás todo esto fuese una pesadilla atronadora. Quizás, si tenían suerte...

—¿Estáis *seguros* de que no nos han seguido?

La voz suave era del chico al que el guardaespaldas llamaba

«Jas».

Jasimir. Todos conocían el nombre del príncipe heredero. Mientras el príncipe se desenredaba, ni él ni su guardia parecieron notar que todo murmullo había muerto, como el trinar de los pájaros antes de una tormenta. Los Cuervos observaban a los lorecillos como si fuesen dos serpientes gemelas las que se habían escabullido de las mortajas. Bajo la luz de las antorchas, los dos chicos empapados en sangre eran casi idénticos, tenían el rostro amplio y el mentón afilado, usaban elegantes moños de cabello negro e iban vestidos con camisa y pantalones de lino sueltos. Sin embargo, mientras que su guardia Halcón era puro desenfado y simpatía, el príncipe se mostraba adusto, como si realmente estuviese en su propio funeral.

Pero hacía falta más que una corona y un ceño fruncido para perturbar a Pa.

—Ah, sí, nos han seguido. —Elegió un diente de su collar y lo arrojó a un lado. Fie no podía creer que él hubiese quemado todo un diente de Gorrión sin que ella lo notara—. Un par de rastreadores de la reina. Nos siguieron hasta el puente.

—Cur.

El príncipe, el Halcón y Pa levantaron la mirada. Wretch también se había quitado la máscara. Fie sabía que cuando ella llamaba «Cur» a Pa, les esperaba un espectáculo.

—Veo que estás ocupado atendiendo las necesidades de los patanes reales —arrulló, aunque su voz se alzaba—, pero por ventura, cuando te venga en gana, ¿quizás podrías, tal vez, compartir con los tuyos en qué estúpido plan suicida y *descerebrado* nos acabas de meter?

El guardaespaldas Halcón se movió primero y caminó hacia Wretch.

—Por supuesto, me disculpo. Hemos sido muy desconsiderados.
—Llevó su puño derecho a sus labios y después lo extendió a modo de saludo. Wretch, tomada por sorpresa, hizo lo mismo y ambos se dieron la mano durante un breve instante—. Mi nombre es Tavin. Estoy seguro de que ya habéis descifrado quién es mi amigo.

—Nos hacemos la idea —respondió Hangdog, arrastrando las palabras, y se apoyó contra la carreta. Había un deje peligroso en su voz, de la clase que adquiriría cuando estaba sediento de peleas—. ¿Os habéis aburrido de vuestro palacio, *primos*?

El rostro del príncipe se oscureció ante el insulto soslayado. Antes de que pudiera responder, su guardia Halcón hizo un gesto con la mano restándole importancia.

—No suelo incurrir en la blasfemia a gran escala por aburrimiento. Pero los repetidos intentos de asesinato tienden a motivar a los hombres.

Wretch frunció el ceño.

—Si alguien no comienza a hablar en serio, me iré lo más lejos posible de aquí.

—Entonces, lo expresaré de otro modo —afirmó el Halcón—. Rhusana nos quiere muertos.

—Me quiere a *mí* muerto —corrigió el príncipe Jasimir—. Lo quiere desde que usó a Padre para trepar a la casta Fénix casándose con él y lo quiere aún más ahora que ha dado a luz a un príncipe. Primero fue apenas un accidente de caza, luego una víbora en los baños, luego cristal molido en el vino... y no se detendrá hasta que ella desaparezca. O yo.

Wretch señaló la carreta con un barrido del brazo.

—¡Bien hecho, entonces! Le has dado exactamente lo que quería.

Así que ahora que te hemos arrastrado a la libertad, nos iremos, ¿de acuerdo?

El Halcón —Tavin, dijo que se llamaba Tavin— no respondió, en lugar de eso, extendió una mano hacia Fie.

—Por cierto, siento haberte asustado.

Ella dejó que la ayudara a ponerse de pie antes de soltar su mano de un tirón.

—Bueno, yo no siento haberte golpeado.

—Probablemente, no sea la última vez que lo digas. —Sus dientes destellaron en una sonrisa—. Jas y yo necesitamos seguir con vosotros durante algunos días.

Pa se puso rígido y cruzó los brazos.

—Ese no fue nuestro acuerdo.

Tavin y el príncipe intercambiaron miradas. La boca de Tavin se torció.

—Es complicado —comenzó a decir.

—No lo es. Cumplí mi palabra. Nuestro acuerdo ha llegado a su fin. —El tono de Pa se volvió frío pero civilizado. Fie rio por la nariz. Era muy típico de las castas altas creer que podían torcer los términos de un acuerdo a su gusto. Habían escogido al jefe Cuervo equivocado para hacerlo.

—No lo comprendéis. —La voz del príncipe Jasimir se alzó—. Estamos...

—Fuera de Dumosa —completó Pa, tranquilo e inamovible—. Y nosotros tenemos nuestro viático. Ese fue el trato. Ni más, ni menos.

El guardia Halcón frunció el ceño.

—*Tenéis* que escucharnos.

Fie consideró golpearlo otra vez.

—Esto no es vuestro palacio, jovenzuelos. —Pa se inclinó para recoger una cuerda de arrastre—. No *tenemos* que hacer nada.

—Intentarán mataros —soltó abruptamente el príncipe Jasimir.

Sobrevino un instante de quietud, roto después por las carcajadas. Madcap jadeaba con tanta fuerza que tuvo que sujetarse de la carreta. Tanto el príncipe como el Halcón se quedaron atónitos.

—Oh, ¿intentarán matarnos? —Wretch largó una risotada—. Eso sí es una novedad. Qué atrevimiento. Ay, eso me gusta.

La frente del príncipe Jasimir se arrugó.

—¿Cómo puede resultaros divertido esto?

—*Han intentado* matarnos. Siempre hay alguien. Calculo que lo han intentando durante siglos. —Fie le ofreció la misma reverencia burlona que le había dedicado a la reina Rhusana—. Mis más sinceras condolencias, Su Alteza, pero si pretende asustarnos para que os ayudemos, tendrá que pensar en algo peor.

—¿La Cofradía de las Adelfas es lo bastante peor?

Fie se irguió de golpe para mirar a Tavin al mismo tiempo que las risas morían. La Cofradía de las Adelfas era más que «alguien». La Cofradía de las Adelfas era un puñetazo a la tráquea para cualquier Cuervo.

—Veréis, es una historia graciosa —continuó el guardia Halcón, el repentino filo en sus palabras sugería que no había nada divertido en ellas—. Resulta que la reina ha estado haciendo muchos amigos nuevos y horribles. En este momento, le doy un mes antes de que intente tomar el trono para sí. Y cuando lo haga, le deberá la mayor parte de su éxito a su mayor aliado: la Cofradía de las Adelfas.

Parte de Fie quería golpearlo otra vez. Parte de ella quería huir

lejos de Sabor.

Todo Cuervo llevaba cicatrices debido a las Adelfas. Eran la razón por la que los Cuervos no se detenían cerca de muchos pueblos después del ocaso. Cuando caía el sol, las Adelfas salían a cabalgar, llevaban las flores blancas sobre sus pechos y sus rostros ocultos bajo pinturas blancas y telas sin teñir, de modo que no pudiera detectarse a qué parentesco o casta pertenecían.

La mayor parte de Sabor creía que los Cuervos eran pecadores muertos reencarnados, sentenciados a expiarse durante una ardua vida dedicada a contener la plaga. Las Adelfas creían la parte que querían —que la Alianza pretendía castigar a los Cuervos por sus fechorías— y afirmaban que los propios Cuervos propagaban la enfermedad. Entonces, se habían adjudicado la repartición de ese castigo. La Alianza era una máscara más para ellos y Fie conocía demasiado bien a los monstruos que cabalgaban debajo de esta.

Eran ricos y pobres, anónimos e infames, muchos y despiadados. Sus cacerías solo eran llamadas asesinatos cuando los atrapaban. Y como tan solo cazaban Cuervos, los gobernadores regionales no tenían apremio alguno por atraparlos.

Cuando las Adelfas capturaban Cuervos, solo unos pocos tenían la fortuna de salir vivos.

La madre de Fie no había tenido esa suerte.

Fie pensó en una carretera de noche, una que se extendía una docena de años detrás de ella, cuando apenas llegaba a las rodillas de Pa. Aun así, recordaba el reguero de dedos que la Cofradía de las Adelfas había dejado para señalar el camino.

Sujetó el hilo suelto de su túnica otra vez y lo retorció con fuerza.

—No exigiré vuestra obediencia en esto. —La luz de las antorchas bailaba sobre el rostro ensangrentado del príncipe

Jasimir—. Pero con Rhusana en el trono...

—... la Cofradía de las Adelfas cabalgará adonde le plazca, cuando le plazca —concluyó Fie.

Hangdog estaba aferrando la carreta con tanta fuerza que sus nudillos parecían a punto de salir disparados de su piel. Ella podía adivinar que él estaba inmerso en su propio recuerdo horrible.

Tavin asintió.

—Y tendrán un escolta Halcón para ayudarles.

Fie tenía muy presente su propio recuerdo: muy lejos, largo tiempo atrás, una niña pequeña recogía una oruga torcida, carnosa, de la carretera fría y polvorienta, luego encontraba nueve más en un reguero de yemas rojas.

Había aferrado ese dedo de Ma con sus pequeñas manos tantas veces que conocía cada arañazo, cada callo, cada cicatriz sobre la articulación. Y cuando, al buscar a tientas, el hueso roto del dedo había raspado la palma de su mano, Fie había reconocido la chispa que le cantaba desde ese hueso. Hubiese podido reconocer la canción de Ma en cualquier lado.

La carretera había atrapado a Fie en aquel entonces, de la forma peculiar en la que solo las carreteras podían hacerlo. El jefe —que no era Pa para ella, aún no— había caminado ese sendero de sangre, con una cuchilla en su mano temblorosa, sabiendo que tendría que impartir misericordia a uno de los suyos. Y Fie —que aún no era aprendiz de jefe— se había quedado petrificada en el suelo, queriendo ver a su Ma, pero sabiendo que cada vez que esa cuchilla había aparecido, Ma le había tapado los ojos.

Esa fría carretera la había atrapado allí hasta que Wretch la sacó, porque, incluso entonces, Fie había sabido que sus opciones eran recorrer el camino del jefe o huir.

Y ahora, en esta carretera, en la oscuridad alumbrada por las antorchas, Fie todavía no sabía qué camino era peor.

Pero, aunque la reina les diera a las Adelfas el comando de sus Halcones —incluso si ni siquiera la luz del día fuera a ser un refugio para los Cuervos—, Fie sabía dolorosamente bien cómo terminarían sus caminos.

Las líneas en el rostro de Wretch parecieron un poco más profundas que un momento atrás.

—Jovencitos, si creéis que podréis hacer que nosotros, Cuervos, atacemos el palacio y luchemos contra Su Majestad, tengo malas noticias para vosotros sobre cómo acabará eso.

—Las Adelfas solo tienen influencia. —El príncipe Jasimir parecía más cómodo con los asuntos políticos—. Y por algo la gente aún llama a Rhusana la reina *Cisne*. Puede gobernar a través del derecho al trono de su hijo, pero aun así necesita apoyo de los gobernadores regionales para mantener al reino unido. Mi primo Kuvimir es el lord gobernador de la región del Fan. Ha jurado que nos acogerá y reunirá al resto en mi apoyo, lo que debería obligar a Rhusana a dar marcha atrás. Si nos movemos rápido, podremos llegar a su fortaleza en Cheparok antes de que la reina deponga a mi padre.

—Entonces, te pasamos de contrabando a tus parientes en Cheparok, montáis un espectáculo enorme y horrible para mostrar que te prefieren por encima de la reina y algún día en tu trono nos recuerdas con afecto. —Fie señaló la leña cargada en el carro—. Seguro que has olvidado que la mayor parte de Sabor cree que tú y tu Halcón sois carbón en una pira en este preciso momento.

El príncipe dudó en responder; el Halcón aprovechó. Los dientes de Tavin destellaron lupinos, como un apostador que sabía cómo

aterrizarían sus caracoles.

—Esa es mi parte favorita, de hecho. Tendré que pasar desapercibido durante un tiempo, pero Jas... Digamos que la reina Ambra ha sentado un precedente para los Fénix al regresar milagrosamente de la muerte.

La boca de Fie quedó abierta. De todas las cosas que había escuchado esta noche, lo que Tavin proponía era lo más descabellado.

En toda la historia de Sabor, solo un alma había ardidado con bastante fuerza para sobrevivir a la plaga del pecador: la invencible Ambra, matriarca de la casta Fénix, Reina del Día y de la Noche. La leyenda decía que montaba tigres en las batallas, con una lanza en cada mano; que caminaba incólume por fuegos salvajes; que el sol salía a su entera disposición, tal era su amor por ella. La leyenda decía que su renacimiento en la casta Fénix anunciaría otra era de paz y prosperidad.

La leyenda no decía demasiado sobre fingir su reencarnación para beneficio político, pero, de todas maneras, Fie no podía imaginar que eso terminara siendo correcto para la Alianza. Tampoco podía imaginar al grácil príncipe frente a ella montando nada que no fuese un poni adormilado con amapola.

Tavin debió de haber leído la duda en su cara, porque su mano volvió a hacer un gesto desdeñoso.

—Es *cierto* que no podemos vender a Jas como el Rey del Día y la Noche. Pero recuperarse de la plaga del pecador es un buen indicio de que la sangre de Ambra es fuerte en él. Con solo eso, ganaríamos a la mitad del país.

—La mitad idiota —murmuró Wretch.

—Si hubiera otra salida, la tomaríamos. —La mirada del príncipe

Jasimir viajó de Cuervo en Cuervo. Qué estaba buscando, Fie no lo podía saber—. Pero Rhusana entregará a todos y cada uno de vosotros a las Adelfas si llega al trono. Estoy pidiendo que me ayudéis a detenerla. De otro modo, ninguno de nosotros tendrá oportunidad de sobrevivir.

—Si estás diciendo la verdad... —Pa hizo rodar un diente de los que colgaban de su cuello. Fie hubiese escogido uno de la casta de las Grullas, uno que pudiera filtrar las mentiras de los lorecillos. En lugar de eso, Pa dejó caer la mano. Miró al resto de los Cuervos—. Solo tenemos una regla. Me parece que es mejor seguirla.

Cuida a los tuyos. Fie había oído esa regla casi todos los días. Como jefa, tendría que vivirla pronto. Pero, aunque pudiera mantener a su propia bandada de Cuervos a salvo, la casta entera estaba dispersa por todo Sabor.

Si las Adelfas podían cabalgar con libertad, carretera tras carretera terminaría como la de su Ma.

Apretó la mandíbula. Era algo irritante: incluso sucios y cubiertos con sangre de cerdo, los lorecillos parecían pertenecer a un palacio.

No había una verdadera negociación allí, ofrecerles una elección a los Cuervos era una benevolencia fingida. Estaba escrito en la arrogante inclinación de los labios del príncipe, en la elevación del mentón de Tavin, en la forma en que ambos tamborileaban sus dedos como si esperasen una respuesta que estaban seguros de conseguir.

Igual que Rhusana, con su maldito brazalete de adelfas. Aunque los lorecillos estuviesen exagerando sobre las ambiciones de la reina, la Cofradía de las Adelfas sí tenía su favor. Los Cuervos no tenían elección, obviamente.

De todos los cuerpos que Fie había llevado a cremar, *sin duda*

alguna, estos eran los que más odiaba. Más allá de todo su palabrerío, los lorecillos trataban a los Cuervos como si estos estuviesen de vuelta en ese miserable salón dorado y los obligaran a bailar para conseguir una paga justa...

Una idea se abrió paso con fuerza por entre sus pensamientos, dejando marcas como sus suelas de clavos sobre el mármol, dejando rastros como de dedos sangrientos.

—No —respondió Fie—. Digo que no hay trato.

La sorpresa destelló en todos los rostros que estaban en la carretera. Seguida del bufido de Hangdog. Los ojos oscuros del príncipe Jasimir se entrecerraron.

—Queremos ayudar...

—Ah, *queréis ayudar* —lo imitó Fie—. ¿Tiene Su Alteza otro sirviente para recoger toda la basura que cae de su boca o ese es *su* trabajo? —Sacudió el pulgar hacia Tavin. A su favor, el guardia solo alzó las cejas, pero el filo de la navaja bailaba otra vez en su mirada—. Habéis fingido vuestras muertes. Habéis intentado dar marcha atrás en vuestro acuerdo con Pa. Y acabáis de decirnos que todo vuestro plan es mentir a todos en Sabor. ¿Por qué confiaríamos en vosotros?

—Porque vuestras vidas dependen de ello —espetó el príncipe Jasimir, con chispas de pánico en la voz—. ¿De verdad creéis que la Cofradía de las Adelfas hará tratos con vosotros?

Fie sofocó una carcajada.

—Es terriblemente conveniente que tu corazón se apene por los Cuervos justo ahora que nos necesitas. Has pasado tu vida llorando a escondidas, ¿no es cierto?

—Eso no es justo —respondió Tavin.

Su antigua furia la azotó para que soltara las palabras.

—¿Justo? *¿Justo?* ¿Tú me vas a decir a mí lo que es justo, niñoato palaciego? Quieres queelijamos entre dejar que las Adelfas nos persigan de día o asegurarnos de que sigan teniendo que hacerlo por la noche, de forma que *vuestras* castas puedan seguir simulando que no ven nada. —Escupió a sus pies—. Llámalo ayuda si quieres. Tu Halcón lo recogerá con el resto de tu basura.

Si algún Cuervo hubiese creído que se había sobrepasado, ella habría escuchado sus murmullos. En lugar de eso, a la vera de la carretera, el silencio era tenso, todos los ojos estaban en ella.

Reconocían una danza del dinero cuando la oían.

Tavin se movió primero, al frotar sus manos una contra otra. De alguna forma, aún ese simple gesto parecía letal.

—No te equivocas —admitió mientras encogía los hombros—. Al menos no sobre tus opciones. Para llegar a ser recolector de basura real, tendría que estar otros diez años más de servicio en el palacio. De todos modos, te recomendaría confiar en lo que te decimos sobre las Adelfas.

—¿De qué vale vuestra palabra cuando es como si estuvierais muertos? —La purulencia en la voz de Hangdog indicaba que esto era más que una danza del dinero—. Cuando *todos* estamos casi muertos...

—Está bien. —El príncipe Jasimir pellizcó el puente de su nariz—. ¿Oro? ¿Joyas? ¿Tierras? ¿Cuál es vuestro precio?

Fie imitó el gesto desdeñoso de Tavin.

—Brillos y basura. Si no lo hacen las Adelfas, otros nobles nos robarán lo que nos des.

—Entonces, ¿qué *es* lo que queréis?

Esta vez, Fie ya tenía el precio de jefe en mente.

Cuida a los tuyos. Ya había recorrido este camino antes y todos los

ojos estaban sobre ella. No podía dar marcha atrás; no podía brindarle misericordia a su Ma ni evitar que Hangdog gritara en sueños. Pero podía evitar que los Cuervos tuviesen que volver a andar por ese camino.

Respiró hondo y miró al príncipe Jasimir directamente a los ojos.

—Quiero no volver a ver jamás a la Cofradía de las Adelfas. ¿Los Halcones que Rhusana les prometió? Bueno, en lugar de eso, nos custodiarán. Quiero un juramento por la Alianza de que, como rey, harás que todas las castas sepan que los Cuervos merecemos ser custodiados. *Ese* es mi precio.

El rostro del príncipe se puso tan gris como el del mayordomo.

Pa, por otro lado, tenía pequeñas arrugas debajo de los ojos, que solo se veían cuando estaba reprimiendo una sonrisa. Fie lo tomó como una buena señal.

—Cuervos —llamó Pa antes de que ninguno de los lorecillos pudiese hablar—. ¿Estamos a favor de esos términos?

Otro giro de su danza. Hubo un coro de síes. Otro giro de la navaja. La mirada furiosa de Tavin podría haber atravesado una piedra.

—¿Acaso tienes idea de lo que pides? —preguntó el príncipe Jasimir—. Ninguna casta ha tenido jamás una protección especial como esa.

Swain tosió.

—Supongo que tus Halcones palaciegos solo son huéspedes bien entrenados y altamente armados, ¿no? —Una vuelta y un pisotón, un rayón más en el suelo.

El príncipe abrió la boca, después la cerró, pensativo.

—Es diferente —dijo despacio—. Los miembros de la realeza son los principales blancos de los ataques coordinados y de la violencia

interna...

—Sí, y nosotros de verdad morimos por esas causas. —Fie cruzó los brazos—. Dijiste que querías ayudar. Rhusana parece creer que tiene Halcones de sobra. Hemos establecido nuestros términos, príncipe. Haz tu juramento o déjanos en paz.

La parte favorita de Fie sobre la danza del dinero era que siempre, siempre funcionaba.

Tavin pasó una mano por su pelo oscuro.

—Hay una cosa en la que tiene razón, Jas. De hecho, muchas cosas. Suficientes puntos para hacerme pensar que en realidad ella está hecha de espinas.

—También hay algunos huesos ahí dentro —agregó Pa, su sonrisa era apenas un barniz sobre una amenaza no dicha—. Ya sabes, para sostener la estructura.

El príncipe Jasimir frunció el ceño, sus ojos iban a toda prisa de Fie a Tavin. Después de un largo rato, sus hombros se desplomaron.

—Está bien. Tienes mi palabra.

Fie inspiró. Un murmullo se extendió entre los Cuervos; bien podría haber hecho eco a través de la carretera y por todo Sabor.

El príncipe acababa de prometer que le diría a su país que los Cuervos merecían protección.

Pero solo tenían su palabra. Fie sabía lo endeble que era la promesa de un Fénix.

—Dije un juramento por la Alianza.

El príncipe se contrajo. Hangdog rio de una manera cruel.

—Ay, ¿el principito tiene miedo de hacer un juramento?

Pa le lanzó a Hangdog una mirada sombría.

—No hay nada de malo en ello, muchacho. Soy el jefe. Lo harás

conmigo.

Cuando Jasimir no se movió, Pa lentamente desenvainó el tocón serrado de una espada que llevaba bajo su túnica. Alguna batalla lejana en el tiempo la había partido a la mitad, dejando un trozo de acero no más largo que el antebrazo de Pa, pero su hoja rota aún brillaba con malicia cuando Pa la clavó en su palma. Sostuvo en alto la mano para mostrar un tajo pequeño y sangriento.

—No es nada, ¿ves?

—Tav... —La voz de Jasimir se había marchitado como una pasa. Fie conocía ese miedo, la trampa de un camino que solo iba en dos direcciones adversas.

—¿Su palabra no es suficiente? —Tavin se deslizó entre Pa y el príncipe. Una línea en su frente indicaba que su fachada de tranquilidad podía reventar por las costuras.

—No —contestó Fie, impasible. La diplomacia de Tavin cedió y él la miró con ceño aún fruncido. Ella le devolvió el gesto—. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que tu futuro rey tenga que cumplir su parte del trato por una vez?

El príncipe Jasimir se sobresaltó y negó con la cabeza.

—Yo... Está bien. Tienes razón.

—Jas... —Tavin puso una mano sobre el hombro del príncipe.

—Un rey no puede hacer promesas vacías. Esto es solo una formalidad. —Jasimir sacudió los hombros para apartar la mano de Tavin, caminó hasta Pa y sujetó el extremo roto de la espada. Sus dedos salieron ensangrentados.

Su mano y la de Pa se unieron. El aire alrededor de ellos crepitó con un calor de hielo, como los momentos previos a la caída de un relámpago. El círculo de antorchas ardió más fuerte, bañando la carretera en luz roja.

—En cuerpo y sangre hago este juramento —dijo Pa—. Los míos y yo te llevaremos a salvo hasta tus aliados, príncipe. Ante la Alianza, lo juro por que mi alma no descanse en paz hasta que así sea.

—En cuerpo y sangre hago este juramento —repitió Jasimir—. Como rey, aseguraré la protección de la casta de los Cuervos como pago por el servicio que me brindéis ahora. Ante la Alianza, lo juro.

Una brisa revolvió el pelo de Fie y onduló las llamas de las antorchas. El propio suelo pareció vibrar bajo los dedos de sus pies.

Pa aún sujetaba la mano del príncipe con firmeza.

—Ante la Alianza, nos unimos en este juramento. Juro mantenerlo en esta vida y en la siguiente, si fracaso.

El viento creció con más fuerza.

—Con la Alianza como testigo, este juramento será cumplido. — La voz de Jasimir era más fuerte ahora—. En esta vida o la que sigue.

La luz del fuego, por un momento, pareció aferrarse a las manos unidas, brillando con más fuerza al entrelazarse con los nudillos y la piel.

Hubo un breve y furioso resplandor de luz y después todo pasó.

La Alianza los había escuchado, a Pa y al príncipe e incluso a Fie.

La brisa cesó, la tenue luz de las antorchas se volvió repentinamente exigua tras el juramento. Fie se meció en el lugar, mientras intentaba atrapar un pensamiento entero del torbellino que había en su cabeza.

Había hecho que el príncipe hiciera un juramento por la Alianza. No más Adelfas; no más jinetes nocturnos; no más dedos en la carretera. Siempre y cuando cumplieran su parte del trato.

Pero si salía mal, Pa pagaría el precio.

La idea se retorció en su garganta como el collar de una reina.

Si Pa o Jasimir fallaban en esta vida, aún estarían obligados a cumplir en la siguiente y en la siguiente y en la siguiente. Hasta que su juramento se consumara, Pa estaría atado al príncipe.

Y un Fénix de la realeza había jurado proteger a los Cuervos.

Odiara a los chicos o no, Fie debía admitir que extorsionar a la realeza tenía su lado positivo.

—Un placer hacer negocios con usted, Su Alteza —señaló Pa, alegre. Soltó al príncipe—. Ahora, creo que tenemos unos cuerpos que quemar.



4

UÑAS Y DIENTES

—**P**uedes ayudar o puedes irte, Halcón.
Si Tavin percibió la sal en el tono de Wretch, no lo mostró, mientras se mecía junto a la carreta e intentaba mantener un trozo de leña en equilibrio sobre su cabeza.

—He oído que así es como los granjeros Gorriones transportan sus cargas —respondió con una sonrisa, de la que Fie ya estaba harta—. ¿No quieres que pase por uno de vosotros?

—Esa es otra casta —estalló Fie, mientras agarraba más troncos y los cargaba en la suerte de saco que había hecho con su capa. Al menos el príncipe Jasimir había tenido la prudencia de quedarse al margen mientras los Cuervos construían la pira—. De la única forma en que pasarás por un Cuervo es manteniendo tu estúpida

boca cerrada.

—Esa es una causa perdida —reconoció Tavin, encogiéndose de hombros—. No pude quedarme callado ni como cadáver. —Ante la mirada desconcertada de Fie, quitó el trozo de leña de su cabeza y la señaló con este—. ¿En la casilla de cuarentena? Dijiste algo sobre el incienso y yo me reí. Y luego tu amigo el gruñón casi me rompe el cuello al arrojarme adentro de la carreta.

Ella había creído que la risa era de Hangdog. Y se había equivocado. Otra vez.

El príncipe se movía nerviosamente y flexionaba la mano que se había cortado. La Alianza la había sanado al sellar el juramento, pero eso no parecía tranquilizarlo.

—Ese incienso era el ceremonial...

—«Maldito pachuli», así lo llamó. —Tavin rio. Equilibraba el trozo de leña en la yema de un dedo—. Tres días completos de esa porquería. Te dije que era repugnante, Jas.

Fie le arrebató la madera de su dedo y lo agregó al montón, puso el fardo sobre su hombro y se fue dando patadas al suelo.

—*Ella* está de acuerdo conmigo —agregó Tavin cuando ella se alejaba, impasible.

El Fan. Fie solo tenía que soportar las estupideces de los lorecillos hasta llegar al Fan. Bueno, al gobernador de la ciudad de Cheparok. Entonces la parte del juramento que le correspondía a Pa estaría consumada y ella podría olvidarse tanto de los lorecillos como de la Cofradía de las Adelfas.

Hangdog estaba haciendo un anillo de tierra alrededor de una creciente pila de madera como cortafuegos cuando Fie se acercó. Al verla, clavó la pala en el suelo y murmuró:

—¿Está Su Alteza dándote problemas?

—Solo su perro guardián —masculló ella en respuesta.

—Parece que lo han entrenado para que haga algunos trucos. —
Hangdog señaló detrás de Fie con el mentón.

Fie echó un vistazo. Tavin se había sentado en un tronco tambaleante junto a la carreta y equilibraba más leña en las palmas de sus manos y en su coronilla. La mitad de los Cuervos miraba el cielo. La otra mitad reía.

Ella frunció los labios.

—Creí que en las castas cazadoras eran todos estirados.

—Resulta que el príncipe es un llorón y su guardia es un payaso.
—Hangdog escupió y recogió la pala—. Qué desperdicio de cerebro con esos dos.

Fie arrojó su carga de leña sobre la pila, sintiendo un escozor de desconfianza. Esto era exactamente por qué Pa decía que Hangdog era inteligente durante dos segundos. Tavin ya se había puesto a trabajar en ganar a los Cuervos para su príncipe. El Halcón no era ningún payaso. Era un problema andante.

Y el problema personificado estaba revolviendo las mortajas ensangrentadas en el suelo cuando ella volvió a la carreta. Primero sacó una daga, que lanzó al expectante príncipe, luego dos espadas cortas, que amarró con un cinturón a su cadera de forma rápida y experta. Las fundas de cada espada parecían lo bastante lujosas como para alimentar a toda la bandada durante un año.

Fie se dirigió al príncipe.

—¿Acaso los Fénix se queman?

El príncipe Jasimir parpadeó.

—¿Me hablas a mí?

—Sí. ¿Te quemas? —Fie esperó la respuesta mientras seguía recogiendo más leña, pero Jasimir parecía completamente perplejo.

Ella suspiró—. ¿Tiene sentido fingir una pira funeraria para un joven con el don del fuego?

Fie se preguntó, más de lo que quería, sobre el día en que los dioses muertos habían repartido los dones de nacimiento. Se preguntó qué había llevado a los dioses Gorriones a bendecir a su casta con el don del refugio, que les permitía escabullirse fuera de toda percepción. Qué inspiró a los dioses Grullas a darles a sus hijos el don de la verdad para que pudieran detectar las mentiras como si fuesen manchas.

Se preguntó, demasiado, por qué los dioses Cuervos no les habían dejado ningún don.

E imaginó que cuando los dioses Fénix les otorgaron a sus hijos el don del fuego, no habían tenido las piras funerarias en mente.

Tavin habló por el príncipe.

—Está bien. Los Fénix se queman cuando están muertos. —Se puso de pie y arrojó las mortajas hechas un bollo sobre la leña en brazos de Fie—. Aquí tienes, esto también debería ir en la pira.

Algo cayó de entre las telas. Fie lo atrapó por reflejo.

Un chispazo se disparó hacia arriba por su brazo y entró como una estampida en su cerebro antes de que ella pudiera evitarlo. Durante un momento, la vista de Fie se puso negra y el mundo fue lodo y porquería rancia, chillidos y gruñidos, cerdas y...

—Huesos de cerdo.

La noche alumbrada por las antorchas regresó con el sonido de la voz de Tavin. La leña yacía desparramada alrededor de los pies de Fie, cuyas manos aún estaban enredadas en las mortajas. Era evidente que Tavin estaba reprimiendo una sonrisa; probablemente creía que estaba asqueada y no mareada.

—Son huesos de cerdo —dijo riendo y se arrodilló para recoger

los troncos caídos mientras la mente de Fie luchaba por recuperar una lengua más humana—. Creímos que la pira no estaría completa sin algunos fragmentos de hueso.

Ella no se había metido con huesos de animales en meses. El poder en los huesos y en los dientes humanos se podía extraer o reservar a voluntad, pero el de las bestias... las bestias tenían la desagradable costumbre de descontrolarse.

Las manos de Fie se sacudieron ahora con más rabia que conmoción.

—Escúchame, chico Halcón, y *compéndelo* bien. —Lanzó el bulto de mortajas al pecho de Tavin—. Jamás pero *jamás* sorprendas a un Cuervo con huesos como esos. *Jamás*.

—Menos a un Cuervo como Fie —agregó desde atrás Pa, que le dio una palmadita a Fie en el hombro.

—¿Es una ladrona de huesos? —preguntó el príncipe Jasimir, mirándola de reojo.

Casi todos los Cuervos al alcance del oído se crisparon ante el insulto. Tavin también. El príncipe no pareció darse cuenta. Pa escarbó en el compartimento de carga inferior de la carreta antes de responder, lo que provocó un maullido de protesta de parte de la gata Barf, quien se había refugiado al lado de un costal de mijo.

—Todo jefe Cuervo lo es —dijo finalmente Pa, que colocó un cántaro de fogonazo bajo su brazo. Subió la manga derecha de su túnica para mostrar la marca negra de los brujos que se arremolinaba en su muñeca, la misma que llevaba Fie—. Las bandadas no duran sin un brujo. Soy jefe de esta y estoy entrenando a Fie y a Hangdog para que algún día lideren las suyas. Pero con Fie, el problema no es su parte bruja. Es su temperamento el que te dejará una marca.

Pa le guiñó un ojo a Fie, luego sacudió sus dedos hacia las espadas que los chicos habían amarrado a sus lados.

—Envolved esas fundas y empuñaduras en harapos esta noche y mantenedlas fuera de vista. Las castas cazadoras no toleran que los Cuervos lleven filos íntegros.

—¿Qué quieres decir? —El príncipe Jasimir aferró la empuñadura enjorada de su daga—. La ley saboreana permite que todos porten acero.

Pa encogió los hombros.

—Y eso está muy bien, pero la ley no sirve de nada para los Cuervos. Como mucho, se nos permite una hoja rota para el jefe. Vuestros aceros permanecerán escondidos o irán a la pira. —No esperó la respuesta y se fue caminando.

Después de eso, la estúpida sonrisa de Tavin se esfumó.

Fie no podía evitar que volviera a su mente el recuerdo de los sirvientes afligidos en ese palacio hediondo y chabacano. Quizás realmente habían lamentado la muerte de los lorecillos. Pero si la última hora servía de muestra, no podía comprender por qué, por más que lo intentara.

En cuanto la pira estuvo coronada con las mortajas y los huesos, Pa descorchó el cántaro de fogonazo. Derramó un líquido transparente y espeso mientras se giraba hacia los lorecillos.

—Quitaos las camisas también, muchachos. Mejor dejar algunos restos en las brasas. Fie, Hangdog, dadles vuestras túnicas y máscaras.

El príncipe Jasimir parecía haberse resignado a preservar la frágil tregua, porque para cuando Fie sacudió las astillas de madera de su capa, él y su guardia ya estaban quitándose sus túnicas ensangrentadas. Podía leer una historia de entrenamientos en sus

cicatrices sanadas, un mapa de cada vez que no fueron lo suficientemente veloces para detener la hoja de la espada. La luz de las antorchas también se enredó en las espirales de una quemadura que reptaba desde la muñeca a las nudillos de la mano izquierda de Tavin. Parecía vieja y no era producto de ningún entrenamiento que Fie conociera.

—A la reina anterior no le gustaban los nobles que no servían para pelear.

Tavin la había pillado mirando. Fie se sonrojó. Él solo agarró su capa y su máscara.

—Jas y yo no seremos una carga si nos enfrentamos con problemas.

La primera reina había nacido markahna, el clan de Halcones más viejo y orgulloso de todo Sabor. Parecía ser que casarse con alguien de la casta Fénix no la había cambiado demasiado.

Hangdog sujetó la muñeca sin quemadura de Tavin.

—Espera...

En un instante, la frágil tregua se hizo añicos.

Hubo una respiración, la caída de una máscara y harapos negros, una contorsión de miembros rápida como el de una víbora y luz de antorcha y acero, un exabrupto de sorpresa.

Y después, ahí estaba Hangdog, de pie, inmóvil como una piedra, con la punta de una espada rozándole la piel debajo del mentón.

Todo indicio de simpatía se había desvanecido del Halcón, que tenía un brazo estirado frente al príncipe Jasimir. Los ojos de Tavin permanecieron apuntados a Hangdog, pero cuando habló, se dirigió a todos ellos.

—Estoy cansado. No he comido en tres días. Y no me gusta que

me arrastren de un lado a otro. Así que lleguemos a otro acuerdo, ¿vale? *Nosotros* cumpliremos vuestro pedido de pasar por Cuervos, aunque eso signifique esconder las espadas, quedarnos callados o, que Ambra me ayude, advertiros sobre *huesos de animales*. —Su burla irritaba más que su sonrisa—. Y a cambio, vosotros, todos vosotros, evitaréis ponernos un dedo encima sin permiso previo. Ni una sola vez.

El pulso de Hangdog saltó en su cuello, peligrosamente cerca de la punta de la espada.

—¿Tenemos un trato? —preguntó Tavin.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Hangdog, como si apuntara a escupir la cara del Halcón. Era claro como el agua cómo terminaría eso.

Fie se interpuso entre ellos y empujó a Hangdog hacia atrás.

—De acuerdo —respondió, mirando a Tavin con la misma frialdad. La punta de la espada se cernía a menos de un palmo de sus ojos.

—Es un brujo de guerra —murmuró Hangdog detrás de ella—. Creo haber visto la marca.

En efecto, líneas negras adornaban la muñeca sin quemadura del guardia Halcón.

—¿Lo has oído? —Fie habló lo bastante fuerte para que Pa la escuchara, mientras trataba de no pensar en lo cerca que estaba y lo afilada que era la punta que se cernía amenazante—. Solo miraba tu marca de brujo.

Contó una respiración, luego dos, luego tres, sin dejar de sostener la mirada de Tavin.

Entonces, la espada desapareció en su funda con un chirrido, tan rápido como había aparecido. Tavin asintió, seco.

—Por supuesto. Ahora lo escucho. Supongo que ha averiguado cómo usar las palabras.

Fie arrastró a Hangdog hasta Pa antes de que averiguara palabras más ofensivas para el príncipe o su perro guardián.

Pa negó con la cabeza mientras las últimas gotas espesas de fognazo se derramaban desde el cántaro a la madera fría.

—Ha estado cerca —dijo Pa por lo bajo—. Los Halcones tontos no dejan de ser Halcones. No olvidemos las garras, ¿de acuerdo?

—Sí, Pa. —Fie odiaba que le temblasen las manos, la vieja rabia ardía en sus venas. Juramento o no, a los Halcones les gustaba ver cómo los Cuervos se sobresaltaban cuando desenfundaban sus espadas. No volvería a olvidarlo.

Pa presionó algo pequeño, duro y familiar en la palma de Fie. Alzó la voz.

—Vosotros dos os quedaréis a cuidar el fuego. No es necesario salarlo si no hay pecadores. Nos encontraremos en el refugio santuario en cuanto arda bajo. Todos los demás, nos retiramos.

—El pedernal —exclamó Hangdog cuando los otros Cuervos agarraban sus cuerdas de arrastre—. Aún está en la carreta.

Pa negó con la cabeza y señaló a Fie.

—No hace falta.

Fie abrió su puño. Un diente de leche aguardaba allí, brillando con fuerza entre sus dedos. Atónita, miró a Pa.

Él simplemente asintió.

—Hazlo, chica.

Fie apoyó la otra mano sobre el diente de Fénix y lo hizo rodar entre sus palmas como un apostador a punto de arrojar un caracol. Solo necesitó concentrarse un momento para encontrar la chispa de vida enterrada en lo profundo, un espíritu durmiendo en el hueso.

Esta no era como ninguna otra chispa que hubiese desenterrado antes, pero Pa no le daría nada que no pudiera conquistar.

Con los ojos cerrados, Fie separó las manos. La chispa se liberó.

Fie vio seda y oro, patios de arenisca, un puño lanzado a las llamas frente a una entusiasmada multitud cubierta de diamantes. Nada de hambre o miedo, solo el peso de una terrible ambición. Después, como antes con la bestia, se esfumó y no dejó nada salvo un calor persistente en la palma de su mano.

Abrió los ojos. El diente estaba ardiendo.

Fie no sentía dolor, aunque los trapos que le envolvían la mano habían comenzado a chamuscarse. El fuego no hacía daño a un Fénix y tampoco, al parecer, a la bruja que llamase a los espíritus de la realeza. La pequeña llama ardía con fuerza, color oro puro, como si Fie estuviese sosteniendo al mismísimo sol. Levantó la manga de su camisa desde el codo hasta el hombro y se concentró en la llama una vez más. Fragmentos vinieron a ella: entrenamiento de arquería, una amante esperando en los jardines de vainas ambarinas, una ceremonia para encomendar el diente de un tío a la reserva para viáticos... después, al fin, lo que ella buscaba. La llama de una vela serpenteando alrededor de los dedos como un gatito ronroneando.

Fie se aferró a la forma en que el Fénix muerto había dominado el fuego con su voluntad y buscó la respuesta en una vibración de sus propios huesos. Una agitación a lo largo de su columna. Llamó a la chispa y la unió a su propio poder. Ahora era momento de hacerla cantar.

Con su cabeza y su corazón y todos sus huesos, Fie tiró.

El diente hizo erupción en su mano extendida. El calor estalló a través del espacio abierto, los suspiros de sorpresa dieron paso a

los insultos de asombro cuando las llamas demasiado fulgurantes arañaron las estrellas.

La primera vez que Pa le había hablado a Fie sobre lo que era una bruja, había comenzado hablando de los dioses.

«Eternidades atrás», le dijo, «cuando los mil dioses fundaron sus castas y eligieron sus tumbas, dejaron una última bendición antes de morir: un don de nacimiento para cada casta».

Cada casta, a decir verdad, salvo la de los Cuervos.

Los dioses que engendraron a los Cuervos tenían un sentido del humor retorcido. Los Cuervos venían al mundo sin bendiciones, pero sus brujos, de todas formas, tenían un don. Era por eso que las otras castas los llamaban ladrones de huesos: su don era robar dones.

En los años que siguieron, Fie aprendió los modos y costumbres de los brujos Cuervos bajo la atenta mirada de Pa. Ella podía llamar a cualquier don en los huesos desechados de vivos o muertos por igual, siempre y cuando su chispa sobreviviese para ella.

«Pero», había preguntado largo tiempo atrás, «¿por qué tuvieron que morir los mil dioses?»

Y Pa había contestado: «Todo tiene un precio, Fie. Especialmente el cambio. Hasta los Fénix necesitan cenizas de las que renacer. ¿Sabes cuántos brujos hay en Sabor?»

Ella había negado con la cabeza.

«Mil», le había dicho Pa. «Teníamos que renacer de algún lado».

Nunca lo había creído del todo. Nunca se había sentido como una diosa.

Pero con el fuego, el don de la realeza, aullando en la palma de su mano, Fie se sentía una ahora.

Respiró hondo y devolvió el fuego a un tamaño respetable, pero un hormigueo en su cuello le indicó que los ojos aún se posaban en ella. En efecto, la mirada de soslayo en los ojos entrecerrados del Halcón era una que conocía muy bien. Pertenece a alguien que recalculaba cómo la había evaluado en un primer momento.

El príncipe, por otro lado, parecía horrorizado. Fie supuso que no le gustaba ver el fuego divino de los Fénix en manos de alguien de casta baja; luego, vio que no había marca de brujo alguna en ninguna de las manos de Jasimir.

Los dioses muertos habían dejado sus tumbas como santuarios para sus castas, sitios donde los dones se intensificaban para competir hasta con el poder de un brujo. El palacio real estaba construido sobre todas y cada una de las tumbas de dioses Fénix en Sabor, no tanto un santuario sino, más bien, una demostración de poder. Dentro de sus muros, cualquiera con el linaje de Ambra podía llamar algo de fuego sea brujo o no. Pero fuera de Dumosa —quizás por primera vez—, el príncipe Jasimir estaba sin poder.

Fie echó una mirada a Pa, quien estaba reprimiendo una sonrisa otra vez. Él había dejado bien en claro sus intenciones: el príncipe tenía su acero y a su Halcón mascota, pero los Cuervos tenían sus dientes.

Fie arrojó el diente a la pira. Ardería tanto como ella quisiera, hasta que su chispa se apagara. El fogonazo había quedado atrapado en una grieta y las llamas blancas perseguían un enjambre de chispas. Fie se quitó el polvo de las manos, dio algunos pasos atrás y lanzó una mirada de soslayo a los lorecillos. Quizás ahora enterrasen sus petulantes tonterías.

Pero Tavin estaba observando la máscara.

—¿Por qué hay menta aquí dentro?

Pa, en respuesta, solo silbó la señal de marcha.

—Nos largamos —tradujo Wretch a los lorecillos. La carreta crujió en confirmación.

Fie giró hacia la pira y mantuvo sus ojos ahí. Pronto, las pisadas y los quejidos de la madera se desvanecieron por la carretera, hacia la noche, más allá del fuego.

La palma de su mano cosquilleaba con el recuerdo de la llama. El diente había sido tan viejo, la llama tan pequeña; su dueño había muerto hacía décadas, quizás siglos. Sin embargo, durante ese breve instante, había ardido con suficiente ferocidad como para incendiar Sabor desde las montañas hasta la costa si ella lo hubiese dejado.

Parte de ella quería hacerlo.

Eso era falso. El pensamiento rodaba en su cabeza como un diente en su mano. No era que ella quisiese prender fuego al mundo, no. Solo quería que el mundo supiera que *podía* hacerlo.

—Es un mal negocio.

La voz de Hangdog irrumpió en el siseo del fognazo.

Fie negó con la cabeza, mientras apagaba los pensamientos de tiranía de fuego.

—Siempre es un mal negocio.

—No como esto.

Sin Pa ni los lorecillos para hacerla envanecer, el dolor del largo, largo día hizo que su mal genio fuese aún peor. Hubiese suavizado sus palabras para Hangdog hace tiempo, cuando ambos se escabullían en busca de bosquecillos más privados. Habían tenido su propio trato: las bandadas de Cuervos, al fin y al cabo, tenían solo un jefe, así que durante el tiempo que estuvieran juntos, compartían poco más que una necesidad fugaz. Pero lunas y lunas

habían girado desde que se habían buscado por última vez y la paciencia de Fie se había desgastado hasta hilachas en más de un sitio.

—¿Qué hubieses hecho? —espetó.

El semblante de Hangdog se endureció al mismo tiempo que el fogonazo comenzaba a esfumarse, cediendo al naranja sangriento de la llama de la madera. Con una mano arañó su mandíbula.

—Les habría cortado los pescuezos en su horrible palacio.

—¿Y dejar que las Adelfas anden sueltas?

Él escupió al fuego.

—¿Importa? Ese príncipe llorón no puede cumplir ese juramento. —Sus ojos se volvieron vacíos—. Si supieran alguna condenada cosa sobre las Adelfas, habrían aprendido a no intentar asustarnos con ellas.

Fie mordió su lengua. Veía que, pese a todo aquello sobre cortar pescuezos, Hangdog pellizcaba su manga raída con el índice y el pulgar. La pregunta era qué era más fuerte: ¿su miedo por la Cofradía de las Adelfas o su odio por los nobles?

—Deberían saberlo —agregó él, y su voz salió distante y al mismo tiempo rabiosa.

Ella extendió una mano. Hangdog la sujetó, con suficiente fuerza para que su pulso tamborileara contra los dedos de Fie, donde el fuego Fénix había ardido momentos atrás.

La falsa pira ardía con furia y rugía ante ellos, devorando las mortajas vacías. Si hubiesen estado completas, Pa habría arrojado sal al fuego y les habría dado la bienvenida a las carreteras de los Cuervos para su próxima vida. Los lorecillos ni siquiera habían tenido que morir para comenzar a andar los caminos de los Cuervos.

Por la espalda de Fie trepó un miedo que susurraba que los atraparían, que susurraba que Pa estaría sujeto al juramento para siempre, que susurraba lo peor de todo: que Hangdog tenía razón.

Fie sostuvo su mano, cuidó de la pira e intentó no pensar en los dientes de Fénix.



La mañana llegó demasiado pronto y encontró a Fie demasiado rápido. Ella ocultó su cara de las cuchilladas de sol que se filtraban por las cortinas de juncos todo lo que pudo, acurrucándose cada vez más debajo de su delgada manta. Al final, fue el olor lo que la sacó de la esterilla para dormir. Panchato fresco siseaba en una plancha. Volvió a oler y captó el queso frito y la miel, sus favoritos.

Solo Pa cocinaba panchato de esa forma y cuando lo hacía, significaba una de dos cosas: o ella merecía un premio o él necesitaba pedir un favor.

La curiosidad y el hambre hicieron que se pusiera de pie y se estirara en el santuario-refugio. Había transcurrido la mitad de la noche cuando ella y Hangdog finalmente llegaron al campamento. El puñado de horas que había dormido no era suficiente ni de cerca, pero tendría que bastar.

Fie observó la pequeña habitación intentando recordar qué dios había sido enterrado aquí. Urnas de dientes se apiñaban a los pies de una figura central, pero esas estaban en todos los santuarios de dioses Cuervos. Los huesos de Fie vibraron con el zumbido de cientos de dientes encendidos: humildes Gorriones para mantener el santuario oculto, distinguidos Pavos Reales para crear la ilusión de una arboleda en su lugar.

Ninguna Adelfa los encontraría aquí ni en ningún otro santuario-refugio. Pa había dicho que cerca de doscientos permanecían

ocultos en Sabor; también le aseguró que los Cuervos estarían perdidos sin ellos. Solo los santuarios les proporcionaban un lugar seguro para criar a los niños hasta que fuesen lo bastante mayores para caminar por las carreteras, un lugar seguro para cuidar a los enfermos y heridos o para dejar productos de reserva para las bandadas que estaban sin suerte.

Dondequiera que mirara, las paredes de arcilla se cubrían de rudimentarios murales descascarados con dioses muertos y garabatos sobre la creación del mundo. En una esquina, los primeros dioses concebían a sus mil hijos-dioses; en otra, los mil dioses acordaban la Alianza, que había traído muerte, juicio y renacimiento al mundo. Hasta ese momento, los humanos solo eran juguetes de los dioses, sin voluntad propia.

Fie no estaba segura de que algo hubiese mejorado desde entonces.

Unos pocos dioses Cuervos aparecían en los murales: Loyal Star Hama, que protegía a los Cuervos dormidos; Crossroads-Eyes, que los guiaba lejos de los caminos traicioneros; Dena Wrathful y sus cientos de cientos de dientes. Pa había dejado a Fie y a su madre en las ruinas del templo de la propia Dena Wrathful durante las primeras lunas de Fie. Ma le había contado que supieron que Fie era una bruja porque en cuanto pudo gatear, la encontraban riendo entre los huesos del santuario noche tras noche.

La deidad del santuario extendía seis manos desgastadas, que sujetaban un compás, un martillo, un bastón, una manta, una cesta y un cuervo. La rueda de una carreta hacía de corona.

Maykala. La patrona de los viajeros cansados. Era apropiado, sin dudas. Fie inclinó la cabeza hacia la imagen de su antecesora, empujó la desvaída cortina de seda de cuervo que hacía de puerta

y recogió sus sandalias en el umbral.

Hangdog aún dormía en un pilón debajo del alero del santuario. Los otros Cuervos se movían por el espacio abierto, enrollando esterillas para dormir y sacudiendo sus capas. Estaban extrañamente lejos del fuego, donde Pa se ocupaba de una plancha humeante y una montaña creciente de panchato.

Un *chas-chas-chas* atrajo los ojos de Fie hacia los culpables: los lorecillos estaban sentados frente al fuego en el lado contrario a Pa. Uno de ellos arrastraba una piedra afiladora a lo largo de una espada desenfundada; el otro miraba fijamente, serio, las llamas. Se habían puesto unas camisas y pantalones de seda de Cuervo que pertenecían a la reserva de viáticos del santuario.

Al lado de ellos estaba sentada Besom, la cuidadora del santuario y, quizás, el Cuervo más viejo que Fie jamás había conocido, quien tenía a la gatita Barf acurrucada en su falda. No había demasiados Cuervos que viviesen lo suficiente para sentir el dolor de los huesos viejos. Los que eran como ella pasaban sus años ancianos manteniendo encendidos los hechizos de dientes en los santuarios-refugio, comunicando rumores y advertencias de bandada a bandada y marcándoles diferentes caminos para que ninguna región acabara repleta de Cuervos. El cabello de Besom había encanecido mucho antes de que se conocieran, sus manos oscuras estaban manchadas de púrpura de recoger e hilar el liquen de seda de Cuervo que llenaba de barbas las ramas de los árboles. Aunque sus dedos estaban torcidos como viejas vides, trabajaban con agilidad en un cordel de hilos, mientras ella hablaba en un murmullo con Pa.

—¿Tres?

—Sí, tres. Los haremos durar todo lo que podamos.

Fie se dirigió hacia allí cuando Besom comenzó a hurgar en una bolsa apoyada sobre el césped amarillo por el sol. No había dudas de que la vieja cuidadora estaba anudando los dientes de Fénix a un cordel de jefe para Pa. Ninguno de los lorecillos levantó la mirada del fuego o del afilado de la espada. Era una suerte, porque ni siquiera a la luz del día Fie podía distinguir cuál de los dos era el príncipe.

En cuanto Fie se sentó, Pa sacó un panchato de la plancha y lo dejó caer en un trapo limpio, lo salpicó con unas gotas de miel y una pizca de sal y se lo pasó.

—Aquí tienes.

El lorecillo que afilaba detuvo el raspaje de la piedra contra el acero.

—Ah, ¿ahora sí comemos?

Ese acto amistoso solo podía ser del chico Halcón. Ambos lorecillos miraban el montón de pan como impuestos adeudados a la corona. Fie recordó que habían dicho que no habían comido demasiado en tres días.

Miró al chico Halcón directamente a los ojos y mordió un trozo de panchato.

—Sí, ahora podemos comer. —Pa se giró para llamar al resto de los Cuervos y probablemente para esconder su sonrisa. Su voz recorrió todo el espacio.

—Hora del desayuno, gente.

Tavin hizo un gesto con la mano hacia ella.

—Alcánzame un par para mí y Jas, ¿quieres?

—No puedo. Manos llenas. —Fie dio otro monstruoso mordiscón.

El Halcón masculló un insulto y se apresuró a alcanzar la pila de panchato antes que los otros. Pa apenas tuvo tiempo para arrojar

una pizca de sal sobre dos círculos cuando Tavin los arrancó de allí. El príncipe Jasimir le lanzó una mirada desaprobatoria a Fie por encima de la hoguera, mientras esperaba que Tavin mordiera un trozo de cada uno, masticara, luego partiera las mitades sin tocar y se las diera.

Hubo un momento de paz mientras Pa salaba panchato y se lo pasaba a los Cuervos. Después habló el príncipe Jasimir.

—Se está esfumando tu glamur.

Tavin tragó con una mueca.

—Podemos dejarlo durante unos días.

—¿No tenéis dientes de Pavo Real? Lo podéis arreglar. —El príncipe ladeó la cabeza hacia Pa.

Pa alzó las cejas.

—Ah, ¿tienes un glamur de Pavo Real?

Tavin asintió.

—Para la cara. O sea, soy el doble de Jas por algo, pero sin un glamur, nos puedes diferenciar.

Fie frunció los labios. Hasta ahora, la única diferencia que había detectado entre los lorecillos era que uno fingía que le caían bien los Cuervos.

—Lo siento, muchachos. No tenemos suficientes dientes de Pavo Real como para aplicarte glamur todo el camino hasta Cheparok. Y hablando de eso... —Pa dejó caer una rueda de masa sobre la plancha caliente, luego apuntó con sus pinzas a los moños deshilachados de los lorecillos—. ¿Esos? Esos tienen que irse.

Tenía razón. Ambos lorecillos habían heredado en su piel el tono dorado de los Halcones del norte, pero se necesitaría una cuidadosa observación para distinguirlos de entre los Cuervos, además su pelo y ojos oscuros ayudaban. Esos moños, sin

embargo... esos los señalarían como miembros de la realeza a simple vista.

—Absolutamente no. —El príncipe Jasimir se echó hacia atrás—. Mantendré mi capucha puesta. Estoy seguro de que hay Cuervos de pelo largo.

—Solo a los que les gustan los piojos —acotó Wretch mientras pescaba un trozo de panchato y lo sostenía en alto esperando a que Pa lo salara.

Detrás de ella, Swain soltó una risa sin disimulo.

—Madcap me apostó dos nakas a que estos chicos se expondrían antes de que termine el día. Apuesto a que no llegaremos a una señal de legua. A este ritmo, espero hacer una fortuna.

—¿Porque no quiero cortar mi pelo? —preguntó, tenso, el príncipe.

Fie rezó por que estos chicos no fueran así de tediosos todo el camino.

—Porque vais a fastidiar al jefe con cualquier cosa.

—Estoy seguro de que no cumplís a rajatabla cada una de sus pequeñas sugerencias —dijo Tavin con la confianza arrogante de una espada desenfundada.

Pa se rascó su barba entrecana, pero su semblante permaneció tranquilo.

—Sí, Swain. Te esperan fortunas.

—Habla con seriedad. —Los labios de Jasimir se fruncieron cuando Swain y Wretch retrocedieron—. Realmente no puedes esperar que obedezcamos cada una de tus órdenes hasta que lleguemos al Fan.

Pa dio la vuelta el panchato.

—Sois chicos inteligentes. Espero que hagáis lo que sea necesario.

Tavin se puso de pie e hizo sonar sus nudillos.

—¿Cuánto tiempo más tardaremos en marcharnos?

—El Fan es una provincia, no un deudor —respondió Pa, mientras cuidaba la masa—. No está a punto de huir de nosotros.

—Si Rhusana toma el trono, querrá hacerlo en el solsticio, dentro de dos lunas. —El rostro del príncipe se había congelado—. Mi padre podría estar muerto antes de que termine la luna del Pavo Real.

—El jefe juró encontrar a quienes les agradas —dijo Hangdog con desdén por encima del hombro de Fie. Finalmente se había levantado—. No es de sorprender que eso tome tiempo.

La expresión de Tavin permaneció mordaz pero amable.

—¿Cuánto tiempo más? —volvió a preguntar.

—Una hora, como mucho, y estaremos en la carretera. —Pa delineó un mapa en la tierra con un dedo y trazó la ruta que harían—. El camino de aquí a Cheparok... diría que tardaremos una semana, si tenemos suerte.

—¿«Suerte»? —Tavin levantó su espada—. Un anciano llegaría caminando allí en cuatro días.

Besom le dio una palmada en la espinilla.

Fie se quedó petrificada. Tavin había sido brutalmente claro sobre que no lo tocaran los Cuervos.

Pero tan solo rio y enfundó su espada. A los ojos de Fie, no había hecho falta afilarla en lo más mínimo.

—Mis disculpas.

Pa dio vuelta otro pan más, mientras Barf se estiraba y se iba del regazo de Besom.

—Tener suerte significa que tengamos que responder solo a una almenara de plaga y que sea una que esté cerca de la carretera.

Mala suerte significa que la almenara esté a un día de distancia y que haya trabajo de un día allí y un día de ruta para volver.

—Eso es inaceptable. —Tavin fue más mordaz que amable ahora.

Fie había tenido suficiente de las amenazas sin sustento de Tavin. Así que se puso de pie.

—Desquítate con la Alianza.

—No le hables así —espetó el príncipe Jasimir.

—No le hables así a Pa —estalló ella.

Tavin dirigió su mirada penetrante hacia ella y una advertencia destelló en su tono.

—Estás hablando con el príncipe heredero de Sabor.

—Qué extraño —siseó Fie—, podría jurar que ese príncipe está muerto.

El Halcón abrió la boca... después miró hacia abajo. Barf se había acurrucado en sus sandalias y ronroneaba.

—Fie. —Las pinzas rasparon el acero cuando Pa dio vuelta el panchato. Le gustara o no, ella entendía la seña de un jefe cuando la oía. Se sentó.

—Los Cuervos vamos adonde nos llaman —dijo Pa—. Una almenara es una almenara. Los Halcones dirigen esas estaciones y no toman a bien cuando los Cuervos ignoran su llamada.

—Yo lidiaré con los Halcones —dijo Tavin.

Pa no lo miró.

—Eso es solo la mitad del asunto. Respondemos a toda almenara que vemos o después respondemos a la Alianza con numerosos muertos a nuestra cuenta. Si no nos llevamos a un pecador a tiempo, la plaga se hace con todo el pueblo, todo animal, toda semilla, todo niño. No podemos hacer nada excepto quemar todo

hasta las cenizas para evitar que siga propagándose. ¿Has escuchado alguna vez a un niño muriendo en el fuego?

El príncipe Jasimir tragó saliva y negó con la cabeza.

—Entonces, hagamos que siga siendo así, ¿no? —Pa dibujó unas ramas vacilantes en el mapa de tierra—. Si vamos directamente, son dos días al sureste para llegar a la región del Fan y otros dos días hasta Cheparok. Contemos al menos un desvío. Pero haremos que Su Alteza llegue a salvo al final de la semana, mucho antes de que salga la luna del Pavo Real.

El príncipe Jasimir se movió, inquieto.

—Por lo que sabemos, Rhusana ya ha enviado a los Buitres a rastrearnos.

Fie se sobresaltó y la palma de su mano se deslizó sobre las curvas negras de su marca de bruja. La había puesto ahí una bruja de piel de la casta Buitre años atrás, cuando Fie se registró como bruja, tal como requería la ley saboreana. La mujer había sido norteña, como casi todos los Buitres, agria y pálida como la leche pasada y sus dedos húmedos y pegajosos se habían clavado con tanta fuerza en la muñeca de Fie que había ardido cuando finalmente la soltaron.

Los mejores brujos de piel podían rastrear carne como un perro de caza. Fie había sentido la magia de rastreo cuando había practicado con un diente de Buitre: la bruja de piel, muerta hacía ya mucho tiempo, veía cada pisada, cada huella de dedo, todo lo que su presa había tocado, y tejía todo en un rastro tan evidente como la lana de una madeja. Si unos brujos de piel como ella venían a buscarlos...

Pa dio una palmadita al nudoso cordel de dientes alrededor de su cuello.

—Lo sabré cuando vengan, chicos. Estáis con tres Cuervos brujos ahora. Mantendremos a los Buitres ocupados.

Fie deslizó su mano lejos de su marca de bruja e intentó no pensar en que Pa había dicho *cuando* y no *si*.

—Mm. —Tavin apartó su pie de debajo de la gata atigrada y lo arrastró para borrar el mapa de tierra de Pa.

—¿No crees que temes demasiado, chico?

—No. —Tavin no desarrolló la respuesta, solo extendió la mano hacia el príncipe—. Jas, dame tu cuchillo.

El príncipe Jasimir le pasó su daga, la empuñadura con joyas destelló bajo la luz del sol. Tavin la metió en su cinto, después comenzó a deshacer su moño.

—No puedes hacerlo. —El príncipe se enderezó—. ¿Cómo harás para pasar por mí?

—Ya dejaré de pasar por ti en cuanto el glamur se desvanezca. Si Rhusana nos está buscando... llamaría demasiado la atención que haya dos Cuervos innecesariamente encapuchados. Además, si hay una emergencia, ellos pueden usar un diente extra para arreglarlo.

Fie ladeó la cabeza y puso su sonrisa más empalagosa.

—¿Quiénes son «ellos», chico Halcón?

Tavin miró el cielo, retorció su pelo oscuro alrededor de sus nudillos y comenzó a cortar.

—Sabes lo que quiero decir.

Un silencio tenso cayó sobre el claro mientras cercenaba todo su pelo, salvo por algunos mechones obstinados. Lo supiera o no, el chico Halcón acababa de recortar su rango. Y lo había hecho porque un jefe Cuervo se lo había pedido.

Tavin notó las miradas y mostró una sonrisa avergonzada,

mientras el cabello caía en una cortina negra desapareja.

—¿Está muy mal?

—Lo dejaré un poco mejor, si quieres —se ofreció Wretch y fue entonces cuando Fie supo que Tavin se había ganado a la vieja Cuervo. Sintió una punzada en las tripas. ¿Acaso no era otro truco para cautivarlos?

—Gracias. —Tavin comenzó a arrojar el cabello en el fuego, después lo pensó mejor y arrugó la nariz—. ¿Hay un lugar donde pueda lavarme?

—Hangdog. —Para perplejidad de Fie, Pa alzó un cordel de dientes del suelo y se lo entregó a su otro aprendiz—. Quien quiera lavarse que siga a Hangdog al arroyo.

Los cordeles eran para los jefes propiamente dichos. Fie esperaba que Hangdog estuviese más cerca de ser jefe de lo que ella apostaba.

Tavin metió la daga otra vez en su cinto.

—Al arroyo, entonces. ¿Jas? ¿Vienes?

—En cuanto termine de comer. —El príncipe Jasimir jugueteó con lo que quedaba de su panchato y no levantó la mirada hasta que Tavin estuvo fuera del alcance del oído. Luego murmuró a Fie—: ¿Estaba triste mi padre?

—¿Qué?

Jasimir agachó la cabeza.

—Cuando nos llevaron a través del Salón del Alba. ¿Pudiste ver si mi padre estaba bien? —Fie negó con la cabeza—. ¿No estaba bien?

—Él... —Ella no sabía por qué lo sentía tan amargo de decir—. El rey Surimir no estaba allí.

Jasimir dejó de partir su pan.

—Los tronos estaban vacíos —agregó Fie—. Rhusana nos pagó a las puertas del palacio.

Jasimir se quedó helado. Después se puso de pie, dejó caer su panchato en el fuego y se fue caminando ofendido, en busca de Tavin, sin decir otra palabra.

—Hum. —Besom levantó las cejas—. Qué forma de desperdiciar un buen pan.

Fie supuso que debía sentir pena por el príncipe. Quizás la hubiese sentido si el trono del rey no hubiese estado igual de vacío para todos los Cuervos desde que tenía memoria.

Y tenía otros asuntos en su cabeza. Además de ella, Pa y Besom, solo quedaba Swain, que estaba haciendo el registro del inventario.

Podía hablar con franqueza.

—¿*Hangdog* ha conseguido un cordel?

—Tú también. —Besom sacudió sus dedos enredados en el cordel.

—No soy jefa. —Y de hecho, tampoco lo era *Hangdog*, pero Fie se guardó eso para sí.

—Es hora de que lleves el tuyo. Se aproximan cambios. —Pa pinchó otra rueda de panchato con un par de pinzas para probar si la masa esponjosa ya estaba lista para darla vuelta—. Estamos lanzando huesos del hado, Fie. ¿Caen de la forma correcta? Nos deshacemos de las Adelfas y, en lo que a mí concierne, eso hace que merezcas más que el cordel de jefa. Pero si los huesos caen del lado equivocado... —Hizo una pausa para levantar el panchato sobre la chapa caliente. Aún estaba demasiado crudo en el medio y se partió a la mitad. Una de las dos mitades cayó en las brasas y Pa maldijo.

»Eso seremos nosotros —refunfuñó mientras daba vuelta la otra

mitad—. De todas formas, quiero que lleves un cordel.

Fie observó, pensativa, cómo la mitad quemada se arrugaba. La mayoría de los aprendices de jefe tenían que esperar a las ceremonias de la luna del Cuervo para aceptar un cordel de jefe. Llevar uno era un honor, no algo con lo que debieran sobornarla.

A menos...

Ella se quedó mirando a Pa, pasmada.

—Tendré que heredar el juramento.

Besom dejó escapar una carcajada, mientras sus dedos bailaban alrededor de hilo y diente.

—Astuta, astuta. Te dije que lo olería.

—No hace falta hacer un escándalo —dijo Pa, firme, pero sus ojos estaban clavados en el fuego, no en ella—. Es solo si el trato sale mal. Tienes la cabeza mejor puesta que ninguno de nosotros. Si algo pasa y no puedo cumplir el juramento... bueno, no recurriré a Hangdog para que lo termine por mí.

Las pulsaciones repiqueteaban en los oídos de Fie. No debería haberla perturbado tanto; confiaba en Pa. Y aunque nunca habían hablado de eso, tanto ella como Pa sabían quién lideraría su bandada cuando su hora llegara. Y aunque nada le pasase ahora... el príncipe, el juramento, el peso de todos los Cuervos vivos... recaerían solo sobre ella.

Fie miró por encima de su hombro, luego preguntó:

—¿Hangdog ha recibido dientes de Fénix?

Besom negó con la cabeza.

—Gorrión, Búho, Paloma, algunos de Grulla.

Refugio, memoria, suerte y verdad. Dones que no podían hacer daño a nadie. Eso no era casual.

—¿Crees que intentará atacar a los lorecillos?

—Creo que atacaría al propio rey si tuviera la oportunidad —respondió Pa, serio—. Necesitamos este trato. —Sacó la masa esponjosa de panchato de la plancha—. Por eso confío en que lo llevarás a cabo, de ser necesario.

Fie sintió que se formaba un nudo en sus tripas, como el cordel en manos de Besom. Pa tenía razón. Sin importar que el príncipe la llamara ladrona de huesos, sin importar que su Halcón mascota afilara su espada, necesitaban este juramento. Habían necesitado este juramento durante generaciones.

La madre de Fie había necesitado el juramento.

Fie nunca había pensado que sería la jefa que lo negociaría. Y no había forma de que escapara de la carretera ensangrentada de un jefe. Ya no.

—Listo. —Besom le pasó el cordel a Fie. Era más pesado de lo que esperaba. Dientes de las doce castas completas pendían en pesados racimos, más de los que Fie podía contar. Chispas familiares titilaban en cada uno, una promesa y una carga.

En cuanto lo amarrara a su cuello, tendría el deber de llevar el cordel de jefa hasta el día en que su camino acabara.

Había pedido esto, atrás en el castillo. Lo había exigido. Y con su danza había metido a Pa en este lío. Por donde lo mirara, por todos los dioses muertos, estaba obligada a ayudarlo a salir de él.



Fiel a su palabra, Pa silbó la orden de marcha que los envió a las carreteras antes de que terminase la hora. Madcap comenzó con fuerza una canción de ruta obscena en cuanto llegaron a la viaplana, una carretera más ancha y más transitada que los trabajadores Palomas y Gorriones mantenían lisa y regular. Barf retomó su lugar dentro de la carreta, aunque Fie calculaba que eso

duraría solo mientras se mantuvieran en la viaplana. Besom había dicho que echaría de menos a la gata más que a todo el resto junto.

Después, a mitad de camino hacia la siguiente marca de legua, las exigencias de la Alianza los llamaron.

La canción de Madcap se apagó. La carreta se detuvo.

—¿Por qué nos detenemos? —cuestionó el príncipe Jasimir, sudando bajo su capucha.

Wretch escupió a la carretera y señaló un hilo de humo azul profundo que se elevaba por encima de las copas de los árboles.

—Yo digo que dejemos que se pudran —gruñó Hangdog.

—Sí, y después los granjeros se pudren y después sus campos y después nuestra *paga*, sinsesos —disparó Fie. Observó cómo Swain hacía un recuento de sus provisiones. El deber impuesto por la Alianza era solo un lado fácil del asunto. La cruda verdad era que también tenían dos bocas más que alimentar.

—Pero ¿qué *es* eso? —preguntó el príncipe.

—¿*En serio?* —Hangdog le lanzó una mirada de indignación—. ¿Cuándo fue la última vez que tu trasero mimado salió de los terrenos del palacio?

—Suficiente. —Pa aclaró su garganta, entornando los ojos hacia el cielo—. Es una almenara de plaga.



5

DAMOS DE COMER A LOS CUERVOS

El sol se alzaba una hora después de la marca del mediodía cuando llegaron al poblado. Habían seguido las almenaras a través de una viáspera con dirección al este; primero habían dejado atrás la almenara de humo azul, luego la de humo violeta. Ambas fueron apagadas a su paso. Pa, Hangdog y Fie envolvieron sus manos y antebrazos en trapos limpios mientras caminaban, para así mantener la sangre lejos de sus mangas.

Pa hizo sonar la campana en la base del puesto de señales de un pueblo, donde un humo negro manchaba el cielo despejado con un pulgar de carbón. Un guardia Halcón se asomó por encima del borde de la plataforma, encontró quince Cuervos con quince máscaras y capas (y una gata atigrada y gruñona) y asintió con la

cabeza antes de volver a desaparecer. El humo comenzó a cortarse.

Barf huyó del carro en cuanto giraron por una viáspera más angosta e irregular, pero Fie la metió de nuevo en el compartimento.

—Más tarde me darás las gracias —murmuró entre los maullidos indignados. No había forma de saber cómo los recibiría el pueblo, pero Fie tenía una sensación bien fundamentada. No podía arriesgarse a que desquitaran su rencor también con la mascota de los Cuervos.

Pa miró por encima de la cabeza de Fie e identificó al príncipe y su Halcón.

—Nosotros nos encargaremos de la carga pesada, muchachos —murmuró—. Vosotros manteneos lejos del cuerpo.

Detrás de Fie, Tavin rezongó dentro de su máscara.

—¿Cómo hacéis para distinguiros entre vosotros vestidos de esta manera?

La respuesta estaba en la forma en que Swain remangaba muy cuidadosamente su túnica bajo el calor húmedo. O la costumbre de Wretch de mecerse en el lugar, en cómo nunca realmente se quedaba quieta. O la forma en que los dedos de Hangdog se clavaban en sus palmas cada vez que los lorecillos hablaban.

Pero Fie dijo únicamente:

—Sois los únicos dos que camináis como si debiéramos cederos el paso.

Y después, siguió a Pa a la plaza del pueblo.

Los habitantes estaban apiñados cerca del horno comunitario, acurrucados como sus casas encorvadas y de techo de paja. La mayoría de las puertas llevaban la marca de las castas comunes; la que estaba al lado de la tumba del dios del pueblo lucía un

emblema de las castas cazadoras y el borde pintado de un árbitro Grulla.

La Grulla de pelo plateado dio un paso adelante cuando Pa se acercaba. Sus ojos estaban enrojecidos, su toga naranja estaba veteada con tenues manchas de sangre que las vainas de jabón no habían podido quitar. Como árbitra del pueblo, ejercía de jueza, doctora y maestra. Probablemente conocía a los pecadores desde su nacimiento.

Con un dedo tembloroso del color del roble, apuntó hacia una casa cercana con techo de paja.

—Están ahí dentro.

—¿Más de uno? —preguntó Pa.

El rostro arrugado de la mujer se desmoronó durante un momento antes de volver a afianzarse.

—Dos... dos adultos. Marido y mujer.

—Naden y Mesli —escupió un hombre—. Tienen nombre.

Tenían, pensó Fie, sería, mientras estudiaba a los curiosos. No había niños pequeños llorando, ni una familia que se lamentara. Aun así, la ira se fermentaba debajo de la superficie. Y se odiaban por llamar a los Cuervos.

Pero si los cadáveres no estaban cremados para su segundo amanecer, la plaga se propagaría más rápido que los rumores en el pabellón de los Cisnes. Fie conocía demasiado bien qué sucedía después de eso: para el final de la semana, no quedaría nadie ileso en el pueblo. Tras dos semanas, los muertos estarían apilados, los cultivos ennegrecidos en los campos. Para el final del giro de la luna, solo quedaría madera podrida, tierra en ruinas y espíritus resentidos.

Pa guio la carreta hasta donde lo permitía el camino hacia la casa

de techo de paja y se detuvo antes de que el lodo empantanara las ruedas. Un sembradío se extendía a medio arar; el verde musgoso era una isla en un mar de tierra oscura. La luna de la Paloma era el tiempo para sembrar; la luna del Pavo Real sería el tiempo de esperar.

Ese campo no se tocaría hasta que la casa de techo de paja fuera quemada y se construyese de nuevo. Esta vez, mientras caminaban hacia la puerta, Fie percibió el verdadero, conocido, hedor de la plaga y la muerte.

—Hangdog, encárgate de la carreta. —Pa señaló a Fie con un dedo torcido—. Tú vendrás conmigo, chica.

Fie tragó. Pa ya había cortado gargantas delante de ella, pero solo cuando no podía evitarlo. Esto lo sentía como un traspaso final más, otro cordel de jefa, otro juramento con que cargar; los dientes pesaban alrededor de su cuello.

Cuando. No si.

La puerta se abrió a las penumbras hediondas y Fie siguió a Pa al interior.

Dos cuerpos se enroscaban uno con otro sobre un camastro en el extremo más lejano de la única habitación. Una mano manchada con un sarpullido se hundía sobre una cubeta de madera con agua. Una manta había sido arrojada a un lado en la agonía de la fiebre, que aún permanecía en el calor pegajoso de la habitación.

Para sorpresa de Fie, Pa desabrochó su máscara y la apoyó en la mesa junto a un plato de arcilla con panchato de molde.

—Estorba —explicó Pa mientras frotaba su nariz.

El susurro con la pregunta surgió antes de que ella pudiera tragárselo.

—¿Por qué no has traído a Hangdog?

Pa echó una mirada por encima de su hombro mientras Fie dejaba su propia máscara. Pa bajó la voz.

—Ese muchacho no necesita practicar para rebanar gargantas.

Un gemido atravesó el breve silencio antes de que Fie pudiese asimilar la respuesta.

Pa caminó hasta el camastro, con Fie a su sombra. Se arrodilló en la tierra y con cuidado pasó una mano bajo la nuca de la mujer. El sudor había pegado el pelo oscuro a su cabeza, su cara y brazos estaban morados con la inconfundible marca del pecador. La costra amarilla que tenía en los ojos se desmenuzó cuando estos se entreabrieron.

—*Duele.* —Una voz ronca surgió de sus labios secos, ensangrentados.

Pa tenía muchas voces. Tenía su voz de jefe para guiar a su familia de Cuervos lo mejor que podía. Tenía su voz de Cur para provocar a Wretch o hacer una broma a Swain. Tenía su voz de Pa para enseñarle a Fie cómo usar los dientes, cómo dar lo que era justo en una disputa, cómo lidiar por igual con los Pavos Reales de la nobleza o con las Palomas nacidas en la miseria.

Pero tenía otra voz, la que había usado cuando acababa de adoptar a Fie como su hija. Cuando las pesadillas sobre su madre aún la hacían llorar hasta enfermar. Cuando ella se acobardaba ante cualquier destello de tela blanca en los mercados. Cuando el sonido de los cascos de los caballos la hacía escabullirse hasta los setos a la vera de la carretera, aterrorizada de que fueran las Adelfas.

Había usado su voz reconfortadora para calmar su llanto, apaciguar sus nervios, persuadirla de que saliera de entre las espinas antes de que se hiciera más daño.

Y en este momento, Fie supo que la usaba para cortar gargantas.

—*Shhh* —dijo Pa, con suavidad, mientras agarraba la media espada de un lado—. Aquí estamos.

Una temblorosa gota de sangre se acumuló en la boca de la mujer.

—Por favor —susurró con dificultad—... quema...

—Fie. —Esta era su voz de Pa. Era momento de estudiar.

—Sí. —Se arrodilló al lado de él.

—Sujeta su cabeza.

El cabello pegajoso crujió bajo sus manos. Los ojos de Fie se cerraron con fuerza ante el centelleo de la espada de Pa.

—Tienes que mantener los ojos abiertos. —La voz de Pa se posó en algún lugar entre una reprimenda y una disculpa. Fie apretó los dientes y obedeció.

—Cuervos —murmuró la pecadora. La gota roja se derramó cuando los labios de la mujer se extendieron en una leve sonrisa de alivio—. Misericordia. Ya está...

—Ya está. —Pa pasó el filo a lo ancho de su pescuezo—. Duerme, amiga.

Hubo una sacudida salvaje. La pecadora murió sonriendo.

Cuando el cuerpo se había quietado, Pa le entregó la espada rota, con la empuñadura hacia delante.

—Para el marido.

Fie intentó no quedarse mirando. La espada resbaló un poco en sus manos. Observar había sido difícil, pero esto...

Cuando. No si.

La misericordia era una facultad del jefe. Impartirla era su deber.

Se acercó al otro cuerpo, después presionó dos dedos donde el cuello se encontraba con el hombro. La carne estaba más fría, había

un rastro de sal donde el sudor se había secado hacía tiempo.

No había pulso.

Le abrió la boca y tocó un diente. Si aún estuviese vivo, la chispa del hueso habría cantado para ella el doble de fuerte que cualquiera de los que llevaba en su cordel. En lugar de eso, este suspiró y vibró.

—Está muerto. —Un alivio temporal. El nudo en sus tripas se aflojó.

Pa se estiró hacia su hombro, pero se detuvo. Sus manos aún estaban manchadas de sangre. Las sumergió en la cubeta de agua, luego las secó con la manta arrojada a un lado y se puso de pie.

Lo que fuese que había querido decir ya había quedado atrás. En lugar de hablar, se puso su máscara y dijo:

—Prepáralos.

Con la ayuda de Hangdog, los cuerpos fueron enfardados y cargados en la carreta en un cuarto de hora. El resto del pueblo los esperaba en la plaza central, donde se movían con nerviosismo y murmuraban entre sí.

No había viático a la vista. Fie se enfureció.

La árbitra Grulla dio un paso adelante en cuanto estuvieron lo bastante cerca para oírla.

—Gracias por sus... servicios —dijo con voz quebradiza—. Hemos dejado leña para dos piras como paga en la entrada.

—¿Y? —Pa giró la cabeza hacia la tierra de pastoreo alambrada, llena de cabras y ganado.

—Eso es todo lo que podemos dar.

Las Grullas disponían del don de la honestidad, pero que pudiesen detectar mentiras no significaba que no las dijeran. Fie contó al menos tres cencerros de hierro en el cuello del ganado en la

pastura: tres bestias marcadas para dar alimento. Siendo miembros de las castas comunes, los pueblerinos parecían estar demasiado bien, nadie parecía estar saltándose comidas o encontrarse escaso de ropas. Hubiesen podido dar un rollo de tela o la vaca más pequeña como viático apropiado o incluso solo una bolsa de sal, con facilidad.

Fie captó un murmurado «damos de comer a los Cuervos» desde un grupo de habitantes. Las mandíbulas de la Grulla se tensionaron.

—Eso es todo —repitió.

El refrán completo era menos amable: «De una u otra forma, damos de comer a los cuervos». La Alianza no miraba con ojos bondadosos a los tacaños. Escatimar con los Cuervos ahora solo hacía más probable que tuviesen pecadores que recoger luego.

Pa esperó, dándole a la Grulla una última oportunidad de hacer las cosas bien. Nadie se movió. Solo el *tolón* de un cencerro rompió el largo silencio.

Pa se dirigió a un compartimento tras un tablón lateral del carro y sacó un par de pinzas mientras los lorecillos se movían inquietos. Se las pasó a Hangdog.

—Llévate los dientes.

Las manos de Tavin se cerraron en puños.

—Sí, jefe. —Hangdog se acercó al primero de los dos cadáveres amortajados. Fie esperaba que no fuera la mujer a la que acaban de cortar la garganta.

Giró su máscara de nuevo hacia los lugareños antes de poder descubrirlo. La mayoría había palidecido. Las familias como las suyas guardaban sus dientes de leche para el viático, al no tener ni la desesperación ni el estómago para arrancar los dientes de sus

muertos. El murmullo de furia se enroscaba con más fuerza con cada movimiento de las mortajas.

—¿Aquí?

Por supuesto que el príncipe se pondría aprensivo.

Los lugareños miraron hacia donde estaba. El príncipe Jasimir tosió y bajó la voz.

—¿Tenemos que hacer esto aquí... *jefe*? —Soltó el título como un arrendajo rojo hace caer los huevos del nido de su rival.

—Sí. —Esa fue la voz de jefe de Pa.

Detrás de Fie, el metal chirrió contra el diente al ponerse Hangdog manos a la obra.

La árbitra Grulla se estremeció con el constante *clic, clic, clic* de cada hueso que caía sobre las tablas de la carreta. Detrás de ella, los pueblerinos intercambiaban miradas sombrías que daban malos augurios a Fie. Cuanto antes salieran y estuvieran en la carretera, mejor.

Finalmente, los *clics* se detuvieron. Un momento después, Hangdog entregó un trapo anudado a Pa, pequeños puntos rojos surgían en el algodón.

—¿Habéis terminado? —preguntó la árbitra.

Pa sintió el peso del trapo en su mano.

—Sí, amiga, con esto es suficiente. —Silbó la orden de marcha—. Regresaremos cuando nos llaméis.

Cuando. No si.

El carro crujió al ponerse en movimiento. Rodaron hasta la puerta, solo para encontrar que los Halcones del puesto de señales habían bajado para apresurarlos y señalaban las pilas de leña que estaban al lado del abrevadero de sus mamuts de monta. Para sorpresa de Fie, Tavin siguió a Swain hasta la leña. Quizás él

también deseaba volver a la viaplana cuanto antes. Por una vez, estaban de acuerdo.

Tavin cargó una brazada de leña, pero al enderezarse, uno de los Halcones dejó que su lanza con punta de bronce se deslizara solo lo suficiente para hacer que se volviera a inclinar. Un tronco cayó de sus brazos y aterrizó en el pie del guardia. Este maldijo.

—Creo que le debes una disculpa a mi amigo. —El otro Halcón rio.

Tavin se contrajo de indignación, un lujo que ningún Cuervo se podía dar. Lo único que los salvaba a todos era su máscara.

Swain enganchó su brazo con el de Tavin e hizo una reverencia rápida.

—No quiso ofenderlos, guardias, para nada. El chico no habla. Fue un horrible accidente. Lo sentimos terriblemente. —Llevó a Tavin de vuelta a la carreta y Pa hizo señas para que otros se ocuparan de recoger la madera. Pronto, los Cuervos siguieron su camino.

Durante un rato, solo sus pisadas y el traqueteo de las ruedas rompieron el silencio moteado con los cantos de los pájaros del bosque; ni siquiera Madcap se atrevía a entonar una canción de ruta tan lejos de la viaplana. Después Pa se quitó la máscara y la arrojó adentro la carreta. Fie hizo lo mismo y aspiró aire fresco por entre sus dientes. Pronto, una pila de máscaras se posó sobre las mortajas y la leña.

El Halcón mantuvo su máscara, así como la del príncipe, colgada de un hombro, con tanta precaución temerosa como con el mapa de tierra de Pa.

—¿Eso era realmente necesario? —El mentón del príncipe estaba alzado con verdadera terquedad bajo su capucha.

—¿A qué te refieres, Alteza? —preguntó Pa, sin mirar atrás.

—Os dejaron un pago. Y vosotros arrancasteis los dientes de sus amigos frente a ellos.

—La leña no es un verdadero pago. —Si Tavin notó que las cabezas se giraban hacia él, no lo demostró—. No puedes contratar a un herrero para hacer una espada y pagarle solo con el hierro que usará para forjarla. No hay remuneración por la labor, por no hablar de las tres leguas de camino que tardamos en llegar.

Las mejillas de Jasimir se oscurecieron.

—Esa no es excusa para mutilar cuerpos. Los muertos deben ser tratados con honor.

—¿Honor? —preguntó Fie, un calor trepaba por su cuello—. Ese pueblo quería escupir a nuestras caras. Y querían eso más de lo que querían que sus queridos amigos se marcharan con dignidad. Obtuvieron lo que querían. ¿Por qué no lo íbamos a hacer nosotros?

—¿Y quién decide si lo que vosotros queréis es demasiado? —Era evidente que el príncipe Jasimir aún estaba dolido por tener que hacer el juramento—. ¿Y si pidiérais la mitad de su ganado? ¿O el equivalente a un año de salario? ¿O el resto de los huesos, antes de que puedan enfriarse?

Fie lo miró con furia.

—Las Adelfas nos destriparían antes del anochecer...

—Quizás si no les diérais razones...

—Jas. —Tavin lo interrumpió—. Llevarse los dientes fue un mensaje. Un duro mensaje, pero ese pueblo pensará dos veces antes de intentar engañar a los Cuervos otra vez. No es distinto a los juegos de nuestra corte.

O bien el Halcón estaba comenzando a comprender su oficio, o bien, ahora que le agradaba lo suficiente a la mitad de los Cuervos,

estaba trabajando el doble para cortejar a la otra mitad. Fie echó un vistazo por el rabillo de su ojo y se preguntó si una Grulla olería una falsedad suya. Todo lo que Fie veía era un lorecillo con un corte de pelo y una nueva cicatriz...

Parpadeó. Era una cosa pequeña, una línea delgada a través de la ceja derecha del Halcón, pero era una marca que el príncipe no tenía.

El glamur de Pavo Real seguía desmoronándose con cada parpadeo. Con el pelo rapado hasta las orejas y una cara casi propia, pronto nadie lo confundiría con el príncipe.

El chico Halcón había recortado su pelo para Pa, había tenido el tino de no provocar a los guardias y había frenado al príncipe. Fie no confiaba en él con tanta fuerza como con la que podía darle un empujón, pero quizás se había ganado el beneficio de la duda.

Tavin apuntó una sonrisa amplia, demasiado bonita, hacia ella.

—Además, llevarse huesos completos... *eso* es poco práctico. ¿O me equivoco? Me das la impresión de ser alguien que arrancaría la columna de un sujeto si la quisiera de collar.

La naciente buena voluntad de Fie se marchitó.

Entrecerró los ojos hacia la carretera que tenía delante.

—Te equivocas en una parte —dijo—. No me interesan las joyas.

—¿Qué te interesa, entonces? —La sonrisa de Tavin no había flaqueado ni un poco; en todo caso, se había ampliado—. ¿Flores? ¿Poesía? Sé que puedo descartar el pachuli.

El príncipe hizo una mueca como si hubiese encontrado una bola de pelos en sus sandalias. Era claro que había visto este baile antes y eso le dijo a Fie todo lo que necesitaba saber.

—El silencio —respondió Fie—, me interesa el silencio.

—Y dar puñetazos a los cadáveres —agregó Tavin—. Admitiré

que tengo ese efecto en la gente. Así que te gusta la violencia y el silencio. ¿Qué más?

—La gente que entiende una indirecta —dijo Hangdog con los dientes apretados.

Tavin siguió sin inmutarse.

—¿Y?

—Y creo que está comenzando a interesarme un nuevo collar —respondió ella con frialdad.

—Entonces *sí* te interesan las joyas.

Detrás de él, Madcap hizo un gesto vulgar que sugería con exactitud lo que creía que le interesaba a Fie. Swain rio por la nariz y subió y bajó un par de veces las cejas hacia ella.

Fie ya estaba de mal humor. Su simpatía era una estrategia, el Halcón no tenía intención alguna de cortejarla. Solo apuntaba a ver si podía desestabilizarla. Los dos podían jugar a esto.

—Me interesa la gente en la que confío —respondió ella, directa como un disparo de advertencia.

Funcionó. Wretch y Swain intercambiaron miradas y Tavin se enderezó, simulando una inocencia burlona.

—Bueno, eso no es demasiado razonable —bromeó él—. Después de todo, lo único que hicimos fue usar vuestra ayuda para fingir nuestra muerte y cometer un fraude blasfemo contra toda la nación de Sabor para beneficio personal.

Eso despertó las risas. Él quería que se rieran para restarle importancia. Fie le siguió la corriente, mostró ella misma una sonrisa sin humor, pero mantuvo su voz afilada.

—Sí, pero no es por eso que no confío en ti.

Las risas se detuvieron. Tavin le lanzó la misma mirada que cuando había encendido el fuego Fénix la noche pasada: de

medición.

¿Ahora quién está desestabilizado?

—¿Hay solo una razón o hiciste una lista? —Una buena defensa.

Quería pintarla como gruñona, mezquina.

Y Fie quería recordarles a sus Cuervos quién era él realmente.

—No sabemos quién eres. O quién podría estar buscándote.

Nunca nos has dicho tu nombre completo.

Él se encogió de hombros.

—¿Eso es todo?

La mirada que le lanzó el príncipe a Fie podría haber encendido su propia pira funeraria.

—Tav, no tienes por qué...

—Está bien —dijo Tavin, pero una línea de advertencia estaba de nuevo en su frente. Fie había dado en el nervio que quería—. Mi nombre completo es Taverin sza Markahn. ¿Responde eso a tu pregunta?

Lo hacía. *Sza* significaba «hijo de». Un clan como el Markahn, lo bastante alto para parir al príncipe heredero, debería haber hecho presumir del linaje paterno de Tavin en el siguiente nombre. En lugar de eso, solo tenía el nombre amplio del clan.

O como Hangdog resumió:

—Entonces, ¿tu papi fue lo bastante bueno para tirarse a una markahna, pero no lo suficiente para darte su nombre?

—Eso no es asunto tuyo —espetó Jasimir.

Tavin encogió los hombros otra vez.

—No, estás en lo cierto y le daré tu opinión a mi padre si descubro quién es. Pero, así como están las cosas, mi bastardía es el menor de nuestros problemas. —Intentó lanzarle una sonrisa condescendiente a Fie—. ¿Algo más?

Fie se preguntó cuántas veces terminarían cayendo los lorecillos en su trampa. A este ritmo, ella podría estar danzando todo el camino hasta el trono.

—Ah, solo sentía curiosidad por tu nombre, chico Halcón. —Fie imitó su encogimiento de hombros, luego apuntó al cuello—. La razón principal de mi desconfianza es que te gusta exhibir tu acero.

—¿Qué?

—Has visto que la única espada que tenemos está rota. No era necesario que apuntaras a Hangdog con la tuya anoche y lo sabías. Solo lo hiciste porque podías.

Con eso obtuvo murmullos de apoyo. Él podía recortar su pelo y fingir diplomacia, pero cuando importaba, seguía actuando como un Halcón.

—Entonces, no se me permite defenderme.

—Cuéntame, amigo —canturreó Fie—, ¿cuándo fue la última vez que apuntaste un arma hacia un miembro de las castas espléndidas?

—No sabes lo que estás diciendo —intervino el príncipe—. Desenfundar un arma ante el noble equivocado podría desatar una guerra civil.

—Claro. Mejor quitarse las ganas con los Cuervos, entonces.

El príncipe Jasimir frunció el ceño.

—Cuando nos atacan...

—Ella tiene razón.

La cabeza del príncipe giró de golpe para observar a su guardia.

La boca de Tavin se abrió, después se cerró. El Halcón suspiró.

—También tú, Jas. Todos tenéis razón. Por los dioses, estoy cansado de hablar de esto.

—Ay, sí, *tú* estás cansado —se mofó Fie.

Tavin echó la cabeza hacia atrás.

—Sí. Preferiría ocuparme del hecho de que nos han estado siguiendo durante un cuarto de legua.

—Sí. —Pa no se dio la vuelta, pero su mano descansaba sobre su cordel de dientes.

Fie maldijo en silencio. Debería haber estado cuidando sus pasos y no danzando de un lado a otro con el Halcón. Echó una mirada disimulada al camino. En efecto, tres figuras lejanas rondaban la curva de la carretera, a la distancia justa para perseguirlos sin ser oídos. La tenue luz del sol centelleaba contra sus guadañas.

—No nos crearán problemas mientras tengamos los cadáveres — dijo Pa—. Y se irán en cuanto lleguemos a la viaplana, donde estarían demasiado expuestos.

Esa era una verdad a medias. Fie tragó un suspiro. Los perseguidores podían ser un presagio de Adelfas. Eso quería decir que los Cuervos debían arrastrar los cuerpos el doble de lejos antes de acampar para pasar la noche y esperar que la distancia desalentara a la Cofradía.

—Entonces, ¿les permitiréis seguirnos todo lo que quieran? — preguntó el príncipe Jasimir.

—¿Qué quiere que hagamos, Alteza? —refunfuñó Wretch—. Esto es precisamente por qué las basuras como ellos no permiten que los Cuervos lleven espadas completas. No persiguen peleas que no ganarán.

Jasimir solo lanzó una mirada al cielo.

En ese momento, Fie supo que pese a todas sus palabras sobre conspiraciones para matarlo y asesinos despiadados, el príncipe jamás de los jamases había sentido el verdadero terror a un extraño en la oscuridad.

Necesitamos este trato, susurró una parte de ella.

Pero otra voz horrible siseó en respuesta:

Solo si el príncipe lo honra.



Barf se instaló sobre la pila de máscaras, pero salió de allí de un salto para atrapar su cena en cuanto se detuvieron para pasar la noche un par de leguas después. Fie la dejó ir. Los acechadores habían desaparecido cuando llegaron a la carretera viaplana, hacía una hora, y la gata parecía capaz de cuidarse sola.

A diferencia de la noche anterior, los Cuervos tenían verdaderos pecadores que cremar. Pa, Hangdog y Fie dejaron los trapos con que habían envuelto sus brazos sobre la pira en ciernes, después se turnaron para lavarse en un arroyo cercano, primero con vainas de jabón para quitar la sangre que quedase, después con sal para cualquier pecado que quedase. Fie volvió a la pira a tiempo para escuchar cuando Pa enviaba a los pecadores a la siguiente vida con un puñado de sal echado al fuego y un murmullo: «Bienvenidos a nuestros caminos, *primos*».

El Halcón mantuvo un ojo sobre los procedimientos mientras ayudaba a Swain con el fuego para cocinar y, por una vez, se mantuvo fuera del camino de los Cuervos. El príncipe se exilió en el extremo lejano del claro y echaba miradas que Fie no podía descifrar hasta que una aterrizó en Hangdog, que se quitaba la camisa. No podía culpar a Jasimir por eso, al menos; Hangdog tenía muchos problemas, pero su apariencia no era uno de ellos.

Cuando Swain ofreció una cacerola con vainas de jabón hervidas, los dos lorecillos se lanzaron hacia ella, ansiosos por lavarse antes de que los Cuervos ensuciaran el agua. Eso *sí* le molestó a Fie. Después, los lorecillos percibieron las miradas cuando ambos

comieron antes de que Pa salara la comida pero, aun así, no dejaron de masticar ni un solo momento.

Barf volvió después de la cena y entró al campamento al lado de la carretera, caminando con petulancia y con la cola en alto. A una distancia segura del fuego, Fie desenrollaba una esterilla para dormir hecha de grama tejida. Aún era temprano, pero Fie necesitaba descansar desde que había despertado en el santuario de Maykala. Los otros hacían apuestas mientras jugaban a lanzar caracoles, reparaban máscaras, martillaban clavos nuevos a través de las suelas de sus sandalias; todos mantenían un ojo en la viaplana mientras la oscuridad caía sobre ellos. La propia Barf saltó de vuelta al compartimento de la carreta y se acurrucó entre los costales de mijo y arroz.

El príncipe se acuclilló frente al fuego y empezó a jugar con una llama alrededor de sus dedos, hasta que Swain se sentó a su lado.

—¿Le gustaría ver el pergamino más raro de todo el reino, Su Alteza? No encontrará ningún otro que se le parezca, ni siquiera en la biblioteca de Su Majestad.

Las cejas de Jasimir se alzaron.

Fie cambió de postura en su esterilla. Swain había trabajado en su pergamino desde que ella tenía memoria, anotando todas las canciones e historias que los Cuervos llevaban en su cabeza. Ella nunca había podido leer ni una sola letra, pero suponía que era importante para él.

Cuando los ojos de Fie finalmente se empezaron a cerrar, las cabezas de Swain y Jasimir aún estaban inclinadas hacia el pergamino y ellos hablaban, absortos, junto al fuego.

Luego, sueños rápidos y feroces y rojos arrastraron a Fie fuera de

la oscuridad vacía del reposo.

Sostenía la mano de Hangdog frente a una pira a plena luz del día.

No era una pira; era el pueblo que habían dejado atrás y ardía con fuego dorado de los Fénix.

Quería quemarlo hasta las cenizas. No, quería que supieran que podía hacerlo.

Los dientes se derramaban desde su mano abierta, ensangrentados y frescos, y estallaban en llamas al caer.

Necesitamos este trato, dijo Pa, que no estaba por ningún lado.

El pueblo ahora era un valle lejos al norte, ardiendo de punta a punta; todo, una enorme almenara negra de plaga. Los gritos que pedían misericordia llenaban el aire.

Nadie respondió, dijo Pa, negando con la cabeza, demasiado cerca del fuego. *Y ahora todos lo haremos*.

No era Hangdog quien estaba a su lado; era la mano de Tavin la que sujetaba y él la estaba midiendo una vez más.

Ella le arrancó la mano...

—Fie.

Despertó frente a un mar de llamas.

La hoguera del campamento. Solo era la hoguera. Fie intentó recuperar el aliento.

—Fie, levántate.

Esa era la voz del jefe.

—¿Pa? —Se sentó y frotó sus ojos. Estaba demasiado oscuro aún para guardar las cosas.

El príncipe rodó para ponerse de rodillas, adormilado y con los ojos entrecerrados. Hangdog estaba de pie cerca, petrificado.

Entonces la respuesta vino con el tenue retumbo del suelo bajo su

delgada esterilla. Sus propias tripas se petrificaron.

No deberían haberse llevado los dientes de los pecadores.

—Sujeta al príncipe y llévate lo que puedas. —Pa era un borrón en la noche, corriendo de un Cuervo a otro, después tiró del príncipe para ponerlo de pie. El retumbo solo iba en aumento—. Arriba, Alteza. La Cofradía de las Adelfas está en camino.



6

EL GATO Y EL REY

El príncipe estaba descalzo.

En sus dieciséis años de vida, Fie había aprendido muchas lecciones difíciles cuando estas le habían dado directo en los dientes: siempre observa a la muchedumbre. Siempre conoce dónde está la salida. Nunca entres sola a un pueblo.

Y en las noches en que quemas pecadores, duerme con las sandalias puestas.

Los dedos de los pies de Jasimir resbalaban sobre el tronco musgoso de un árbol mientras Fie luchaba por subirlo a la rama más cercana y se tragaba un grito de frustración. El estruendo de los cascos de los caballos surgía del suelo debajo de ellos; los Cuervos se desplazaban a toda velocidad por el campamento,

gateando para cubrir sus rastros. Aunque el talón del príncipe estaba apoyado en el hombro de Fie, sus manos temblaban demasiado como para encontrar asidero en una rama o en la corteza. Pero Pa había dicho que sacara al príncipe de la vista; tenía que ponerlos a resguardo...

Tavin tiró del príncipe desde el tronco.

—Fie, ve tú primero. Tira de él para ayudarlo a subir...

Subir. La palabra fue un punto de rotura.

Los clavos en las suelas de sus sandalias mordían la corteza y el musgo a medida que ella subía, con tanta facilidad como si subiese unas escaleras. La correa de su máscara suelta penetró la piel de su garganta, el pesado pico le golpeaba la espalda. Desde el rabillo de un ojo, vio que otros Cuervos también escalaban árboles. Wretch había amarrado esterillas enrolladas a su espalda. Swain llevaba su magra provisión de mapas y pergaminos y la cacerola rebotaba contra su costado.

No vio a Hangdog en absoluto.

Subir. Si perdía al príncipe, perdía el juramento.

Fie subió a la primera rama. Se quitó con rapidez su capa por encima de su cabeza, la retorció como cuerda, después la amarró donde la rama se unía al tronco. El príncipe sujetó un puñado de la seda de Cuervo y comenzó a trepar.

—¡Fie! —Pa estaba de pie abajo. Le lanzó un diente y en cuanto ella lo tuvo, salió disparado.

El diente cantaba en su puño, tan fuerte y claro que, cuando comprendió lo que sujetaba, casi se le cayó.

Los puntos de luz naranja de las antorchas destellaban a lo lejos por la carretera.

Subir. Fie anudó el invaluable diente al fajín en su cintura, luego

tiró de la capa para apresurar al príncipe.

Pero esta rama no sostendría al príncipe Jasimir, a Tavin y también a ella. En cuanto el príncipe estuvo sentado con firmeza, Fie se escabulló a una rama más robusta.

—¡No puedes dejarme! —siseó Jasimir, con los ojos bien abiertos.

Había entrado en pánico, estaba conociendo una nueva clase de miedo. Fie tenía que recordar eso. Pero algunos Cuervos eran más misericordiosos que otros.

—Ayuda a subir a tu chico Halcón, sinsesos —disparó—, *después me pasas la capa...*

El antebrazo de Tavin se enroscó a la vista. Había subido por su cuenta. Un momento después estaba montado en la misma rama que el príncipe. Esta se sacudió y crujió con sus pesos, como ella había temido.

Subir.

Los cascos susurraban por entre las hojas.

Debajo, Fie espió y vio que Pa le daba a Hangdog un puñado de cuerdas de cáñamo, cada una de las cuales estaba amarrada a un pesado bloque de madera tallado toscamente con la forma de un pie, cuajado de espinas. Hangdog sujetó las cuerdas con ambas manos y salió corriendo hacia la oscuridad, lejos de las Adelfas, con los bloques saltando por detrás para marcar la carretera con huellas de Cuervo.

Pa no enviaba a nadie a correr a menos que la situación fuese alarmante. Casi habían perdido a Madcap en una corrida el año anterior y la mujer de Swain había desaparecido en la noche dos años antes, nunca encontraron rastros de ella ni de los pies de madera. Pero si había garantías de que alguien correría rápido y lejos de la Cofradía de las Adelfas, ese era Hangdog.

La capa-cuerda de Fie fue arrojada hacia arriba. Ella la retorció alrededor de la rama y primero el príncipe y después su Halcón treparon a ambos lados de ella. Tavin permaneció de pie, sus dedos se doblaron sobre la rama gruesa, una mano sujetó otra rama para mantener el equilibrio. Jasimir levantó la capa detrás de él.

Ahora cada uno de los cascos retumbaba en el aire. Fie sabía lo que venía a continuación.

Pero esta vez, Pa le había dado el diente de un brujo.

Como todas las castas comunes, la del Gorrión daba luz a escasos brujos. Sus dientes valían oro pero eran mucho más difíciles de obtener. El don del refugio permitía a cualquier Gorrión alejar a voluntad las miradas indeseadas, suavizar sus pisadas, escabullirse lejos de una amenaza sin ser detectados. Para los ataques de las Adelfas, Pa quemaba dos dientes en simultáneo, a veces tres, un truco que Fie aún debía aprender.

Pero el diente de brujo Gorrión que le había dado los borraría a ella y a los lorecillos de toda vista.

—Afianzaos y mantened la boca cerrada, *primos*—les advirtió en voz baja, mientras liberaba el diente de su fajín—. Voy a escondernos.

El diente se calentó contra sus dedos cuando Fie llamó a su chispa, con los ojos cerrados, buscando una canción. En vez de eso, el mundo se quedó en silencio. Destellos de la vida del brujo Gorrión se escurrieron a través de ella: el Halcón que descubrió la magia en su sangre cuando era niño, años en que estuvo obligado a servir a las castas espléndidas, el consuelo en un marido amoroso. Las miles de miles de veces en que se desvaneció de la vista de un lord Pavo Real, de un maestro artesano Tórtola o de un cortesano

Cisne, en ocasiones para obtener secretos, pero con más frecuencia, para que no tuviesen que pensar quién les servía el té. Las miles de miles de veces que olvidaron que él estaba allí. Las miles de miles de veces que él no podía olvidar.

Y al fin: la mujer noble que pagaba al brujo Gorrión por sus secretos y sus servicios y, luego, un año, le pagó a Pa con sus dientes.

La vida del brujo Gorrión pasó en el transcurso de un latido del corazón de Fie. Después, su don se despertó en el canturreo de los huesos de la Cuervo.

Cuando volvió a abrir los ojos, el peso de los chicos aún presionaba la rama, pero no los veía por ningún lado. Sus propias manos parecían bien sólidas, pero ella sería como un espíritu para los demás.

Al otro lado del espacio abierto, otras dos chispas de Gorrión se despertaron en sus sentidos. Pa se había puesto manos a la obra. Fie parpadeó y su mirada resbaló contra los otros árboles cargados de Cuervos. Mirarlos directamente requeriría una verdadera lucha mientras esos dientes de Gorrión estuviesen encendidos.

—Apaga el fuego —dijo Tavin en voz baja.

—¿Y como hago eso desde un *árbol*? Explícamelo, por favor — cuestionó.

—Usa un diente de Fénix.

Fie sujetó con más fuerza la rama. Hasta ahora solo había despertado fuego, nunca había disipado uno. Pero valía la pena el riesgo. Quizás si las Adelfas pensaban que el campamento estaba abandonado, se irían.

Los chicos reaparecieron cuando Fie dejó que el diente del brujo Gorrión se estancara. Uno de sus tres dientes de Fénix se encendió,

ardiente contra el hueco de su garganta. Fie encontró la chispa de su dueña —una vieja princesa de muchos siglos atrás— e intentó torcerla a su voluntad.

La corteza bajo sus dedos comenzó a echar humo.

No. Fie mordió su labio. *Toma el fuego. Llévatelo.*

Intentó percibir la hoguera. Era salvaje y traviesa y danzaba fuera del alcance de su mente.

Vete, ordenó. Vete.

El fuego se inclinó y encogió...

—No está funcionando —dijo el príncipe. La concentración de Fie se hizo añicos.

La hoguera escupió un chorro de chispas, restalló más alto que antes y llamó a las antorchas que ahora se ensartaban en la carretera como una guirnalda.

La rama tembló cuando Tavin se revolvió, inquieto.

Fie respiró hondo, contuvo la respiración y empujó contra la hoguera con todo el dominio que la princesa Fénix tenía, hasta la última pizca. Por un momento el fuego se mantuvo, tenaz, rugiendo con furia... y después se extinguió. Las llamas se sofocaron, los troncos de leña se enfriaron hasta quedar negros. Hasta las brasas se oscurecieron a un gris plomizo.

Dejó escapar el aire. El diente de Fénix aún ardía bajo, su chispa no se había agotado. *Quédate en silencio,* ordenó Fie, el humo aún le rodeaba los dedos cuando volvió al diente del brujo Gorrión.

Los jóvenes comenzaron a desaparecer otra vez. El sonido de un arañazo surgió a su izquierda cuando Jasimir se acomodó en su lugar. Luego un insulto de sorpresa. El destello de un acero.

La daga del príncipe se deslizó afuera de su vaina y aterrizó en la rama debajo de ellos, una silueta bamboleante lista para caer y

delatarlos ante la brisa más tenue.

Y mientras el campamento se inundaba con la luz moteada de las antorchas, Fie vio que, después de todo, Jasimir no había envuelto con un trapo la maldita empuñadura dorada tachonada de joyas.

—¿Puedes hacerla desaparecer? —susurró Tavin.

Fie empujó el alcance del diente de Gorrión más allá de su rama, pero cuando se acercaba a la daga, sus propios huesos zumbaron una advertencia. Ella no pensaba desbaratar su escondite por esforzarse de más.

—No —respondió casi sin voz. La daga tendría que quedarse como estaba. Y ellos tendrían que rezar que los mil dioses muertos por una vez fuesen benevolentes.

La Cofradía de las Adelfas daba vueltas debajo de ellos, haciendo que las ramas temblaran mientras machacaban el césped donde ella había estado acostada apenas momentos atrás. Eran como las vueltas de una enorme serpiente blanca que se enroscaba, un sudor blanco salía como espumarajos de los flancos de sus caballos, tiza blanca espolvoreaba manos y crines y bridas, velos y capas sin teñir ocultaban sus caras. Solo las llamas de las antorchas daban tonalidades a sus bordes.

La respiración se atascó en los pulmones de Fie, su corazón golpeaba con más fuerza. El diente de Fénix crepitaba en el cordel. Su princesa hosca aún estaba allí. Y la princesa decía que Fie debía darles a las Adelfas una degustación de fuego.

Calma. Calma. Fie no era ninguna princesa, era una jefa. Nunca más podría darse el lujo de tener un corazón temeroso.

El líder de la Cofradía desaceleró el paso y detuvo su montura, su máscara plateada de pino de arena apuntó desde las cenizas de

la hoguera a la carreta abandonada.

—¿Es esto?

—Esa es su carreta. —Fie creyó reconocer la voz de la árbitra Grulla del pueblo que acababan de abandonar. Parecía haber cerca de dos docenas de Adelfas, uno de los grupos más grandes que Fie había visto hasta ahora, con cuchillos y palos y hoces amarradas a sus lados e incluso una lanza con punta de bronce de esas que llevaban los Halcones.

El líder desmontó. A diferencia de las capas desiguales de los otros, su túnica de seda blanca parecía hecha a medida para las cabalgatas nocturnas en persecución de los Cuervos. Solo los Pavos Reales tenían dinero y tiempo para perder así. Sostuvo una mano inmaculada sobre las brasas oscurecidas.

—Aún están calientes.

Mil obscenidades galoparon por la cabeza de Fie. Parecía que los dioses muertos no estaban de buen humor.

—Al igual que la pira. —Otro hombre apuntó con su pulgar por encima de su hombro—. Pero que esté caliente significa que quizás ardió hace horas. Húmedo o lleno de arena significa que lo apagaron en el apuro.

La mirada de desprecio del líder atravesó su máscara.

—Gracias, *inspector*, todos hemos visto hogueras antes. Pero no hay razón alguna para que simplemente abandonaran su carreta.

—Son unos malditos animales, no necesitan una razón para hacerlo. —Ahora no quedaban dudas de que era la árbitra Grulla, debajo de una capa de pintura blanca y un velo burdamente tejido. Desmontó de su caballo y caminó hacia el carro para inspeccionar dentro de un panel abierto. Después de un momento, desgarró un trozo de su velo y metió una mano.

—¿Y bien? —cuestionó el lord de las Adelfas.

La Grulla sostuvo en alto las pinzas de Pa envueltas en su tela.

—Son ellos. —Escupió las cenizas, cerró el panel de un golpe y arrojó las pinzas a un lado—. La carreta está llena de su basura. Deben estar escondidos por aquí cerca.

Fie clavó los dedos en la corteza.

Dales fuego, urgió la princesa muerta. *Dales miedo*.

Fie podía quemar Sabor desde las montañas hasta la costa si quería. Ella y esa bolsa de dientes de Fénix.

—Ese fuego ha estado muriendo desde el atardecer —protestó otro hombre de la Cofradía—. Deben haber encendido la pira y huido, sabían que vendríamos...

—No seas absurdo. —El elegante líder Adelfa pasó un dedo despreocupado por su máscara mientras caminaba lentamente por el campamento—. Estamos hablando de *Cuervos*. Son tan estúpidos como perezosos.

Un calor bulló en la garganta de Fie, en su estómago, en su columna. *Enséñales a arder*.

Un rastro de humo serpenteó alrededor de sus dedos.

Entonces el lord de las Adelfas arrancó una antorcha de manos de un jinete y caminó hasta el borde del campamento para observar el oscuro bosque.

Se detuvo en seco bajo su árbol. Bajo la temblorosa daga del príncipe.

La chispa del diente de Fénix se quedó en silencio.

—Son *mugre* —dijo el lord en voz alta, empujando la antorcha hacia la noche. Pretendía provocarlos, sacudirlos para que revelaran su escondite. Si Hangdog se hubiese quedado, eso podría haber funcionado—. ¿Me escucháis? *MUGRE*.

La máscara de madera dura y simple giró hacia un lado y hacia otro, observando los árboles. El fuego de la antorcha irradió contra la hoja de acero.

La luz se desplegó alrededor de la empuñadura enjorada de la daga, que se mecía sobre la rama. Un extremo se inclinó hacia abajo. Los ojos de Fie se dispararon del hombre a la daga y de nuevo al hombre. *Dioses muertos sed buenos.*

—¡Son la verdadera plaga de Sabor! —gritó el hombre detrás de su máscara—. Nos extorsionan para sacarnos nuestros bienes ganados con esfuerzo, luego roban a nuestros niños, a nuestras esposas, ¡hasta a nuestro príncipe!

La daga se deslizó un dedo de ancho, luego se inclinó rápidamente hacia el otro lado. Una rama más arriba, el príncipe contuvo la respiración.

—¡Los dioses lloran por cada bocanada de aire que *permitimos* que un Cuervo tome! ¡Y no habrá paz, no habrá *pureza*, hasta que esta peste sea purgada de nuestra tierra!

Con un destello, la daga se escurrió afuera de la rama.

Tres cosas ocurrieron al mismo tiempo:

El líder de las Adelfas dio media vuelta sobre sus talones.

Fie llevó hasta la última gota de fuerza que tenía al diente de Gorrión que sujetaba en el puño.

Y la daga se esfumó en el aire.

Hubo un pequeño ruido sordo y una línea delgada apareció donde la punta de la daga invisible apuñaló la tierra. La Adelfa se detuvo de espaldas a ellos.

El cráneo de Fie latía, el campamento flotaba en su vista. Todos sus huesos gimoteaban y retumbaban. Un fuerte sabor a cobre quemó su garganta. Demasiado, había estirado demasiado la

chispa del diente, pero no podía dejarla ir, no ahora...

El lord de las Adelfas caminó hacia el carro.

—«Alimentamos a los Cuervos» —dijo con asco—. Mejor matemos de hambre a esas sanguijuelas.

Con un movimiento rápido de la muñeca, dejó caer la antorcha encima de la carreta.

Fie se estremeció, los nudillos de la mano que sujetaba la rama se pusieron blancos mientras ella luchaba por mantenerse erguida. Las llamas se extendieron como una manta sobre la madera seca de la carreta. Si tenían suerte, alguien en los árboles había sacado una reserva de alimentos. Si no, les esperarían unos cuantos días de escasez. Ojalá, aunque solo fuera un costal de arroz...

Un pensamiento horrible casi la hizo caer del árbol en ese preciso momento. No, había habido tal conmoción antes de subir a los árboles que de seguro...

Su corazón sintió una punzada cuando un maullido confuso atravesó la noche.

Barf aún estaba en el compartimento del carro. Y la árbitra Grulla había cerrado su salida.

El lord de las Adelfas se alejó caminando.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la Grulla.

El líder montó su caballo y se giró hacia los árboles.

—Esperamos.

Las llamas comenzaron a lamer los costados del carro. Otro chillido brotó de adentro, inconfundible. La Grulla dudó, estiró una mano hacia el panel lateral, después la apartó del calor. Tras un momento, ella también montó su caballo.

Otro maullido quejumbroso envolvió el campamento.

El espíritu de la voz de Pa arañó su cabeza: *Tienes que mantener los*

ojos abiertos.

Fie empujó el vómito hacia abajo mientras sus huesos gritaban y ella sujetaba el diente del brujo Gorrión y reprimía su propio pánico con más fuerza todavía y se aferraba a la única verdad que importaba: tenía que llevar a cabo el juramento de Pa. Tenía que mantener al príncipe a salvo. Tenía que cuidar a los suyos.

Las lágrimas trazaron líneas de sal en sus mejillas.

Cuida a los tuyos.

Un hilo de sangre se escurrió desde su nariz.

Cuida a los tuyos.

Las Adelfas esperaban.

Cuida a los tuyos.

El alarido de Barf sonó desesperado, temeroso. Las llamas se alzaron en la oscuridad.

Algo sujetó el codo de Fie. Ella casi se cayó de la rama.

—El diente —murmuró Jasimir en su oreja—. Dame el diente.

—¿Qué?

—¿Seguirá funcionando si lo sostengo yo?

—Sí, pero... —Su susurro se desvaneció, otra oleada de náuseas y mareo nubló su vista.

La mano del príncipe encontró la suya. Él agarró el diente del brujo Gorrión.

—No dejes que me vean.

Y antes de que ella pudiera decir otra palabra, él se deslizó por la capa-cuerda y bajó del árbol.

Tavin reapareció a su lado durante medio segundo mientras el diente del brujo Gorrión luchaba por cubrirlos a todos. Entonces, misericordiosamente, Pa encendió un tercer diente. El Halcón no desapareció, pero Fie descubrió que sus ojos se ponían vidriosos al

pasar sobre él. Pa debió sentir que el diente de Gorrión de Fie caía.

Lo que era incluso mejor, Tavin no se había percatado de que Jasimir se había ido. En lugar de eso, su mano se posó sobre el hombro de Fie. Si pretendía reconfortarla o sujetarla, ella no podía saberlo.

Fie torció la chispa del diente de brujo de forma que solo ella pudiese ver al príncipe. Para mérito de este, había aterrizado casi sin hacer ruido; su madre lo había entrenado bien antes de morir. Ni una sola Adelfa miró hacia él, aunque seguían escudriñando la oscuridad en busca de algún rastro de los Cuervos.

Los maullidos de Barf treparon hasta llegar a un aullido frenético.

Jasimir arrancó su daga del suelo y el alcance del diente de Gorrión se redujo un poco más. El alivio casi trae lágrimas a los ojos de Fie.

Los pies descalzos del príncipe fueron útiles después de todo; no dejaron ningún rastro mientras él elegía un camino por las zonas de césped y musgo. Pero más cerca del carro, solo había tierra. Y dos Adelfas holgazaneaban en las proximidades, sus caballos molestos por los chillidos de Barf.

Fie analizó las opciones de Jasimir desde arriba: podía intentar zigzaguear a las Adelfas o podía intentar avanzar lentamente por la tierra y arriesgarse a que los caballos se asustaran con su olor. Ambas opciones tardarían demasiado tiempo.

Barf calló.

El príncipe Jasimir se tensionó, después dio una palmada a uno de los caballos en las ancas.

El caballo relinchó y se encabritó, su jinete maldijo. Jasimir cruzó la tierra a toda velocidad, esquivando cascos en el aire, y rodeó la

carreta para que esta quedara entre él y las Adelfas. Fie tenía que reconocer que había sido astuto: desde ese ángulo, los jinetes no podían ver que se abría el panel lateral.

El brazo de Jasimir desapareció entre las llamas, luego reapareció con un puño cerrado sobre el cogote de Barf. La sacó de un tirón rápido y se alejó del fuego. Barf se retorció y enterró la cara en el pliegue de su codo.

Y ni una sola alma lo había visto, salvo Fie.

—Controla a tu bestia —ladró el lord Pavo Real.

El jinete que casi había sido derribado de su montura palmeó el cuello del caballo.

—Mis disculpas, mi lord. Se tranquilizará cuando nos alejemos del fuego.

Otro hombre lanzó un grito, mientras sacudía su antorcha hacia la carretera.

—Hay pisadas por aquí. Con marcas de clavos, como sus sandalias. Se dirigen al sur.

El lord de las Adelfas se quedó mirando el carro en llamas. Jasimir dio otro paso atrás. Con o sin diente de Gorrión, no estaba acostumbrado a pasar desapercibido. Pero la máscara de pino de arena solo se giró hacia la carretera y después hacia el campamento.

—*VUESTROS DÍAS ESTÁN CONTADOS* —bramó, con suficiente fuerza para sobresaltar a Fie—. *LARGO SEA EL REINO DE LA FÉNIX BLANCA.*

Los dedos de Tavin volvieron a apretar su hombro. Esta vez supo que no tenía nada que ver con ella.

La Cofradía de las Adelfas se retiró del campamento con la rapidez de un hilo de lana en llamas y todo fue blanco y polvo y

fuego.

En cuanto el sonido de los cascos se redujo, Pa soltó sus dientes de Gorrión y silbó la señal para avisar que todo estaba despejado. Llovieron Cuervos desde los árboles, que salieron en bandada a apagar la carreta en llamas.

—Lamento lo de tu gato —dijo Tavin y la soltó.

Fie sonrió con suficiencia, un poco embriagada por el salto del miedo al alivio.

—Bueno, yo no.

Liberó el diente del brujo Gorrión y los ojos de Tavin destellaron con pánico cuando se dio cuenta de que el príncipe no estaba. Después, unos vítores reprimidos se alzaron desde los Cuervos que estaban abajo, atrayendo su atención a donde Jasimir estaba de pie, con el gato atontado aún acunado en sus brazos.

—Fue su idea —agregó Fie, petulante—. Una orden real, incluso. No podía desobedecerlo.

Tavin observó al príncipe durante un largo, largo rato; un músculo saltó en su mandíbula. Luego se agazapó para mirar mejor a Fie a los ojos, su cara a centímetros de la de ella.

—Jas es una buena persona. —Su voz era de una clase de serenidad peligrosa—. Será un buen rey. Mejor que el que tenemos. Y por todos los dioses muertos, haré lo que sea necesario para que él se sienta en ese trono. —Sus ojos se entornaron—. Hubiese lamentado lo de tu gato. Pero tú hubieses lamentado mucho más si algo le pasaba a mi rey.

—¿Es una amenaza?

—Llámalo como quieras. Pero tú serás una jefa y él —Tavin apuntó con un dedo al príncipe— es la *única* esperanza de los Cuervos de no revivir esta noche *todas* las noches por el resto de lo

que, en consecuencia, será una vida muy corta.

Tenía razón.

Aun así, Fie le lanzó la sonrisa más fría y desagradable que tenía.

—La broma te explota en la cara, chico bastardo: todas nuestras vidas son cortas. Apuesto a que he pasado más noches preparada para morir por los míos que tú acostándote con chicas del palacio.

Una expresión atormentada se disparó por el filo candente de la furia del Halcón. Ella no había apuntado a tocar un nervio esta vez, pero había agitado uno de todas formas. Él se inclinó hacia atrás, su mirada bajó a la boca de Fie y cuando encontró las palabras después de mucho tiempo, lo único que dijo fue:

—Estás sangrando.

Su nariz. Fie percibió rastros de sal y cobre sobre sus labios. Los limpió con una manga.

—No importa.

Tavin asintió, aún extrañamente desequilibrado, pero un latido después, el humor volvió una vez más para cubrir su semblante.

—En cuanto a cómo pasaba mis noches... puede que ganes esa apuesta, sabes. —Tavin bajó rodando de la rama, sin ningún esfuerzo, colgado de las yemas de los dedos mientras le mostraba esa maldita sonrisa—. Si *solo* cuentas a las chicas.

Se dejó caer. La rama rebotó y casi lanzó a Fie por el aire. Ella maldijo y agitó una mano en busca de asidero.

Tavin aterrizó y extendió los brazos galantemente.

—Déjate caer, ¡yo te atrapo!

—Vete a la mierda —escupió Fie y bajó por su propia cuenta.

Para cuando llegó al suelo, Jasimir se había puesto manos a la obra para sacar cualquier provisión salvable de la carreta, aún en llamas, y agachaba la cabeza, avergonzado, cada vez que Wretch y

Madcap elogiaban un rescate.

Tavin, por su parte, se había apropiado de la gata. Negó con la cabeza cuando Fie intentó acercarse y miró con ceño fruncido la pata ensangrentada de Barf.

—Dame un momento —murmuró, distraído—. Parece peor de lo que es. Al menos, ahora. Trató de rascar una salida.

Fie observó cómo la almohadilla rasgada de una garra se volvía a unir y tragó su rencor. Quizás el brujo Halcón tenía alguna utilidad. Pese a todas sus tonterías pretensiosas, el príncipe había probado lo mismo sobre él mismo.

Y por la mirada aturdida en la cara cubierta de hollín de Jasimir, había aprendido lo que era el miedo a los extraños en la noche.

Pero había un Cuervo que aún no había regresado de la oscuridad. Fie tocó con el pulgar cierto diente de Cuervo en su cordel, la preocupación hacía un nudo en sus tripas. El diente de leche emitió una suave pero bienvenida ebullición, emparentada con el que estaba anudado a su lado. Un diente de Pa, un diente de Hangdog, ambos bien encendidos en su mente. Los dientes de Cuervo no tenían dones que conjurar, pero llevaban la chispa de sus dueños aún vivos. O bien Hangdog no se había cruzado con las Adelfas todavía o estas lo habían pasado de largo.

Sintió que la mitad del peso que cargaba se aligeraba sobre sus hombros. El resto se quedó ahí mientras ella y los otros Cuervos apilaban las magras provisiones que habían sobrevivido en paquetes improvisados.

Después, por fin, la luz del carro aún en llamas talló a Hangdog en la oscuridad de la carretera, los pies falsos enrollados en un hombro, sus ojos vacíos. Un largo arañazo había dejado un rastro rojo a lo largo de su mejilla, la única herida que Fie podía percibir.

—¿Los has visto? —preguntó Pa.

Hangdog parpadeó, luego asintió. Tras un momento, aclaró su garganta.

—Pasaron cabalgando.

—¿Qué tan lejos?

Hangdog no respondió, sus ojos estaban fijos en el fuego.

Cuando llegó a la bandada cinco años atrás, estuvo dos lunas completas sin hablar. Una jefa Cuervo lo había encontrado un amanecer después de un ataque de las Adelfas, era el único superviviente. Esa jefa Cuervo no quiso repetir lo que había visto en las ruinas del campamento, más allá de unas pocas palabras sobre el silencioso chico brujo que aún aferraba un puñado de dientes de Gorrión extinguidos. Pero dejó escapar una cosa: lo que había pasado con los parientes de Hangdog, lo que Hangdog había presenciado esa noche... todo había ocurrido a plena vista de la más elegante mansión de Pavos Reales de la región.

—Lejos —dijo Hangdog después de un silencio denso. Otra gota oscura se acumulaba en el rasguño sangriento—. No volverán.

Tavin movió al gato para tocar su propia mejilla.

—Puedo arreglar tu r...

—No. —Hangdog se sentó junto a Fie y apoyó los pies falsos en la tierra al lado de ellos.

Fie echó un vistazo al Halcón. Este alzó las cejas hacia ella. Ella lo ignoró y volvió a la pila de provisiones.

—¿Los has escuchado? —le preguntó en voz baja a Hangdog, mientras anudaba un bramante en una esquina de la esterilla de grama que estaba transformando en un paquete—. Los jinetes dijeron que nuestros días están contados. Que...

—«Largo sea el reinado de la reina». —Hangdog intentó

ayudarla a doblar la esterilla sobre sus contenidos, pero esta resbaló en sus manos temblorosas—. Sí, lo escuché.

—Los lorecillos dijeron la verdad —susurró—. La reina...

—*Lo sé.* —Hangdog maldijo por lo bajo mientras manipulaba la esterilla otra vez.

Fie no lo había visto tan perturbado en años. Quizás jamás. No podía culparlo. La amenaza era real. Los habían vendido a la Cofradía de las Adelfas por un trono.

Y si ella no podía dejar al príncipe con sus aliados, todo Cuervo en Sabor pagaría el precio.

Este camino la había atrapado, había atrapado a Pa, los había atrapado a todos de la forma en que solo los caminos podían hacerlo; no había forma de volver atrás. Por su madre, por los suyos, lo caminaría hasta el final.

O, parte de ella susurró hacia la noche, *estaba destinada a morir en el intento.*



7

DOCE CARACOLES

Pa tenía más dientes de Paloma de los que jamás tendrían razones para usar. Después de todo, los dientes eran el viático más fácil y ordinario a mano y los ciudadanos de cualquier casta rara vez se desprendían de algo de valor sin un cuchillo apuntado a la cara para incentivarlos. Con el don de la suerte, los dientes de Paloma podían torcer la fortuna en pequeñas cosas: una mirada a tiempo para detectar a un carterista, una moneda de tres nakas en la alcantarilla, seis aciertos de doce al apostar en el juego de doce caracoles.

Los brujos Paloma, sin embargo, podían dirigir la suerte como si fuera una orquesta. Podían provocar caos o beneficios a voluntad, causar una abundante cosecha con tanta facilidad como atraer a

una plaga de ratas a invadir toda una ciudad. Por suerte para Sabor, los brujos de las castas comunes estaban entre los más raros, y sus díscolos dientes, más todavía.

Y al amanecer, Pa alzó en el aire frío y húmedo el único diente de brujo Paloma que tenía, anudó el puño a su alrededor y cerró los ojos.

Fie no vio cambio alguno, pero después de un momento, Pa bajó el brazo.

—Listo.

Hangdog solo negó con la cabeza y comenzó a caminar por la carretera. Lo había llamado un desperdicio; había sido el único. El resto de la bandada sabía que, con la mitad de sus provisiones chamuscadas en el carro estropeado, ya era hora de que tuvieran buena suerte.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tavin, parado detrás de Jasimir.

El príncipe estaba arrodillado sobre la tierra compacta de la viaplana, su cara apuntaba al este y al sol naciente, sus labios se movían en una plegaria silenciosa. Barf estaba sentada al lado de él moviendo la cola de un lado a otro contra el polvo. Fie había escuchado que la casta Fénix tenía rituales para honrar el amanecer. En ese momento, hubiese preferido honrar un buen desayuno.

—No se puede saber —respondió Pa, que frotó su barba con una mano—. Pero lo sabremos cuando nos encontremos.

Sus ojos se concentraron en la carretera vacía detrás de ellos, donde nada merodeaba salvo el polvo bañado en las sombras grises del amanecer. Pa bajó un pesado saco que llevaba a la espalda y hurgó dentro para sacar dos dientes.

—Fie. —Sacudió la mano hacia ella.

Fie sujetó los dientes. Chispas gemelas de Gorrión ardían dentro; no eran chispas de brujo, sino las comunes.

—Es hora de que aprendas a usar dos a la vez. Estuvo demasiado cerca anoche. —Esa debería haber sido la voz de Pa. En lugar de eso, era su voz de jefe, serena, inflexible... desconcertante. Se alzó cuando se dirigió al resto de la bandada—: Swain, ¿cuánto nos falta recorrer?

El desgarrado Cuervo pellizcó un mapa enrollado que sobresalía de su paquete.

—Estamos cerca de la costa. Un día hasta que estemos caminando en la región del Fan. Desde ahí, dos días hasta la fortaleza de Cheparok.

—He enviado un Halcón mensajero a nuestro contacto en Cheparok antes de que nos pusieran en cuarentena. —Tavin ayudó al príncipe Jasimir a ponerse de pie—. Es un markahno apostado en los mercados. Su oficial de mando alertará al gobernador para que encienda la almenara de la fortaleza en cuanto les dé la señal. Eso nos dará una excusa para llegar caminando a la puerta principal del gobernador Kuvimir.



La buena suerte llegó rápido, oculta bajo el rostro de la mala fortuna: un dedo de humo negro hacía señas sobre las copas de los árboles una hora más tarde. Hangdog hizo el leve camino que los llevó a responder la almenara muy enfurruñado y Fie no pudo evitar dar vueltas sobre sus propias dudas.

Cuando regresaron a la viaplana con un cuantioso viático de dos bueyes de río, una nueva carreta y todo lo que quisieron de la abundante propiedad del hombre muerto, las dudas de Fie no eran más que polvo en el camino. Ni siquiera había tenido que rebanar

la garganta del pecador.

—¿Cuántos pueblos son así?

Fie levantó la vista de los dientes gemelos que llevaba en su palma cubierta de sal. Tenía permitido montar en el carro con el príncipe siempre y cuando practicara su brujería de dientes, pero hasta ahora los dos caninos de Paloma solo reñían en su puño como dos niños caprichosos.

—¿«Así»? —preguntó.

El príncipe se apoyó sobre la barandilla del carro y observó al pasar un ciprés cubierto de enredaderas mientras frotaba las orejas de Barf. La gata atigrada no se había movido de su lado en toda la mañana, salvo para rogar la atención de Tavin.

—Amistosos. Generosos. ¿O fue solo el efecto del diente?

—No. —Fie se apoyó contra un costal de arroz y siseó cuando una astilla de las tablas irregulares del carro se clavó en su pulgar —. La Alianza marcó a ese pecador mucho antes de que nosotros usáramos el diente. Probablemente el pueblo quería que desapareciera. Ese tacaño les había chupado todas las riquezas y se aprovechó de ello. La suerte no hizo nada de todo eso. La suerte solo hizo que esperaran para encender la almenara hasta que fuimos la bandada de Cuervos más cercana.

—Ya veo. —Jasimir frunció los labios y tiró de su capucha para esconder su moño. Una canción de ruta de Swain se filtró por encima del retumbo del carro.

Fie se quitó la astilla y chupó su dedo. Hizo una mueca de dolor cuando una pizca de sal penetró bajo su uña.

—¿Qué es lo que realmente quieres saber, Alteza?

—Yo... supongo que me preguntaba por qué siguen aquí los Cuervos si es todo tan malo. —Jasimir desplegó las palabras lenta

y cuidadosamente—. No tenéis hogar. No sé por qué os quedaríais en un lugar que no os quiere.

El puño de Fie se cerró alrededor del diente con demasiada fuerza, sus pensamientos se escabullían en su cabeza como el agua sobre el hierro candente.

Era lo mismo que cuando Jasimir la había llamado «ladrona de huesos» o cuando no había envuelto la empuñadura con un trapo. Simplemente no tenía idea de cómo funcionaban las cosas. No tenía intenciones de herir a nadie al hacerlo. Para un príncipe, esta era una mascarada de una semana antes de volver desfilando, glorificado, a Dumosa.

Pero eso no disminuía el daño causado.

La mano de Fie tembló cuando señaló la carretera.

—Ese es mi hogar, *primo*. —Señaló de nuevo, esta vez a las montañas que se extendían hacia el norte—. Ese es mi hogar. —El delgado borde del paño azul del mar en el horizonte sureño—. Ese es mi hogar. —Y finalmente, señaló a los Cuervos dispersos alrededor del carro mientras la canción de ruta de Swain llegaba a su fin—. *Este* es mi hogar.

Las ruedas de madera rechinaban contra la gravilla de la carretera, rasgando el silencio que se extendía entre Fie y el príncipe. Finalmente, ella confió en su voz lo suficiente para continuar.

—Nos quedamos en Sabor porque es nuestro hogar. Sí, los pueblos no nos quieren, pero los pecadores sí, siempre. Toda alma temerosa de la plaga duerme mejor al saber que vendremos cuando nos llame. Así que preguntas por qué nos quedamos. Porque la plaga se queda. Porque alguien ahí fuera necesita misericordia. Y porque es nuestro maldito hogar.

—No fue mi intención ofender... —comenzó a decir el príncipe.

—Has estado muerto durante dos días completos y a nadie le importa —interrumpió Fie—. *Tú*, ¿por qué no te vas? Pregúntale a un pueblo con una almenara de plaga encendida si quiere más a los Cuervos o a los reyes y sabrás de quién de nosotros no puede prescindir el país.

El carro se bamboleó cuando Tavin se colgó para mirarlos por encima de la barandilla.

—¿Se necesita un sanador aquí?

—¿Qué? —preguntó Fie, sobresaltada pero no sorprendida. El Halcón parecía tener un sexto sentido para percibir cuando el orgullo del príncipe corría el riesgo de ser herido. Barf chilló hasta que Tavin le rascó la barbilla.

—¿Necesitamos un sanador? —repitió, sacudiendo de forma exagerada su marca de brujo—. Porque parece como si estuvieran acuchillando a alguien.

Las mejillas de Jasimir se oscurecieron.

—Estábamos... debatiendo.

—Por supuesto. —Tavin apoyó el mentón sobre su antebrazo—. ¿Sabéis? Los dos estáis poniendo casi la misma cara en este momento.

Fie no había sabido qué esperar para cuando el glamur de Pavo Real se desvaneciera, pero los rasgos de belleza corrían con fuerza en los markahnos. A la luz del día, aún parecía pariente del príncipe, pero más Halcón, uno al que el mundo había mordisqueado como un perro mordisquea un hueso. Ladeó la cabeza hacia Fie.

—Pagaría una buena cantidad de monedas saboreanas por verte tener ese *debate* en el palacio. Destrozarías a la mitad de la corte.

Hangdog lanzó una mirada desagradable hacia ellos.

—¿Solo a la mitad? —preguntó Wretch desde la carretera.

Por una vez, Fie no encontró indicios de estrategia alguna en la sonrisa de Tavin.

—Tengo la esperanza de que la otra mitad se daría cuenta de que es mejor huir por sus vidas. Si no lo hicieran, sería por completo su culpa.

Fie no pudo contener la risa. Esta vez, Hangdog no fue el único que le lanzó una mirada.

Agachó la cabeza; sus orejas, enrojecidas.

Pa aclaró su garganta desde el banco del conductor.

—¿Cómo va ese entrenamiento, Fie?

—Progresas —exclamó y abrió el puño. Los dientes habían tallado dos huecos en su palma. Más allá del carro, Wretch comenzó otra canción de ruta, un himno de marcha al dios muerto Crossroads-Eyes, cuyo nombre significaba «ojos en las encrucijadas».

—Lord Halcón. —Pa palmeó el asiento—. Unas palabras.

Tavin subió al lado de Pa. Jasimir se enroscó en una ofuscación disfrazada de siesta, pero Fie no le prestó atención y miró con furia sus dientes de Paloma. No era su culpa si nadie más le había dado a probar antes una buena porción de cruda realidad.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó Tavin al dejarse caer junto a Pa.

Cuando Pa habló, Fie tuvo que esforzarse para oír por encima del traqueteo de la carreta.

—Háblanos sobre los Buitres de la reina.

Fie contuvo la respiración.

El asiento crujió ante el movimiento de Tavin.

—¿Están siguiendo nuestros pasos?

—Algo lo está. —Pa sacudió las riendas—. No nos alcanzarán salvo que estén montando los mismísimos demonios, pero...

Cuando. No si.

Con razón Pa había estado mirando tan fijamente la carretera.

Fie echó una mirada subrepticia al príncipe Jasimir. Este había cambiado la siesta falsa por una verdadera, sus ojos estaban cerrados contra el sol del mediodía, su cabeza se mecía contra la barandilla.

—Rhusana tiene cinco brujos de piel a su servicio —murmuró Tavin por lo bajo—. Cuatro simplemente son rastreadores. Extremadamente buenos, pero tú, Fie o yo podríamos vencerlos en una pelea.

—¿Y el quinto?

Tavin hizo una pausa.

—Greggur Tatterhelm —dijo finalmente—. El favorito de la reina. El norteño más grande que jamás haya visto. Podrías decir que su padre tenía un gusto desviado por los mamuts. Hace una mueca en su casco cada vez que entrega un objetivo; una si está vivo, dos si está muerto.

—Tatter-helm, o sea, harapos y casco —musitó Pa—. Singular.

—No es el mejor brujo de piel ni el más rápido. Pero enfrentarte a él es como cruzar los doce infiernos.

—Mmm. —El asiento crujió otra vez bajo el peso de Pa—. Y ese lord en Cheparok es sensato y sincero, ¿verdad?

—¿Qué?

—¿Confías en que cumplirá con el plan?

—Por supuesto —dijo Tavin con la voz demasiado elevada. Pa dejó que el silencio hablara por sí mismo. Tavin bajó el tono—. Los gobernadores del Fan han sido, durante siglos, los aliados más

fuertes de la corona. Además, Cheparok se encuentra sobre la bahía mercante más grande del sur. Ningún país hará negocios con una nación al borde de la guerra civil. Kuvimir ha sido muy claro sobre su apoyo.

—Ya veo.

La última vez que Fie había escuchado a Pa hablar con ese tono había sido ayer, cuando la árbitra Grulla les había dicho que el viático era solo leña.

—Está todo arreglado —insistió Tavin. Una clase áspera de convicción se entrelazaba en sus palabras, de la clase que daba a entender que sangrarías si intentabas disminuirla—. Dará refugio a Jas en cuanto lleguemos a Cheparok y entonces Tatterhelm tendrá que pasar por encima del gobernador. —Se puso de pie—. Avísame si los Buitres se acercan.

—Sí. —Pa esperó a que Tavin saltara lejos de la carreta, después se volvió hacia Fie—. ¿Has escuchado todo, chica?

—Sí, Pa —respondió Fie, en voz baja, con los ojos sobre el camino detrás de ellos. El carro siguió rodando hacia adelante.

—Entonces, sigue practicando.

—Sí, Pa.



—Ahí está. Armonía.

Fie intentó marcar ese momento a fuego en su memoria: la hoguera rosácea contra la oscuridad, sus piernas cruzadas presionando la tierra fría, arenosa, y, más que nada, los dos dientes que vibraban en su mano.

—La armonía es la clave —dijo Pa, que asentía con la cabeza para mostrar su aprobación—. No se despiertan de la misma manera, no arden de la misma forma, pero arderán juntos si logras

un equilibrio entre ellos.

Usar un diente de Paloma siempre era como pisar un adoquín suelto: una extraña y repentina inclinación y después ya había pasado. Encender dos era completamente distinto. Ahora la suerte fluía como un río alrededor de ella, remolinos que se enroscaban alrededor de su puño. También brotaban espirales alrededor de Pa, probablemente restos del diente de brujo.

Fie probó tirar con su mente de uno de los remolinos. Este se encendió... luego chisporroteó hasta apagarse cuando la armonía entre los dientes se debilitó. Ambas chispas refulgieron y murieron mientras ella maldecía.

Pa soltó una risita.

—El primer paso es el más difícil. Desde ahí, solo es cuestión de práctica.

—He estado practicando todo el día —masculló Fie.

—¿Quieres tomarte un descanso?

Fie miró por encima de su hombro. Tavin estaba de pie al otro lado del fuego, estirando un brazo.

—Si quieres, te enseñaré a jugar a los doce caracoles. —Sacudió el dedo hacia Jasimir y Hangdog—. Guau, mira eso... dos veces en el mismo día. Ahora vosotros *dos* estáis poniendo la misma cara.

—Porque *siempre* haces esto —refunfuñó el príncipe, apenas lo bastante fuerte para que solo Tavin y ella lo escucharan.

Hangdog fue menos sutil. Pasó un dedo por encima del araño en su mejilla, un relámpago le fustigó el ceño.

—Métete en tus propios asuntos.

—Y tú en los tuyos —tronó Pa—. Ve, Fie. Mereces un descanso.

Fie calculó que cualquier cosa que exasperara al príncipe valía la pena. Se meció para ponerse de pie justo cuando el gruñido de

Hangdog hizo eco por el aire.

—Solo porque no pueda tirarse a sus propias mujeres aquí no quiere decir que pueda hacerlo con las nuestras.

Fie se quedó helada, un rubor furioso trepó por su cuello mientras el silencio se posaba sobre el campamento. Los ojos de todos los Cuervos se fijaron en ella.

La voz de Pa partió el aire del claro como un azote.

—Cuidarás las palabras, muchacho, o te quedarás callado.

—No he querido causarte problemas —susurró Tavin cerca, detrás de ella. Fie se sobresaltó. *Maldición*, la reina Halcón había entrenado bien a esos chicos—. Podemos... olvidarnos del juego.

Eso la hizo decidirse. Fie se convertiría en cenizas de una pira antes de dejar que Hangdog le dijese con quién podía jugar a los caracoles.

—Necesitas un juego completo de caracoles, ¿no? —preguntó, con la voz elevada—. Madcap, ¿podemos usar los tuyos?

Madcap lanzó su pequeña bolsa de cuero por encima de la cabeza de Swain, seguido de un guiño para nada discreto. Fie apretó los dientes y se alejó ofuscada hasta un área rasa de tierra arenosa lo bastante grande para ella y Tavin.

Este se sentó un momento después que ella, mirando de reojo a Hangdog, luego dibujó una línea en la tierra entre ambos.

—Es un juego bastante simple. Ambos comenzamos con seis caracoles.

Fie entregó la mitad de la bolsa. Él dejó caer sus caracoles en dos filas de tres y ella lo imitó.

—Hay doce rondas —continuó Tavin—. En cada ronda, puedes o bien tomar un caracol de mi lado... —Él se estiró para agarrar uno de la fila de Fie. Ella lo sujetó de la muñeca por reflejo. Él rio por la

nariz—. O intentar evitar que me quede uno de los tuyos, justo así. Una vez que tocas un caracol, es tuyo. Después de doce rondas, quien tenga más caracoles gana.

Ella lo soltó y culpó a la hoguera del campamento por el calor que le subía por el cuello. La que estaba a unos buenos doce pasos de distancia.

—¿Eso es todo?

—Ese es el juego básico. En la corte, jugamos con un par de variantes distintas. —Su voz se entrecortó durante el más breve de los instantes—. Pero son más... complicadas. ¿Alguna duda? —Ella negó con la cabeza—. Entonces a la cuenta de tres. Uno... dos... *tres*.

Él intentó agarrar el mismo caracol que antes. Ella atrapó su mano antes de que estuviera cerca.

—Bien hecho —dijo él y dibujó una marca a un lado—. Segunda ronda.

Esta vez ella volvió a sujetar cuando se estiraba hacia un caracol exterior.

—Suerte de principiantes —resopló Tavin, las comisuras de su boca se inclinaron hacia arriba mientras volvía a sentarse.

—Es fácil leerte —respondió Fie. Esa era una verdad a medias. Había descubierto un puñado de verdades sobre el Halcón del príncipe hasta ahora, aunque la mayoría eran tan profundas como la línea en la arena entre ellos. Sin embargo, una era muy clara: había conocido santos peregrinos que hacían mucho menos esfuerzo para llegar a las tumbas de sus dioses muertos que el que hacía Tavin para ganarse su confianza.

Era hora de aclarar una verdad más cruda.

—Tercera...

—No ha estado bien —interrumpió Fie—. Lo que Hangdog ha dicho sobre ti.

Sobre nosotros, susurró esa voz horrible. Fie guardó eso para sí.

Tavin parpadeó hacia ella, sin palabras. Ella había logrado desequilibrarlo una vez más. La pregunta era si eso significaba que Hangdog había visto la verdad del asunto.

—Gracias —respondió Tavin en voz baja—. Si te preocupa que vaya a hacerle daño...

—No debería haberlo dicho —insistió ella, interrumpiéndolo otra vez. Iba a ser necesario un empujón más fuerte para que el Halcón confesara—. Tenemos dos días hasta Cheparok. Él va a seguir diciendo cosas que no debe.

—Y yo voy a seguir ignorándolas. —Tavin echó una mirada a través del fuego hacia el príncipe, después volvió a ella—. Mi... reina anterior, Jasindra, tenía un proverbio Halcón favorito: «Cuando actúas enfadado, ya has perdido la batalla».

Fie supuso que eso no había funcionado demasiado bien para la reina muerta. También calculó que era mejor guardar eso para ella. En su lugar, preguntó:

—¿La veías mucho?

—Todos los días. —La voz de Tavin se volvió áspera en los bordes—. Me crio como a su propio hijo, aunque... el rey Surimir se aseguró de que Jas y yo recordáramos quién era el príncipe. Pero podríamos decir que la reina y mi madre eran cercanas.

No había mencionado a su madre antes. No con el príncipe a su lado.

—¿Está con los Halcones del palacio?

Una sombra le atravesó el rostro.

—No. Es montadora de mamuts en el Marovar.

Fie silbó por lo bajo. Los lanceros de mamuts tenían que estar forjados con dureza. Solo los más duros vigilaban el ancestral bastión Halcón de las fortalezas desparramadas por las montañas del noreste del Marovar.

—Estoy segura de que montar para la capitana general es como estar de vacaciones.

Tavin mostró otra sonrisa honesta.

—¿Quieres saber un secreto?

—Sí.

—Una vez, mi madre me dijo que la capitana general Draga solo quiere que la dejen sola con sus lanzas, sus mamuts y sus mujeres y maridos. Y que hará descender los doce infiernos sobre cualquiera que intente quitarle eso. —Tavin lanzaba un caracol de una mano a otra—. En retrospectiva, quizás eso contribuyó a la filosofía de «no enfadarse».

Fie frunció la nariz.

—Calculo que «no enfadarse» es mucho más fácil de decir desde el lomo de un mamut.

—El mamut probablemente ayude —reconoció Tavin—. Tercera ronda.

Fie se apoderó de un caracol esta vez, antes de que él pudiera detenerla.

—¿Sabes qué ayuda también? —preguntó Tavin, haciendo una mueca mientras ella agregaba el caracol a su lado de la línea—. Una bolsa de dientes de Fénix. Cuarta ronda.

—Los dientes se extinguen. Los brujos Fénix no.

—Uno. Dos. Tres.

Ambos agarraron caracoles. Tavin permaneció en silencio mientras colocaba su caracol robado en el hueco que ella había

hecho en sus filas. Algo no iba bien; él siempre tenía una defensa para todos sus ataques.

—*Hay* brujos Fénix, ¿no es cierto? —preguntó Fie.

La boca de Tavin se retorció.

—¿En este momento? Solo el rey Surimir. Si Rhusana lo mata antes de que aparezca otro brujo o bruja...

Fie completó la frase por su cuenta. Con todos sus dioses muertos enterrados bajo el palacio, todo Fénix que estuviese en sus terrenos tenía tanto poder como un brujo. Pero fuera de su palacio y sin brujos, había una sola forma de invocar ese terrible fuego.

La bolsa de dientes Fénix que ahora colgaba del cinto de Pa.

—Quinta ronda —anunció Tavin.

Esa la ganó él, al robar un caracol más rápido de lo que ella pudo hacer para detenerlo. La mente de Fie no estaba del todo ahí, la mitad estaba intentando aclarar sus ideas sobre dientes y realeza. Una pregunta se volvió clara.

—¿Es por eso que el príncipe está tan impaciente por salvar al rey?

—No creo que ese pensamiento se le haya pasado por la mente.

—Tavin hizo rodar el caracol entre sus dedos—. A Jas le importa el bienestar de su país y admira a su padre. Y generalmente, no ve con buenos ojos el asesinato a sangre fría, algo que *yo* espero de un monarca.

Fie no decidió hacer la pregunta; esta pareció salir por su cuenta:

—¿Realmente crees que será un buen rey?

—¿Tú no? —Tavin alzó la mirada, las cejas levantadas. Ella dejó que su silencio respondiera. Ese mismo borde tenso y áspero volvió a la voz del Halcón—. Ha sido mi trabajo morir por Jas desde que teníamos siete años. No voy a morir por un mal rey.

—Debe estar bien tener voz y voto con respecto a morir a causa de un mal rey —murmuró Fie.

Tavin no pareció escucharla, seguía haciendo rodar el caracol alrededor de sus dedos moteados de cicatrices.

—Dumosa lo quiere. Los Pavos Reales prácticamente arrojaban a sus hijos hacia él como pretendientes. El Consejo del Rey considera que es el heredero del reino más inteligente y agudo en generaciones. Y su tía es la capitana general, así que los Halcones no serán un problema.

—Para él.

—Para *nadie*. —Ahora Tavin había perdido por completo el equilibrio—. Estamos obligados a proteger a todo saboreano. ¿Sabes?, si hubiésemos acampado cerca de una señal de legua anoche, los Halcones que estaban de guardia podrían haber ahuyentado a las Adelfas.

Fie se tensionó al preguntarse si este era un camino que podía recorrer con un brujo Halcón, aunque fuera uno que estaba intentando ganarse su confianza.

—¿No lo viste?

—¿Qué?

—Al menos una Adelfa tenía una lanza Halcón anoche —respondió Fie—. Con punta de bronce, de los puestos externos de los pueblos. No están ahuyentando a la Cofradía de las Adelfas, chico Halcón. Cabalgan con ellas.

Tavin se quedó mirando, en silencio, el vacío en sus filas adonde pertenecía el caracol que tenía en su puño. Fie esperó la inevitable negación. Por supuesto que no lo había visto; por supuesto que creía que ningún Halcón podía hacer semejante cosa.

—Jas... Jas puede solucionarlo cuando sea rey —dijo en su lugar

—. Hiciste que lo jurara.

Fie se echó un poco hacia atrás, sorprendida. Pero si estaban hurgando en las crudas verdades, ella cargaba con más de las necesarias.

—Esta mañana, horas después del ataque de las Adelfas, tu futuro rey no me preguntó cómo podía proteger mejor a los Cuervos. Me preguntó por qué no le facilitamos las cosas y nos vamos. Así que te preguntaré otra vez: ¿crees que será un buen rey?

—Lo entiendo. —Tavin suspiró y finalmente dejó caer el caracol en su lugar—. Por si te ayuda, vosotros dos os parecéis más de lo que crees.

—Yo... —La voz de Fie sonó más elevada de lo que ella quería. La redujo a un siseo—. Él y yo no nos parecemos en *nada*.

—¿No? Sexta ronda.

—Ha pasado toda su vida con gente que le ha dado todo, siempre ha tenido un techo, toda la comida que quisiera y los mejores guardias de la nación. —Agarró un caracol del lado de Tavin y apenas le importó que él arrancara uno de los suyos—. Supongo que se te pasó por alto que yo no.

—No, pero él luchará hasta la muerte por aquello en lo que cree, como tú. Y también perdió a su madre hace algunos años...

—¿Quién te ha hablado sobre mi Ma? —exigió Fie.

Tavin miró con intención hacia la hoguera, adonde Pa estaba anudando nuevos dientes a su cordel.

¿Pa? ¿Desde cuándo Pa confiaba así en forasteros?

Fie mordió la parte interna de su mejilla.

—No tengo ninguna obligación de que me guste solo porque nuestras madres están muertas.

—No tiene por qué gustarte de ningún modo —dijo Tavin—. Solo sospecho que será mucho más fácil llevar a cabo el juramento si vosotros dos encontráis algo en común. Ambos habéis sido criados para liderar a los vuestros desde que nacisteis, por ejemplo.

—No me importa.

—Y ninguno espera ese momento con ganas.

Cualquier respuesta encendida murió en la garganta de Fie, abatida por esa idea.

Parte de ella quería abofetearlo. No sabía por qué.

La otra parte solo podía pensar en el momento en que Pa le había entregado su espada rota y le había dicho que cortara la garganta de ese hombre Gorrión.

—Quiero ser jefa —respondió.

Otra verdad a medias.

—Séptima ronda —dijo Tavin.

Quería ser jefa.

Cuando. No si.

Tenía que ser jefa. Quería...

Había una línea ahí, tan clara como la que estaba dibujada entre ella y el Halcón. Quería poder desenvainar una espada la próxima vez que un guardia intentara hacerla sobresaltar. Quería increpar al próximo pueblo que intentara pagarles menos viático del que correspondía y bajarle los dientes para un nuevo cordel a cualquiera que se resistiera. Quería prender fuego a todas las Adelfas hasta que las llamas convirtieran la noche en amanecer.

Pero el precio de todo eso no sería solo su pellejo.

Cuida de los tuyos.

Los Cuervos tenían una regla. Y ella tenía que ser una jefa Cuervo.

Él ganó las siguientes cinco rondas, que jugaron en silencio salvo por el recuento. A Fie no le importó. Cuanto antes se terminara este juego, mejor. Había aprendido la lección de hurgar en crudas verdades con chicos apuestos.

—Última ronda.

Los caracoles destellaron con la luz del fuego, adornando la arena. Tavin estaba ganando. A la cuenta de tres, ella se lanzó sin demasiado entusiasmo hacia los caracoles.

Él la atrapó, obviamente. Sus dedos aterrizaron en su muñeca, luego la soltaron... pero no del todo, las yemas trazaron un camino por el dorso de su mano, siguiendo las líneas de venas y huesos.

—¿Qué quieres, Fie? —preguntó Tavin.

Ya le habían preguntado qué quería: el príncipe, su precio; qué bifurcación prefería en una encrucijada; qué dejar en la reserva de viáticos en un santuario. Cuestiones de un jefe, cuestiones de negocios, cuestiones para sobrevivir un día más.

Tavin no se refería a la supervivencia. Se refería a la forma en que ella quería acero y fuego y juegos con chicos guapos. No podía recordar la última vez que alguien le había preguntado por eso.

Y no tenía ninguna buena respuesta, solo una verdad amarga.

—No importa.

—¿No?

El calor volvió a subir por su cuello y también una pequeña rabia, pero no hacia él, sino hacia sí misma por no querer alejarse.

De todos modos lo hizo, arrebató todos sus caracoles con una sola barrida de la mano. Después se puso de pie y se sacudió la arena.

—He ganado.

—Suerte de principiante —respondió Tavin, encogiendo los hombros con una sonrisa.

Mil pensamientos reclamaron su atención mientras cruzaba caminando el campamento y le arrojaba la bolsa de caracoles de vuelta a Madcap, ignorando su pequeño grito de sorpresa.

—¿A dónde vas, Fie? —le preguntó Pa al pasar.

—A lavarme —respondió ella, cortante, y se detuvo en la carreta para buscar un puñado de vainas de jabón—. Estoy de guardia esta noche, ¿no? Me despertará un poco.

—Sí. —Su entonación indicaba que sabía que eso solo era una parte del asunto. Aunque era verdad, realmente necesitaba estar atenta esta noche.

También necesitaba enfriar su cabeza. El ardor de la mirada furiosa de Hangdog mientras ella se alejaba del campamento no ayudaba nada.

Habían usado este lugar unas cuantas veces antes, las suficientes como para que ella pudiera abrirse camino hacia el arroyo cercano con facilidad bajo la luz de la luna menguante. La tierra arenosa dio paso al lodo pegajoso y duro al lado del agua, los mosquitos se quejaban en sus oídos al esquivar las lenguas de lagartijas de ojos amarillos.

Fie remangó sus calzas y vadeó hasta donde el arroyo corría rápido y limpio, inhalando con fuerza ante el frío.

¿Qué quieres?

Salpicó agua fría sobre su cara y sus brazos desnudos, después hizo una pausa. A veces veía su reflejo en hojas de cristalnero o de metal pulido y a veces en arroyos como este. Había visto su propia cara lo bastante bien como para reconocerla ahora como una sombra con bordes plateados en agua: una nariz redondeada, boca amplia en una mueca pesada, grandes ojos negros. El pelo casi tan negro, completamente lacio solo después de lavarlo, las puntas

siempre se erizaban donde la correa de la máscara dejaba un pliegue. A veces, una mancha de polvo de la carretera en la punta de su mentón de color terracota. No podía determinar si alguien la llamaría guapa; sin contar a los Cuervos, la mayoría de la gente solo la miraba cuando tenía puesta la máscara.

Ahora sus ojos recorrieron su silueta en el riachuelo buscando un indicio de si había sido bonita mientras jugaba a los caracoles alumbrada por el fuego.

Después se percató de su propia estupidez y machacó las vainas de jabón entre sus manos hasta que las cáscaras se partieron, sus orejas ardían. La savia de olor intenso se hizo espuma cuando ella la frotó contra su cara, brazos y pelo, deseando poder hundirse lo suficiente para lavarse bien. Quizás cuando todo esto terminara, el primo del príncipe podría ofrecerles un poco de hospitalidad.

Pensar en que se *terminara* hizo que se detuviera.

Que se *terminara* significaba cumplir un juramento por la Alianza. Significaba no volver a temer a las Adelfas, no con una guardia armada para los Cuervos. Que *terminara* también significaba adiós a los lorecillos.

Las tripas de Fie se retorcieron con rebeldía.

Suficiente.

Apretando los dientes, se adentró aún más, hasta que el agua le llegó a la cintura y sintió escalofríos por la temperatura. Se sentó y sumergió la cabeza bajo el agua.

El choque frío vació su cabeza misericordiosamente, aunque solo pudo resistir apenas un momento antes de ponerse de pie de un salto. Una irritación se asentó en ella un momento después. Debería haberse quitado la ropa primero, aunque se secaría bastante rápido al hacer guardia junto a la hoguera. Pero su cabeza

funcionaba de una forma torcida esta noche y no parecía que fuese a poder pensar con lógica por mucho que se esforzara. Dio media vuelta para regresar.

Una sombra la esperaba en la orilla.

—¿Crees que ese bastardo está loco por ti? —El desdén de Hangdog patinó sobre el agua.

Algo en su voz le dijo a Fie que era mejor quedarse en el arroyo. Ella no le respondió. Cuando Hangdog se ponía de ese humor, sabía que era mejor no intentar nada, excepto buscar una salida.

—¿Crees que te llevará lejos y te hará brillar tanto como para que los nobles olviden de dónde has salido? —continuó—. No te engañes. Ese juramento es basura. Solo eres buena de rodillas para la gente como él.

Su rabia leve estalló en furia.

—Sí, ¿y nunca fue así cuando estuve contigo? Que nos hayamos acostado lunas atrás no te da ningún peso para decirme con quién puedo hablar.

—No sabía que solo estabas practicando hasta que encontraras un lorecillo con quien acostarte —respondió Hangdog—. Si crees que quiere algo más de ti que un...

Unos pasos crujieron en dirección a ellos. La mayor parte de Fie rogó que fuera un Cuervo. Una parte traicionera deseaba que fuese otro.

Wretch se detuvo en un lugar alumbrado por la luna, tenía los brazos llenos de odres de agua vacíos.

—¿Te has caído en ese arroyo, chica?

Un alivio bajó a toda velocidad por la columna de Fie. Ella escurrió el dobladillo de su camisa.

—Algo así.

—Ayúdame a llenar estos, ¿quieres? —Wretch arrojó un odre hacia ella.

Hangdog balanceó su mirada entre ella y Fie, luego volvió al campamento, caminando enfurecido.

Wretch no dijo nada hasta que las pisadas se perdieron.

—Te arrincona otra vez y me llamas, ¿de acuerdo?

—Puedo lidiar con él por mi cuenta —murmuró Fie, sorprendida de que le ardieran los ojos. La rabia se había transformado en un rencor avergonzado—. Es solo que... lo único que he hecho ha sido jugar a un maldito juego.

Wretch dejó caer los odres de agua sobre la orilla y vadeó hasta donde estaba Fie, negando con su cabeza encanecida.

—Sí, lo único que has hecho ha sido jugar a un juego. Con un chico muy guapo. Y si el mundo fuese justo, eso sería todo.

Wretch no era una persona sentimental, pero de todas maneras sujetó a Fie por los hombros.

—Hubiese dejado que lidiaras con Hangdog. Todos sabemos que podrías zurrarlo dos veces con los ojos cerrados. Pero cuando te siguió, la única razón por la que el chico guapo no ha venido corriendo tras él fue porque me adelanté. Y las dos sabemos dónde hubiese terminado ese camino.

Fie lo sabía. Y lo odiaba. Todo este lío por un estúpido juego.

—Estamos a dos días de Cheparok. Entonces, te habrás librado de todas estas tonterías y tendremos un juramento por la Alianza que cobrar y ya no tendremos que temer a las cabalgatas de las Adelfas. Eso es algo grandioso, Fie.

—Sí —dijo Fie con suavidad. Dos días y todo esto acabaría.

—Inventarán un mote sofisticado para nombrarte —bromeó Wretch—. Contarán historias durante siglos. Fie la Juradora. Fie la

Astuta. Fie la Cuervo que No Teme a Ninguna Corona.

—Me conformo con Fie, Quien No Volvió a Ver Adelfas. —Ella se frotó los ojos.

No había tanto humor como verdad cuando Wretch dijo:

—Igual que todos nosotros.



Esa noche transcurrió, y las siguientes dos noches también, sin que Fie mirase a Hangdog o a los lorecillos si podía evitarlo. En vez de eso, se acurrucó en el carro y practicó la brujería de dientes mientras la carretera pasaba de la arena a la arcilla pedregosa y los pinos pinchudos daban paso a bosquecillos de vigorosas palmeras. Cada campo que pasaban parecía más frondoso que el anterior, una lejana franja verde se iba ensanchando hacia el río Fan, que daba su nombre a la región. Esa franja apuntaba a una fuerte línea dentada contra el mar brillante como las monedas: Cheparok.

Y ese río marcaba su camino, resplandeciendo con timidez mientras Fie luchaba por lograr la armonía en un par de dientes. A medida que Cheparok se acercaba, Pa echaba menos miradas por encima de su hombro, pero un crujido traidor del asiento del carro lo delataba todas las veces. Al menos el diente del brujo Paloma había mantenido todas las almenaras apagadas hasta después de que pasaran.

Para cuando estuvieron a media legua de las puertas occidentales de la ciudad, la camisa de Fie se pegaba horriblemente a su piel, en parte por el aire agobiante y en parte por la ferocidad del sol sobre ellos. Los muros encumbrados de Cheparok ni siquiera tenían la decencia de arrojar una sombra de mediodía lo suficientemente larga para ofrecer un respiro.

Pa silbó para que frenaran y guio a los bueyes a un lado de la

carretera, luego se retorció en su asiento para mirar a Fie y al príncipe. Tavin subió al carro un momento después, desatando un maullido de queja de Barf, que asomó la cabeza por detrás de un costal de arroz. Los otros Cuervos se reunieron alrededor.

—Esperad un momento. —Pa abarcó el sitio con la mirada y aguardó a que una bandada pasajera de académicos Búhos los dejara atrás en la viaplana—. Muy bien, este es el asunto: habrá brujos Buitre en las puertas.

—¿Por qué? —El príncipe Jasimir frunció el ceño.

—Rastrean a los brujos, buscan mayormente a los campesinos que no están registrados. Eso no sería ningún inconveniente, salvo porque...

—Descubrirán que soy un brujo Halcón —completó Tavin—. Uno que se supone que está muerto. Entonces, ¿cómo entramos?

—No puedo ocultaros en la carreta. Lo más probable es que nos registren. —Pa continuó pese a que el príncipe inclinó la cabeza ante eso—. Consumimos nuestro único diente de brujo Gorrión con las Adelfas. Podemos escabulliros con dos dientes de Gorrión comunes... pero los Buitres detectarán cualquier hechizo que se haya lanzando cuando comprueben mi marca de brujo. Así que eso nos deja a Fie.

Fie sintió un nudo en las tripas.

Cuando. No si.

—Es la hora. —Pa le extendió un puñado de dientes de Gorrión—. ¿Cómo va ese entrenamiento?



8

CUANDO

—**P**isad sobre las huellas.

—¿Qué? —susurró el príncipe a la izquierda de Fie.

—No hagáis pisadas nuevas. Caminad en las huellas de Hangdog. O de Swain.

—Buena idea. —La voz de Tavin venía de demasiado cerca detrás de ella.

El cabello se erizó en la nuca de Fie. Ella lo ignoró y se concentró en el diente de Gorrión que tenía en cada puño. Uno ya ardía, una vibración constante en sus huesos. El otro aún esperaba su llamada.

Fie se abrió camino sobre las pisadas de Wretch detrás del carro, mientras avanzaban hasta donde la viaplana se dividía en cinco

caminos. Cada uno de estos llegaba a un portón en los macizos muros de Cheparok, lo mismo ocurría en el lado este del río Fan. Tejas de color azul verdoso destellaban justo por detrás de los muros de la ciudad, altísimas torres donde ondeaban las banderas de la Fortaleza Flotante. El palacio del lord gobernador había ganado su nombre por estar sobre el río Fan y el embalse que llenaba.

Al menos eso era lo que le habían dicho. A ese lado de los muros, lo único que pudo observar fueron techos sofisticados y banderas brillantes. Tendría la oportunidad de verlo bien de cerca muy pronto.

Un trío de guardias Halcones estaban colocados en el punto donde los caminos se dividían, haciendo rodar caracoles de juego y sudando bajo el brutal sol. El que tenía el brazalete de cabo echó una mirada a los Cuervos, escupió y señaló con el pulgar por encima de un hombro.

—Quinto portón.

No levantó la mirada de los caracoles ni una sola vez cuando Fie y los lorecillos pasaban.

Cada uno de los portales estaba colocado más abajo que el anterior, descendiendo de este a oeste como una escalera. El primer portón era para los Fénix y se alzaba vacío salvo por sus guardias. El lustre de sus armaduras brillaba con casi tanta fuerza como las borlas verdes de sus lanzas e igual de llamativo incluso a cien pasos de distancia. Halcones menos ostentosos entraban y salían del segundo portal, caminando entre palanquines de las castas espléndidas adornados con flecos y abalorios. Ese portón era el que bostezaba más alto, su arco se extendía bien arriba para los montadores de mamuts, aunque el calor no daba lugar a las

bestias. El tercer portón estaba atestado por las castas cazadoras, desde los carruajes abiertos de color naranja de los jueces de paz Grullas a los carros con gradas de color lavanda de los orgullosos académicos Búhos.

El cuarto portal bullía con incluso más caos, plagado de las castas comunes. Granjeros Gorriones esperaban con rebaños de cabras y ganado; Palomas que habían construido tiendas al lado del camino con sus productos desplegados en el suelo y vendían de todo, desde amuletos de la suerte hechos de lodo hasta carne que a Fie le parecía extremadamente insalubre. Unos pocos marineros Gaviotas deambulaban de comerciante en comerciante, algunos regateaban con los Gorriones por el ganado.

La fila del cuarto portón era larga, pero avanzaba en orden, con lentitud, pero de forma constante. No se podía decir lo mismo del quinto portal. El camino lodoso descendía y descendía en pendiente hasta el punto más bajo de los muros de Cheparok. Ahí se abría el quinto portón, repleto de mendigos, moscas atraídas por la sangre y las marcas que llevaban los condenados de las castas comunes. No era tanto una fila como una masa que se deslizaba hacia abajo por la colina y se acumulaba a la entrada, algunos pocos la atravesaban y otros se alejaban para pedir refugio en otro lado. El lodo mismo desprendía un hedor húmedo, en parte excremento de buey, en parte plantas en descomposición y en parte un almizcle sobre el que Fie no quería especular.

Su diente de Gorrión se resistió mientras esperaban su turno, vibrando con paciencia en su mente. El segundo permaneció enterrado en su puño sudoroso mientras que, poco a poco, recorrieron el camino a la base de la colina.

Dos brujos de piel Buitres estaban encorvados uno al lado del

otro sobre banquetas de madera desvencijadas; el amarillo de sus túnicas de algodón fino contrastaba con el rosado de su piel, que se parecía a la carne de pescado. Ostentaban magras marcas de valor sobre sus brazos. Uno miró la sombra que iba deslizándose lentamente desde el muro de la ciudad y arrastró su banqueta un poco más a su resguardo, mientras el Halcón que estaba detrás de él reía. La otra Buitre recitó un insulto sin demasiado ímpetu y luego hizo señas a la carreta de los Cuervos para que avanzara.

Pa silbó y agitó las riendas. Para las otras castas, sonó como una orden de marchar. Fie sabía exactamente lo que era. En la danza del dinero, ese silbido significaba «formar parejas».

—Manteneos en silencio —dijo Fie a los lorecillos—, permaneced cerca y moveos cuando yo lo diga.

Armonía, se dijo a sí misma y encendió el segundo diente.

Los dos dientes de Gorrión rechinaron uno contra el otro durante un momento, después se asentaron en una cooperación reticente. Como había ocurrido con los dientes de Paloma, sus sentidos se modificaron para dibujar nuevos caminos en su mente. Antes, había percibido el hormigueo de los ojos que apuntaban hacia ella; ahora toda persona que estaba cerca arrojaba un haz de mirada. Y con los dos dientes en la mano, cada vez que esa mirada se acercaba a Fie y a los chicos, era repelida como el agua contra una capa engrasada.

La bruja de piel se inclinó para mirar detrás de Pa y observar al resto de los Cuervos. Fie contuvo la respiración, sostuvo los dientes, mantuvo alejada esa mirada. Después de un instante, la bruja se echó hacia atrás.

—Cuento dos ladrones de huesos —señaló—. ¿Treggor?

—Tengo dos, Inge —confirmó el otro Buitre, corriéndose aún más

hacia la sombra.

Fie dejó escapar la respiración.

—Brujos a mí —dijo Inge. Pa bajó del asiento de conductor y caminó hasta ella, mientras se remangaba; Hangdog, un paso atrás. Dos guardias Halcones sacudieron sus lanzas para que los otros Cuervos se alejaran del carro.

—Iros con ellos —susurró Fie y se deslizó al final de la bandada para avanzar al mismo tiempo que el resto.

Los Halcones caminaron hacia allí, curvando los labios.

—¿Qué os trae a Cheparok? —preguntó uno.

Los ojos de Pa se dispararon hacia allí.

—Reabastecimiento —respondió, lo bastante alto para que rebotara contra las paredes y volviera en eco hacia los guardias—. Nos quedamos sin fogonazo y tenemos pocas vainas de jabón...

—No necesito una lista —escupió el guardia—. Esas son provisiones caras para un Cuervo. ¿Cómo pensáis pagarlas? ¿Traéis dinero?

Pa se sobresaltó.

—Sí. El último trabajo nos dejó diez nakas de viático.

El guardia rodeó la parte trasera del carro mientras su compañera se plantaba entre este y los Cuervos.

—Diez nakas —dijo el guardia, pensativo, mientras pinchaba los cajones y costales con la punta de la lanza. El filo se hundió demasiado en una bolsa. El arroz se desparramó sobre el fondo del carro mientras Barf salía trepando por atrás de la arpillera destrozada, aulló su desprecio y se estiró. Parecía completamente despreocupada por la punta de lanza que ahora tenía a centímetros de distancia.

Uno de los lorecillos se movió detrás de Fie.

—No —siseó ella por lo bajo.

—Ey, Kanna, ¿recuerdas cuál es la tarifa para pasar por el quinto portal? —preguntó el guardia, con la lanza aún apuntando hacia Barf.

Su compañera se giró para reír con él.

—Ocho nakas.

—Ocho nakas —repitió él.

Los dos Halcones miraban hacia otro lado ahora y los dos Buitres estaban concentrados en Pa y Hangdog.

—Seguidme —susurró Fie, se apartó del resto de la bandada y se escabulló hacia la entrada.

Los hombros de Pa se hundieron un poco.

—Como quiera —dijo y levantó su sobretúnica.

El guardia rodeó el costado de la carreta y se acercó de pronto. Fie tiró de los chicos para que se acuclillaran detrás del buey, al mismo tiempo que el Halcón apuntaba su lanza directamente hacia Pa.

—¿Llevas una espada?

—Está rota.

—Suéltala.

Pa asintió y montó un espectáculo al estirarse hacia el otro lado de su cadera, donde estaba la hebilla. La media espada cayó al lado, enviando una nube de moscas de sangre al aire.

La bruja de piel llamada Inge soltó una carcajada detrás de Pa.

—Para lo único que sirve es para impartir misericordia, eso es seguro.

—El monedero. —El guardia agitó su lanza hacia Pa.

Pa desamarró su monedero y se lo arrojó al Halcón. Este lo tiró sobre el asiento del conductor de la carreta y deslizó las monedas

de un lado a otro hasta que estuvo satisfecho.

—El vuelto está en el asiento —dijo riendo, e hizo un gesto con la cabeza hacia su compañera—. Adelante, Inge.

Los brujos de piel sujetaron a Pa y Hangdog, sus dedos de carne de pescado eran pálidos contra sus brazos desnudos. Los ojos de Inge y Treggor se cerraron con fuerza durante un momento.

—Moveos —susurró Fie y gateó hacia el portón.

Los ojos grises de Inge se abrieron un poco. Soltó a Pa y escupió hacia un lado. Su escupitajo aterrizó en el brazo sin manga de Fie.

El asco le produjo una arcada y los dientes de Gorrión se salieron de sintonía durante un horrible instante. Fie tiró de ellos para restaurar la armonía, maldiciendo en una plegaria silenciosa, y se quedó helada en el sitio.

Inge se enderezó, el haz de su mirada merodeó por donde había estado Fie.

—¿Treggor?

El otro Buitre parpadeó.

—¿Sí?

Armonía, rezó Fie en el lodo hediondo, estrujando los dientes gemelos de Gorrión para sacar todo lo que valían. *Armonía*.

Inge miró con ojos entrecerrados, luego volvió a desplomarse en su banqueta.

—Nada.

Cuando esta se volvió hacia Pa, Fie susurró:

—Moveos.

Calculó que cuando el príncipe había pensado en pedir ayuda a los Cuervos, no había tenido en mente atravesar el portón más bajo de Cheparok en cuatro patas.

—Vuestras marcas de brujo son válidas —graznó Inge detrás de

ellos, pellizcando un pliegue de su túnica amarilla—. Escuchad, vosotros dos. Ahora sois hombres marcados. Cualquier hechizo que uséis podrá ser y será rastreado hasta vosotros. Quitaremos la marca cuando abandonéis la ciudad.

—Así que no causéis problemas —dijo con desprecio la mujer Halcón—. Y no os quedéis demasiado tiempo.

Apuntó la lanza hacia el portal justo cuando Fie y los chicos doblaban por la esquina.

Pa recogió su espada, subió de nuevo al carro y azotó las riendas sin decir palabra. Los bueyes se sacudieron hacia adelante. Fie y los lorecillos se unieron a las filas de Cuervos cuando estos pasaron por el portón, sin arriesgarse a mirar atrás. Fie no se arriesgó a soltar su puño agarrotado alrededor de los dientes de Gorrión.

La carreta crujió al entrar en el anillo más bajo de Cheparok. La ciudad se alzaba sobre ellos en niveles circulares, cada uno más pequeño y más alto que el anterior. Las edificaciones que bordeaban la calle de lodo, aquí abajo eran poco más que paredes grumosas de yeso cocido y láminas de palmera tejida. La mayoría se apiñaba cerca de un canal sucio que iba curvándose por el camino hasta que doblaba para quedar fuera de vista. Pa siguió ese canal, después giró en una esquina, luego otra, hasta que se escabulleron en un callejón estrecho lejos de la calle ajetreada.

—Ya es seguro, Fie. Bien hecho.

Fie soltó los dientes. Wretch observó sus capas manchadas de estiércol y reprimió la risa, pero los lorecillos tenían otras preocupaciones.

—Os han quitado casi todo vuestro dinero —dijo Tavin, furioso—. No puedo... nosotros... los denunciaré en cuanto lleguemos a la fortaleza...

Pa hizo un gesto con la mano y luego hurgó en su túnica.

—No te preocupes, muchacho. Sí, se han quedado con la mayor parte de las monedas que tenía... —Extrajo una bolsa de cuero más larga y delgada de detrás de su espalda—... en ese monedero. Diles que solo tienes diez nakas y ocho es lo que se llevarán.

—No deberían llevarse nada en absoluto —sostuvo Jasimir—. No lo olvidaré.

Los otros Cuervos intercambiaron miradas. Lo único que Pa respondió fue:

—Antes te dejaremos con tu primo.

Tavin apuntó a los niveles más altos de la ciudad con la cabeza.

—Hay un markahno en el Segundo Mercado esperando noticias mías. Él dará la señal a la Fortaleza Flotante en cuanto lo encontremos y después el gobernador Kuvimir encenderá la almenara de plaga.

—¿Segundo Mercado? Buena suerte. —Swain señaló la pared de yeso sobre la carreta, marcada con bucles y tajos oscurecidos por el hollín. Era fácil confundirlos con el trabajo de un vándalo, pero las dos huellas negras de pulgar cruzadas hacían una señal que Fie reconocería en cualquier lado.

Los lorecillos parecían desconcertados. Fie dio unos golpecitos en las huellas de pulgar.

—Este es un símbolo Cuervo. Y esto... —señaló con el brazo toda la pared—... es un mapa. Aquí. —Indicó un cuadrado coronado por una curva en el lado oriental de la ciudad—. Ese es el santuario Cuervo. Y estos... —Marcó una serie de púas—... son los mercados. El Segundo Mercado es... —Fie contó las insignias de mercado en cada anillo y frunció los labios ante lo que vio—... malo. Malo para los Cuervos.

—Tenemos «Nadie les vende a los Cuervos». —Swain contó con los dedos al leer los símbolos junto al mercado—. Veamos... tanto «guardia hostil» como «sobornar al guardia», así que deberéis estar abiertos a varias opciones cuando lleguéis hasta allí... Y «sin máscaras».

—Yo trataré con los guardias —dijo Tavin—. ¿Por qué sin máscaras?

Fie suspiró.

—Llama la atención. En lugar de eso, solo mantente con la capucha puesta.

—Fie... —comenzó Pa.

—Sí, Pa. —Fie desabrochó su propia máscara, que colgaba alrededor de su cuello, y la arrojó dentro de la carreta. Debería haber sabido que su trabajo no estaba ni cerca de haber terminado—. Después, llevaré a los chicos de vuelta al santuario.

—Yo iré contigo —dijo Hangdog abruptamente. Pa se sorprendió y se quedó mirándolo—. Al menos hasta el Cuarto Mercado. Compraré fogonazo y vainas de jabón.

Pa intercambió una mirada con Fie. Esta encogió ligeramente los hombros. Ya iba a lidiar con un príncipe y su fastidioso Halcón mascota. Si Hangdog quería fastidiar también, al menos uno de ellos sería útil.

El monedero con nakas repiqueteó cuando Pa dejó salir las monedas y se las dio.

—Tened. Manteneos a salvo. Os veré a los cuatro en el santuario.



—El cartel dice que los ascensores de agua están por allí.

Fie frunció el ceño, ya estaba sofocada de calor bajo su sobretúnica negra. Pero como Jasimir debía cubrirse por no haber

cortado su moño y Tavin debía hacerlo a su vez, *ella* también tenía que taparse para evitar llamar la atención. Aun así, envidiaba los pañuelos etéreos y las cabezas rasuradas de las mujeres de Cheparok que estaban a su alrededor. *Ellas* iban vestidas para el calor enlodado.

—No sé qué dice ese cartel, *primo* —respondió Fie—. Y tampoco me importa. ¿Esa marca de ahí? Eso significa que los Cuervos no tienen permitido entrar. Tenemos que ir por las escaleras. Y las escaleras son por aquí.

Tavin parpadeó hacia ella.

—¿No sabes leer?

Algo en ella se contrajo ante su sorpresa.

—Conozco... Conozco los símbolos de los Cuervos —balbuceó—. Swain lee por nosotros.

—Y los símbolos Cuervos dicen que no nos permitirán usar los ascensores de agua —intervino Hangdog. Quizás dos días y medio de silencio por parte de Fie le habían enseñado a mantener la serenidad, porque no había ningún rencor que hiciera arder su voz, solo fría resignación.

—Bueno, esos símbolos parecen viejos. Asegurémonos. —El príncipe avanzó por la calle enlodada.

Fie apretó con fuerza los dientes y lo siguió. Realmente no podía culparlo. La idea de subir con esfuerzo escalón tras escalón de piedra caliza todo el camino hasta el Segundo Mercado la hacía querer vomitar. Los ascensores de agua usaban la fuerza de los canales de agua de la represa para mover cargas y habitantes entre los niveles de Cheparok con mucho menos esfuerzo.

El encargado del ascensor levantó la vista de una carretilla llena de algodón solo lo suficiente para ladrar:

—No.

Durante un momento, Fie quiso quedarse ahí parada, de todas formas, y disfrutar del tenue alivio del rocío y el agua que salpicaban hacia abajo desde el Cuarto Mercado. Entonces recordó que esa misma agua había viajado desde el Fan, entrado al embalse y bajado por los canales y los escalones de baño de cuatro niveles, así que llevaba todo aquello que los ciudadanos de esos niveles tenían ganas de arrojar. Probablemente estaba tan limpia como la porquería en su brazo.

—Vamos —dijo, haciendo un gesto de asco, y se dirigió de nuevo hacia las escaleras. Esta vez Jasimir mantuvo la boca cerrada.

Hangdog desapareció en cuanto subieron los sesenta escalones hasta el Cuarto Mercado.

—Suerte, *prima* —murmuró a Fie con media sonrisa. Durante un breve instante, ella consideró empujarlo hacia abajo por esos sesenta escalones, pero pareció demasiado esfuerzo bajo aquel sol.

En lugar de eso, buscó una marca Cuervo para las escaleras. Había una tallada en un poste cercano y señalaba hacia el otro lado del Cuarto Mercado.

—¿Es que no saben cuánto calor hace aquí? —suspiró Tavin, mirando a las masas que atestaban el mercado. Fie casi no podía oírlo por encima del mugido del ganado disgustado, los gritos de los vendedores, los alaridos de los niños y los gorjeos del cuerno de un músico callejero.

Las santas escrituras decían que la Alianza desechaba las almas irredimibles en uno de doce infiernos. Fie no estaba segura de qué había hecho para merecer este.

Una madre se abrió paso a empujones arrastrando a un niño de cada brazo. Le dio a Fie una idea tan desagradable como efectiva.

Sujetó con rapidez una mano de cada lorecillo.

—Sujetaos con fuerza.

Entonces se sumergió en la muchedumbre. Era caos y cacofonía, un estrujamiento de sudor y carne y algodón rígido por la sal. Perdió la cuenta de cuánta gente machacó sus pies, pero estaba muy segura de que los clavos en sus sandalias lo retribuyeron el triple.

Finalmente, lograron cruzar el Cuarto Mercado. Fie llegó a trompicones hasta un lugar tranquilo entre los puestos y el príncipe se liberó de un tirón y sacudió la mano. Ella soltó a Tavin y se balanceó en el lugar mientras recuperaba el aire.

—No hagamos eso nunca más —dijo Tavin, con un tono sombrío.

Fie negó con la cabeza, jadeando.

—Para... volver.

—Preferiría arrojarme de cabeza por el ascensor de agua. — Jasimir comenzó a echar su capucha hacia atrás, pero lo pensó mejor—. ¿Ahora qué?

Fie miró los siguientes cien escalones e hizo una mueca.

—Tercer Mercado.

Esta escalera pasaba por un conjunto de escalones de baño, donde uno de los canales del embalse recubierto de mosaicos verdes derramaba agua sobre bloques de piedra caliza más grandes que aquellos por los que subía Fie. La gente del cuarto nivel salpicaba el agua lechosa al enjuagar ropa o al desvestirse y bañarse a gusto. Fie y los chicos se detuvieron un momento a limpiarse los brazos; a Fie le costó más de lo que quería admitir no lavarse de pies a cabeza.

El Tercer Mercado estaba misericordiosamente menos atestado que el Cuarto, lo que les dio un momento para recuperar el aire a la

sombra de una fría pared de piedra. Una calle de ladrillos desnivelada serpenteaba entre tiendas y puestos, donde los mercaderes prometían de forma cuestionable los abanicos de palmera más frescos, los corderos más gordos, los candiles más brillantes de Cheparok. Tripulaciones de Grullas impulsaban sus barcazas de carga por el canal que bordeaba el mercado, gritando al aire impregnado de especias en busca de compradores mientras limpiaban el sudor de sus rostros bien morenos. Una lejana mancha de tejas naranjas marcaba la Avenida del Magistrado, donde brujos Grullas filtraban las verdades de testigos y peticionarios por igual.

Los ojos de Fie aterrizaron en un par de Halcones que holgazaneaban cerca de un ascensor de agua. Uno la miró con los ojos entornados y murmuró algo a su compañero. El otro Halcón se dio la vuelta para mirarla también.

—Debemos movernos —dijo Fie y caminó otra vez hacia el sol.

—¿Nos están siguiendo? —preguntó Tavin, que caminó hasta quedar al lado de ella.

—Quizás. Señala al puesto a tu derecha.

Él obedeció y apuntó a un cerdo que parecía malhumorado. Un granjero desconcertado alzó las cejas. Fie fingió considerarlo un momento, luego negó con la cabeza y siguió adelante.

—No miréis atrás —siseó mientras serpenteaba hacia una vendedora de cristalnero. La tienda de la mujer resplandecía con muestras de su labor, hilos con discos colgados se agitaban en la brisa. El cristalnero solo permitía ver de un lado, mientras que del otro mostraba reflejos de casi todos los colores imaginables. Fie había visto paneles enteros del material en las ventanas de los ricos. Los Cuervos solo manejaban el de la clase más sencilla, el

negro, para cubrir los agujeros de los ojos en sus máscaras.

Los discos giraban en sus cordeles mientras Fie se acercaba y reflejaban fragmentos del mercado: un tapiz, un trozo de un académico Búho, una lámpara de latón apoyada en un alféizar. Un disco azul dio vueltas y le mostró a los dos guardias, que aún observaban desde el ascensor de agua. Se detuvo y se estiró hacia un disco negro.

—Mantén tus asquerosas manos lejos —escupió la vendedora.

Fie enseñó sus manos vacías y dio un paso atrás.

—Solo miraba.

El disco negro giró para mostrarle a los guardias otra vez. Se habían distraído con la agitación de las ruedas del ascensor al ponerse en movimiento.

—Vamos. —Fie sacudió la cabeza hacia un poste. Para su irritación, cuando llegaron allí, encontró que cualquier símbolo Cuervo que hubiesen dibujado se había borrado con el paso del tiempo, si es que había habido alguno en absoluto. Le ardieron las orejas—. ¿Puedes... dice dónde...?

—Por aquí. —Tavin avanzó para cruzar el mercado.

Esta vez, los escalones se alzaban junto a grandes mosaicos, sus vívidos azulejos pintaban las hazañas de los dioses y héroes muertos. En uno, la Lovely Rhensa bailaba sobre un campo de enemigos derrotados; en otro, Ambra, la Reina del Día y la Noche, estaba montada a horcajadas sobre el sol, envuelta en fuego Fénix. Jasimir hizo una mueca frente a ese mosaico mientras tomaba un respiro antes de seguir. La mayor parte de Cheparok se posaba debajo de ellos al llegar a la cima de las escaleras, descendiendo nivel a nivel hasta que la última meseta se escurría en muelles y canales. Barcazas más pequeñas se apiñaban en la bahía baja,

como camadas de cachorros cuyas madres eran los grandes barcos mercantes atracados en la parte alta de las islas entre Cheparok y el mar.

Fie no se dio cuenta de que se había detenido hasta que Tavin tiró de su hombro.

—La vista es aún mejor desde la fortaleza.

El Segundo Mercado era incluso más silencioso que el Tercero. Fie dudó hasta de pisar en las losas lisas de arenisca, los clavos en sus sandalias rechinaban en protesta. Sobre unos pocos puestos ondeaban banderines con imágenes de rarezas importadas o los escudos de renombradas casas mercantes Grullas, pero en la mayor parte, los escaparates de las tiendas formaban una calle tranquila. Elegante gasa de seda ondeaba en la brisa por todos lados, desde mantones en capas lucidos por Grullas y Pavos Reales, hasta cortinas fijadas sobre ventanas y armazones de tiendas. Cortesanos Cisnes de todos los géneros y colores deambulaban ataviados de blanco de pies a cabeza, llevando a su estela los vaporosos velos de sus propios sombreros de ala ancha destinados a proteger sus rostros del envidioso sol. Las cabezas giraban al verlos pasar. Los Cisnes comandaban el don del deseo y hasta los más vulgares podían atraer la atención como la seda, esgrimiendo el carisma con tanta certeza como un Halcón esgrimía el acero.

Un hombre Cisne miró de reojo a Fie y frunció la nariz. Ella arrugó la suya en respuesta, por haberle hecho recordar demasiado a la reina Rhusana.

—Bueno —dijo Fie, pasando una mano por su frente—, el patán de tu markahno no debería tener ningún problema para detectarnos.

—Dijo que está apostado cerca de un boticario. —Hasta Tavin parecía reticente a aventurarse adentro del mercado.

Fie echó un vistazo por la calle y vio un banderín con un mortero y un pilón.

—Ahí hay uno.

—También allí. —Tavin volvió a tomar la delantera y se escurrió sin inconvenientes en el tránsito serpenteante. Jasimir lo siguió, dejando a Fie a la retaguardia.

Zigzaguearon entre la multitud, sus suelas de clavos rechinaban contra la piedra de una forma que erizaba la piel de los brazos de Fie. Ella no podía evitar fruncir el ceño ante el paso tranquilo de los chicos. Después de una semana con los Cuervos, seguían caminando como si los Pavos Reales debieran hacerse a un lado para dejarlos pasar.

No había remedio para la forma en que habían sido criados, supuso Fie. Y no sería su problema por mucho tiempo más.

Una mano se cerró alrededor de su muñeca.

—¿Qué es esto?

La capucha de Fie cayó hacia atrás cuando tiraron con fuerza de ella. Un guardia Halcón la sujetaba férreamente y torcía la boca.

—¿Qué hace una piltrafa Cuervo en el Segundo Mercado? ¿Nadie te ha dicho que no hay huesos que robar aquí? —Levantó con fuerza su brazo para obligarla a ponerse de puntillas—. ¿O estás buscando otra cosa, pequeña Cuervo?

Los pensamientos de Fie dieron vueltas como torbellinos por el pánico. El guardia la había escogido a propósito... los chicos no se darían cuenta de que ella no estaba... y ella caminaba por la ciudad con una marca de bruja sin identificar.

El Halcón debió de haber leído la consternación en su cara,

porque sonrió de forma perturbadora y caminó hacia atrás, arrastrándola lejos de la calle.

—Así es, ahora estás en problemas. Así que hablemos de cómo vas a solucionarlo.

—*¿Qué crees que estás haciendo?* —Un puño surgió a toda velocidad por encima del hombro de Fie, se cerró alrededor de la muñeca del Halcón y la retorció con ferocidad. El guardia la soltó con un aullido y buscó la espada que llevaba amarrada a su lado.

De alguna forma, en los últimos días, Fie había olvidado lo rápido que podía moverse Tavin. Pareció como si solo hubiese parpadeado y el guardia del mercado ya estaba alzado contra la pared con el codo de Tavin presionado contra su tráquea.

—Tranquilo, primo —dijo Tavin con severidad, más una amenaza que otra cosa—. Piensa bien cuál será tu próximo movimiento, porque si tienes *suerte*, solo me conformaré con dejar que la tía Loka te despelleje.

—¿Tavin? —resolló el guardia, incrédulo. Su mirada resbaló hacia Jasimir—. ¿Es ese el prín...?

Tavin cubrió la boca de su primo con una mano.

—¿Eres especialmente estúpido? —cuestionó por lo bajo—. ¿Qué parte de «piensa bien cuál será tu próximo movimiento» no fue clara? —El guardia lo miró con el ceño fruncido. Tavin no cedió—. Voy a soltarte y después vas a hacernos un favor a ambos y te quedarás callado para escuchar muy pero muy cuidadosamente lo que quiero que hagas.

El guardia asintió y Tavin dio un paso atrás. Fie echó una mirada por encima de su hombro en busca de observadores, pero ninguno de los clientes que deambulaban cerca miraba para donde estaban.

—Pensé que vendrías solo —murmuró el guardia—. No con... él.

O tu conejita andrajosa ahí. ¿Desde cuándo comes Cuervos...?

Y contra la pared terminó otra vez el guardia, esta vez de cara al muro.

La voz de Tavin adquirió esa serenidad afilada que advertía sobre el terreno peligroso.

—Supongo que «cállate y escucha» también era un desafío para ti, pero hazlo por tu país, ¿vale? Quiero que le digas al sargento Bernai que has visto Cuervos en el mercado, esas palabras exactas, al final de tu turno. Y luego quiero que te olvides de que hablamos. Y si no puedes hacer eso, al menos mantén tu maldita boca cerrada. Entonces, ¿qué vas a hacer por tu país, primo?

—Decirle al sargento que te vi...

Tavin aclaró su garganta.

—...que vi Cuervos en el mercado... Y solo se lo diré al sargento.

—Ese es el patriota que yo conozco. —Tavin lo soltó otra vez—. También deberías decirle a tu sargento que los guardias del quinto portón no permiten que los viajeros pasen sin pagar un soborno.

—¿Y? —Su primo encogió los hombros—. Pasa lo mismo en el tercero y en el cuarto.

—Y eso es *ilegal*. —La voz de Jasimir estalló por encima del hombro de Fie—. La ley establece que los ciudadanos pueden entrar y salir a su antojo. Nunca me han cobrado en el primer portón. Nadie debería tener que pagar.

El primo de Tavin miró al príncipe e hizo un saludo militar, con semblante inexpresivo.

—Como desee, Su... señor. Informaré a mi sargento sobre los portones.

Fie intercambió una mirada con Tavin. Ambos sabían muy bien lo que eso significaba: él se lo diría al sargento y el sargento no

haría una mierda.

—Primero cuéntale que viste a los Cuervos —señaló Tavin, que sonaba muy parecido a Pa—. Después mantén la boca cerrada. Y deja de avergonzar a los markahnos. —Subió su capucha—. Salgamos de aquí.

Nadie habló hasta que hicieron el descenso de vuelta al Tercer Mercado. Al pie de las escaleras, Tavin agarró el brazo de Fie y la llevó a un rincón.

—Esta no ha sido la primera vez, ¿no es cierto? —preguntó, con el rostro tenso de ira. El príncipe ladeó la cabeza, pero Fie comprendió con bastante claridad lo que Tavin quería decir.

Encontró su mirada, después intencionadamente miró donde la mano de él aún se cerraba alrededor de su brazo, tal como había hecho su primo.

La soltó como si quemara y maldijo por lo bajo.

—Ah. —Jasimir bajó la mirada.

—Me mantengo alejada de los Halcones siempre que puedo —les contó—. Pero no sería la primera vez para un Cuervo. ¿Qué haces cuando un Halcón toma lo que quiere? ¿Se lo cuentas a otro Halcón?

—Sí. —Tavin pasó las manos por su pelo—. Eso es lo que... lo que deberías poder hacer.

—¿Y cómo crees que eso termina para los que no son Halcones o aristócratas? —preguntó Fie.

Él apartó la mirada, hacia las escaleras que llevaban al Segundo Mercado. De alguna forma, eso enfureció a Fie.

Cerró el puño alrededor de la capa de Tavin y dio un tirón. Él parpadeó hacia ella.

—Supongo —agregó Fie con frialdad— que todos sabemos cómo

termina.

Entonces lo soltó y se dispuso a cruzar el Tercer Mercado.

Fue una larga, silenciosa y agobiante caminata de vuelta al quinto nivel. Pero mientras Fie lideraba el camino a través de los últimos escalones de piedra caliza, se dio cuenta de lo cerca que se había mantenido de ella el Halcón, que ahora custodiaba su espalda a cada paso.

Fie no sabía cómo se sentía ante eso.

Casi había terminado. En unas horas esto se habría acabado. El príncipe estaría a salvo, la parte del juramento de Pa estaría cumplida y nunca más tendría que temer a las cabalgatas nocturnas.

Unas pocas horas y ya no habría caminos que terminaran como el de su madre.

Acababan de pisar la calle empantanada del quinto nivel cuando gritos y murmullos recorrieron la dispersa multitud.

—Allá vamos —dijo Tavin.

Cuando. No si.

Cuatro niveles de la ciudad más arriba, un hilo de humo negro emanaba de la almenara de la Fortaleza Flotante.



Dejaron el santuario cerca del atardecer, la luz cobriza del sol arrojaba líneas de sombra en la calle mientras Fie colgaba su máscara del cuello.

—Ten. —Hangdog extendió un puñado de hojas de menta fresca —. Las encontré en el Cuarto Mercado.

—Gracias. —Sacudió su máscara para remover las hojas largamente marchitas que había en el pico e introdujo las nuevas —. ¿Tuviste algún problema?

Una mirada extraña cruzó por la cara Hangdog antes de volverse inexpresiva.

—Ninguno. ¿Tú?

Ella se amarró la máscara, percibiendo el olorcillo a menta mientras el mundo se reducía a lo que ella podía ver a través de los ojos de su máscara.

—Nada que valga la pena mencionar.

Otra media verdad. Pero tendría mucho tiempo para meditarlo en cuanto los lorecillos ya no estuvieran.

No encontraron resistencia en los ascensores esta vez. Las caras pálidas de los encargados indicaban que cuanto antes se llevaran los Cuervos a los pecadores, mejor. Un nivel tras otro ascendieron, la muchedumbre de los mercados abrían el paso con silencio sobrio y furioso a la nefasta procesión de los Cuervos.

El último ascensor de agua los dejó frente a una fila de guardias Halcones que los esperaban en la calle embaldosada del primer nivel. Paredes de mármol blanco y cristalnero iridiscente se alzaban alrededor de ellos, trenzadas en mansiones de techos verdes y pabellones donde el suave trinar de las fuentes de agua susurraba por entre piedras y sombras. Vívidos azulejos pintados bordeaban los cimientos de cada vivienda, que capa tras capa ilustraban los logros de generaciones de miembros de la casta de los Pavos Reales.

Los Halcones avanzaron a sus flancos mientras los Cuervos marchaban por la espiral del primer nivel y dejaban atrás las mansiones de la aristocracia, cada una adornada más absurdamente que la otra, hasta que por fin el gran ojo redondo y negro del embalse abierto apareció a la vista. La Fortaleza Flotante se posaba a no más de un hombre de altura sobre el Fan, apoyada

sobre gruesas columnas que sobresalían de la superficie del agua.

El propio Fan fluía bajo la fortaleza hacia el enorme pozo y mientras Fie seguía su carreta por una cuesta de piedra caliza, no vio rastro alguno del fondo del embalse. Los rumores decían que iba todo hacia abajo, hasta el quinto nivel. En la parte superior, alimentaba los canales, al verterse por los conductos de azulejos azules que atravesaban los niveles de la ciudad. Tavin había tenido razón, la vista era mucho mejor desde aquí arriba: un gran mosaico de tejas con los colores de las piedras preciosas y jardines frondosos bajaban en espiral a lo largo de los niveles.

El sol agonizante enviaba extraños remolinos a lo largo de las paredes verdemar de la Fortaleza Flotante mientras la carreta se acercaba. Fie ladeó la cabeza, al preguntarse si era un truco de su cristalnero, hasta que un tono dorado estalló en un resplandor. Las paredes habían sido pintadas con esmalte y polvo de oro.

Un nudo ardiente subió a su garganta cuando pensó en todas las veces que Pa le había cedido su cena. Todas las veces en que se había descompuesto por comer panchato podrido o mascado un puñado de menta solo para dejar de pensar en el hambre, solo para aguantar hasta el próximo viático.

—Ahí está el gobernador Kuvimir —susurró el príncipe Jasimir, el alivio resplandeció en su voz como el polvo de oro.

En efecto, un hombre observaba su acercamiento desde el balcón de un patio más cercano, en su cuello y pecho resplandecía un collar con la cola en abanico que era la insignia del gobernador. Un retortijón peculiar azotó las tripas de Fie.

Ya casi ha terminado.

Encontró un hilo suelto del que tirar. El carro siguió rodando.

El camino se curvaba hacia arriba y llevaba a un puente de

mármol que se extendía entre la tierra y la fortaleza, sobre el torrente de agua donde el río se encontraba con el embalse. Estatuas verde jade de dioses muertos de los Pavos Reales bordeaban las barandillas. El gobernador Kuvimir aún esperaba sobre el patio en el otro extremo, sujetando la balaustrada con ambas manos.

Los clavos de las sandalias de Fie produjeron un rechinamiento particularmente horrible cuando pisó el puente de mármol. Las ruedas del carro traquetearon tras ella, los bueyes mugieron inquietos cuando sus pezuñas chasquearon y chirriaron por no tener agarre. Más chirridos hicieron eco por el agua a medida que Cuervo tras Cuervo marcharon sobre la piedra.

Alguien tocó su hombro.

—Fie. —La voz de Tavin era demasiado suave para identificarla —. Algo no va bien.

Ella echó una mirada alrededor y encontró a los lorecillos a su derecha, aún caminaban como si fueran dueños de la fortaleza.

—¿Qué?

—El lord gobernador debería salir a recibirnos.

—¿Crees que saldría a recibir Cuervos? —Hangdog ladró una risa.

—Os digo que... —La voz de Tavin se alzó.

Fie dio media vuelta para hacerlos callar...

Y se quedó petrificada.

A sus espaldas, los Halcones que los escoltaban habían formado una línea a través del puente, un muro de púas entre los Cuervos y la única salida.

Fie escuchó un altercado y dio media vuelta con la rapidez de un látigo. Hangdog había empujado a los lorecillos frente al carro y se

había quitado su máscara y las de ellos.

—¡Aquí están! —gritó al mismo tiempo que Pa maldecía y tiraba de las riendas—. Hice lo que queríais...

Una flecha se hundió, suave y directa, en el ojo de Hangdog. Él se desplomó en el suelo.

El mundo quedó en silencio. Fie observó el bulto imposible de tela negra y extremidades que había sido Hangdog.

Otra flecha pasó silbando y le talló una raya de dolor agudo por encima del codo antes de repiquetear contra el mármol. Soltó un grito.

Un rugido hizo eco a través del puente como un trueno:

—*¡La reina lo quiere vivo!*

—¡Todos detrás del carro! —gritó Pa, mientras saltaba del asiento del conductor. Otra flecha golpeó a uno de los bueyes. Este chilló y saltó hacia adelante, se estrelló contra el otro buey y el impulso hizo que el carro patinara hacia adelante sobre la piedra, mientras Barf maullaba dentro.

Alguien sujetó el brazo de Fie y la arrastró detrás de la carreta temblorosa. Otro grito partió el aire. Esta vez sonó como Wretch.

Pa emergió, con el puño cerrado alrededor de su cordel de dientes.

—Esto no era... Debe haber arreglado con Rhusana... —El brazo de Tavin aún estaba enroscado con el de ella. El otro mantenía a Jasimir arrodillado en el suelo, donde las flechas no podían alcanzarlo—. Tenemos que huir...

Pa negó con la cabeza.

—Soy un hombre marcado —explicó mientras arrancaba su cordel de jefe con una serenidad escalofriante—. Esos Buitres podrían seguir mi marca de brujo a través de los doce infiernos. No

hay un «nosotros» aquí, lord Halcón.

Pa arrojó el cordel al carro y cerró los ojos.

Dos dientes de Fénix rugieron con vida en los sentidos de Fie. Hubo un restallido tremendo y una explosión de calor. Una pared de fuego barrió el puente y rodeó a los Cuervos.

—Solo estáis vosotros —dijo Pa.

Cuando. No si.

Fie finalmente, con terror, comprendió.

Encontró su voz.

—Pa... no...

—Salid de aquí, iros lo más lejos de aquí que podáis. —Pa puso la espada rota en sus manos y ella la odió, odió su peso, odió el repentino destello de dos filos mortales ahora en sus manos—. Manteneos fuera de vista. Quemad todos los dientes que debáis. — Su bolsa de dientes cayó en brazos de Fie con un horrible ruido seco.

Eran los dientes de Pa, era su espada, él era el jefe, esto estaba todo mal...

Pa la sujetó de los hombros.

—Tienes que cumplir el juramento, Fie.

—No... Pa, no soy jefa, ¡no puedo!

—*Tienes que cumplir el...*

Una flecha atravesó las llamas desde atrás y dio a Pa en el hombro. Él cayó de rodillas y el fuego chisporroteó.

Detrás de las llamas doradas, Fie vio una sombra altísima coronada con un casco mellado con muescas.

—*Sácalos de aquí* —escupió Pa.

Fie sacudió la cabeza, frenética.

—No, *no...*

Tavin arrastró a Jasimir para que se pusiera de pie, envolvió la cintura de Fie con un brazo y dijo:

—Sí, jefe.

Fie había olvidado lo rápido que se movía el maldito Halcón.

Vio paredes de fuego dorado. Una fractura en las llamas. Un casco Buitre con bordes serrados. El rostro de Pa que cedía a la desesperación.

Y entonces no vio nada más que el atardecer bañado en sangre, al caer el príncipe, el Halcón y la Cuervo misericordiosa por encima del costado del puente hacia el agua negra que había debajo.

SEGUNDA PARTE
TRAIDORES Y JEFES



9

EN ESTA VIDA O EN LA QUE SIGUE

Fie nunca había imaginado que moriría en silencio. Joven, quizás. Atravesada por una espada, también era algo probable. O haciendo lo que ella hacía mejor: buscar pelea por algo que con facilidad podría haber dejado en paz.

No imaginaba morir engullida por completo. Pero el río Fan acababa de hacer exactamente eso.

El río se revolvía con brazos y piernas que se agitaban y flechas disparadas como ataques de víbora, y gorgoteaba a los lados de su máscara. Sin embargo, más allá de sus ojos de cristalnero no había nada más que la oscuridad sin fondo del embalse que la aspiraba desde los talones.

Entonces, la bolsa de dientes de Pa pasó flotando.

Algo se rompió. Luchó por atrapar el cuero... pero la espada de Pa se soltó... no podía perderla, tenía que devolvérsela a Pa, devolvérsela al jefe...

El filo mordió sus palmas y dedos y el agua se volvió roja. No le importó. Le devolvería la espada a Pa o moriría ahogada en el fondo de este maldito pozo.

Alguien tiró de su capucha y la arrastró hacia arriba hasta que salió a la superficie. El silencio del río se astilló con la alarma de cuernos y el rugido de la caída del agua.

—¡Sujetaos! —gritó alguien antes de que una ola creciera sobre Fie. El río no la dejaría ir tan fácil, introducía dedos de agua a través de su máscara y por entre sus dientes, por su nariz, ahogándola con hojas mojadas de menta. La corriente la hizo girar y girar hasta que su cadera se estrelló contra un borde áspero de piedra.

Y ahí el río cambió de opinión y la arrojó afuera, a una resbaladiza confusión de mosaicos azules y girones de cielo rojo. Un pánico invulnerable mantuvo sus brazos ensangrentados trabados alrededor de la bolsa de dientes y la espada rota, sin que importara que el movimiento equivocado pudiera destriparla como a un pescado. No podía perder los dientes de Pa, no podía perder la espada del jefe, no podía, no podía...

Fie tropezó con la espalda de uno de los chicos con un ruido húmedo y sólido.

Tavin maldijo y tiró de ella para ponerla de pie sobre un suelo sorprendentemente firme. Ella quiso tomar una bocanada de aire, pero solo se atragantó con el agua atrapada en el pico de su máscara y se dobló hacia adelante. Unas manos empujaron su capucha hacia atrás y trabajaron sobre su cabello hasta que la

máscara cayó, suelta.

El mundo dio vueltas, mareado, alrededor de ella mientras luchaba por recuperar el aire y su equilibrio a la vez: azulejos brillantes, rostros apabullados, piel desnuda. Escalones de baño. La corriente los había empujado a uno de los conductos de drenaje del embalse, hasta una meseta donde los conductos se abrían a unos escalones de baño. El mosaico de un dios Cisne muerto le fruncía el ceño con elegancia desde su asiento en una luna de nácar.

Otro coro de alarmas de cuerno chilló desde algún lugar arriba de ellos.

—Ven. —Tavin arrojó su máscara a un lado e intentó sujetar la espada y la bolsa. Ella se sacudió hacia atrás, sus dedos llenos de sangre. Él hizo una mueca de dolor—. Te estás haciendo daño...

—No me importa.

—Por favor, Fie. —Tavin echó una mirada por encima de su hombro y, si no fuera porque era completamente imposible, ella hubiese pensado que sonaba bastante desesperado—. No hace falta que me los des, solo déjame ayudarte a amarrarlos. Será mucho más difícil ayudar a tu padre sin dedos.

Ayudar a Pa. Tenía que ayudar a Pa. Logró asentir ligeramente y dejó que él quitara la capa de sus hombros temblorosos, luego le entregó la espada y la bolsa, la sangre llegaba a sus muñecas.

—Te curaré en cuanto estemos seguros —murmuró Tavin, mientras arrancaba una tira de seda de Cuervo y envolvía la espada con ella para después anudarla al cinto de Fie junto con la bolsa de dientes—. Si tenemos suerte, no se infectará... y aquí tenemos compañía. Vamos.

Los gritos y los pisotones de las botas de los Halcones sacudían el

aire cuando Tavin empujó a Fie y a Jasimir al siguiente conducto de agua. Fie cayó en picado por mosaicos y piedra gastada tras años de bajada del agua, vio techos y paredes de ladrillos como destellos que pasaban a los lados, las alarmas zumbaban por encima del estruendo del agua.

El conducto la escupió al aire libre. Durante un momento que le retorció las tripas, azulejos y mar y caras vueltas hacia el cielo dieron vueltas debajo de ella, luego cayó a las aguas del canal del Tercer Mercado. Su cabeza pasó a un dedo del borde de una barcaza de carga; su respiración hizo erupción de golpe en un resuello burbujeante. Con una mano ensangrentada sujetó el borde de la barcaza. Esta se meció y viró más de lo que debía. Fie salió a la superficie y miró hacia arriba con los ojos entrecerrados.

Tavin había aterrizado en los cajones de la barcaza. El marinero Gaviota alzó la pértiga de su embarcación y gritó algo sobre ladrones de huesos en sus mercancías. A su vez, el Halcón arrojó su capa empapada a la cara del Gaviota, sujetó el otro extremo de la pértiga, empujó con eficiencia al hombre al canal y se deslizó hacia la cubierta de la barcaza.

—¿Dónde está? —preguntó Tavin mientras ayudaba a Fie a subir. No se refería al marinero.

—Aquí. —Jasimir subió a bordo de la barcaza por el otro extremo y se apresuró a poner los cajones entre él y el Tercer Mercado—. No podemos quedarnos arriba...

—Lo sé. —Tavin agarró las manos de Fie entre las suyas y cerró los ojos. Un picor horriblemente punzante rodó a través de cada herida. Ella aspiró aire con fuerza, temblando, y Tavin la soltó—. Lo siento, no puedo hacer otra cosa más que frenar el sangrado ahora mismo. Jas, capa. —Tavin rasgó la seda de Cuervo en más

tiras y envolvió las manos de Fie. Las alarmas comenzaron desgarrar el aire otra vez. Dio una vuelta para mirar alrededor, con el ceño fruncido—. A mi señal, saltamos a la calle y...

Una flecha interrumpió la conclusión de su plan, al clavarse con un ruido seco en el cajón al lado de su oreja.

La miró.

—Fingid que esa era mi señal.

Salieron en desbandada de la barcaza para meterse en el Tercer Mercado, las sandalias mojadas de Fie crujían contra el ladrillo irregular. Los cuernos de alarma aullaban a través de las tiendas. Los compradores se detenían en el lugar y buscaban la causa con la mirada. Un hombre la encontró cuando Tavin lo empujó lejos de su camino y contra un puesto de plátanos. Maldiciones y gritos surgieron a su estela.

Entonces, el sol destelló contra el acero otra vez, revoloteando de prisa entre los cuerpos al final del mercado, delante de ellos. Unos gritos estallaron en el aire como fuegos artificiales. Fie miró atrás y encontró que los cercaban más Halcones, que se acercaban a toda velocidad por entre la muchedumbre aterrada.

Tavin la sujetó del hombro.

—Tienes que escondernos.

—No —intervino Jasimir—. Si llegamos a separarnos, nos perderemos.

Fie no podía pensar. Ayudar a Pa, tenía que ayudar a Pa.

Tavin masculló un insulto mientras miraba alrededor frenéticamente. Su mirada se iluminó ante una tienda.

—Cuida a Jas —ladró y se sumergió.

Un momento después, un coro de azulejos que se rompían chirrió, disonante, contra las alarmas de los cuernos. Fie percibió el

fuerte olor ácido del fogonazo y el aceite de candil.

Al igual que todos los que estaban cerca.

El pánico que venía fermentándose en la multitud estalló en una completa estampida, que envió una oleada humana contra los Halcones que se aproximaban. Una mesa se derrumbó, luego otra. La avalancha mortal se derramó sobre la calle mientras la gente huía, mientras los ojos de Fie se humedecían, sus pulmones ardían y tropezaba hacia atrás.

Entonces... entonces, chispas.

Un fantasma azul siseó a lo largo del aceite y del fogonazo más rápido que una pulsación. Abanicos de un fuego blanco abrasador explotaron en las calles, olas de calor que eliminaron el río de la cara de Fie en nubes de vapor.

Tavin surgió de entre las llamas.

—El callejón... de prisa, *de prisa*...

Los tres corrieron hacia la callejuela estrecha. Un momento después, Fie escuchó un sonido como si alguien estuviera aspirando aire a través de una flauta.

Los ladrillos bajo sus pies saltaron y temblaron al mismo tiempo que una luz blanca y un trueno sacudieron el callejón.

La tienda. La tienda entera de fogonazo y aceite de candil había estallado.

Dioses muertos sean buenos.

Tavin los llevó más allá por el callejón, para refugiarse detrás de un frío horno comunitario. Sus manos temblaban. ¿Era tensión? ¿Miedo? ¿Ambas, como ella? La sangre de Fie aún manchaba las palmas de Tavin.

—Esta es nuestra oportunidad. Podemos hacerles perder nuestro rastro.

Tengo que cuidar de los míos.

Todos los de Fie aún estaban en la Fortaleza Flotante.

Todos los de Fie podrían haber muerto en ese puente...

—Fie. —La voz de Jasimir la trajo de vuelta—. ¿Podrías crear una distracción con un diente de Pavo Real?

—¿Dejar un cráter humeante en mitad del Tercer Mercado no es suficiente distracción? —preguntó Tavin.

El príncipe negó con la cabeza.

—No como esa. Una ilusión que persigan en lugar de nosotros. ¿Puedes?

¿Podía? Fie se apretó contra la fría pared de yeso. Los brujos de la casta de los Pavos Reales venían de a diez por naka; tenía suficientes de sus dientes en su cordel.

Tenía más que eso.

Serás una jefa.

Vio a Pa extendiendo la espada para que cortara su primera garganta. Aún no estaba lista. Pa, ofreciéndole la bolsa de dientes.

Cuida de los tuyos.

—¿Fie?

La voz de Tavin volvió a arrastrarla a la realidad. La miraba como si tuviera mil cosas que decirle, cosas como «lo siento» y «lo sé» y «por favor» y, por encima de todo, «te necesito».

Pero solo los más fuertes sobrevivían:

—¿Puedes hacerlo?

En respuesta, tiró de un diente de Gorrión y lo liberó de su cordel con dedos doloridos.

—Quedaos aquí.

Fie se escabulló en lo que quedaba de la calle, velada por el humo y el hollín y el don de un Gorrión, por las dudas.

Misericordiosamente, no vio ningún cuerpo, solo llamas que bailaban intermitentemente por los ladrillos rotos, como Lovely Rhensa y sus enemigos caídos. ¿Lo había planeado así Tavin? ¿O el que no hubiese heridos había sido obra de una solitaria pizca de buena suerte?

Los Halcones habían comenzado a encarar el fuego agonizante, empujando contra los límites del fogonazo. Fie se apartó de un guardia particularmente audaz, arrancó un diente de brujo Pavo Real de su cordel, después se deslizó detrás de una tienda chamuscada y soltó el diente de Gorrión.

El diente de brujo Pavo Real se encendió mientras ella lo hacía rodar entre sus palmas, una vibrante canción de veleidad y esplendor. Un abuelo, un narrador que tejía las leyendas de los héroes ancestrales a unos niños rollizos, de ojos ávidos, junto al fuego. El eco de él guardado en el diente reía alegremente ante la historia que Fie le transmitió.

Con un movimiento rápido de la muñeca, arrojó el diente al canal.

Y con un giro de su voluntad, tres figuras destellaron a la vista: un príncipe, un Halcón y una chica Cuervo subían los barriles de una barcaza de carga. Los gritos se elevaron desde los guardias. Los tres espíritus se sobresaltaron como un ciervo asustado y saltaron de una barcaza a la otra.

Botas y acero retumbaron al pasar. Los guardias Halcones iban a la caza. Y gracias al diente de Pavo Real que guiaba la ilusión por el canal mientras la corriente lo arrastraba, ellos seguirían a esos espíritus hasta que se dieran cuenta.

En cuanto los guardias pasaron, ella volvió a través del humo. Una columna de fuego aún se aferraba a los cielos que se

oscurecían donde había estado la tienda de aceite. Unos pocos pasos más allá, una mujer Gaviota la miraba arder, las lágrimas trazaban caminos por el hollín en su rostro afligido.

Los lorecillos aparecieron desde el callejón calinoso e hicieron señas para que los siguiera, después se dirigieron hacia las escaleras que llevaban al Cuarto Mercado. Fie no pudo saber si sabían el daño que habían hecho para huir; solo que, al dejar el Tercer Mercado, ninguno de los dos miró atrás, ni siquiera una vez.



Hicieron un camino largo, con varias paradas, a través del Cuarto Mercado, eludiendo guardias mientras la multitud de la tarde se dispersaba en grupos más pequeños. La niebla se elevó cuando la noche tragó el sol y una perezosa brisa se filtró en el pelo de Fie, húmeda y cálida como el aliento de un borracho.

Tavin los guio por el mercado, haciendo una pausa frente a cada elevador de agua y conducto de drenaje, luego finalmente se detuvo en un conducto detrás de un puesto destruido.

—Esperad aquí.

Saltó a una barcaza vacía atracada cerca de la caseta, después presionó la mano contra un azulejo en la pared más lejana del canal. Este se hundió en su lecho con un claro *clic*. Cuando quitó la mano, Fie captó el tenue contorno de un martillo grabado allí.

El agua que caía en cascada por el conducto se redujo a un ligero hilo, luego a un goteo constante. Tavin empujó los azulejos debajo del hilo. Un panel del tamaño de una persona se abrió hacia adentro con un chirrido lento y arenoso para revelar una oscuridad total en el interior. Tavin alzó una mano —«esperad»— y se metió en el interior.

—Túneles de mantenimiento —dijo Jasimir—. Claro.

El fuego chisporroteó en la oscuridad y un momento después, Tavin hizo señas para que lo siguieran. Fie saltó a la barcaza y dejó que él la ayudara a entrar al túnel, teniendo cuidado con la espada y la bolsa de dientes aún anudadas con fuerza a su cintura. En cuanto Jasimir se les unió, Tavin tiró de una cadena que colgaba en la entrada. El panel de azulejos se deslizó a su lugar y, tras él, cayó un silencio brutal.

Tavin arrancó una antorcha llameante de la pared y encendió otra, que le pasó al príncipe. Después los guio por un pasillo que salió a una habitación redonda donde grandes orillas de terracota flanqueaban un lento curso de agua oscura.

—El embalse desagua en canales de irrigación para el Fan — explicó el príncipe Jasimir, que movió su antorcha de un lado a otro para registrar el área—. Esperarán que corramos hacia las puertas y no que nos refugiemos en la ciudad. Deberíamos estar a salvo aquí.

—Esa es la idea. —Tavin depositó su candela en un antorchero que sobresalía desde ondulaciones de hongos amarillos, dejó escapar un largo y pesado suspiro y después se dejó caer al suelo. Una semana atrás, el príncipe quizás hubiese fruncido la nariz ante los ladrillos cubiertos de fango y los charcos sospechosos. Ahora se unió a Fie y a Tavin como un bulto exhausto más, un grupo en un mar de tristeza alumbrado por las antorchas.

»¿Puedo?

Fie parpadeó y encontró que Tavin señalaba sus manos maltrechas.

—Sí —respondió con voz ronca. Él sujetó una y se dispuso a remover los vendajes improvisados. Cada vez que ella se contraía porque un hilo se enganchaba en sus heridas, él murmuraba una

disculpa.

Fie nunca había sido atendida por un Halcón antes. Esperaba que la sanación fuese un alivio. En lugar de eso, cuando Tavin cerró los ojos, un calor horrible como el ardor de la ortiga se extendió por su carne desgarrada.

Para distraerse, Fie jugueteaba con su cordel de dientes, tocando huesos de Pavo Real y Gorrión, Fénix y Grulla. Después sus dedos permanecieron sobre dos dientes de leche anudados a un lado y a otro.

Un diente colgaba frío; una sombra lejana, donde su chispa había estado una hora antes.

Ese diente pertenecía a Hangdog.

El otro aún vibraba con vida.

Ese pertenecía a Pa.

¿Cuánto tiempo más le quedaba a Pa? ¿Cuánto tiempo le quedaba al resto de los suyos?

—En cuanto estemos listos, podemos salir por los túneles. —La voz de Tavin arremetió contra el silencio.

Tanto Fie como Jasimir se sobresaltaron.

—¿Qué? —preguntó Fie.

Tavin soltó su mano.

—Este lado ya está. Veamos el otro. Y el arañazo en tu brazo.

Fie remangó su túnica e hizo una mueca ante el crujido de la sangre seca.

—¿Qué quieres decir con «salir»? —repreguntó.

—Los portones de la ciudad estarán extremadamente controlados los próximos días —respondió Tavin, mientras desenrollaba la tela de sus dedos—. Y la mayoría de los barcos mercantes están atracados por la bahía, así que...

—No. ¿Qué quieres decir con «salir»? —Fie sacudió el pulgar que tenía libre hacia arriba. Un ardor recorrió sus dedos otra vez—. Iré a rescatar a mi gente.

El rostro de Tavin se tensionó.

—Fie... quizás no haya mucho que rescatar...

—Pa. —Apretó su diente con el pulgar e índice hasta que le dejó un surco en el dedo—. Él... aún está vivo.

El silencio que siguió fue casi tan doloroso como las heridas de Fie.

—Él hizo un juramento —dijo Tavin finalmente.

Fue el turno de Fie de tensionarse. Dirigió una mirada cruda al Halcón.

—¿Qué significa *eso*? —siseó.

—Creo que sabes lo que significa.

Fie lo sabía. Era una Cuervo; reconocía una danza del dinero cuando la oía.

Jasimir se sentó erguido.

—Tav...

Fie liberó su brazo de un tirón. Comenzó a sangrar otra vez.

—Si crees que voy a dejar a mi familia con ese monstruo...

—Tu padre me dijo que si algo le pasaba... —comenzó a decir Tavin.

—Vosotros dos le *pasasteis*.

—Y también *tu* juramento.

Sus talones se clavaron en el suelo terroso.

—Dijimos que os llevaríamos a Cheparok...

—Tu padre hizo un juramento por la Alianza para llevar a Jasimir a sus aliados, en esta vida o en la que sigue. —Una escarcha dejó astillas en la voz de Tavin. Él no la miraba al hablar.

Eso solo la enfurecía más. Una danza del dinero solo funcionaba cuando sabías lo que valías. Cuando sabías lo que te debían.

Pero los dos sabían lo que ella les debía al Halcón y a su príncipe: nada.

—Nosotros les dijimos que yo tenía aliados en Cheparok. — Jasimir rompió su silencio—. Los Cuervos cumplieron su parte del trato.

—¿De verdad? —Tavin señaló con una mano aún temblorosa las paredes putrefactas—. ¿Te parece que esto es la Fortaleza Flotante, Jas? ¿Acaso me he perdido cómo reunías un ejército en los últimos diez minutos?

El príncipe se retrajo, sus mejillas se oscurecieron, pero sus mandíbulas se apretaron.

—No importa. Nos han traído hasta aquí. No puedo pedirles más.

—No tenemos elección. —La tensión se ciñó alrededor de las palabras de Tavin—. La Cofradía de las Adelfas está a punto de adueñarse del trono. Todos nosotros sabemos cómo terminará eso.

El príncipe no tenía respuesta para eso.

Fie sí.

—Quita ese «nosotros» de tu boca. Los míos te trajeron hasta los aliados que pediste. Y tus malditos *aliados* dispararon flechas a través... —Las palabras se volvieron gravilla en su lengua.

El diente de Hangdog permanecía frío y callado. Ido.

Todo él se había ido.

Fie tenía que hacer algo, tenía que sacar a su familia de ahí, tenía que salir...

—Lo siento. —Las manos de Jasimir se enredaron entre sí, sus ojos registraban la tierra como buscando las palabras—.

Nosotros... Él nos dijo que nos acogería. No sé qué ha pasado, por qué... Si tan solo hubiese tenido mi fuego, podría haber...

Pretendía disculparse. Decir algo para apaciguarla. En lugar de eso, un tigre enfurecido rugió al liberarse en Fie.

—*¡Me importa una mierda!* —escupió—. Se trata de los míos y se suponía que yo sería su jefa. Y ahora ¿yo tengo que abandonar a mi familia?, ¿yo soy la que tiene que salvar a miembros de la realeza que no han levantado un condenado dedo para protegerme a mí o a los míos?

Se puso de pie, tambaleante.

—Podéis iros a la mierda. —El suelo se meció debajo de ella. Fie, de todas formas, fue bamboleándose hacia el corredor—. Los dos podéis iros a la mierda.

—Fie...

—Cuidad de los vuestros —gruñó ella—. Y yo cuidaré de los míos.

Su mano estaba cerrada alrededor de la bolsa de dientes.

La mano de Tavin se cerró alrededor de su brazo sano.

—Conseguirás que te maten.

—Conseguiré buscar a Pa —disparó ella en respuesta—. Y buscar lo que queda de mi familia. Y a mi maldito gato. Suéltame o te forzaré a hacerlo.

Tavin la soltó, pero solo para escabullirse más allá, para plantarse entre ella y el camino de regreso.

—Hazte a un lado —gruñó Fie.

Tavin tenía esa mirada otra vez, la que mostraba mil cosas no dichas. Un borde afilado atravesó su voz.

—Ninguno de nosotros quiere esto, Fie. Ni para ti, ni para nosotros. Pero Jas y yo no tenemos ni una sola oportunidad contra

Rhusana sin ti. Y tampoco la tiene tu gente.

Un dolor se disparó por la mano ensangrentada de Fie cuando ella agarró la espada envuelta en trapos de Pa y apuntó su extremo roto hacia Tavin, los jirones sueltos temblaron.

—No te atrevas. *Vosotros* involucrasteis a mi gente en esto. No te *atrevas*.

Él no se movió y se quedó observándola. Esta vez la mirada en su cara decía una sola cosa:

¿Qué quieres, Fie?

Ella sabía muy bien lo rápido que podía moverse Tavin. Si quería, la espada de Fie podría terminar en el suelo y ella al lado. Pero él sabía cuántos dientes de Fénix había en la bolsa. Y si ella quería, podía prenderlo fuego, prender fuego a esta ciudad, prender fuego Sabor desde las montañas hasta la costa, todo eso antes de caer al suelo.

Casi todo en ella quería hacerlo. Quería escapar, escapar de esta ciudad, de este trato, de este juramento en el que se había metido danzando.

Los Cuervos tenían una regla. *Cuida a los tuyos*.

Los suyos estaban en ese puente...

Los suyos estaban dispersos por todo Sabor.

—Tu padre dijo que cumplieras el juramento —le recordó Tavin, mirando fijo la punta rota de la espada.

—*Maldito seas* —gritó Fie.

Tavin se apartó del pasadizo.

¿Qué quieres, Fie?

Quería arrojar la espada de Pa tan lejos que pudiera olvidar que la había visto abrir una garganta. Quería bajarle los dientes a Tavin de una patada y usarlos para curarse de todo lo que los

Halcones le habían hecho hoy. Quería mostrarle al lord gobernador del Fan el precio de cruzarse en el camino de una bruja Cuervo.

Fie dio dos pasos tambaleantes. Se detuvo. El pasillo se abrió a dos pasos más de distancia. Su mano ardía, sangraba sobre la empuñadura de la espada. Dio un paso tambaleante más.

Dales fuego, siseaban los dientes Fénix.

Huye, respondieron sus instintos.

Toda ella quería hacerlo.

Pero no era su juramento el que se rompería. Era el de Pa.

No era solo su precio el que pagaría. Era el de todos los Cuervos.

Podía prender fuego todo y huir. Pero eso era lo que hacían los miembros de la realeza, que obtenían lo que querían y les importaba una mierda quién pagaría por ello.

Fie se quedó quieta, inmóvil, durante mucho tiempo.

Después, deslizó la espada entre su fajín y su túnica, se dejó caer contra la pared y extendió una mano sangrienta.

Y en ese momento, Fie descubrió cómo sonaba su voz de jefa.

—Arregla mi mano. Y dime a dónde demonios vamos.



IO

VOZ DE JEFA

—**E**l Marovar.
—¿Qué? —Jasimir se enderezó—. Jamás llegaremos a tiempo. Y la tía Draga me odia.

Tavin sujetó el brazo de Fie con cuidado otra vez.

—No te odia —respondió, con ceño fruncido. Un calor se coló por los músculos de Fie nuevamente—. Es la capitana general de las Legiones del Rey. No tiene suficiente tiempo en el día para perder en odiarte.

—La última vez que fue al palacio, llamó a padre «excremento dorado».

—Así que el rey no le gusta —corrigió Tavin—. De todos modos, le sirve. Y eso no significa que te odie.

—Dijo que era tan blando que seguramente aún no me habían bañado en oro.

—¿Ves? Le gustas. Además, ha jurado obedecer el código Halcón. La primer regla es «Serviré a mi nación y al trono por encima de todas las cosas». Si estás buscando lealtad, la capitana general rodaría por una legua sobre clavos oxidados antes de rehusar una orden real.

Fie mordisqueó la yema del pulgar que tenía libre, mientras consideraba esta idea. ¿Qué diría Pa sobre esto? ¿Sobre meterse derecho en un nido de Halcones?

¿Era peor que caer en la trampa de la reina? ¿Qué parte haría que Pa terminase muerto? ¿Cuántos de sus Cuervos ya habían muerto a causa de esto?

Tragó con fuerza. El diente de Pa aún vibraba en su cordel. Estaba vivo y ella tendría que ser una jefa por él. Bailaría en los infiernos de su propio estado de ánimo más tarde.

Halcones. El Marovar. La respuesta fácil. Tan solo eso era un mal augurio.

—¿Hay algún otro lugar al que podríamos ir?

Tavin puso su cara inexpresiva otra vez, esa que mostraba que el Halcón ponía mucho cuidado en dónde pisaba.

—Los gobernadores regionales son todos Pavos Reales, salvo en el Marovar. Aunque si el primo de Jas se ha aliado con Rhusana...

El semblante de Jasimir mostró decepción.

—Eso quiere decir que no podemos confiar en los Pavos Reales. En ninguno de ellos.

—Oh, no, no los Pavos —dijo Fie arrastrando las palabras—, que han sido de *tanta* ayuda.

Tavin fingió que no había escuchado.

—Y sus Halcones responden a los gobernadores regionales. Así que eso descarta las dos castas. Y Rhusana viene de la casta de los Cisnes, así que ellos la respaldarán...

—Está bien, está bien —interrumpió Fie—. Lo comprendo, estamos jodidos, es el Marovar o nada. Pero ¿qué hará que Tatterhelm no llegue a esa misma conclusión y esté allí antes que nosotros?

Jasimir hizo una mueca.

—Ella tiene razón.

—Generalmente la tiene —dijo Tavin por lo bajo.

—*Ella* está aquí —espetó Fie.

—Mis disculpas. Tienes razón, él esperará que vayamos a la capitana general. Pero podemos usar eso para despistarlo. Los markahnos dirigen todos los fuertes en el Marovar, así que cualquiera de ellos nos acogerá y avisará a Draga. Desde aquí, la fortaleza más cercana es Trikovoi, en el extremo sur de las montañas. Si logramos llegar allí, estaremos a salvo.

—¿Estaremos? —preguntó Fie—. ¿O solo vosotros? He tratado con suficientes lacras Halcones por un giro de la luna.

La boca de Tavin se retorció.

—Estarás bien mientras estés con nosotros —reconoció—. Y con Draga. Draga odia las deudas sin pagar.

—Eso suma tres personas en las que puedo confiar en todos los fuertes en el Marovar. —Le lanzó una larga y fría mirada con el ceño fruncido que indicaba cuánta fe tenía en esos tres—. ¿Qué hay del resto?

La mirada que Tavin le devolvió decía incluso con más claridad que tenía razones para dudar.

—El resto sabe lo que sucede cuando enfureces a Draga. —Se

puso de pie—. Debemos alejarnos de Cheparok tanto como podamos esta noche. ¿Estamos listos para marcharnos?

—Te seguiremos.

Tavin le ofreció una mano a Fie.

Algo en las tripas de Fie se retorció.

«Hice lo que querían». Hangdog había gritado eso y había recibido un flechazo en el ojo como paga. No se necesitaba ser un académico para descifrar a quién estaba sirviendo en ese puente en vez de a los Cuervos.

Sin embargo, ahora era ella quien estaba dejando a los suyos atrás.

Forzó a su puño a abrirse y dejó que Tavin la ayudara a levantarse.

Los tres se abrieron camino hacia abajo a través de los canales oscuros y los pasadizos serpenteantes por escaleras que estaban a punto de desmoronarse. Algunas veces, unos curiosos chillidos de ratas perforaban la oscuridad por delante, pero solo había huesos y excrementos para cuando ellos llegaban. Finalmente alcanzaron un largo canal de desagüe que, de alto, apenas les llegaba a la cintura.

—Este es el último —prometió Tavin detrás de ella, apagando su antorcha—. Luego estaremos fuera.

Fuera.

Pa no lograría salir de la ciudad esta noche.

Pa quería que ella cumpliera la promesa.

Fie se armó de valor y se metió en el agua.

Y así los tres dejaron Cheparok de la misma forma en que habían entrado: gateando.

Fie no supo cuánto tiempo chapoteó por la oscuridad hueca hasta que un tenue resplandor atravesó la superficie del agua más

adelante. Gateó más y más rápido...

Y se encontró bajo un entramado cuadrado de hierro. Tavin se acercó a la mitad de la verja y giró un panel invisible. El hierro crujió y tembló. Con un empujón, echó la verja a un lado.

Durante un momento, Fie solo pudo quedarse mirando hacia arriba, a la noche sobre ella, espolvoreada con un cinturón de estrellas y coronada por una luna del Pavo Real recién nacida. La había visto casi todas las noches de su vida, sin embargo...

Su familia, su hogar. Si ellos podían ver la luna ahora, era a través de una jaula de tejados y yeso.

Esta no era como cualquier otra noche de su vida.

La mano de Tavin se sacudió frente a sus ojos.

—¿Fie?

Ella dejó que él la ayudara a levantarse una vez más.



Los muros de Cheparok se alzaban colosales detrás de ellos, rodeados de una bruma agria, salobre. Las llamas de las antorchas parecían huecos chamuscados en la niebla y salpicaban un mercado al aire libre a lo largo de la orilla oriental del río Fan, tal como el que estaba frente al portón occidental para las castas comunes.

El estómago de Fie se revolvió, mitad por los nervios, mitad por el hambre. Frunció aún más el ceño mientras seguía a los lorecillos a través de la bruma.

Aunque pudieran mantenerse un paso por delante de los Buitres, necesitarían casi tres semanas para llegar al extremo sur del Marovar. Y todo lo que tenían eran los filos de los chicos, la espada rota de Pa y una bolsa de dientes muy incomibles.

Jasimir había dicho días atrás que el rey podría estar muerto

antes de que pasara la Luna del Pavo Real. Fie tampoco estaba segura de que resistieran tanto tiempo.

El estómago de Fie gruñó otra vez cuando pasaron al lado de unas porciones de tiburón especiado y cebollas asándose sobre una parrilla, calderos con maíz y miel, pilas de panchato enmantecado y más, todo hecho para aquellos que pudieran pagarlo. Intentó no mirar. Su nariz, sin embargo, no podía ser reprimida.

Un santuario Cuervo. Tenían que encontrar un santuario Cuervo fuera de la ciudad y ver qué podían sacar de la reserva de viáticos. Fie se las había arreglado con un estómago vacío muchas veces.

Una mujer que cuidaba una parrilla rompió un huevo sobre lentejas crepitantes, luego espolvoreó con purpurina rosa de sal de mar y paprika la sartén.

Fie mordió sus labios.

Tavin hizo una pausa ante el puesto por un momento, luego continuó a toda marcha. Unos pasos después, una calamidad estalló a sus espaldas, cacerolas y sartenes cayeron al suelo estruendosamente en mitad de un ráfaga de insultos.

—No miréis —murmuró Tavin y se metió furtivamente detrás de otro puesto, luego abrió las manos. Tres bollos rellenos en cada palma—. He conseguido algo de cenar.

Los ojos de Fie se abrieron mucho. Mantener las manos a los lados fue una demostración heroica de fuerza de voluntad.

—¿Lo has robado?

—Los he tomado prestados —respondió Tavin—. Los he salvado. Los he liberado.

—Entonces, los has robado —dijo el príncipe, terminante. Su mano hizo una pausa a mitad de camino de un bollo.

—Técnicamente hablando. —Tavin agitó los dedos, haciendo un

esfuerzo por mostrar su viejo sentido del humor—. Pero sé de buena fuente que tienen el mismo sabor que los bollos obtenidos de formas más ortodoxas.

Fie sabía muy bien qué opinaba Pa sobre los ladrones.

No sabía si era por el hambre o el cansancio del largo día, pero de cualquier modo su voz de jefa volvió. Con una venganza.

—Escúchame bien, ¿vale? —Fie lo apuntó con un dedo—. ¿Viste cómo caminé a través de todo ese mercado sin robar ni una maldita cosa? Lo último que necesitamos en este momento es un vendedor furioso que envíe a los Halcones a cazarnos.

—Eso si te atrapan haciéndolo —respondió Tavin con una sonrisa demacrada.

Ella no le devolvió el gesto.

—Si estás empeñado en que siga con vosotros como jefa suplente, entonces será mejor que actúes en consecuencia. Roba lo que quieras cuando no estés haciéndote pasar por un Cuervo. Pero si continúas lanzando huesos de la fortuna ante algo tan leve como un estómago vacío, prefiero dar media vuelta aquí mismo y probar mi suerte en la Fortaleza Flotante.

Tavin alzó una ceja.

—Hay formas más cortas de decir «No quiero un bollo».

—¿Qué te parece «no robes, chico bastardo»? —disparó en respuesta Fie—. ¿«Roba otra vez y me voy» son demasiadas palabras para ti?

La sonrisa se desvaneció de la cara del Halcón.

—No, jefa.

Ella asintió con rigidez. Y después arrebató dos bollos de su mano.

—Regla número dos: no desperdiciéis comida.

El príncipe Jasimir tuvo la decencia de mirarlo con algo de reprobación al tomar dos también.

Antes de que Fie pudiera dar un mordisco, captó destellos de la luz de las antorchas sobre el acero desde el rabillo de un ojo. Un par de Halcones patrullaban por el mercado, sus lanzas apoyadas contra sus hombros.

Ella metió los bollos robados en su bolsa y le dio un codazo a Tavin. Él parpadeó mientras masticaba uno y suspiró, resignado.

—Hoy es un mal día, ¿verdad?

Rellenó su boca con el segundo bollo y los guio lejos del camino hasta un mar de arena tachonada con hierba que se abría entre ellos y la bahía. Fie no supo cuánto tiempo avanzaron a tropezones por las dunas, con la afilada hierba marina que le azotaba las piernas, solo que, para cuando se detuvieron, los muros de Cheparok se habían encogido a la distancia, pero no lo suficiente.

—Aquí. —El cansancio debilitó la entonación esperada en la voz de Tavin al señalar un bosquecillo de pinos de arena, achaparrados al borde de la playa—. Esto es... esto irá bien.

Jasimir no dijo nada, solo trastabilló hasta un área de hierba marina y se dejó caer. Fie lanzó una última mirada atrás, después encontró su propio cojín de arena y permitió que sus piernas cedieran. La empuñadura de la espada de Pa se clavó en sus costillas hasta que la apoyó a un lado.

Luego, finalmente, sacó los bollos de su bolsa y dio un mordisco.

Pa debería haberlos salado primero, como hacía todo jefe Cuervo.

Pa no estaba allí.

La masa de hojaldre estaba seca, el maíz y los callos viscosos. Se pegó al interior de su boca y quedó ahí atascada mientras masticaba, una masa que dolió tragar. Un suave ronquido indicó

que Jasimir ya se había quedado dormido.

Por entre los cepillos que formaban las agujas de los pinos, vio la mancha blanquecina de la arena, un borrón gris de océano y, demasiado lejos, los invulnerables muros de Cheparok.

El siguiente mordisco fue más difícil de masticar, más difícil de tragar.

Una parte lejana de sí deseaba un trago de agua. Luego lo absurdo la golpeó. Había tenido demasiada agua hoy, desde el embalse fresco de la aristocracia a los canales del Tercer Mercado. Aunque en aquel momento se había estado ahogando, eso era todo.

Una burbuja de risa rota se transformó en una tos estremecedora, después en un sollozo y luego Fie se plegó sobre sí misma y volvió a ahogarse, esta vez con la sal y el fuego que caían desde sus ojos, de su nariz, de su boca.

Quería una hoguera, quería un caldero de estofado, quería las bromas de Madcap y los comentarios tontos de Swain y las indirectas de Wretch. Quería canciones de ruta y sal. Quería la voz de Pa.

Quería a su maldita gata.

Unos dedos rozaron su hombro tembloroso, luego desaparecieron, un mal paso corregido. La arena se movió a su derecha cuando alguien se sentó.

—Lo siento —dijo Tavin.

Parte de ella se contrajo de vergüenza por llorar así frente a él. El resto estaba demasiado herido y furioso para que le importara.

—Siento lo de mi primo en el mercado —continuó él—. Siento lo de mi... lo de los Halcones, cómo os tratan... cómo... cómo os tratamos. Y siento hacerte cumplir el juramento. Yo no... yo no...

—Su voz se trabó y él se quedó en silencio un momento—. Rhusana entregó a los Cuervos a las Adelfas, pero Jas y yo involucramos a tu familia en este lío. Lo siento mucho.

Fie quería golpearlo. Quería que se quedara. Quería que estuviese diciendo la verdad.

Pero el llanto no desapareció. Tampoco él.

Las palabras salieron como sus lágrimas, ardientes, imparables.

—Lo odio. Odio cómo... cómo siempre somos los que tenemos que mantener la boca cerrada y soportarlo y seguir haciendo nuestro trabajo porque somos *Cuervos*. Podéis menospreciarnos todo el tiempo porque sabemos que, si reaccionamos, tan solo os pondréis un poco de polvo blanco, haréis que os llamen Adelfas y acabaréis con cada uno de nosotros.

No podía parar.

—Y aunque no lo hagáis, simplemente miraréis para otro lado y cuando ellos hayan terminado, vosotros diréis que los provocamos, que nos lo buscamos, *nosotros* somos los que debemos mantener el pico cerrado, *nosotros* somos los que debemos callarnos y dejar pasar todo, siempre pagamos *nosotros* para que vosotros no tengáis que hacerlo.

Todo ardía con el agua salada.

—Y ahora *yo* tengo que abandonar a mi familia, *yo* tengo que salvar a alguien a quien le importó una mierda mi casta hasta que le fue conveniente. La corona de tu príncipe saldrá de mi pellejo. — Se odiaba a sí misma por hacer la danza para conseguir el juramento. Odiaba a Pa por hacer que fuera ella quien lo llevara a cabo. Odiaba a Tavin por su silencio, por no irse, por hacerla vomitar todo el fuego nauseabundo de su corazón en lugar de dejar que la destruyera hasta dejarla hecha cenizas.

—Lo siento —repitió él.

Eso la enfureció aún más, por alguna razón.

—Eres igual de malo —gruñó Fie—. Es fácil, ¿no es cierto? Creer lo que sea que el príncipe te dice que creas. No dejas de decirte que él tiene que estar en lo cierto porque, de otra forma, morirías por alguien que no lo vale. Has visto cómo nos tratan bajo el reinado de su familia y aun así sigues diciéndote que será un buen rey.

—Yo... —Su voz se quebró—. No puedo responder por... por Jas. Pero juro que, si salimos de esto, haré todo lo que pueda para ayudarte. Y a los tuyos.

—¿Por qué debería confiar en ti? —Sus rodillas casi tragaron sus palabras—. ¿Por qué debería confiar en *alguno* de vosotros?

Una larga ráfaga de viento se arrastró por entre las agujas de los pinos de arena antes de que Tavin respondiera, lúgubre:

—No lo sé.

Después se puso de pie, una sombra más que desgarraba los bordes del cielo nocturno.

—Haré guardia. —Se tambaleó hasta un hueco entre los árboles—. Descansa un poco.

El vacío se cuajó donde él había estado. Fie tragó saliva, luego frotó su cara con los puños bien cerrados hasta secarla y se recostó enroscada en la arena tibia.

El sueño la arrastró pese al huracán en su cabeza y en su corazón y no la soltó hasta que el día despuntó sobre su cara.

Fie se despertó con la boca llena de arena, un rayo de luz del amanecer se filtró por entre los pinos de arena y un extraño sonido vagó por el aire frío. La marea había subido, empujando las olas hasta tan solo unos pocos pasos de su campamento. Al borde del bosquecillo, estaba sentado Tavin, sus ojos apuntando al amanecer,

tarareando. Si era una canción, ella no la conocía, vacilante e irregular, era una melodía hecha para una voz sola.

Fie rodó para ponerse de rodillas. Tavin la miró, la canción se detuvo. Algo destelló en los ojos del Halcón, algo para lo que ninguno de los dos tenía palabras, pero algo entre «te necesito» y «lo siento».

Entonces, la cabeza de él se giró para mirar fijamente Cheparok. Volvió a ponerse a cubierto.

—Alguien se acerca —murmuró y sacudió el hombro de Jasimir.

Fie reptó hacia el borde mientras miraba a través del arbusto. Dos figuras emergieron de las dunas, observando de acá para allá antes de fijarse en los pinos de arena.

La arena a espaldas de Fie siseó cuando el príncipe se sentó.

—Creo que el que va de gris es un lugareño —susurró Tavin—. La mujer es Viimo. Es una de las mejores rastreadoras de Rhusana.

Fie supuso que Viimo era la bruja de piel con mejillas rubicundas y una corona de rizos claros que parecía solo unos pocos años mayor que ellos.

Una bruja de piel. Una Buitre. El corazón de Fie comenzó a palpar con fuerza.

La mujer calló al hombre que iba a su lado, después buscó un cinturón de estrechos cilindros de hierro.

Una Buitre. Una de las rastreadoras Tatterhelm. Una de las mejores rastreadoras de la reina.

Jasimir inhaló con fuerza.

—Eso es una baliza. Está llamando a...

Nunca descubrieron a quién. Tavin arrojó una mano hacia adelante y Viimo y su guía cayeron de rodillas, petrificados.

Fie se quedó mirando. Había olvidado que el don de los Halcones

hacía más que sanar.

—De prisa —dijo Tavin con dientes apretados y ella vio el rojo que brotaba en sus ojos a medida que los vasos estallaban—. Noqueadlos, amarradlos, lo que sea, pero de prisa.

Las pulsaciones rugieron en los oídos de Fie.

Jasimir comenzó a bajar por el bosquecillo. Fie llegó antes.

Se lanzó sobre Viimo y la derribó en la arena con un grito furioso que se alzó por encima del rugido del mar. Fie clavó las uñas y arañó y lanzó una lluvia de golpes contra todo destello de la bruja de piel que vio. Sus propios puños se abrieron en los nudillos, pero no le importó, escupió maldición tras maldición entre sangre y dolor, hasta que Jasimir la alejó.

Había estado en un puñado de riñas en su vida; había experimentado peleas a través de los dientes de los muertos. No era una luchadora particularmente hábil, porque eso no hacía que un Cuervo viviera más tiempo.

Sin embargo, encontró que era cruelmente fácil golpear a alguien que no podía defenderse. Quizás era por eso que a las otras castas les gustaba tanto.

—No era lo que tenía en mente, pero se le parece bastante. — Tavin sujetó a Viimo bocabajo contra la arena, con una rodilla en su espalda. Jasimir le arrojó un trozo de cuerda de cáñamo del hombre que yacía cerca, amarrado e inconsciente—. Viimo. Hace rato que no nos vemos.

—Muérete ahogado en la mierda, pequeño bastardo —escupió Viimo en respuesta, su cara cruzada de arañazos.

Fie agarró un puñado de rizos rubios y tiró de la cabeza de Viimo hacia arriba.

—¿A cuántos Cuervos has matado?

Viimo frunció el ceño.

—¿Te refieres a hoy? ¿En el último año? Tienes que ser más específica.

—Fie te ha dejado ambos ojos —señaló Tavin, tranquilo—. Teniendo en cuenta todo, estoy bastante seguro de que está resuelta a revocar esa decisión si no comienzas a hablar.

Viimo rio por la nariz ante eso.

—No tienes las agallas para hacerlo, Halconcillo. Y aunque las tuvieras, no tienes tiempo. ¿Cuánto tiempo crees que tienes antes de que Tatterhelm venga a...?

—Entonces, vayamos directamente a la cuestión. —Fie la soltó y sacó un diente de su cordel. Una bruja Grulla respondió a su llamado, una jueza ancestral cuya furia justiciera resonó con la ira de Fie, lista para hacer sonar la verdad en Viimo como si fuera una campana—. Siéntala.

Tavin arrastró a Viimo para que se pusiera de rodillas. El semblante de la bruja de piel se amargó cuando observó el diente.

—Puf, una tramposa.

—¿Cuántos Cuervos sobrevivieron a vuestra emboscada ayer? —preguntó Fie.

La Buitre al principio luchó, sus ojos ardieron, sus labios se retorcieron, cerrados. Pero el don Grulla de la honestidad no podía ser eludido y tampoco las palabras de Fie, así que la verdad pasó por entre los dientes apretados de Viimo:

—Diez. Sin contar a tu amigo traidor muerto, obviamente.

El corazón de Fie se estrujó. Había perdido a un Cuervo.

—Debería haber once. ¿Quién... quién murió?

—Por los dioses muertos, qué sé yo. —La bruja de piel encogió los hombros. Fie casi se lanza a por sus ojos otra vez—. Pero serán

nueve pronto. Una va en camino a ser alimento de los lobos.

—¿Quién? —La voz de Fie salió más elevada de lo que quería. El diente de Grulla resbaló—. ¿Está herida?

Viimo le lanzó una mirada incrédula a Fie.

—No, solo añora su hogar. —Fie estrujó con más fuerza el diente y Viimo hizo una mueca—. *Por supuesto* que está herida. La mujer más vieja de tus familiares. Recibió demasiadas flechas nuestras en el puente. Bebe agua, pero no le queda más de una semana.

Wretch. Tenía que ser ella. *Wretch*, quien había ayudado a Fie a practicar todas sus señales silbadas, quien la había educado sobre la raíz de amarre y a contar los días y las lunas, quien había sido la última en recortar el pelo de Fie antes de este horrible juramento. Y estaba muriendo entre Buitres.

—¿... dieron agua? —preguntó Tavin al borde de la conciencia de Fie.

La bruja de piel apartó la mirada.

—Sí. Un rehén muerto no sirve de nada.

El diente de Grulla se había escabullido de Fie, pero lo recobró.

—¿Para qué tomaron a mi familia de rehén? —cuestionó.

Viimo mostró una sonrisa sangrienta, con los labios rotos.

—Eres la chica con todos los dientes. Y ya hemos convencido a un jefecillo. Quizás podamos negociar contigo también.

Tavin se estiró hacia su codo, pero se reprimió.

—Fie...

Ella lo ignoró.

—¿Qué le prometisteis a Hangdog?

Viimo negó con la cabeza.

—No lo quieres, jefecita. Ayúdame a entregar a estos muchachos y...

La bruja de piel se había evadido de la sujeción del diente de bruja Grulla. Fie presionó con furia hasta la última gota que tenía en los huesos.

—*¿Qué le prometisteis?*

—Él ya no quería ser un Cuervo. —Las palabras salieron como una ráfaga de Viimo—. Uno de nuestros exploradores lo atrapó algunas noches atrás. Le prometió que sería perdonado, que no tendría que volver a cremar otro cuerpo, que no tendría que volver a lidiar con las Adelfas nunca más. Lo único que debía hacer era entregar al príncipe y nos olvidaríamos de que era un Cuervo.

El diente de la bruja Grulla se deslizó fuera del puño de Fie en el silencio del aturdimiento. Durante un momento, todo lo que ella escuchó fue el rugido del mar, el graznido de las gaviotas que planeaban en círculos encima de ellos.

Viimo escupió un coágulo de sangre en la arena.

—Supongo que ya no es un Cuervo ahora que está muerto.

Fie aspiró aire. Buscó la espada de Pa.

—Espera... —Tavin lanzó una mano hacia adelante.

Ella se echó hacia atrás.

Era un hábito, en realidad, tan viejo como sus huesos. Un Halcón era un Halcón y ella saltaba ante cualquier movimiento repentino. Incluso de uno que decía sentirlo. Incluso de uno que ahora la observaba, horrorizado, al comprender verdaderamente lo que eso significaba por primera vez.

Tavin tragó saliva.

—Por favor... solo... continúa usando el diente. Si puedes. Necesitamos saber más cosas.

Todo lo que Fie pudo hacer fue asentir una vez con la cabeza. El diente zumbó para ella una vez más.

—¿A dónde creéis que vamos? —preguntó Jasimir.

La mirada de Viimo era puro veneno, pero el diente de Grulla extrajo sus palabras de todas formas.

—A la capitana general. A Dragovoi.

Tavin y Jasimir intercambiaron miradas. Dragovoi era la base ancestral de los capitanes generales, a días de distancia hacia el norte de Trikovoi. Una oportunidad.

—¿Qué ocurre con las fuerzas de Tatterhelm? —preguntó Tavin—. ¿A qué nos enfrentamos?

—A Tatterhelm —graznó la Buitre—, que es suficiente por sí solo. —Fie dio un empujón al diente y Viimo tosió—... Y a mí. Y a los otros tres rastreadores de la reina. Seis brujos de piel más, contratados especialmente. Una docena de soldados. Y... —Se interrumpió. Una mueca estiró todavía más los arañazos en su cara. Sus mejillas se enrojecieron, después se pusieron moradas.

El diente de Grulla chilló en los huesos de Fie. Viimo pretendía luchar, aguantar. Pero el diente ardía con la ira de Fie y esta llegaba más profundo que el embalse de Cheparok.

Pensó en cómo Hangdog los había lanzado a los lobos y alimentó el diente.

Viimo se dobló de dolor.

—*Espectras* —escupió, ahogada—. La reina ha levantado espectras para nosotros.

—¿Qué son las espectras? —preguntó Jasimir.

—¿Cuántas son? —agregó Tavin.

Viimo no luchó contra esas preguntas en absoluto. En vez de eso, sonrió, un poco de saliva cayó por su labio partido.

—Muy pronto las veréis.

Ante eso, el diente de Grulla no dio ni una sola señal.

Los lorecillos dirigieron la mirada a Fie. Ella negó con la cabeza. Una punzada nauseabunda le retorció las tripas, como si estuviera de vuelta en Dumosa mirando fijamente a una puerta dorada.

—Está diciendo la verdad.

—Fantástico —suspiró Tavin—. ¿Algo más?

Jasimir se movió inquietamente.

—¿Ha habido...? ¿Has visto un gato?

Viimo lo miró con ojos entornados.

—Estaba en el carro de los Cuervos —murmuró—. Se llama Barf.

—No, Alteza —respondió de esa forma lenta, alargada de aquellos que huelen una broma en la que no están incluidos—. No he visto ningún gato.

Quizás Barf había tenido suerte otra vez. Fie no jugaría a los caracoles con esas posibilidades, sin embargo.

—¿Listo?

Cuando los lorecillos asintieron con la cabeza, ella dejó que el diente de Grulla se apagara.

—Última oportunidad, jefecita. —Viimo alzó su mentón—. Lo juro por la piel de mi padre. ¿Quieres a tu familia de vuelta? La Alianza sabe que estás cargando suficientes dientes como para llevarle estos chicos a Tatterhelm. Tan fácil como eso. Ni siquiera tienes que volverte una traidora como tu amigo muerto.

—Suficiente —ladró el príncipe Jasimir, cruzado de brazos—. ¿Qué vamos a hacer con ella?

Siguió un silencio incómodo. Después Tavin desenfundó una espada corta.

—Yo me encargaré.

Los ojos de Viimo destellaron.

—Muy bien, pequeño Halcón, terminemos con esto.

Fie pensó en Wretch, apagándose bajo la mirada de Tatterhelm.
Y después pensó en los rehenes.

—Espera —dijo.

—Allá vamos, tenemos un giro de los acontecimientos. —Viimo sonrió a Fie—. ¿Interesada en un trato, jefecita?

—No seas absurda. —La voz de Jasimir flaqueó de la forma más tenue.

Fie buscó un diente en su cordel, impávida.

—Cinco brujos de piel al servicio de la reina, seis más por encargo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Once son suficientes para atrapar a los lorecillos?

—Sí.

Fie buscó un diente en su cordel, impávida, y se dejó caer sobre una rodilla frente a la bruja de piel.

—¿Ves esto? Es un diente de Halcón. Sujétalo y te curaré. Permanecerás amarrada, claro. No trataré con Buitres sin mi propia rehén.

Viimo lanzó la mirada hacia arriba.

—Sí, supongo que es lo justo.

—*Fie*. —Tavin sonó tan desconcertado como el príncipe.

Fie metió el diente entre las palmas amarradas de la bruja de piel.

—Listo. No lo sueltes.

—¿También te estás volviendo en nuestra contra? —cuestionó el príncipe.

Fie se puso de pie y dio un paso atrás.

—No.

Pa la había hecho despertar dientes de Halcón antes, pero nunca

un diente de brujo. La sangre era un don de nacimiento temible; él le había dicho que los Halcones necesitaban años para dominarlo, que incluso un desliz podía hacer estallar una vena que uno pretendía sanar. Un puñado de jefes viejos como él podrían llamar a uno de esos dientes para sanar, pero solo con suficiente práctica para saber lo que estaban haciendo.

Fie no tenía idea de lo que estaba haciendo. Pero sabía lo que quería: sangre de una Buitre.

Nunca olvidaría el grito. En un momento, las manos de Viimo eran manos; al siguiente, eran un enredo de carne viva y jirones de piel. Viimo se enrolló sobre sí misma, llorando.

—¿Qué estás *haciendo*? —Jasimir la miraba horrorizado.

—Me aseguro de que no pueda rastrearnos —respondió, seria—. Necesita tocar algo nuestro para seguir nuestro rastro. Y Tatterhelm no puede dejar morir de hambre a una de las mejores de Rhusana. Probablemente.

—Pero...

—*Esto* —dijo Fie, metiendo otro diente en una bolsita que colgaba del cinto de Viimo—, también es un diente de Halcón. Si Tatterhelm quiere volver a usarte, será mejor que te recoja rápido y será mejor que le dé ese diente a Pa. Una vez que Wretch esté sana, quizás tenga tiempo de curarte a ti.

—Podrías haber recuperado a los tuyos —gruñó Viimo.

—Y la reina podría haber tenido once brujos de piel. —Fie se puso de pie—. Ahora las dos tenemos diez.

Este camino la había atrapado de la forma en que solo los caminos horribles podían hacerlo. El camino de regreso era espinoso y corto y el que estaba delante era espinoso y largo, y lo peor era que sabía qué rumbo había elegido Hangdog.

Pero los de Fie estaban en Cheparok, estaban por todo Sabor, estaban envueltos en cada palabra del juramento. Ser jefa significaba dejar lo que quería atrás y a la Alianza le importaba una mierda si odiaba eso. A la luz del día, podía ver todo con demasiada claridad. Y si eso significaba cargar al príncipe todo el camino hasta los pies de la capitana general Draga, lo haría.

Si eso significaba ser una jefa, aunque fuera de una bandada de dos Cuervos falsos, entonces eso sería.

Cuando se volvió hacia los lorecillos, encontró al príncipe Jasimir estudiando la arena a sus pies como si esta contuviera la respuesta a una gran prueba.

Entonces, el príncipe heredero de Sabor sacó su daga, desarmó su moño y cortó su pelo.

—Volveré enseguida —dijo, demacrado, y se fue caminando hacia el oleaje. Cuando volvió, sus manos estaban vacías. El último signo de su linaje había desaparecido.

El estómago de Fie gruñó. Eso solo agudizó aún más su cabeza. Comida, capas nuevas, máscaras nuevas. Necesitaban encontrar el santuario Cuervo más cercano para obtener ayuda. Y por todos los dioses muertos, Fie no pensaba marchar todo el camino hasta el Marovar sin unas condenadas vainas de jabón.

—Chico Halcón. —Fie puso su voz de jefa—. Has hecho guardia. ¿Estás bien como para recorrer una buena distancia? Nos detendremos a descansar en unas horas.

Tavin miró del príncipe a ella y asintió, mientras pasaba una mano por su cara.

—Sí, jefa.

Fie pensó en los traidores. Y en los jefes. Y en el juramento. Y en Pa.

Luego mojó sus labios y silbó la orden de marcha.



II

ENCRUCIJADAS

Para cuando encontraron un santuario Cuervo, Fie había masticado la mayor parte de tres plantas de menta. Como el santuario de Maykala, este estaba escondido bajo la seguridad que brindaban árboles y dientes, cubierto tanto por arbustos de hojas gruesas como por magia Gorrión.

Al principio, Tavin y Jasimir solo lo observaron boquiabiertos cuando Fie arrancó una enredadera del tronco de un enorme árbol rojo descortezado y comenzó a subir. Ella no los culpaba; sus vellos no se erizaban como los suyos aquí, en la tumba de un dios Cuervo. Para la mayor parte de Sabor, esto se veía como un trecho de bosque más.

—Somos hombres muertos, Jas —dijo Tavin—. Nos está

abandonando.

Fie consideró durante un instante si despellejar a un miembro de su bandada la haría una mala jefa.

—Si tan solo vais a holgazanear, entonces sí, os abandonaré. — Subió a una rama más gruesa que ella—. El santuario es por aquí.

Hubo una pausa, luego ella escuchó:

—*Definitivamente* somos hombres muertos, Jas. Está muy confundida.

Fie lo ignoró y siguió trepando.

En cuanto atravesó las protecciones de desvío de los dientes Gorriones y el toque de glamur de Pavo Real, el santuario se volvió visible. Balsas de madera atracadas sobre olas de suaves ramas rojas, escalonadas como Cheparok a los ojos de un adicto a la amapola. Techos de paja de palmera se alzaban sobre paredes bajas y mamparas tejidas. Una figura tallada en madera con el doble de altura de Fie estaba posada arriba de las plataformas, amarrada al árbol por ramas gruesas que se enroscaban alrededor de sus piernas cruzadas y las cuatro alas que tenía en lugar de brazos. Cuatro caras miraban hacia abajo, a ella, con ojos tallados como estrellas de cuatro puntas, cada boca retorcida en una máscara de miedo, ira, alegría o tristeza.

—Amigos. —La voz salió disparada como una víbora desde debajo de un techo de paja, aguda y rápida—. ¿Qué os trae al santuario de Crossroads-Eyes?

Una pregunta inocente al oído de cualquier otra casta. Fie sabía que no lo era.

—Los dioses muertos de la Alianza nos han traído hasta aquí. — Había aprendido las palabras en el regazo de Pa—. Y la misericordia de los dioses muertos nos llamará a seguir adelante.

Una mujer emergió de entre las sombras del techo más alto. Una túnica de seda de cuervo desteñida colgaba floja de su contextura huesuda y una tela retorcida le cubría un ojo y amarraba sus cortos rizos canos. El otro ojo apuntó, duro como el acero, directamente a Fie, que se empujaba a la plataforma más baja.

—Eres joven para ser jefa —observó la mujer.

Fie se puso de pie.

—Tú eres vieja para ser Cuervo.

La encargada del santuario mostró una sonrisa con más dientes que humor. Se volvió más dientuda cuando los chicos treparon detrás de Fie.

—¿Y estos quiénes son, entonces?

—Mi bandada. —Fie sacudió un pulgar hacia atrás por encima de su hombro—. Mongrel y Pissabed.

—¿Habéis dejado vuestros bolsos abajo?

—No tenemos nada. Estamos aquí para reabastecernos.

Los ojos de la mujer se entrecerraron.

—¿Qué ha pasado?

—Adelfas —respondió Fie. Era una parte suficiente de la verdad. Y cualquier Cuervo sabía dolorosamente bien cuántas horribles posibilidades podían caber en tan solo esa palabra.

Como era de esperar, la encargada del santuario le hizo señas para que subieran.

—Comprendo, jefecita. Vamos, os equiparemos.

Fie subió por el arco amplio y poco elevado de una rama siguiendo un camino marcado por otras suelas de clavos. Su respiración se entrecortó mientras buscaba apoyo. La carne del árbol parecía muy verde en demasiados lugares para ser consecuencia de solo una mujer.

Buitres. Una trampa más...

Fie pisoteó su pánico. El santuario estaba escondido, el santuario era seguro. Había otra respuesta, no podía ser otra emboscada, los Cuervos tenían una regla...

Y Hangdog había arrojado esa regla por el puente junto a ella y los lorecillos.

—¿Han pasado otros Cuervos por aquí hoy? —Fie hizo lo mejor que pudo para sonar despreocupada. Crossroads-Eyes gruñía, sonreía y lloraba arriba, las caras de madera sorprendentemente humanas bajo las motas del sol.

—Sois la segunda bandada esta mañana —respondió la encargada—. ¿Algo ha espantado a los Cuervos en Cheparok?

—No sabría decirlo. —Esta vez fue una mentira descarada. La cabeza de Fie se tranquilizó, de todas formas. Las mentiras eran un territorio más familiar.

La encargada del santuario canturreaba cuando retrocedió a la sombra de la plataforma.

Fie terminó de subir y parpadeó hasta que sus ojos se acostumbraron a las sombras del techo.

—Bolsos. —La mujer señaló pilas de lonas aceitadas—. Hay sal por allí. Y los barriles tienen todo tipo de comida que se pueda conservar en ellos. La bandada anterior dejó en abundancia. Parecían creer que alguien lo necesitaría.

Fie podía sentir el ojo de la mujer sobre ella como un dedo que marcaba un camino en su nuca. Ella solo pasó paquetes a Jasimir y Tavin, que por una vez tuvieron el tino de mantener la boca cerrada.

—¿Cómo va tu cordel? —preguntó la encargada.

—Bastante lleno. —Fie podía anudar nuevos dientes en los

huecos cuando acamparan—. Tengo más dientes para el santuario si se necesitan.

—No hace falta.

—Es todo lo que tengo para intercambiar —dijo Fie, con franqueza.

La encargada del santuario sujetó una cacerola pequeña, abollada, como pesándola, después se la dio a Fie.

—Nada de intercambios. Llevaos lo que necesitéis. Sabes cómo es esto, jefecita. Alimenta a los Cuervos.

Fie intentó no hacer una mueca al observar cómo el príncipe y el Halcón apretujaban sal, carne seca y tiras de fruta machacada en el interior de sus mochilas y sacaban más de la reserva de lo que debían.

—Sí.

—Esterillas para dormir. —La mujer les entregó tres rollos de paja, luego agregó un saco voluminoso y tintineante—. Y vainas de jabón.

Fie sujetó estas últimas con particular gusto... después se quedó helada cuando un alarido surgió desde otra plataforma. Tavin y Jasimir también se quedaron petrificados. El grito se volvió agudo y tembloroso, murmullos lo siguieron y Fie dejó escapar una exhalación. Era tan solo un bebé y, a juzgar por sus pulmones, uno muy saludable.

La encargada del santuario sacudió una mano huesuda cuando el llanto se transformó en gorjeos.

—Ese pequeño está destinado a bajar el cielo a los gritos —se quejó—. A cada hora lo intenta.

Fie hizo una pausa, contó los giros de la última luna. Estaba a punto de pasar tres semanas más arrastrando a los lorecillos por

las montañas.

—¿Tienes alguna semilla de raíz de amarre que puedas darme?

Las cejas grises de la mujer se alzaron. Abrió los cerrojos de un arcón viejo y revolvió dentro.

—¿Tienes miedo de quedar encinta también?

Tavin derribó un tarro con clavos para sandalias y maldijo en voz baja.

Fie intentó ignorar la mirada punzante que la encargada lanzó hacia él. No tuvo éxito. Un calor subió por su cuello y orejas.

—No tengo tiempo para sangrar, mucho menos para acostarme con nadie.

La mujer deslizó un puñado de semillas negras en una bolsita del tamaño de la palma de una mano, suficiente para mantener el sangrado de esta luna a raya durante algunas semanas. Si a Fie se le acababan antes de llegar a Trikovoi, tendría más problemas.

—¿Hacia dónde os dirigís ahora? —preguntó la encargada al pasarle la bolsita.

—Al norte.

—La otra bandada iba con rumbo al oeste, así que el norte está despejado. Necesitaréis equipo para el frío más allá de Gerbanyar. No tengo nada de eso aquí. —Le dio túnicas, máscaras y un mapa marcado a fuego en una piel de cabra, un pedernal y un cántaro de fognazo—. Ahí tenéis. Debería ser suficiente hasta vuestro próximo viático.

—Gracias —dijo Fie.

—Da gracias a Crossroads-Eyes —respondió la encargada del santuario, con frialdad, mientras apuntaba con la cabeza al dios muerto—. Él ve todas tus elecciones. Parece que quería que eligieras tu camino hasta aquí.

—Seguramente.

—Cuidad vuestras espaldas en esa carretera. Los otros Cuervos de esta mañana dijeron algo extraño. —La voz de la mujer se endureció—. Dijeron que Halcones registraron su campamento anoche. No Adelfas... Halcones. Dijeron que estaban buscando a una joven jefa y a dos Cuervos falsos. —Fie se quedó petrificada—. Y dijeron que había un alto precio por esas cabezas ahora.

En algún lugar en las sombras del santuario, volvió a elevarse el llanto del bebé.

Fie escuchó un crujido leve pero intencionado detrás de ella que indicaba que Tavin estaba a una palabra equivocada de mostrar lo falso que era como Cuervo.

—Bien, esto es lo que creo. Somos Cuervos, tenemos una regla. Estoy cuidando de los míos, ¿vale? Y cualquier jefa, bueno, debe seguir esa regla también. Me da la impresión de que eres una jefa demasiado inteligente para romperla. —El ojo de la encargada taladró los de Fie—. Y no una jovencita atrapada en los problemas de dos impostores. Si ves a esa chica ahí fuera, asegúrate de que esos problemas no caigan sobre todos nosotros. ¿Comprendes?

Fie no parpadeó.

—Sí.

—Entonces, que Crossroads-Eyes os guíe por caminos seguros. Id a impartir la misericordia de los dioses muertos.

Se fueron sin decir una sola palabra más, abriéndose camino por un entramado de enredaderas y ratas de árbol chillonas. En cuanto estuvieron en suelo firme y lo bastante lejos del santuario, Fie bajó su bolso y buscó un puñado de panchato desecado. Los hombros de Jasimir se hundieron del alivio cuando él y Tavin hicieron lo mismo.

Una mano llena de panchato surgió frente a ella. Fie levantó la mirada. Tavin sostenía su desayuno hacia ella.

Jasimir parpadeó, un trozo de su panchato aún en alto para que su Halcón lo probara. Después de un momento, también extendió el resto hacia Fie.

La garganta de Fie se cerró. Sacó una bolsa de sal y espolvoreó un poco sobre su comida. Su voz se estremeció al decir:

—Adelante.

—Gracias, jefa —respondió Tavin por lo bajo.

Regresaron al silencio misericordioso. El trinar de los pájaros y el crujido de las hojas en el viento llenaban el aire. Una y otra vez, Fie repitió las palabras de la encargada del santuario en su cabeza: *Una joven jefa. Dos Cuervos falsos. Que los problemas no caigan sobre todos nosotros.*

Cuida de los tuyos.

Este era el camino que Pa quería que ella tomara. El camino que Crossroads-Eyes quería que ella eligiera. Y ella no podía fastidiar a ninguno de los dos ahora.

Una pregunta se arremolinó mientras masticaba.

—Esa bruja de piel dijo que la reina había levantado espectras. Nunca he oído hablar sobre semejante trabajo de brujería. Y la reina, de todas formas, no es bruja.

Tavin y Jasimir intercambiaron miradas.

—Tenía... una teoría —comenzó a decir Jasimir, vacilante—. Has oído algo sobre la ceremonia para casarse en la casta Fénix, ¿no?

Fie asintió.

—Vi algo así en dientes de Cisnes. Pierdes tu don de nacimiento, ¿sí?

—Correcto. —Jasimir frunció el ceño—. Espera, ¿qué quieres decir con que lo has visto en los dientes de Cisnes?

—Los Cisnes no se aparean dentro de su casta —respondió con la boca llena de panchato—. Al menos, no para concebir. Encuentran una pareja dispuesta distinta de su casta y hay un ritual y esa persona pierde su don hasta la siguiente luna nueva. Mientras tanto, hacen un gran esfuerzo por hacer un bebé Cisne.

Tavin dejó salir un largo y exasperado suspiro.

—Por supuesto. Todo este tiempo nos estuvimos preguntando cómo lo había logrado Rhusana y solo era cuestión de preguntarle a una Cuervo.

—No es la primera vez, no será la última que eso pase —masculló Fie—. Pero ¿qué fue lo que consiguió?

Jasimir pasó una mano a través de su pelo desgredado.

—La ceremonia Fénix se supone que es permanente. Hasta los brujos pierden su don y nunca más regresa.

Fie lo descifró por su cuenta.

—Creéis que Rhusana practicó el ritual Cisne sobre sí misma para que su don regresara.

—Y creo que es una bruja Cisne —concluyó Jasimir.

Ante eso, Fie bajó su panchato y se quedó mirándolo.

—No tiene marca de bruja —agregó Tavin con rapidez—. Y las posibilidades de que nazca un brujo Cisne son...

—Sé lo que son. —La voz de Fie se había vuelto glacial. La casta de los Cisnes solo tenía tres dioses muertos. Tres brujas solitarias de entre más de veinte mil personas.

Más que eso y gobernarían Sabor.

Había una razón de peso por la que sus brujos no tenían permitido abandonar la isla de los Cisnes incluso después de la mayoría de edad. Una razón de peso por la que sus sirvientes Gorrión estaban vestidos de la punta de los pies hasta la punta de

la cabeza, desde los dedos de las manos hasta los de los pies.

En manos de un brujo Cisne, el don del deseo se volvía más que una forma de dirigir la atención. Si se apoderaban de apenas un solo pelo de otra persona, podían adueñarse del deseo de esa persona y retorcerlo —es decir, a la persona— al gusto de ese brujo.

Todo lo que hacía falta era un solo pelo suelto de la cabeza de Fie entregado a la reina Rhusana y una sola pizca de odio de la que pudiera aferrarse. Entonces Fie podría despertar una noche y rebanar los pescuezos de los chicos sin vacilar.

—Lo sabíais —los acusó Fie, reuniendo cada una de las horribles piezas—. Por eso huisteis.

Jasimir negó con la cabeza, con firmeza.

—No sonaba posible hasta este momento. Los tres brujos Cisnes están registrados, ella no tiene marca y Tavin y yo fuimos testigos de la ceremonia de matrimonio. No sabíamos que podía perder el don de nacimiento durante solo una luna. Lo juro, recurrí a vuestra bandada en busca de ayuda porque Rhusana se alió con las Adelfas, por esa razón y ninguna otra.

Fie frunció el ceño, hosca, mirando el suelo.

—¿Algo más que queráis decirme? ¿Acaso Tatterhelm tiene un primo más malvado? ¿El rey es, en realidad, un par de serpientes vestidas con una túnica elegante?

—Sigo sin saber qué quiso decir Viimo sobre las espectras —señaló Tavin.

—Yo también. —Las tripas de Fie se retorcieron. Pa le había enseñado cómo llamar dientes de Cisne solo por una cuestión de principios, porque tenían algunos bastante inútiles. Sin embargo, en el puñado de veces que había echado vistazos a la vida de un Cisne a través de la chispa de un diente, jamás había oído ni el más

mínimo susurro sobre espectras. Y eso, como tantas otras cosas, era un mal augurio.

Un silencio amargo se posó sobre ellos una vez más mientras Fie unía en su cabeza un nuevo conjunto de problemas a los que ya tenían.

Después, la voz de Tavin lo rompió.

—Realmente necesito saberlo: ¿cuál de los dos es Pissabed, el meón?



Ya no quería ser un Cuervo.

Fie había hecho rodar el diente de Hangdog entre pulgar e índice desde que habían acampado a la vera de la viaplana al atardecer, durante tanto tiempo que había dejado muescas en ambos dedos. No dejó de hacerlo ahora, mientras observaba la hoguera, con la mitad de la cena enfriándose en un cuenco a su lado.

Hangdog había nacido para ser jefe, como Fie. Pero había estado dispuesto a renunciar a todo para obtener lo que quería.

Fie no pudo evitar preguntarse cómo sería eso.

—¿Y si...? —La voz de Jasimir la arrancó de sus propios pensamientos—. ¿Y si recurriésemos a los Halcones? Antes de Trikovoi, quiero decir.

Fie cerró los ojos. Sabía por qué el príncipe lo preguntaba; sabía que tenía sentido en su cabeza. Pero diez familiares de rehén y un traidor muerto habían pesado en su corazón todo el día y lo único que quería era cenar y no pelearse hasta el amanecer.

Entonces, para su sorpresa, Tavin respondió.

—No podemos confiar en los Halcones.

Fie parpadeó al mirarlo.

Lo mismo hizo Jasimir, su cara se enrojeció.

—Entonces, ¿por qué vamos al Marovar?

—Porque allí los Halcones responden a la capitana general.

—*Todos* responden a la tía Draga. Si encontramos una señal de legua, puedo poner mi mano en el fuego para demostrar que soy un Fénix y...

—Nunca llegaremos tan cerca —dijo Tavin, lacónico—. Parecemos Cuervos. En el mejor de los casos, nos echan a carcajadas. En el peor... has visto lo que hicieron en Cheparok.

Fie sabía que no se refería solo a los sobornos. La desconcertó oírlo de su boca.

—No todos los Halcones son malos —argumentó Jasimir—. Por los dioses muertos, *tú eres un Halcón*.

Tavin negó con la cabeza.

—No hacen falta todos los Halcones para que nos maten. Con uno basta. Enviaré un halcón mensajero a la capitana general en cuanto lleguemos al Marovar, pero aquí fuera, no confío... —Se interrumpió, tomó una bocanada de aire y cerró los ojos—. Yo... no confío en que otros Halcones nos protejan.

Un silencio tenso ardió sobre la hoguera.

Fie hizo rodar el diente de Hangdog entre sus dedos hasta que dolió. *No tendría que volver a cremar otro cuerpo, no tendría que volver a tratar con las Adelfas nunca más. Nos olvidaríamos de que era un Cuervo.*

—De acuerdo —dijo el príncipe un rato después—. Conociendo a Rhusana, querrá hacerse con el trono durante el solsticio de verano, dentro de dos lunas, como haría un verdadero Fénix. Eso le deja una luna y media para... para eliminar a mi padre. —Fie ladeó la cabeza ante eso—. Una semana para el funeral de mi padre, una más para la ceremonia de coronación plena. No se conformará con menos. Así que si no llegamos al Marovar para el final de la Luna

del Pavo Real...

—El rey Surimir tendrá un accidente de caza —terminó de decir Tavin.

La Luna del Pavo Real daba paso a la Luna del Cuervo; después la Luna del Fénix daba comienzo al año nuevo durante el solsticio. La Luna del Cuervo significaba mercaderes a un lado de las carreteras vendiendo amuletos para mantener el pecado lejos, un mes para deshacerse de los errores y los infortunios del año, viáticos más exiguos, temperamentos más irritables.

La Luna del Cuervo era el momento perfecto para las tragedias, como la caída de un rey por unas majestuosas escaleras largas. La frente de Fie se arrugó.

—¿Rhusana pasa directamente al trono después de él? Creía que el rey tenía un hermano.

—Accidente de caza —respondió con amargura Jasimir.

—Pero ¿no tenía una hija tu tío?

—Accidente de caza.

Fie le lanzó una larga mirada con ojos entornados.

—¿Cómo había intentado eliminarte la reina?

Tavin tosió contra un puño. Sonó extrañamente parecido a «accidente de caza».

—Quizás deberíais dejar de lado la caza por un tiempo —reflexionó Fie.

Tavin rio abiertamente ante eso. Jasimir, sorprendentemente, cubrió una sonrisa con su mano. Fie no pudo recordar la última vez que lo había visto sonreír.

Tampoco pudo evitar sonreír ella. Quizás todo iría bien, al menos durante un tiempo. No eran familiares suyos, pero los bordes afilados de su pompa se habían desgastado lo suficiente como para

resultarle tolerables por ahora.

Entonces, Jasimir apoyó su cuenco vacío.

—Haré guardia.

—No —dijo Tavin, con la rapidez de una puerta que se cierra de golpe—. Deja eso a Fie y a mí.

El príncipe frunció el ceño.

—Sabes que a mi madre no le hubiese gustado que yo sea un peso muerto.

—Ella querría que yo hiciera mi trabajo —respondió Tavin, tenso—. Y eso significa mantenerte vivo.

—Te las ingeniabas bien en el palacio.

—No estamos en el palacio.

La mirada del príncipe se deslizó para permanecer sobre Fie un momento. Su ceño se frunció aún más.

—Como queráis. —Desenrolló su esterilla para dormir y se recostó sin decir otra palabra.

Fie no podía criticar las razones de Tavin; sería muy fácil para los Buitres llevarse al príncipe si solo él hacía guardia. También estaba muy segura de que esta no sería la última vez que tendrían esta discusión.

Hizo rodar el diente frío de Hangdog entre sus dedos de nuevo, una y otra vez. Tavin pronto rompió el silencio.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas sostener un glamur de Pavo Real hasta que lleguemos al Marovar?

Fie frunció los labios y buscó la bolsa de dientes de Pa. Los Pavos Reales tenían abundantes brujos, pero también tenían un enorme deseo de pagar lo menos posible.

—Pa puede haber, eh, subestimado nuestras reservas. —Tragó—. ¿Quieres parecerte al príncipe otra vez?

—No sabemos a qué nos enfrentamos. Y soy su doble de cuerpo por una razón.

—Eso no es un sí —observó Fie. Tavin no dio explicaciones. Ella, de todas formas, buscó un diente de brujo Pavo Real en la bolsa, luego se sentó sobre sus propias piernas frente a él.

La chispa rio cuando ella la llamó a la vida, una dama Pavo Real que creaba fantásticas ilusiones en la guardería del palacio para ganarse el favor de la reina. Cuanto más vieja se volvía, más la retorcían la crueldad y la ambición e iba dejando sirvientes golpeados, mercaderes engañados y cofres cada vez más llenos. Cuando la plaga fue a buscarla, confeccionó sus propios sueños delirantes y reía ante las visiones hasta que la espada de Pa tocó su garganta.

—¿Qué ves? —preguntó Tavin.

Fie abrió los ojos.

—Un Halcón lleno de insolencia y tonterías —respondió y le entregó el diente—. Guarda esto hasta que el glamur se desvanezca.

—Me refería... no sé... a cuando despiertas un diente. ¿Qué es lo que ves?

—Veo sus vidas. —Fie entornó los ojos hacia el rostro del príncipe dormido, para hacer un recuento de las diferencias que tenía que pintar en Tavin—. Sus elecciones. —Una nariz más derecha; ojos más redondos—. Cómo murieron. —Orejas un poco más bajas—. Lo que les hicieron a los Cuervos. He visto cómo viven las otras castas. Quédate quieto.

Aunque Tavin se había metido el diente en una manga, este aún vibraba en la cabeza de Fie, tan claro como una campanada. Trazó un camino para que el don recorriera la cara de Tavin, sus dedos

sobrevolaban a un suspiro de distancia de la piel del Halcón. El corte en su ceja desapareció; la curva de su nariz se atenuó; la onda del pelo a la altura de su nuca se suavizó.

Fie intentó no pensar en el calor que crecía bajo las yemas de sus dedos o si este venía de él o de ella.

También trató de no pensar en el hecho de que tendría que hacer todo esto de nuevo cuando el diente se extinguiera dentro de dos noches.

Tavin observó cómo pasaba la mano en silencio hasta que ella se dirigió a sus nudillos con quemaduras cicatrizadas. Entonces él se movió hacia atrás.

—Déjalas. Por favor. Las... cubriré.

Sorprendida, ella solo asintió.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó él.

Fie estudió el rostro de Jasimir, después regresó al de Tavin. Faltaba algo. Frunció el ceño, buscando el fallo.

—Sí. Espera un momento.

Tavin exhaló.

—Nunca te hemos dado las gracias, ¿verdad? Por nada de esto.

—A los Cuervos no se les dan las gracias. Nos pagan. A veces.

—Lo digo en serio. —Había dejado de observar cómo ella tejía el glamur y la miraba directamente a los ojos—. Podrías haber aceptado el trato de Viimo. Podrías tener a tu familia de vuelta. Pero no nos entregaste. Gracias.

Fie se quedó paralizada.

Escarbó en su cabeza en busca de algún vestigio de ira, de cualquier cosa que le permitiera tallar una línea entre ella y el Halcón. Pero en lo único que pudo pensar fue en Pa y Wretch y Swain y Madcap y todos los Cuervos que había perdido y la

odiosa voluta de esperanza de quizás encontrarlos de nuevo.

Su propias palabras le fallaron y las de él aún corrían en su cabeza y, para su propia consternación, el nudo en su garganta cedió. La hoguera de acampada se emborronó con las lágrimas.

—Eh... ay, no. Lo siento. No fue mi intención hacerte llorar. Doce infiernos, soy malo en esto. —Tavin estiró su manga para cubrir su pulgar y se estiró hacia ella, después se detuvo—. Eh... ¿puedo?

Ella se las apañó para asentir en silencio con la cabeza. Los Halcones no pedían permiso. Fie no tenía idea de cómo tratar con uno que sí.

Tavin limpió su cara.

—Te prometo que cuando Jas esté a salvo, te ayudaré a recuperarlos. Lo juro por la Alianza, aunque sospecho que ya te estás hartando de eso.

Fie lo miró con cautela.

—No me vendas palabras bonitas, chico Halcón. Ambos sabemos que estarás atornillado al príncipe hasta que uno de los dos muera.

Tavin echó una mirada de soslayo a Jasimir. Su respuesta no vino ni tan rápido ni tan fácil como ella creyó que lo haría, ni tan fuerte.

—Tengo que desaparecer. Después... del Marovar. Es un mandato divino cuando un príncipe Fénix sobrevive a la plaga. Es un truco barato cuando, convenientemente, su guardia también. Taverin sza Markahn murió hace un cuarto de luna; estaré atrapado en las sombras del palacio si regreso. Y no voy a vivir como un fantasma.

Las palabras se derramaron antes de que Fie pudiera atraparlas.

—Ya no.

Algo repentino y hambriento destelló en la cara de Tavin entonces, llamas que desgarraron la seda.

—Ya no.

Sonó demasiado parecido a Pa, tan solo una semana atrás: *Necesitamos este trato*. Solo que Tavin no necesitaba un juramento, necesitaba liberarse.

Fie rehusó sentir pena por un Halcón, incluso por uno muy guapo que le estaba secando la cara. En vez de eso, dijo:

—Bueno, tendremos que sobrevivir a todo este lío.

—Todas las vidas son cortas. —Mostró una sonrisa superficial—. La chica más inteligente que he conocido me dijo eso, así que debe ser verdad.

—La chica más inteligente que has conocido hizo que su familia fuese capturada por un monstruo. —Su voz se entrecortó. Tavin negó con la cabeza y atrapó otra lágrima, después otra, un pulgar trazó un camino lento por el costado de su mejilla.

—La reina hizo eso —afirmó él—. Y el gobernador. Y Tatterhelm. —Luego, más bajo—: Jas y yo hicimos eso. Haré todo lo que pueda para arreglarlo. —Su mano cayó para rozar los nudillos de Fie, aún magullados de cuando los había estrellado contra Viimo—. Puedo curar eso, si quieres.

Ella asintió, su voz falló.

Tavin sostuvo sus manos en las suyas, su ceño fruncido. El mismo calor punzante estalló en los dedos de Fie mientras la piel nueva tragaba las costras. Fie aspiró aire con fuerza sin poder evitarlo.

La mirada de Tavin se disparó hacia sus ojos.

—Lo siento. No soy nada bueno curando.

Fie lo vio, entonces, el defecto en su fachada: la hoguera iluminaba sus ojos oscuros con destellos más hacia el dorado que a los grises de Jasimir.

¿Cómo sabía eso?

Fie no pudo comprender por qué se resistía a cambiarlo. Lo odiaba por darle esperanzas. Se odiaba a sí misma por tenerlas.

Y después, con horror y furia, descubrió que odiaba a su corazón traidor, por arder en silencio con algo que no era odio en absoluto.

Un frío nauseabundo recorrió sus venas. A los Halcones no les gustaban los Cuervos. Tavin había cortejado a los suyos lo suficiente cuando había necesitado su ayuda. Esto no era más que otra ronda de esa danza.

Y aunque *fuese* más... No. Ese camino no era para ninguno de los dos, ni para un Halcón, ni para una Cuervo...

Ya no quería ser Cuervo, siseó el recuerdo de una bruja de piel.

Hangdog no había querido serlo.

¿Y Fie?

Suficiente. Nada de eso importaba de todos modos, no con el juramento aún atado a sus cuellos. Arrancó sus manos de las de él y se apartó.

—¿Quieres ayudarme? Concéntrate en tu propio trabajo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tavin, pero su tono de voz lo traicionó: sabía muy bien a qué se refería. Y quería estar equivocado.

Todo empieza por su actuación, se dijo a sí misma. Fue misericordioso que ella no pudiera ver su cara.

—Sabes bien qué quiero decir. —Fie desenrolló su esterilla y se recostó, esperando una respuesta.

Ninguna llegó.

—Despiértame para la segunda guardia —murmuró y cerró los ojos.



Cuando Fie se encargó de la segunda guardia, el príncipe esperó a que la respiración de Tavin se estabilizara y solo entonces se apoyó sobre un codo.

Ella lo había esperado: él se había ido a dormir muy enfadado como para quedarse así. La voz de Fie se mantuvo baja, al ras de las chispas de la hoguera:

—¿Sí?

Para su sorpresa, Jasimir se acercó, con un ojo aún apuntado a Tavin.

—¿Por qué no sabes leer?

—¿Por qué no te metes en tus propios asuntos? —espetó Fie, cuyas orejas se enrojecieron—. ¿De verdad te has levantado para restregarme eso en la cara?

—No... yo... discúlpame. —Jasimir hizo una mueca—. Me he expresado mal. Pero no entiendo... ¿no podrías haberle pedido a Swain que te enseñara si te molesta tanto?

Fie frunció el ceño a la oscuridad; sabía muy bien por qué no lo había hecho.

—Los Cuervos usamos nuestras propias marcas. No necesitamos leer.

Y no le había molestado la diferencia hasta hacía apenas un día, cuando un chico guapo Halcón había marcado esa línea entre ellos por accidente.

Jasimir levantó un palito de leña y lo retorció en sus manos.

—Pensé que... si quieres aprender, podría ayudarte. —Cuando Fie lo miró, sin palabras, él siguió con brusquedad—: Tengo que hacer *algo* útil o enloqueceré. Y tú serás una jefa propiamente dicha algún día y mi madre siempre dijo que un líder necesita ser tan habilidoso como aquellos que lidera y... —Clavó la leña en la tierra

—. Y si hay algo que he aprendido, es que quieres ser la mejor jefa que puedas.

Fie casi estalló en amargas carcajadas frente a eso. Lo que ella quería la haría una jefa horrible. Pero el príncipe tenía algo de razón: ella quería ser una jefa capaz.

Y no quería contraerse por dentro cada vez que Tavin leía detenidamente en voz alta una señal en la viaplana, fingiendo que estaba pensando en voz alta y sin engañar a nadie ni por un instante.

—¿Cuándo puedes enseñarme? —masculló.

Jasimir levantó rápido el trozo de leña y se sentó más erguido.

—Durante tu guardia, mientras Tav esté dormido. Entonces no podrá decirme que debería estar descansando.

Fie lo meditó. Esto no era acerca de ella, no realmente; él quería jugar a la caridad con una Cuervo y lo más probable era que quisiera hacer algo sin el visto bueno de su Halcón por una vez.

Además, Fie conocía las marcas de los Cuervos; sabía abundantes canciones de ruta; podía recitar historias de sus jefes y sus dioses. Eso era suficiente para Pa.

Fie estudió los árboles que se retorcían más allá de la luz del fuego y, por un instante, creyó que el bosque le devolvía la mirada. Retazos de noche bostezaban en una especie de extraño rostro que miraba desde los arbustos.

Entonces, una brisa pasajera agitó los arbustos. El rostro se desarmó en tan solo hojas.

Apretó el diente de Pa. Él no había necesitado nada más que las marcas de los Cuervos para ser jefe, pero eso era antes de que lorecillos y brujos de piel y reinas cayeran sobre sus cabezas.

Quizás, para cumplir el juramento, ella necesitara ser más.

Fie soltó el diente y miró al príncipe.
—¿Por dónde empezamos?



I2

LA ALMENARA

—¿Es comestible?
Fie resistió el impulso de suspirar.

—No.

—Ni siquiera estás mirando —acusó Tavin.

—Porque estás apuntando al hongo. —Fie captó su sombrerete de color naranja intenso como un dedo cuando ella pasó fatigosamente al lado, una protuberancia brillante en mitad de laderas verde grisáceas. Y para ese momento, ya sabía demasiado bien que a Tavin le interesaban las cosas que sobresalían.

Cuatro días habían despuntado desde que dejaron el santuario de Crossroads-Eyes. Desde entonces, Fie se había creado una especie de rutina: Seguir la viaplana principal hacia el norte.

Escondese del sonido de los caballos o las patrullas de los Halcones. Intentar no echar de menos las canciones de ruta de Madcap.

Ignorar la punzada en sus tripas vacías cada dos noches cuando ponía el glamur en el rostro de Tavin con un nuevo diente de Pavo Real. Catalogar una nueva forma de distinguirlo del príncipe: una inclinación de su ceja, una peca perdida junto a la comisura de sus labios. Cómo el gesto más tenue parecía tener el peso de la intención.

Cómo el peso de su mirada cambiaba sobre ella.

Dormir la mitad de la noche. Mascar unas pocas semillas amargas de raíz de amarre. Intercambiar guardias con Tavin. Practicar algunas letras nuevas con Jasimir. Cambiar oscuridad por amanecer, al que el príncipe aún le rezaba.

Seguir la viaplana rumbo al norte, en la que los campos de calabaza daban paso a los brotes de maíz, después a los huertos y las hierbas rocosas. Al norte, hacia los Halcones, hacia el Marovar, hacia el cumplimiento de un juramento por la Alianza.

Fie tenía momentos de rabia y momentos de duda y, peor que todo, momentos de terrible paz. Momentos para lavarse en soledad, para observar el alba en silencio, para afilar la espada de jefa por su cuenta.

Debería haber odiado todo. Realmente odiaba no hacerlo.

—De acuerdo. ¿Eso es comestible?

Pero no tanto como odiaba la forma en que Tavin llenaba el tiempo.

Esta vez tuvo que dar media vuelta para ver qué había encontrado. Parecía ser una roca.

—El musgo —aclaró él cuando las mejillas de Fie enrojecieron.

No podía reprimir más la mala cara. Había hecho esa misma pregunta sobre decenas de plantas en los últimos días.

—Si quieres ensuciar tus pantalones durante tres días, sí.

—Eso suena útil. —Le sonrió a ella y al príncipe—. Los dos estáis poniendo la misma cara otra vez.

—Porque ninguno de los dos quiere saber cómo se supone que eso es útil —respondió Fie—. Y...

Un rumor bajo sus suelas la interrumpió. Suspiró y se dispuso a ir hacia la zarza al lado de la carretera.

—Jinetes. De prisa.

Los chicos no habían intentado fastidiarla como habían hecho con Pa; al parecer, se habían curado de eso en Cheparok. Se apresuraron a esconderse en los arbustos, donde se agazaparon para mirar por entre las hojas mientras Fie llamaba a un diente de Gorrión solo para asegurarse. Unos pocos suspiros después, algunos caballos pasaron trotando, sus jinetes cubiertos con las capuchas color lavanda de los jóvenes Búho de las academias temporales. Tenían un color de piel cobrizo más oscuro que los Búhos de las academias de las costas occidentales, más oscuro que la piel de Fie y mucho más que la de los Buitres.

Jasimir dejó salir un suspiro de alivio al verlos pasar y se movió como para levantarse. Fie tiró de él para que se mantuviera agazapado.

Los temblores solo crecieron. Los académicos se retorcieron para mirar a sus espaldas, luego maldijeron cuando más caballos se acercaron al galope. El polvo se levantó en la carretera, arremolinándose en un anillo más alrededor de los Búhos cuando los recién llegados los rodearon.

—¿Qué significa esto? —cuestionó un académico Búho tosiendo.

Mientras el polvo se asentaba, una silueta borroneada se cernió sobre el resto. Cuatro líneas de acero recién cortado brillaban con más fuerza que las otras muescas talladas en un casco que coronaba a un hombre enorme como una montaña.

Tatterhelm.

El asesino de su gente, a no más de veinte pasos de distancia. Un diente de Fénix, quizás dos, y Fie podría acabar con él...

Y perder al príncipe, el juramento, todo lo que Pa le había confiado, porque no podría también derribar al resto de los brujos de piel que cabalgaban con él. Una clase retorcida de ira merodeó en su corazón, agitando sus barrotes; por ahora, Fie la mantuvo enjaulada.

—Asuntos de la reina —tronó Tatterhelm—. ¿Habéis visto ladrones de huesos por esta carretera?

—¿Cuervos misericordiosos? —Otro Búho ladeó la cabeza—. ¿Para qué?

Tatterhelm acercó su montura, amenazante.

—*Asuntos de la reina* —repitió—. Estamos buscando a tres de ellos. No voy a preguntar otra vez.

Los estudiosos intercambiaron miradas.

—No hemos visto tres —respondió el primer Búho, con lentitud—. Vimos una bandada ayer, ¿quizás veinte? Iban rumbo al noroeste, creo que a Livabai.

—Pudieron haberse unido a otra bandada. —La voz de esa Buitre chillaba con demasiada familiaridad; la última vez que Fie la había oído, la bruja de piel había estado enroscada sobre sí misma en la arena ensangrentada. Cuando Fie entornó los ojos, pudo distinguir que las manos de Viimo estaban envueltas en vendajes. Había sobrevivido a Cheparok—. Para despistarnos, ya

que desciframos hacia dónde se dirigían.

Un gruñido hizo eco desde el casco serrado, que se dirigió de un lado a otro y pasó con más lentitud cuando las ranuras de los ojos apuntaron hacia donde estaba Fie.

Ella encendió otro diente de Gorrión tan rápido como pudo y lo puso en armonía a la fuerza. Los dientes mellizos le mostraron cada haz de las miradas, como antes. Esta vez, algunas miradas se fracturaban en redes como de araña que recolectaban rastros en la carretera: brujos de piel que olfateaban a sus objetivos. No recogieron ninguno.

Un regodeo destelló a través de Fie frente a eso. Los brujos de piel eran como perros de caza: necesitaban conocer un olor para rastrearlo. Sin algo que les perteneciera a ella o a los lorecillos, no podían discernir sus rastros en la viaplana. Hasta ahora, los Buitres solo tenían su ingenio para guiarlos y este estaba a punto de llevarlos en la dirección equivocada.

Tatterhelm dejó salir un grito estridente y azotó a su caballo para salir al galope. El resto de los Buitres lo siguió, dejando a los tres Búhos en la polvareda y a tres fugitivos entre los arbustos.

Fie los contó mientras se iban: menos de una veintena de jinetes Buitres, menos de lo que Viimo había contado, todos con unos pocos bolsos y pieles. Apretó el diente de Pa: la chispa aún centelleaba.

En cuanto los Búhos sacudieron el polvo de sus vestimentas y continuaron su camino por la carretera, quejándose sobre lo indigno de todo aquello, Fie se sentó derecha.

—Tienen una caravana.

Tavin se meció sobre sus pies.

—¿Cómo lo sabes?

—Los caballos —respondió por ella Jasimir—. Solo llevan suficientes provisiones para acampar uno o dos días. Los debe estar siguiendo una caravana con provisiones. Sospecho que también allí tendrán... —Flaqueó—. A los rehenes.

Aquella ira retorcida sacudió su jaula una vez más. Fie se la tragó.

Quedaban casi tres semanas de la Luna del Pavo Real. Para otras castas, eso era suficiente tiempo para llegar a Trikovoi, pero para los Cuervos, con almenaras que responder, era demasiado justo. Demasiado justo como para perder cualquier delantera que pudieran conseguir.

Fie observó el diente de Pa de la forma en que los Buitres habían observado la carretera: enfurecida con lo que no podía decirle. Luego se puso de pie.

—No nos detendremos.

Sintió los ojos de Tavin sobre ella mientras volvía a la carretera, pero lo único que él dijo fue:

—Sí, jefa.



—Ahora escríbela tú.

Fie agarró la ramita de Jasimir y le dio vueltas hasta encontrar una forma de sujetarla que se sintiera bien. Ninguna lo hizo. Sus dedos temblaban mientras dibujaba una línea trémula en la tierra, luego otra y otra.

Ninguna se parecía a las letras de Jasimir; las suyas eran demasiado grandes y ladeadas como un borracho. Le ardieron las orejas.

—Esto es una tontería —masculló y soltó el palo.

Jasimir barrió su primer intento, después le devolvió la ramita.

—Mi madre decía que mis letras se tambaleaban como potrillos al principio, cuando me enseñó a escribir —dijo—. Es como todo lo demás: solo es cuestión de práctica. Inténtalo otra vez.

—¿La echas de menos? —Fie comenzó a trazar otra línea.

—Todos los días —suspiró Jasimir—. Mi madre se aseguraba de que nunca me faltasen pergaminos para leer o juegos de estrategia que resolver. Decía que una mente aguda hacía más sobre un trono que una espada afilada. Pero mi padre hubiese preferido que yo fuera... —Parpadeó mientras lanzaba una mirada al otro lado de la hoguera, donde Tavin se estiró sobre la esterilla para dormir—... otra persona.

—Sabes que su trabajo es morir por ti. —En cuanto las palabras salieron volando de su boca, Fie se maldijo en silencio. Tavin no necesitaba que ella luchara sus peleas.

—Su trabajo es mantenerme vivo —corrigió Jasimir, tieso—. Tal como es mi trabajo mantener vivo al país. Mi madre nos crio a ambos para que supiésemos cuál es nuestro deber.

—Ay, sí, él debe recibir un flechazo por ti y tú debes sufrir la corona por él. Todo queda compensado.

La burla pasó de largo al príncipe.

—Exacto. Además, cuando no está de guardia, puede hacer lo que quiera. Y, a diferencia de mí, puede volver a hacer eso en cuanto volvamos a Dumosa.

—¿Y si no quiere? —El palo para escribir se detuvo en la tierra—. ¿Y si no quiere volver?

El príncipe dejó salir una risa desconcertada.

—¿Para quedarse dónde? ¿Aquí? ¿Escondiéndose en arbustos, lavándose en charcos y comiendo migajas? Es un Halcón. No tiene por qué vivir como un...

Se detuvo a sí mismo, pero no lo bastante rápido.

Un tronco cayó en la hoguera y envió chispas al aire silencioso.

—¿Como qué? —preguntó Fie, solo para hacer que lo dijera en voz alta. Sus manos temblaban.

—No he querido decir...

—¿Como un Cuervo? —Lanzó el palo, la letra quedó a medio garabatear—. Vosotros, los chicos palaciegos, sois demasiado buenos para esta vida, ¿eh? No merecéis ser tratados como *yo*.

—¡No lo sé! Tiene que haber una razón por la que la Alianza permite que os suceda esto...

—Quieres decir tu padre —escupió Fie—. Tiene que haber una razón por la que tu padre permite que esto suceda.

Tavin rodó hacia un lado, bostezando, y las tripas de Fie se retorcieron. Barrió sus letras con un pie tan rápido como pudo.

—¿Qué...? —Tavin se sentó—. ¿Por qué estáis los *dos* despiertos?

—No pasa nada —respondió Fie, al mismo tiempo que Jasimir decía:

—Le estaba enseñando a leer.

La piel de Fie se erizó con furia y humillación.

—No es cierto.

El príncipe Jasimir se quedó mirándola.

—¿Qué pasa contigo? Llevamos en esto cinco días ya.

—*Cállate* —siseó Fie, desesperada. Quizás si Tavin volvía a dormir, se olvidaría de lo que había visto.

¿Crees que te llevará lejos y te hará brillar tanto como para que los nobles olviden de dónde has salido?, se burló Hangdog, una sombra a la orilla del arroyo que se había ido hacía rato.

—Eres una desagrade...

—Jas. —Tavin interrumpió al príncipe—. *Cállate*.

Jasimir se sentó, parecía completamente traicionado.

—*¿Estás...?*

Tavin levantó una mano, tenía el ceño fruncido y observaba la oscuridad.

—*¿Escucháis eso?*

Fie tamizó los ruidos uno a uno: el crujido de la leña que ardía. El susurro de las hojas en el viento leve. El suave trino del canto de una cigarra.

Justo detrás de todo eso, un silbido débil, irregular.

No de la clase que emitía Fie para dar órdenes de marcha o pasos de la danza del dinero, ni siquiera del tipo que hacía Swain cuando canturreaba por lo bajo mientras hacía el inventario. Lo más cercano a ese sonido que Fie podía asociar era un adicto a la amapola que había visto encorvado en un callejón años atrás, con una flauta de caña olvidada en su flojo labio inferior. Cada jadeo soltaba una nota vacilante.

Y en algún lugar más allá de su campamento, sonaba como si estuvieran acercándose decenas de silbidos de adictos a la amapola.

—A los árboles. Ahora. Llevaos lo que podáis. —Fie había comenzado a tener a mano cuencos llenos de tierra cerca de sus hogueras para momentos como este. Arrojó la tierra sobre las llamas, que se extinguieron al instante. Luego parpadeó para acostumbrar los ojos a la oscuridad más profunda y metió todo lo que pudo en su bolso.

Los silbidos sonaron con más fuerza.

Misericordiosamente, el príncipe no estaba descalzo esta vez. Él y Tavin habían escalado un sólido roble y Fie los siguió, mientras llamaba a dos dientes de Gorrión. Se colocó sobre una rama gruesa,

con los dientes encendidos, e intentó no pensar en las provisiones que había dejado abajo.

Esos silbidos se elevaron a un chillido suave a escasos pasos del campamento.

Fie había visto una buena cuota de cosas horribles en sus dieciséis años: pecadores podridos, víctimas de las Adelfas largamente muertas, el resultado de una almenara de plaga sin responder. Había escuchado historias de monstruos, demonios, espíritus de almas despreciables que hasta la Alianza rechazaba. Todos cuentos, se decía a sí misma. Los únicos monstruos que había visto eran humanos que se ocultaban detrás de algo.

Pero por todos los dioses muertos, estaba comenzando a creerlas ahora.

Fie escuchó el ruido metálico de una olla al caer, el aleteo de una esterilla, extraños suspiros húmedos como de un roce sobre cuero mojado y, sobre todo, silbidos. Pero la oscuridad ocultaba el campamento demasiado bien. Lo único que pudo ver que se movía eran fragmentos ondulantes de la luz de la luna y nada más.

Para peor, los dientes de Gorrión mellizos tendrían que haberle mostrado las miradas que observaban el campamento, de forma tal que ella pudiese repelerlas, de ser necesario. Los dientes ardían sin interrupciones, como de costumbre, y sin embargo...

Fie no vio nada abajo.

Ni miradas inquisidoras, ni haces de búsqueda, ni ojos de Buitres observando la tierra. Solo la noche cambiante y escurridiza.

Un breve chisporroteo se alzó en el aire, seguido por el hedor de algo rancio y quemado. Luego los silbidos cambiaron y circularon lejos del campamento, avanzando hacia el norte.

Fie contuvo la respiración hasta largo tiempo después de que el

último chillido se escurriera.

—¿Alguno ha visto qué ha sido eso? —susurró ella.

—No. —La voz de Tavin era temblorosa—. ¿Jas?

—No tengo ni idea.

Fie hizo rodar el diente de Pa, en parte para pensar, en parte para reconfortarse con la chispa familiar. ¿Qué haría él si la noche misma lo persiguiera?

Lo mismo que hacía siempre: mantenerlos a salvo.

—Nos quedaremos aquí hasta el amanecer. Vosotros dos intentad dormir. Amarraos a la rama si podéis. —Serían unas largas y frías horas. Fie se resignó a pasarlas pensando en lo que había cruzado por el campamento y sobresaltada por cada crujido de las ramas—. Terminaré mi guardia.



El amanecer no les trajo respuestas.

Sin embargo, les otorgó una pequeña misericordia. Las provisiones que habían abandonado estaban derribadas por todo el claro como si un borracho se hubiese tropezado con ellas, pero casi todo podía salvarse. Más allá de eso, los visitantes solo habían dejado dos rastros de su paso. El primero eran extrañas marcas serpenteantes como de algo que se hubiera arrastrado por la tierra.

El segundo era una delgada capa de algo pegajoso y chamuscado en las brasas ahora muertas de la hoguera. El contorno era demasiado claro para negarlo: una forma triangular con cinco abolladuras en el extremo más amplio.

—Es una pisada —dijo Tavin—. ¿Quién pisa brasas ardientes y no grita?

—Si estamos en lo cierto acerca de que Rhusana es una bruja, quizás esas eran personas bajo su encanto. —Jasimir echó una

mirada a Fie, con cautela.

Ella lo ignoró. Si el príncipe creía que la incursión de horripilantes bestias invisibles iba a ser suficiente para que ella olvidara lo que él había dicho, entonces había subestimado la profundidad de su rencor.

En lugar de eso, Fie cerró bien su bolso.

—Podemos reflexionar sobre eso en la carretera. Estamos desperdiciando la luz del día.

Jasimir aspiró aire con fuerza. Ella también ignoró eso.

Entonces Tavin señaló por encima del hombro de ella.

—Fie, mira.

Ella se torció hacia atrás. Por encima de las copas de los árboles, una delgada columna de humo naranja serpenteaba en el aire hacia el norte.

Parecía que la Alianza le tenía reservado un largo día. Con un suspiro, abrió de un tirón su bolso.

—¿Qué tan lejos está? —preguntó Tavin.

—Las almenaras de plaga comienzan con el negro. —Revolvió el interior en busca del mapa de cuero de cabra—. Cada señal de legua que está cerca enciende humo púrpura. Luego, cada señal de legua que ve púrpura enciende el azul y luego pasa a verde, amarillo, naranja y rojo. —En efecto, un rizo rojo se elevó desde el sur, la señal por donde habían pasado la tarde anterior—. Así que cinco o seis leguas. —Extendió el mapa. Era una telaraña de ríos y carreteras garabateadas sobre el cuero en líneas y marcas de Cuervo grabadas a fuego, moteadas con bosques o montañas.

—¿Es en Livabai? —Tavin espió por encima del hombro de Fie—. Porque de ser así, tiene que ser una trampa.

La respiración de Tavin movía su pelo de una forma que la

distraía terriblemente. Fie apretó los dientes e intentó concentrarse en las ciudades. Livabai se ubicaba a las orillas de un lago y no veía ninguno dentro de las siete leguas de distancia.

—No.

Con el dedo trazó la línea de la viaplana y apuntó los lugares donde era probable que se hubiera originado la almenara. Las respuestas no fueron amables.

—Sabemos que es al norte de aquí. Si tenemos suerte, es rumbo derecho al norte. Si tenemos menos suerte, tendremos que dirigirnos al oeste en la próxima encrucijada. Peor si es al este...

—Trikovoi es al noreste —señaló Tavin—. Entonces, ¿por qué es tan malo el este?

—Porque entonces será más probable que la plaga esté en Gerbanyar. —Leyó las marcas de los Cuervos para esa ciudad—. «Fría». «No pasar la noche aquí». Y lo peor de todo: «Adelfas».

El ceño fruncido de Tavin era tan afilado como el acero Halcón.

—Es demasiado arriesgado.

—Todo lo es —respondió Fie—. Pa os lo dijo: los Cuervos vamos adonde nos llaman.

—¿Y si os llaman a una trampa? —Su ceño no cedió—. Los Buitres pasaron a nuestro lado ayer, luego nuestro campamento fue invadido por la peor banda de flautistas del mundo y ahora de repente hay una almenara de plaga desde la misma dirección rumbo a la cual *los dos* se dirigieron. Aunque esta sea verdadera, ¿cuánto tiempo crees que tardará Tatterhelm para descifrar que así es cómo puede atraernos?

—Tendrá que encontrar un pueblo que le permita hacerlo. Nos odie o no, la gente sabe lo que sucede cuando atacan a los Cuervos abiertamente. —Fie señaló un valle en el mapa. La única marca

Cuervo que había allí decía «cenizas»—. Solía haber una aldea allí. Decidieron que la jefa pedía demasiado viático y asesinaron a su marido y a su hijo. La bandada difundió los hechos y la siguiente vez que esa aldea encendió una almenara de plaga, nadie respondió hasta que todo el valle estuvo podrido. Lo vi arder con mis propios ojos. Cualquiera pueblo que permita que Tatterhelm encienda su almenara de plaga sabe que se enfrentará a lo mismo.

Tavin se quedó con los brazos cruzados.

—Quizás él no les dé otra opción.

—Aun así, debo responder —disparó Fie—. Es mi deber. No puedo elegir hacerlo solo cuando es fácil, igual que tú no puedes elegir proteger al príncipe solo cuando está a salvo. Y si crees que el resto de la región no atacará a los Cuervos por una almenara sin atender...

—No pondré en riesgo de plaga a miles de vidas —dijo Jasimir abruptamente—. Ella tiene razón. Además, necesitamos más provisiones o nunca llegaremos a las montañas. La única forma de obtenerlas es con el viático.

—Es fácil decirlo cuando tu casta no se ha contagiado de plaga desde Ambra —refunfuñó Tavin—. Pero bueno, son dos contra uno.

—Me encargaré del cuerpo. —La empuñadura de la espada rota de Pa se clavaba en el costado de Fie—. Todo lo que vosotros dos debéis hacer es rezar que no sea Gerbanyar.



—Supongo que podría haber rezado con más ahínco —admitió Tavin a la mañana siguiente.

Una serpiente de humo negro se retorcía hacia el cielo, emanada desde el puesto de señales de Gerbanyar.

—Poneos las máscaras —ordenó Fie, desenganchando la suya de su bolso—. A partir de ahora y hasta que nos vayamos, mantendréis vuestras bocas cerradas y vuestros ojos alertas, ¿comprendido?

Tavin la miró de soslayo. Era una de sus muchas miradas de refilón que decían «estamos metiéndonos en problemas», «ninguno de nosotros está listo», «ninguno de nosotros puede huir».

Pero lo que esta vez ganó fue:

—Sí, jefa.

Fie caminó hasta el puesto e hizo sonar la campanilla. El guardia Halcón se asomó desde la plataforma lo suficiente para hacer un gesto brusco de asentimiento. Un silbido perforó el aire cuando la almenara de plaga chisporroteó hasta extinguirse.

Un hombre se acercó tranquilamente a la verja en el sencillo muro de piedra de Gerbanyar. El sujeto combinaba bien con su ciudad: su cara era de un tipo grisáceo y las rayas pintadas en su chaleco de cuero hacían juego con las franjas de granito y basalto de las paredes de las casas cercanas. Esas rayas marcaban que era de la casta de las Palomas y un mensajero; los movimientos rápidos de su mirada lo marcaban como un hombre del que Fie desconfiaría en todo momento.

—Por aquí —anunció con una sonrisa socarrona que tiraba de la comisura de sus labios.

Durante un momento, Fie no pudo hacer que sus pies funcionaran. Apeataba a trampa. Apeataba a problemas.

—Estamos detrás de ti —dijo Tavin por lo bajo.

—He dicho bocas cerradas —murmuró ella y se dirigió a la verja.

El mensajero Paloma los guio por la calle principal, donde piedras irregulares se hundían en el musgo usurpador. Gerbanyar

no era ni de lejos tan grande como Cheparok y aunque también se desparramaba sobre la ladera de una colina, las casas grises de piedra apilada emergían a su antojo.

Pero el camino del mensajero no dobló hacia las casas. En lugar de eso, los llevó a través de un mercado al aire libre donde los mercaderes cubrieron con su mano los monederos colgados en sus cinturones; más allá de rediles de cabras y gallineros y corrales de ganado y pastores con cara de piedra que se detenían a observar; finalmente, hacia un canal hecho de piedras en los terrenos más bajos dentro de los muros de Gerbanyar.

Algo se retorció en las tripas de Fie.

—Arrojasteis al pecador a las inmundicias —dijo ella de manera inexpresiva.

—Habéis tardado demasiado en venir. —El mensajero ya no se molestó en esconder su sonrisa burlona—. Así que nos ocupamos nosotros mismos del asunto.

Ella caminó hasta el borde del canal. Bocas de desagüe perforaban el muro más lejano, sus contenidos caían con un *plaf* al agua turbia cubierta de algas amarillas. Escasos pasos abajo, aguas fétidas lamían somnolientamente el pecho de un hombre que yacía en la inmundicia.

Las marcas de la plaga del pecador eran bastante claras: labios negros con rastros de sangre, la piel amoratada, los ojos cerrados por costras. Las moscas invadían el aire a su alrededor y se metían y salían de su boca abierta. Cerca de él, una esterilla de dormir alfombraba los ásperos escalones tallados. Fie se preguntó si el pecador había estado en la esterilla en un comienzo y había rodado a la fosa séptica durante sus sueños afiebrados o si los bastardos lo habían arrojado ahí con esterilla y todo, sin importar dónde

aterrizase.

A veces los pecadores eran arrojados a la inmundicia porque habían obtenido la plaga a expensas de sus vecinos y esas transgresiones traían consecuencias. Y a veces los pecadores terminaban en la fosa séptica porque sus vecinos querían que los Cuervos se metieran en la mierda mientras ellos observaban.

Por la colección de curiosos que encontró Fie al dar media vuelta, apostó a que era esto último.

Pero ese cuerpo no iba a arrastrarse solo hasta la pira. Ella había envuelto en harapos sus brazos, desde las manos a los codos; sin embargo, no había pensado que tendría que pescar un cuerpo en las cloacas.

—Necesitamos una carreta —anunció—. Y leña. Ese es nuestro viático.

—Tenéis su esterilla —respondió otro hombre, que llevaba un delantal con el patrón de trabajo de un carnicero Gorrión—. Sacadlo con eso. Hay leña junto a la verja. Podéis llevaros sus dientes como viático.

Fie lanzó una mirada insidiosa al sujeto antes de recordar que se perdía bajo su máscara.

—Sí, arrastraré un pecador que chorrea todo el camino a través de vuestra ciudad, por al lado de todo vuestro ganado y vuestros mercados, y después esperaré a que la almenara vuelva a encenderse para venir por el resto de vosotros. Quiero una carreta.

—Yo veo un pecador y tres ladrones de huesos. Cargadlo hasta afuera.

Fie mordió su labio. No podía arriesgarse a que los lorecillos tocaran un cuerpo con plaga. Una verja que llevaba hacia la carretera oriental se abría del otro lado del canal. Quizás podía

arrastrar el cuerpo hasta allí ella misma.

Entonces, el hombre Paloma hizo un gesto con la cabeza al Gorrión y se fue trotando. El carnicero Gorrión escondió una sonrisa macabra detrás de su mano.

Algo iba mal.

—Fie... —comenzó a decir Tavin.

—Yo me encargaré —lo interrumpió ella. No había tiempo para tonterías del lorecillo. Tenía que sacarlos de ahí antes de que el mensajero Paloma regresara.

—¿Por tu cuenta? —susurró Tavin.

—Sí, *Pissabed* —respondió—, por mi cuenta. Quédate aquí.

Bajó los escalones marchando. La menta en el pico de su máscara no podía vencer el horrible hedor de la plaga y la mierda, así que aspiró el aire por la boca, con los dientes apretados.

—Ahí va —se rio alguien arriba—. Te dije, los Cuervos están como en casa en la inmundicia.

Fie apoyó su bolso en los escalones, tomó la esterilla y la acercó al pecador, luego lo sujetó del brazo más cercano y tiró. El hombre no se movió.

En vez de eso, gritó.

Fie lo soltó más rápido que a una brasa ardiente. Una nube de moscas salió despedida. Un terrible escalofrío recorrió sus propias extremidades, las yemas de sus dedos zumbaron; la espada rota se mecía a su lado como una cuerda.

Aún estaba vivo. De alguna manera, el pecador seguía con vida. Y eso solo significaba una cosa.

Cuando. No si.

Una voz áspera y fina como una aguja salió temblorosa desde la boca sangrienta del sujeto:

—*Misericordia.*



I3

LA MISERICORDIA DE LOS DIOSES MUERTOS

La primera vez que Fie intentó sujetar la espada rota, esta resbaló y cayó por los escalones de piedra hasta quedar junto al pecador.

La segunda vez, la sostuvo con fuerza, pero la luz del día tiritó contra el filo partido, tal como la empuñadura cubierta en harapos en su puño tembloroso.

—¿Crees que sus manos sean más útiles bajo esos trapos? —se mofó un hombre Gorrión en la cima del canal.

Fie escuchó el chirrido de unos clavos de sandalia y se giró a toda velocidad. Tavin se había dado media vuelta hacia el Gorrión, un

puño con nudillos blancos se dirigía hacia donde tenía sus propias espadas cortas, bajo la capa de Cuervo.

Si él fuese un Cuervo, ella podría tirar de su propia capucha para hacer la señal de «No causes problemas». Si fuese un Cuervo, sabría desde un principio que no debía causar problemas aquí.

Aclaró su garganta. Estruendosamente. Funcionó bastante bien: Tavin se giró de nuevo hacia ella con los brazos cruzados, quietos e inofensivos. Por ahora.

El pecador tuvo un espasmo a sus pies.

Las tripas de Fie eran un nido de víboras, listas para traicionarla si daba un paso en falso.

¿Qué habría hecho Pa? Los recuerdos se escondieron de ella como ratones en esquinas oscuras. Él se habría quitado la máscara. Por los doce infiernos, no pensaba sacarse la suya y dejar que su cara se viera en este momento.

Él habría usado su voz reconfortadora. La habría tenido a ella como ayudante. Aquí, ella no contaba con nada de eso.

Todo lo que tenía era misericordia en un puño tembloroso. Y era hora de impartirla.

Se arrodilló junto al pecador.

—Soy una Cuervo —le dijo. Su voz suave tembló tanto como toda ella—. Estoy aquí por ti.

El pecador sonrió.

Fie quería huir de la carretera que la había atrapado de esta forma. Quería dejar al hombre para que muriera en la inmundicia. Quería arrojar la espada de jefe detrás de sí y no volver a mirar atrás nunca más.

Tienes que mantener los ojos abiertos.

Fie apoyó la mano en la frente cuajada de sudor y bajó el filo

hasta la garganta del pecador.

Y entonces hizo lo que Pa había hecho.

La carne se abrió con demasiada facilidad. Fie se atragantó con su propia respiración y dejó caer la espada cuando el hombre se sacudió. La sangre salpicó sobre sus manos, sobre el pecador, sobre los escalones... ¿Los pecadores de Pa también habían sangrado tanto? ¿Lo había hecho bien?

La sangre hizo que le ardiera la boca; no, no, fue la sal de las lágrimas que rodaban hacia su mentón tembloroso, lágrimas que no podía comprender, lágrimas que no podía reprimir; había sido misericordiosa, había hecho lo que Pa habría hecho, le había dado al pecador lo que quería. Ella era jefa, era jefa, era jefa...

A lo lejos, el carnicero Gorrión comentó:

—Tendréis suerte si la Cofradía de las Adelfas os deja ir así de fácil.

El nido de víboras en sus tripas se agitó. No supo si había sido por la amenaza o la sangre. Tenían que salir de este lío antes de que algo más se jodiera.

¿Qué venía a continuación? Sacar al pecador muerto de la ciudad. ¿Estaba realmente muerto? Se había quedado inmóvil. Las moscas caminaban sobre él de nuevo. Las burbujas rojas alrededor de la garganta fueron reventándose una tras otra. Sus ojos estaban cerrados, como al dormir.

Dormir. La esterilla de dormir. Sacarlo en la esterilla.

Fie intentó sujetar la camisa ensangrentada con un puño. El carmesí le engrasó las manos. El muerto resbaló un poco más adentro de la inmundicia.

—Fie... necesitas ayuda...

La voz de Tavin sonó mucho más cerca. Ella giró y lo encontró a

mitad de camino sobre los escalones, a mitad de camino hacia el pecador, a mitad de camino de ella.

Tan cerca, se contagiaría la plaga. Tan cerca, ella observaría cómo su boca se agrietaba y sangraba, lo escucharía toser trozos blandos de sus pulmones y, si ella fuese una verdadera jefa, sería quien le daría misericordia antes de que se pusiera realmente mal. Las manos y la misericordia de ella, la garganta y la sangre de él...

La espada volvió a caer a las piedras.

Cuida de los tuyos.

—Sal de aquí —siseó tras un sollozo traicionero. Sus manos vacías se agitaban a sus lados, salpicando la sangre en gotas temblorosas. Ya no quedaba misericordia en ella, no para él, no ahora—. No me toques, no toques al pecador, solo cuida al maldito pr... Cuida a tu primo, ¿de acuerdo?

—Fie...

—¡Sal!

Nada de misericordia, solo sangre en las manos y miedo de esa parte suya que quería que él se quedara.

Otra risotada entre la multitud. La mayoría pertenecía a las castas comunes, se habían apiñado cerca del borde del canal, demasiado lejos de ella para que pudiesen escucharla, lo bastante cerca como para que las tripas de Fie pudiesen tranquilizarse. Frente a ellas, estaba quieto el carnicero Gorrión.

Demasiado cerca. Todos estaban demasiado cerca.

—Las Adelfas no acabarán con vosotros tan rápido. —La voz del carnicero era monótona, segura de lo que decía—. Sabemos que, cuando acabemos con vosotros, no habrá otro lugar donde derramar esa sangre inmunda que las cloacas.

—Ignóralo y vuelve con tu primo —ordenó Fie con voz ronca. La

luz penetró el cristalnero de los ojos de la máscara de Tavin. Él no se movió—. Solo quieren exhibir sus aceros porque *seguro* que no tenemos ninguno, ¿eh, Pissabed?

Lo único que hacía falta para que todo se fuera al demonio era un destello de las espadas cortas de Tavin.

El hombre Gorrión lamió sus labios.

—Las cloacas correrán rojas por varias lunas. Miradlos. Saben lo que les espera. Ni siquiera os molestáis en huir, ¿verdad?

Tavin descruzó los brazos.

—*Ignóralo* —ordenó Fie, desesperada. Una mosca y luego otra aterrizaron en sus manos empapadas de sangre.

—Uh, ella tiene una lengua ruidosa —rio el Gorrión—. ¿Y vosotros, muchachos? ¿Tenéis bocas que sirvan de algo?

Un Cuervo sabría cómo terminaría este juego. Dejaría que hablaran todo lo que quisieran. Dejaría que patalearan y maldijeran y seguiría adelante, porque el precio de devolver un insulto no era algo que uno pagaría solo.

Pero Tavin era un Halcón, no un Cuervo, y las castas altas nunca se molestaban en pensar quién pagaría por sus estupideces.

—Será mejor que te acostumbres a esa inmundicia, ladrona de huesos —rio el mensajero—. Te ahogarás en ella con el resto de la mugre cuando la Fénix Blanca se haga con...

Se quedó en silencio, mirando sus manos. Luego dejó salir un breve chillido cuando sus dedos se pusieron púrpuras y se retorcieron como escarabajos.

Y fue ahí donde Fie supo que se había equivocado: se había olvidado de que los brujos de guerra no necesitaban acero para matar.

El carnicero se desplomó, gritando, cuando su piel ennegrecida

comenzó a llenarse de ampollas.

Chillidos de pánico rebotaron contra los adoquines. En segundos, la multitud de mirones se había disuelto en una ráfaga de empujones para abrirse paso lejos del canal. Solo el Gorrión se quedó, una pila de miembros y tela humeante que se sacudía.

Dentro de la máscara de Fie, el aire sabía a menta y a grasa de cerdo. Como un pecador cremado.

Salir. Ella tenía que salir de aquí.

—Fie...

Tavin se bamboleó en el borde de su visión. Con una mano estirada hacia ella.

Luego se estrelló contra las piedras y ya no se movió.

El príncipe bajó las escaleras a los tropezones, ella se quedó petrificada. Hangdog había caído justo así... el puente estaba detrás de ella, la Fortaleza estaba detrás de ella, Hangdog estaba detrás de ella... No, yacía en los escalones ahora, prácticamente muerto... otra vez no...

Jasimir sacudió a Tavin por los hombros, una y otra vez. Él no se movió.

Cuida de los tuyos.

Ella era su jefa.

Una parte insensible de ella se abrió paso entre el miedo y la furia. Un razonamiento frío recorrió su cabeza. El mensajero Paloma estaría de vuelta en cualquier momento, con alguna sorpresa desagradable. No podía dejar al pecador. Ni a Tavin. El pecador estaba muerto. Tavin estaba...

En silencio.

Jasimir quitó la máscara a Tavin. La sangre trazaba un camino desde la nariz y los ojos cerrados del Halcón.

El terror se llevó el razonamiento frío de Fie.

—¿Respira? —Su propia voz sonó lastimosamente aguda y atragantada a sus oídos.

Jasimir sostuvo una mano temblorosa sobre la boca de Tavin, luego asintió.

El desbordamiento cedió. Aún estaba vivo. Tenía que sacarlos de aquí.

—Fogonazo —ladró, señalando su bolso con un dedo ensangrentado.

Por una vez, el príncipe no discutió. Quizás desconfiaba de su propia voz tanto como ella dudaba de la suya. Le pasó el cántaro sin decir una sola palabra.

Fie apretó los dientes y dio la espalda a Tavin. Se arrodilló al lado del pecador muerto, forzó sus dedos a entrar en la boca de este y dio vuelta el cántaro. Un líquido espeso y transparente se deslizó sobre sus nudillos a la garganta del hombre, su hedor amargo inundó el aire.

—Agua. —Levantó el muñón que tenía por espada, giró sobre sus talones y extendió sus brazos hacia el príncipe—. Sobre manos y filo. —Jasimir vació un odre de agua sobre sus palmas y la espada hasta que los harapos que le envolvían las manos quedaron limpios.

El sonido de una tela que se arrastraba sobre la piedra surgió detrás de ella, pero ni Jasimir ni Tavin se habían movido. ¿De dónde venía?

Otro ruido le dio la horrorosa respuesta.

Aún estaba vivo. El carnicero Gorrión aún estaba vivo.

Una mano achicharrada se sacudió, con el mismo color rojo negruzco que un trozo de cerdo ahumado. Un ojo lleno de sangre

vagó hacia la espada rota.

—Cuervo —gimió.

La garganta de Fie se cerró. Sabía lo que venía a continuación.

—Misericordia.

No otra vez, no podía rebanar otra garganta; solo los pecadores podían pedir misericordia a los Cuervos... Así eran las cosas, ¿no? Pero quizás la Alianza la había enviado a ella en lugar de esperar a la plaga y si ella no los enviaba al otro lado, caería un infierno sobre sus cabezas...

—*Misericordia* —rogó el carnicero.

—Yo lo haré.

Tavin se empujó contra el suelo para levantarse, aturdido, tenía la cara manchada de sangre desde las mejillas hasta la mandíbula por intentar limpiarse. Tenía derrames en los ojos y lo blanco brillaba con el color de las amapolas.

—No hagas esfuerzos —protestó Jasimir.

Tavin lo ignoró, tambaleó al ponerse de pie, con apenas un ápice de su usual gracia. Durante un momento pareció a punto de colapsar otra vez. Luego desenfundó una espada corta desde su cadera y el peso de la empuñadura en su mano pareció ayudarlo a concentrarse.

—Yo lo haré —repitió. Su mirada rodó hacia la calle que llevaba hasta la cloaca—. Oh. Eso es... un problema.

Fie siguió su mirada, incluso cuando un repiqueteo hueco contra los adoquines le dijo lo que encontraría. Greggur Tatterhelm cabalgaba hacia ellos, el mensajero Paloma indicaba el camino.

Ella había tenido razón sobre el pecador.

Tavin la había tenido sobre la trampa.

Una campanilla repicó. No, no fue una campana, el repique venía

de la espada de Tavin. El Gorrión miraba boquiabierto el cielo, todo rastro de vida abandonaba sus ojos. El Halcón había impartido misericordia por ella.

Tatterhelm estaba casi sobre ellos.

Pero ella aún tenía un pecador que cremar... aún tenía un deber para con la Alianza...

Aún tenía un juramento que cumplir. Y para cumplirlo, debía sacarlos de esta.

Entonces, Fie vio que el brillo del fogonazo se extendía a lo largo de la cloaca. Se había derramado por la hendidura roja de la garganta del muerto.

Arrancó un diente de Fénix de su cordel. Este se encendió en sus manos, los trapos se prendieron fuego en un destello de vapor mientras ella corría hacia Tavin.

Tatterhelm estaba solo a unos pasos de distancia, con su espada alzada.

Fie lanzó el diente hacia el pecador muerto y alimentó esa chispa hambrienta con la fuerza de sus propios huesos, luego se lanzó hacia Tavin. Este cayó debajo de ella con un jadeo aturdido.

Las llamas blancas estallaron en el canal con un aullido aflautado y ensordecedor.

El fuego arañó el cielo, rodó más allá de las paredes de la cloaca para lamer las piedras de la ciudad. El caballo de Tatterhelm relinchó y retrocedió, y un grito se elevó desde el mercado cuando los techos de paja fueron alcanzados por la llamarada.

Fie se aferró con fuerza al don de la chispa del Fénix y le recordó, todo lo que pudo, al fuego quién lo había llamado, para que se abriera alrededor de ella y de Tavin. Brillantes llamaradas doradas de fuego Fénix rugieron desde el cuerpo que se carbonizaba

mientras los ojos de Fie volvían a llenarse de agua. Una pira más pobre de la que el pecador se merecía, pero si ardía con suficiente fuerza, bastaría.

Solo tenían unos pocos momentos antes de que el fogonazo se acabara y Tatterhelm bloqueara su salida otra vez.

—A la verja —gritó a Jasimir, a quien el fuego no afectaba—. ¡Ve!

Él sujetó el bolso de Fie y saltó los escalones, al mismo tiempo que ella ayudaba a Tavin a subir de un tirón, luego lo siguió. Más cascos retumbaron contra la calle.

Echaron a correr sobre el terreno irregular y rodearon el borde de un foso de piedra. Dos guardias Halcones los interceptaron, con flechas apuntadas hacia ellos.

Fie no pensó, solo llamó a dos brujos Gaviotas de entre los dientes en su cordel y los batió para ponerlos en armonía. Un viento furioso aulló a través de la calle, levantó a los guardias y los estrelló contra las paredes de piedra. Fie casi deja salir una carcajada ante lo sencillo que era.

Sí, y ahora tienes dos dientes de brujo menos, le recordó su voz más fría. Pero ¿no había dicho Pa que quemara cuantos dientes necesitara?

Echó un vistazo hacia atrás y vio que el brillo blanco del fogonazo se debilitaba, aunque el fuego dorado de Fénix había tragado entero al pecador.

«Bienvenido a nuestros caminos, *primo*», susurró y siguió corriendo.

Los cascos repiqueteaban contra la piedra a sus espaldas.

La carretera estaba demasiado limpia, era demasiado sencilla para los jinetes. Gritó a Tavin y a Jasimir y giró de golpe para salir de la viaplana y escabullirse por entre los árboles dispersos y la hierba amarillenta rumbo a una ladera rocosa cubierta de árboles.

Los clavos de sus suelas chirriaron y resbalaron sobre más y más piedras a medida que el suelo se elevaba y la tierra disminuía. El estrépito en sus oídos podría haber sido de los cascos de los caballos, podrían haber sido los chicos detrás de ella, podrían haber sido sus propias pulsaciones; no se atrevió a detenerse para averiguarlo. Las ramas azotaban su cara, enredaderas enlazaban sus pies. Sus pulmones ardían. No podía aspirar aire con suficiente rapidez para apagar su fuego.

El estruendo en sus oídos ahora solo podían ser los cascos de unos caballos.

Subir. *Subir*. Subió hacia arriba, adelante, trazando los peores caminos para que los jinetes tuvieran que esforzarse. Los árboles cedieron paso a una cumbre pronunciada que terminaba en un desprendimiento de losa quebradiza. Solo unas pocas piedras de basalto lo mantenían anclado a la montaña.

Los dioses muertos finalmente le habían concedido un favor.

Fie se lanzó directo hacia el suelo de losa. Las esquirlas se soltaron con la sacudida y se deslizaron bajo sus sandalias.

Bien. Necesitaba eso.

—¿Estás loca? —cuestionó Jasimir, detrás de ella, ronco—. No hay dónde ocultarse.

—Caballos —resolló Fie, entre jadeos, mientras luchaba por encontrar otro apoyo para el pie, luego otro. Cada paso arrojaba una cascada de losas hacia abajo. Buscó el camino más empinado y siguió adelante, haciendo cada paso dos veces, deslizándose hacia abajo y siseando una sarta de maldiciones entre respiros. La piedra rota le mordía las palmas de la mano cada vez que intentaba reafirmarse.

Entonces un pie arañó suelo más blando, los clavos de sus suelas

se aferraron con más fuerza. Todos sus músculos gritaban a medida que ella se iba empujando hacia arriba y más y más arriba hasta llegar a suelo firme, en la cima de la montaña. Sus rodillas temblaron cuando ella se dio la vuelta.

En efecto, un puñado de Buitres se había detenido en la base del desprendimiento de losa, sus caballos sacudían la cabeza. Si el calzado de Fie había tenido dificultades, los cascos no tenían ninguna posibilidad. Habían ganado algo de tiempo...

Sus ojos captaron un destello justo a tiempo para ver que lanzaban una flecha hacia ella.

Algo la derribó al suelo. La flecha pasó zumbando sobre su cabeza, trazando una línea en el cielo en el breve instante previo a que todo se pusiera negro.

En el lapso de un latido, creyó que se había desmayado, pero los gritos y el deslizamiento de las losas aún resonaban en sus oídos. Una mano le protegía la cabeza y unos brazos la anclaban a la seda de cuervo y a un cuerpo mientras golpe tras golpe sacudía a ambos. Pronto terminaron contra un peñasco.

Fie necesitó un momento para comprender que se habían detenido, su cerebro aún seguía resbalando. Entonces sintió que los brazos que la rodeaban se aflojaban. Alzó la cabeza para encontrar que Tavin estaba despatarrado debajo de ella, con el rostro pálido y una mueca de dolor. Se había llevado la peor parte de la caída.

Lo había hecho por ella. Para salvar su vida. Para *salvarla*.

Fie no sabía por qué esa idea la hacía añicos.

Jasimir se deslizó hacia ellos.

—¿Está herido?

—No —gimió Tavin.

Fie rodó para ponerse de pie.

—¿Mientes?

Él le lanzó una mirada agria.

—Sí.

—¿Qué tan mal estás?

—Sobreviviré. —Tavin dejó que ella lo ayudara a levantarse, mientras él presionaba una mano contra su torso y se inclinaba hacia un lado para no apoyar peso en una de sus piernas. Fie hizo una mueca al ver una horrible quemadura en uno de sus hombros. Entonces, ella no había mantenido todas las llamas lejos de él—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Diez minutos como mucho. Pero nunca los dejaremos atrás si vamos a pie. —El príncipe Jasimir observó la cima de la montaña en busca de algún rastro de los Buitres.

—Entonces no los dejaremos atrás. Nos esconderemos. —Fie señaló unos árboles que había más abajo.

El príncipe frunció los labios.

—Se trata de los mejores brujos de piel en todo Sabor.

—Y yo soy la peor Cuervo que se han cruzado jamás —estalló Fie—. Tienen a mi familia. Tienen suerte de que mi único objetivo sea escondernos.

Pasó un brazo de Tavin por encima de sus hombros y comenzó a caminar, sin molestarse en esperar el permiso real.

—Nos ocultaremos y podrás curarte —murmuró Fie, tanto a Tavin como a sí misma.

—Si no te conociera, pensaría que estás preocupada.

—Preocupada de quizás tener que esconder tu cadáver. —Esa era una verdad a medias.

Tavin forzó una sonrisa torcida sobre sus dientes apretados.

—Te estás poniendo sentimental.

—Sí, y ese sentimiento dice «no dejes un rastro de cadáveres» — respondió Fie, seria.

—Eso es... —Tavin aspiró aire con fuerza cuando patinaron hacia abajo en un tramo difícil del terreno—... conmovedor.

Fie esperó que siguiera hablando tonterías con su usual descaro. No lo hizo.

—Nos ocultaremos —volvió a murmurar—. No vayas a dejar un rastro.

—Sí, jefa. —La voz ronca del Halcón apenas superó el traqueteo de las piedras.

Ella arrastró a Tavin a medias más allá de los primeros pocos árboles lo bastante robustos para soportarlos.

—Probablemente sea el primer lugar donde nos busquen — gruñó en respuesta a la pregunta que brotó del príncipe—. Demasiado fácil.

El árbol por el que se decidió era un cedro cubierto de una corteza lo bastante irregular para esconder las marcas de los clavos de sus suelas. Esta vez, el príncipe ayudó a empujar a Tavin para que pudiera subir al árbol y él subió por su cuenta. En cuanto Fie se afirmó en una rama, el sonido de cascos que avanzaban lentamente resonó en el aire.

Estas no eran Adelfas envalentonadas por la noche en busca de chivos expiatorios. Tampoco estaban escabulléndose en cuatro patas de guardias engordados con los sobornos que exigían. Los propios Buitres de la reina, los mejores brujos de Sabor, estaban a la caza de su pellejo.

Fie sacó dos dientes de Gorrión de su bolso, los hizo rodar entre sus palmas pegajosas de sudor y cerró los ojos.



I4

FUERA DE LAS CARRETERAS

A *rmonía.* Los dos dientes de Gorrión se encendieron de forma disonante. Fie luchó con ambos hasta que dieron en la misma nota y rogó que eso fuera suficiente.

Fie vio la mirada antes que al Buitre, encendida por el diente de Gorrión. La atención del brujo de piel iba y venía por entre los árboles, fisgando como una lengua bífida que se quedaba sobre pequeñas ramas partidas o rastros de suelas cubiertas de clavos. Esta era la verdadera cara del don de los Buitres, el hambre de un depredador que perseguía un aroma. El tintineo de las bridas y el crujido de las monturas de cuero se deslizaban como un canto fúnebre, cuyo ritmo estaba marcado por el redoble de los cascos.

¿Qué había dicho Tavin de los Buitres de la reina una semana atrás? Tatterhelm no era el mejor de los rastreadores. De todas formas, cruzarse con él era como cruzar los doce infiernos juntos. Era el favorito de Rhusana.

Y probablemente tenía a la familia de Fie.

Ella no sabía si quería ver a Tatterhelm o a un Buitre que equivaliese a cruzar menos infiernos.

La rama tembló al moverse Tavin. Fie captó un siseo apagado... y luego silencio. Solo el Halcón sabía verdaderamente lo serias que eran sus heridas. Pero si curarse a sí mismo ardía tanto como cuando la había sanado a ella... por una vez, Fie no lo envidiaba.

Él iba a estar bien. Pronto estaría de pie otra vez, armado con sus espadas cortas y sus sonrisas, que eran aún más letales, para volver a fastidiarla a cada rato.

Le había salvado la vida. Había amortiguado su caída.

Tenía que estar bien.

El brujo de piel entró cabalgando en su campo visual, bajo las cortinas jaspeadas de las ramas llenas de agujas: Tatterhelm.

Durante un latido, Fie estaba de nuevo en otro árbol, una semana atrás, viendo cómo un lord Adelfa intentaba hacerlos salir de su escondite con humo. Mientras que el lord había gritado y maldecido y amenazado, Tatterhelm no dijo una sola palabra. En lugar de eso, avanzó despacio, estudiando el bosque alrededor de ellos con la paciencia de un hombre seguro de su victoria. Y tenía buenas razones: Fie podía ver que su mirada se posaba en un rastro tras otro y se acercaba cada vez más a su árbol.

Uno de los puños de Tatterhelm se mantuvo cerrado con fuerza alrededor de un extraño manojito de hojas secas.

El cordel de dientes se sacudió alrededor de su cuello. Fie se

sobresaltó. Sus propios dedos ya habían tirado de una muela de Fénix.

Hazlo arder.

Esa voz ya ni siquiera sonaba como un Fénix.

Tatterhelm tiró de sus riendas. Su montura resopló, se detuvo y comenzó a patear el suelo cubierto de agujas caídas. Un penetrante olor a resina de pino se elevó en el aire cálido.

Ahora, le urgió su jodida cabeza. Hazlo arder. Muéstrale que nadie se mete contigo.

Hazlo arder y harás que todos estos malditos caigan sobre ti, increpó su voz de jefa. Comienza esta pelea cuando tu Halcón esté en una sola pieza.

Y una parte terrible y rebelde de ella se preguntó cuándo había comenzado a llamar a Tavin *su* Halcón.

Los dientes de Gorrión chillaron y se deslizaron fuera de acorde.

Armonía, reprendió la voz de Pa mientras luchaba por poner los dientes nuevamente en equilibrio y sus dedos se clavaban en la corteza irregular.

El haz de rastreo del brujo de piel subió hacia ella.

Fie apretó sus dientes y sostuvo la armonía con tanta firmeza como pudo. La armonía vaciló cuando el Buitre escarbó y descascarilló los bordes resbaladizos del refugio de los dientes de Gorrión. Un pánico comenzó a surgir en sus tripas y trepó por su columna, arañándola. Ya los habían atrapado, Tatterhelm solo quería jugar con ellos, no tenía sentido esconderse...

Una furia amarga bulló junto al miedo.

Estaba tan pero tan harta de esconderse. Por una vez...

Enséñales cómo cuidas de los tuyos.

Su diente de Fénix se calentó en su cordel.

No. Fie tragó. Luchó por mantener la cabeza fría. Tatterhelm no

era el mejor, pero era lo bastante bueno para atravesar sus dientes y eso era todo lo que importaba. Dos no eran suficiente para contener su mirada.

Pa a veces usaba tres.

Pero Pa no le había enseñado cómo.

Un dolor se disparó por el dedo índice de Fie cuando una astilla de corteza se enterró bajo su uña, sin embargo ella aferró con más fuerza la rama. Al diablo con los tres dientes, necesitaba solo uno de Fénix y tendría su venganza por Pa, por los suyos...

Podía ser tan fácil. La armonía de los dientes de Gorrión comenzó a deshacerse.

Tatterhelm buscó un cuerno de caza en su cinturón.

Su rama tembló; Tavin se había tambaleado al perder el equilibrio.

Ella sujetó su mano, áspera por estar cubierta de sangre seca y polvo de laja.

Y la chispa de un tercer diente de Gorrión se despertó en su cordel.

Los huesos de Fie no solo vibraron, sino que *resonaron*, un zumbido horrible que parecía que iba a sacudirla hasta la otra vida. Necesitó toda su concentración para poder poner el diente en armonía, en equilibrio, y mantenerlo ahí; pero ahí se quedó, cada diente estabilizaba a los otros dos, como las patas de un banco. La mirada de Tatterhelm se desprendió del árbol como una costra vieja.

Y después de mucho tiempo, se fue cabalgando. Cada golpe más lejano de los cascos era una acusación. Él tenía muertes de Cuervos por las que responder y Fie... tenía suficientes dientes para incendiar Sabor desde las montañas hasta la costa.

Pero lo que ella quería no importaba.

Tavin también se había estabilizado. Fie separó su mano de la de él y apartó la mirada.

Tres dientes de Gorrión. Fie dejó que sus sentidos vagaran, empujando para ver qué podía revelar la tríada. Más cerca de Gerbanyar, en parte vio y en parte sintió algo parecido a redes de telaraña arrojadas sobre las copas de los árboles. La más cercana ya se arrastraba lentamente hacia ellos, tan solo a media legua de distancia.

Tenía que ser uno de los rastreadores intentando atraparlos. Había algo de lo que estaba completamente segura: no quería estar más cerca de esas redes de lo que era necesario. Tatterhelm había cabalgado lo bastante lejos ya. Era hora de moverse.

Fie dejó ir al tercer diente y se deslizó de la rama con la intención de colgar de las yemas de sus dedos.

En vez de eso, todos los huesos de sus manos se arrastraron como el hierro. Sus dedos resbalaron contra la rama. Se estrelló contra el suelo en un revuelo de agujas de pino y seda de Cuervo. El golpe le quitó todo el aire de los pulmones.

Inhaló con fuerza mientras las ramas del cedro y el cielo plateado daban vueltas sobre ella vertiginosamente. Un chirrido agudo sonaba en sus oídos, el único sonido hasta que un golpe seco le indicó que uno de los chicos también había logrado bajar.

Tavin entró en su campo visual tambaleándose. Parecía estar mejor. Menos ensangrentado, menos dolorido. Quizás ya no renqueaba. Eso significaba que estaba algo recuperado, ¿no?

Su boca se movía, pero ella no oyó ninguna palabra, solo un pitido embotado. Realmente tenía una boca preciosa. Incluso con una pequeña mancha de sangre en la comisura.

Casi creyó ver el miedo en su rostro. Se había hecho daño por ella hoy. Casi había muerto. Demasiado. Los familiares tal vez harían eso. Los miembros de una casta tal vez harían eso. No un lorecillo al que le faltaba poco para pertenecer a la realeza. No tenía sentido. Él no tenía sentido.

Tavin se arrodilló a su lado y los pensamientos de Fie vacilaron y se escurrieron por su cabeza golpeada. Uno vagó, aterrador y simple, hasta la superficie: quería esto.

Quería que él se quedara a su lado. No durante el día, no durante un giro de la luna. Lo quería consigo incluso después del juramento. Lo quería más de lo que sabía querer a alguien. Lo quería más que al fuego o al acero o a los dientes.

Y odiaba eso con todo su corazón.

—¿... me escuchas? —La voz de Tavin se filtró más allá del pitido en sus oídos, alzándose con preocupación—. ¿Fie? ¿Estás herida?

Parpadeó hacia él, su cabeza comenzaba a aclararse. Luego rio.

No fue una risa alegre.

Una incursión de los monstruos. Un pecador arrojado a las cloacas. La primera garganta rebanada. Un brujo de guerra que había hecho hervir la sangre de un hombre frente a sus ojos. Una emboscada de los Buitres mascotas de la reina. Ese mismo brujo de guerra que casi se había roto el cuello por ella. Tatterhelm, que se había alejado intacto. Haber caído de un estúpido árbol.

Y un corazón traidor que rehusaba escuchar toda lógica.

Odiaba eso. Odiaba todo eso. Lo odiaba a él. Se odiaba a sí misma.

—¿Algo más? —dijo con voz ronca, sacudiendo una mano temblorosa y cubierta de sangre seca hacia el cielo—. ¿Alianza?

¿Algún otro desastre que quieras escupir en mi camino? El día aún es joven.

Tavin dejó escapar un suspiro, luego apartó un mechón de pelo de su cara para apoyar las yemas callosas de sus dedos en la frente de Fie.

—No le demos ideas a la Alianza. ¿Puedes mover tu...?

—No me digas qué hacer. —Fie apartó su mano de un golpe y se forzó a sentarse, una ira peculiar dolía en sus huesos. Él no tenía ningún derecho sobre ella, a ninguna parte de ella, mucho menos a su corazón—. Maldito *estúpido*. Podríamos haber entrado y salido de Gerbanyar antes de que Tatterhelm nos alcanzara, pero tenías que perder la cabeza, ¿no es verdad?

Tavin se echó hacia atrás, avergonzado. Parte de ella se retorció de la culpa. Él había acabado con ese hombre por ella.

Pero Fie no se lo había pedido. Quizás lo había querido, de esa desagradable manera en que quería que Tatterhelm ardiera frente a ella. Pero querer y pedir eran bestias con nombre completamente distintos.

—Tenemos suerte de que los Halcones de Gerbanyar no nos llenaran completamente de flechas en el lugar —escupió—. A la reina le hubiese gustado eso, ¿eh? Hubieses hecho el trabajo por ella.

Tavin se quedó mirando el suelo. Quizás si ella lo empujaba lo suficiente, esta estupidez que había entre ellos se acabaría. Él dejaría de fingir que una Cuervo y un Halcón podían compartir un camino más que como extraños y ella seguiría fingiendo que no le importaba.

Un borde afilado de rabia destelló en los ojos de él otra vez. El gesto de su boca indicó que no lo dirigiría hacia ella.

De alguna forma, eso solo enfureció más a Fie.

—¿Qué? ¿El Buitre te ha cortado la lengua? No podías quedarte callado cuando nuestros pellejos estaban en peligro, pero *¿ahora* te viene en gana? Ya te has hecho pasar por uno de los míos durante casi una quincena. ¿Cuándo vas a comprender que ser un Cuervo significa que no puedes hacer simplemente lo que quieres?

—No trates de decirme que hago lo que quiero —espetó Tavin.

Tavin se meció sobre sus talones. Pasó una mano por su boca, las yemas de los dedos presionaron los costados de su mandíbula. Luego se levantó y apartó la mirada.

En el silencio irritado, Fie se preguntó si las palabras las había dicho para Tavin o para sí misma.

La voz del príncipe atravesó el aire.

—Suficiente. No es por su culpa.

—Si por «no es por su culpa» quieres decir «completamente por su culpa», entonces tienes razón.

—Te ha salvado la vida no hace más de diez minutos. —El tono de Jasimir sonó agrio en «Te»—. ¿No nos has estado regañando desde el primer día por no defender a los Cuervos? Decide de una vez si quieres nuestra ayuda o no.

—¿Llamas a eso ayuda? Tus Pavos Reales y Halcones escuchan a la corona, no a los Cuervos. Lidiad con ellos cuando no estéis escondidos detrás de nuestras máscaras y llamaré a eso ayuda.

—Ya hice un juramento para hacer precisamente eso y si crees que no me costará caro...

—Ay, sí, un verdadero padecimiento —se burló Fie—. Pobre principito, tendrá que tratarnos como a personas.

Tavin habló antes de que el príncipe pudiera responder.

—Debemos irnos.

—¿A dónde? —Fie se puso de pie abruptamente; su ceño, fruncido—. Los Buitres saben que nos dirigimos al noreste. Bloquearán la viaplana hacia el Marovar.

—No hay otro lugar al que podamos ir —respondió Tavin, cortante—. No pueden alejarse demasiado de su caravana de provisiones, eso los hace lentos en los terrenos accidentados. Podemos adelantarnos a ellos si nos mantenemos fuera de las carreteras.

Fie respiró hondo.

—No podré ver las almenaras de plaga.

—No —admitió Tavin—, no podrás.

El príncipe no sabía lo que estaba pidiendo. Los lorecillos podían hacer la vista gorda cuando querían. Fie jamás tenía elección a la hora de mantener los ojos abiertos.

—No podrás hacernos caer en otra trampa —masculló el príncipe.

—Jas. —Tavin negó con la cabeza.

Fie esperó por el resto de lo que él debía decir: *Sé que estamos pidiéndote más. Pero tus Cuervos te necesitan. Nosotros te necesitamos. Yo te necesito.*

Ya sabía todo eso. Creía en una parte. El resto... lo quería de él.

Pero él no le ofreció ninguna otra palabra. Y ella no la pediría.

Quizás lo había empujado lo suficiente.

Quizás lo había empujado demasiado.

Pero ir por fuera de las carreteras... Ya les había dado la espalda a los suyos. ¿Qué pensaría la Alianza de que diera la espalda a los pecadores?

Ya no quería ser un Cuervo.

Las manos de Fie se cerraron en puños cubiertos de polvo. La

Alianza conocía el juramento con que cargaba ahora. Y Pa quería que ella lo llevara a cabo. Era tan simple como eso.

Movió su bolso y entornó los ojos hacia donde la luz del sol de la tarde atravesaba las ramas llenas de agujas del cedro.

—Vamos rumbo al noreste —dijo finalmente y se fue caminando por entre los árboles, de regreso al sol.



Las manos de Fie ardían con la sal en cientos de pequeños arañazos y, sin embargo, siguió frotando.

El sol se había hundido debajo del horizonte hacía rato cuando se detuvieron para pasar la noche. Se habían abierto paso en un silencio espeso a través de frondosas colinas, hacia terrenos más altos y rocosos, siguiendo senderos de caza más estrechos y siempre observando la creciente oscuridad en busca de brujos de piel que los acecharan. Cuando se detuvieron casi tambaleantes al lado de un estanque en un recodo de una ladera escarpada, ella esperó a que los jóvenes rellenaran sus odres de agua, luego quemó los restos de los trapos que llevaba en los brazos y llevó la sal y las vainas de jabón al estanque.

No podía lavarse bien aquí, no a tan pocos pasos de la hoguera. Aunque le habían insistido a Tavin para que durmiera mientras se cocía la cena y el príncipe no se sentía atraído por las mujeres en absoluto, desvestirse frente a lorecillos no le parecía correcto.

Pero aunque frotara toda la noche, no podía quitarse la imagen de la espada de Pa deslizándose en la carne. A la luz del fuego, la sal y la espuma en sus brazos bien podrían haber sido sangre. Hasta una línea de burbujas en la superficie del estanque que le recordó el corte en la garganta del pecador.

—¿Ha sido la primera vez que has matado a alguien?

Fie se sobresaltó. El príncipe se había colocado junto al fuego y revolvía una mezcla de maíz y cerdo salado, con un ojo puesto en la espalda dormida de Tavin.

—Sí.

—Lo siento.

—¿Qué parte?

Jasimir frunció el ceño hacia la mezcla.

—Tu... tu familia debería haber estado aquí para ayudar.

Había pasado casi una semana desde que los había dejado en Cheparok, aun así, un nudo ardiente se alzó en la garganta de Fie. Salpicó agua fría sobre sus brazos.

—¿Alguna vez mataste a alguien?

El príncipe negó con la cabeza.

—Tavin sí. Me refiero a antes de hoy. Uno de los asesinos de Rhusana cayó peleando y otra se hirió con su propia daga envenenada, así que Tavin puso fin a su miseria.

—Eso fue... ¿amable de su parte?

—Así fuimos criados. El código Halcón exige que trates a tu enemigo con dignidad, incluso en la muerte. —Jasimir dejó que el fuego rodara alrededor de sus dedos.

Fie se enderezó y observó las laderas mientras llamaba a dos dientes de Gorrión que había dejado despiertos, luego encendió un tercero solo durante un momento. Los únicos rastros Buitres que la tríada mostró eran esas redes vaporosas que aún estaban cerca de Gerbanyar.

Soltó el tercer diente y regresó a la hoguera, donde estiró los brazos para que se secaran más rápido.

—Pa nunca me dijo si se volvía más fácil.

—No debería. —Tavin se sentó y frotó sus ojos—. Pero sí, se

vuelve más fácil.

—Vuelve a dormir —indicó enseguida el príncipe—. Debes recuperarte. Haré tu guardia.

—Estoy bien. Además, ¿cómo podría dormir con semejante festín? —Le ofreció una sonrisa a Fie que esta no creyó ni por un instante. Ella también notó cómo sus ojos barrían la oscuridad.

Fie saló la magra cena e intentó no preocuparse por sus decrecientes raciones. Cuatro días sin viático resultaban en una comida escasa y no pensaba regresar a Gerbanyar a reclamar su paga.

No era la única con estas preocupaciones.

—No llegaremos al Marovar así —dijo Jasimir con la boca llena de maíz—. Aunque tuviéramos suficiente comida, nos congelaríamos en la primera montaña.

—Nos preocuparemos por eso llegado el momento —respondió Tavin.

—No, necesitamos un plan. —Jasimir limpió su cuenco con un trozo de panchato seco—. Estamos más al norte ahora. Quizás...

Tavin negó con la cabeza.

—No empieces con esto de nuevo, Jas.

—Los Halcones nos pueden escoltar allí más rápido.

—O podrían entregarnos a Tatterhelm como un regalo anticipado del solsticio. —Tavin intentó que sonara como una broma. La tensión en su voz bloqueó toda liviandad—. Los Halcones de Gerbanyar no estaban precisamente defendiéndonos de los Buitres.

—Entonces busquemos otros Halcones.

—No, Jas.

—Son Halcones, tienen un *código*...

—He dicho que no. —La voz de Tavin pasó de amigable a inflexible—. Es mi trabajo mantenerte a salvo. Déjame hacerlo.

Fie reconocía una orden cuando la escuchaba. Aunque estuviese dirigida a un príncipe.

Un aullido lejano los silenció a ambos, se elevó y bajó con la brisa. El viento contra las piedras, eso era todo; pero Fie esperó a estar segura antes de volver a su cena.

Masticó el maíz, mirando de reojo a Tavin, quien atizaba el fuego; y al príncipe, que miraba fijamente las brasas.

—Puedes hacer mi guardia, *primo* —ofreció Fie, medio en broma.

Tavin no pensaba arriesgarse.

—No, no puede.

Los puños de Jasimir se cerraron como nudos sobre sus rodillas. Levantó su cuenco vacío y la cacerola que habían usado para cocinar y fue a lavarlos en el extremo más lejano del estanque.

—Fie, cuando termines... —Tavin arrojó un diente de Pavo Real quemado a la hierba—. El glamur ya casi se ha desvanecido.

Ella sacó un diente de brujo de Pavo Real de la bolsa, luego se acercó a él. Tavin sujetó el diente encendido de la mano de ella con un gesto casi imperceptible de dolor.

—¿Cómo estás? —preguntó él. Ante la expresión desconcertada de Fie, agachó la cabeza—. La primera vez que acabé con una vida, vomité. Sobre el cuerpo, de hecho.

Fie frunció la nariz.

—¿Los Halcones no tenían una regla moral sobre respetar a los muertos?

—Esto quizás te sorprenda, pero resulta que los Halcones no siempre seguimos nuestras propias reglas —dijo Tavin, irónico. Sus ojos siguieron a Fie mientras ella reponía el glamur en su cara

—. Pero fui entrenado para matar gente y aun así me sentí fatal. ¿Estás bien?

—No lo sé —admitió Fie, maldiciendo por dentro. Sabía que lo mejor era terminar el glamur y acabar con esto, pero su maldita lengua siguió moviéndose de todas maneras—. Mi trabajo es cortar cuellos, así que ¿acaso importa? Ya me acostumbraré. Algún día.

Él comenzó a responder, justo cuando los dedos de Fie vagaron hacia esa maldita peca que la distraía junto a la comisura de su boca. Ambos se quedaron helados por un momento demasiado largo.

—Creo que debería enseñarte a usar una espada —soltó Tavin.

Fie apartó la mano bruscamente antes de quedar como una tonta.

—¿Qué?

—Todos necesitamos un pasatiempo. —Él frotó su nuca como si al hacerlo se le fuera a ocurrir una nueva broma—. Y una horrible cantidad de saboreanos parecen haber elegido «matar Cuervos» como el suyo. —Tavin señaló la espada rota de Pa—. Te garantizo que menos personas intentarían no pagar el viático si pudieras usar eso más que para impartir misericordia.

—Has visto lo que opina tu casta de que los Cuervos lleven espadas. ¿Crees que les gustará que los Cuervos sepan cómo usarlas?

—No les enseñaré a todos los Cuervos, te enseñaré a ti. Y si logramos que Jas acceda al trono, los Halcones estarán tan ocupados escoltando a tu gente por todos lados que quizás vean lo sensato que es enseñarles también al resto.

Fie frunció los labios. Tavin podría haberse ofrecido a hacer esto en cualquier momento de los últimos quince días. Cualquier momento antes de este. No lo había hecho. Esto no tenía nada que

ver con los pasatiempos.

—¿No crees que podamos adelantarnos a los Buitres?

Tavin miró al príncipe, la culpa atravesó su cara como un destello. Jasimir aún estaba en el extremo más lejano del estanque.

—Ya debería saber que es mejor no intentar ocultarte algo. No sé cuándo los volveremos a cruzar. Pero es un largo camino hasta el Marovar, vayamos o no por una carretera. Y después de hoy... — Titubeó—. Yo solo... quiero que puedas protegerte.

Y entonces las piezas encajaron en la cabeza de Fie. Esto no era solo sobre los Buitres. Se trataba también de las amenazas de muerte vociferadas por el Gorrión y sobre la multitud que las había celebrado.

—Llevo suficientes dientes de Fénix para despejar con fuego todo el camino hasta el Marovar ida y vuelta. ¿Sabes por qué dejé que ese desgraciado gritara todo lo que quisiera? —preguntó. Tavin negó con la cabeza—. Porque él quería una excusa para hacer algo peor. Ese es el juego, ¿comprendes? No tienen nada que perder al jugar con nosotros. Y no hay forma de que nosotros ganemos.

—Entonces, dejáis que hablen para evitar mayores pérdidas. — Volvió a negar con la cabeza—. Eso es... No deberíais tener que vivir así.

—Exacto. Y por eso pedí Halcones. —Fie se puso de pie con esfuerzo, ignorando el dolor de sus músculos agotados y el clamor de advertencia en su propia cabeza—. Pero hasta que los consiga, supongo que vale la pena saber cómo usar una espada.

¿A qué estaba jugando? El diente de Pa rodaba en sus dedos. A los Cuervos no se les permitía usar acero.

Tampoco se les permitía usar dientes de fuego y los caminos abandonados. Había usado los dos para cumplir un juramento por

la Alianza y si los ayudaba a llegar a Trikovoi en una sola pieza, también blandiría una espada.

Tavin se puso de pie, luego miró alrededor. Su cara se transformó, alarmado.

—¿Dónde está Jas?

Fie se retorció. La sombra del príncipe había desaparecido del estanque.

—Aquí estoy. —Jasimir apareció del otro lado de la hoguera, con la olla y el cuenco en la mano—. ¿Qué sucede?

Tavin pasó una mano por su cara.

—Nada. Todo está bien. Le enseñaré a Fie cómo usar una espada, si quieres ayudar.

El príncipe miró de Tavin a ella, haciendo una especie de cálculo doloroso. Se sentó, despacio.

—Yo... estaré atento. —Levantó la mirada—. Ya que *estamos* siendo perseguidos por Buitres. Por si a alguno se le olvida.

Tavin forzó una risa incómoda.

—Ojalá. —Señaló un área de tierra lisa a unos pocos pasos de distancia—. Alejémonos del fuego.

También se alejaron del alcance auditivo del príncipe. Fie no creyó que eso fuese casual.

Sería nada más que un entrenamiento. Simple y sencillo como un juego de doce caracoles y nada más que eso.

Fie reconocía una mentira cuando la escuchaba. Incluso una que ella misma se dijera.

Tavin desenfundó sus espadas pero las colocó en la hierba cerca de sus pies, para gran alivio de Fie. En vez de estas, le pasó a Fie una funda vacía y usó la otra para dibujar dos marcas en la tierra, apenas visibles a la luz del fuego.

—Mantén tus pies sobre las marcas. Ahora mírame. —Ella lo hizo—. No dejes de mirarme. —Él se movió como en círculo hacia su costado derecho, de forma que el mentón de Fie se alineó con su hombro—. Sostén en alto tu, eh, espada. El codo relajado. Eso. Si recuerdas algo, que sea esto.

—¿Estar de pie como una idiota? —preguntó Fie. Toda la postura parecía antinatural y tonta. Los Buitres no podían estar mirando o hubiesen escuchado sus risas.

—Sé que no parece correcto. —Una sombra de la sonrisa usual de Tavin destelló cuando él se giró por completo hacia ella y dio un golpecito en uno de sus propios hombros—. Intenta golpearme aquí.

Ella dio un paso incómodo hacia adelante y clavó la funda en su hombro con bastante facilidad, luego retrocedió nuevamente hacia las marcas para sus pies.

Tavin se apartó para igualar la postura que le había indicado a Fie: con la funda en alto entre ambos y el resto de él en ángulo hacia un lado. Volvió a tocar el mismo hombro.

—De nuevo.

Fie lo intentó, pero él se apartó del golpe hacia un costado. Ahora ella lo entendía: incluso si podía superar el arma del propio Tavin, tenía que avanzar dentro del alcance de su brazo y luego golpear un hombro inclinado lejos de ella.

—Esa es la razón —explicó él—. Si algo te mantendrá con vida, será esto: sé el objetivo más pequeño que puedas ser. Y siempre mantén tu arma entre tu enemigo y tú. —Su boca se retorció—. Es probable que eso te salga naturalmente, ahora que lo pienso.

Ella le lanzó una mirada sombría.

—Sí, y apuesto que golpearte también lo será.

—No me sorprendería. —La sonrisa ahora mostró un poco más de su humor usual—. Las espadas cortas no tienen demasiado alcance, pero tienes el factor sorpresa de tu lado. Tu mejor oportunidad será atacar sobre un golpe fallido del adversario y usar esa apertura para lanzarte a por sus manos, ojos, cualquier cosa que puedas alcanzar. Intenta golpearme, lentamente. —Ella lo hizo. Tavin volvió a eludir su golpe, pero en un parpadeo, estaba más cerca y su funda le tocaba el antebrazo.

Fie entornó los ojos.

—¿Qué acaba de pasar?

Tavin volvió a su lugar.

—Observa. Bloquea. —Alejó la funda de Fie de un empujón lento, la luz de la hoguera resbaló por las líneas de cicatrices de su muñeca—. Da un paso adelante. —Dio un paso hacia el espacio entre ambos—. Ataca. —Su funda completó el arco que había comenzado en el bloqueo y aterrizó en su antebrazo otra vez—. Ahora tú...

Ella se movió antes de que él terminara. Tavin saltó fuera de su alcance automáticamente, después suspiró.

—Yo sabía que debía postergar la lección de cómo golpearme.

—Dijiste que usara el factor sorpresa.

—Sí, ¡contra los que intenten matarte! —Soltó una risa exasperada, un poco demasiado elevada, luego echó una mirada al príncipe.

Jasimir estaba inclinado hacia un lado, con el mentón apoyado en una mano. Un ronquido lo delató.

El alivio se dejó ver en la expresión de Tavin.

Fie bajó su funda.

—¿Por qué lo dilatas?

—No lo hago —respondió, volviendo a ponerse en posición con la espada—. Estoy completamente preparado para que me golpees. Inténtalo.

Fie frunció el ceño. *Bloquear.*

—Sabes a lo que me refiero. —Su funda apartó la de él. Bajó la voz—. No vas a regresar al palacio. —*Paso adelante*—. Y él cree que sí. —*Atacar.* Apuntó a la garganta—. Morirías por él, pero ¿por qué no le dices la verdad?

La cara de Tavin era ilegible; él no se movió.

—¿Por qué te importa?

—Es una jodida molestia —siseó Fie. Otra media mentira—. Para mí y para ti también. No deja de insistir en recurrir a los Halcones porque necesita creer que todos vosotros sois intachables y abnegados, casados con su deber.

—¿Eso qué tiene que ver conmigo?

Fie dio un paso atrás.

—¿Cuál es tu deber para con el príncipe?

—Mantenerlo con vida. —Tavin asintió lentamente con la cabeza—. Morir por él.

—Exacto. —Fie encogió los hombros—. Así que necesita creer que lo harás y seguirá con esas tonterías todo el camino hasta el Marovar solo para demostrarlo. A menos que le digas la verdad.

—No es tan fácil. —Tavin dio un paso atrás—. De nuevo.

La irritación la volvió rápida. *Bloquear.*

—Por los doce infiernos, claro que no.

Paso adelante.

—No es por mí —dijo Tavin—, es por el rey. —*Atacar*—. De nuevo.

—¿Qué tiene que ver el rey con todo esto? —Fie volvió a sus

marcas.

—El Rey Surimir tiene una... predilección por los Halcones. — Tavin frunció el ceño. En la oscuridad, Fie podía fingir que no había visto brillar sus cicatrices—. Es el tipo de rey que viaja con medio ejército solo para recordarle a la gente que él comanda sus espadas. Quiere que sus súbditos crean que es peligroso. Que lo traten como tal.

Fie recordó la primera vez que sostuvo fuego Fénix. No había querido incendiar todo el mundo; había querido que el mundo supiera que *podía* hacerlo.

—Es un brujo Fénix —murmuró—. Es un rey. ¿No es suficiente?

Tavin negó con la cabeza.

—De nuevo. —*Bloquear*—. Desposó a la reina Jasindra sobre todo para agregarla a su armería. Yo le fui dado a Jas para que él pudiera comenzar su propia colección de Halcones. —*Paso adelante*—. Pero Surimir quiere un imitador, no un hijo. A Jas no le interesa que se hagan desfiles en su nombre o meter a la mitad de las castas espléndidas en su cama. La reina lo crio para que fuera un buen gobernante. Yo fui criado para ser un buen Halcón. Puedes adivinar a quién de los dos considera útil el rey.

Ataca.

Ella sabía lo que él quería decir, pero no pudo evitar lanzar otro puñetazo.

—¿Y cómo ayuda al príncipe el que te hayas acostado con todas esas descarriadas del palacio, entonces?

Fie escondió su deleite cuando vio que él se tropezaba de verdad. Luego cayó en su propia trampa: él se enderezó, nervioso y titubeante, y Fie descubrió que eso le resultaba perturbadoramente atractivo. *Maldito sea*. Por supuesto que él podía encontrar la forma

de hacer atractivo hasta un tropiezo.

—Hubiese... hubiese sido cruel pedir más que eso —respondió Tavin, con franqueza—. Intentar que algo durara. —Fie bajó su funda, sintiendo que se había metido en aguas más profundas de lo que había pensado—. Soy un bastardo, un heredero de nada. Por diez años, me han dicho que mi único propósito es mantener a Jas vivo. Que lo mejor que puedo hacer es morir por él. Por supuesto que he encontrado a personas que he querido, pero ¿cómo podía pedirles que fuesen mías cuando yo no podía ser de ellas?

Toda burla o broma se había marchitado en la lengua de Fie hacía tiempo.

—De todas formas desaparecerás cuando salgamos de esto. ¿Qué le vas a decir?

—La verdad. Fie, te prometí que haré todo lo que pueda para ayudarte. Metí a tu familia en esto. Tengo una deuda contigo. Y mi vida será mía para dar, en tanto la quieras tener. —Levantó su funda y algo aterradoramente parecido a la esperanza se alzó en su voz—. De nuevo.

Fie intentó ordenar el torbellino de pensamientos en su cabeza y no supo siquiera por dónde empezar. El brazo de Tavin se movió en la oscuridad.

De verdad pensaba desaparecer.

Bloquear.

Quería ayudarla. Hacer todo lo que pudiera. Pero ella había creído...

Paso adelante.

Se dijo a sí misma que él solo tenía el interés de un ave de paso en ella. Que él, a lo sumo, la encontraba una aliada útil que cortejar o, en el peor de los casos, un elemento de alarde llamativo con el

que escandalizar a los otros Halcones.

No alguien que mereciera todo lo que él tenía para dar.

Una parte lejana de ella desenterró las palabras de Jasimir de apenas unas horas atrás: *Te ha salvado la vida.*

Atacar.

Tavin no retrocedió. Ella tampoco y se quedaron demasiado cerca, realmente demasiado cerca, enredados en su duelo improvisado.

—Cuando dijiste que no haces lo que quieres... —Se quedó callada, sabiendo muy bien lo que quería preguntar, pero demasiado vacilante para decir las palabras en voz alta.

Tavin inclinó la cabeza hacia ella, lo bastante cerca como para que su pelo rozara la frente de Fie. Ella no quiso levantar su cara, pero su mentón tenía vida propia.

—Sabes a lo que me refiero —susurró él.

El corazón traidor de Fie rugió su asentimiento, aun cuando su mente se agitó en protesta. Debía huir, enfriar su cabeza, si tan solo sus pies cooperaran... tenía que huir, no podía tener lo que quería... no de la forma en que lo quería a él...

Sin embargo, Tavin se movió primero. Su respiración se entrecortó; ella sintió su ausencia en sus mejillas.

Y luego dio un paso atrás.

Algo viejo y familiar se deslizó a través de sus rasgos con tanta facilidad como una mampara de papel y ocultó todo rastro del chico espontáneo, sin refinar, de hacía un instante.

—Es tarde —dijo él, su voz se tensaba en los mismísimos bordes—. Deberías descansar. Yo haré guardia.



I5

TIERRA DE LOBOS

Un canturreo despertó a Fie, como casi todas las mañanas desde Cheparok.

Tavin estaba sentado de espaldas a ella, tarareando tranquilo en la oscuridad. Ella no sabía si él pretendía despertarla con eso o si cantaba esa melodía desde hacía rato. Nunca parecía estar en un mismo lugar cuando Fie abría los ojos.

Un azul grisáceo mordía el este del horizonte. Había llegado su turno de hacer guardia.

Fie rodó para ponerse de rodillas, bostezando. Tavin echó una mirada hacia atrás, hacia ella, asintió con la cabeza y se recostó en el suelo cerca del príncipe.

Fie se estiró y buscó las semillas de raíz de amarre en su bolso,

dejó que su pulpa amarga la despertara. Puso la olla sobre las brasas con un puñado de menta silvestre para hacer un té. Se colocó junto al fuego, pasó una mano por su pelo polvoriento e intentó no pensar demasiado sobre cómo le gustaba el silencio por las mañanas ahora, con los dos falsos Cuervos profundamente dormidos.

En vez de eso, la cabeza de Fie dio vueltas alrededor del momento, aún demasiado cercano, en el que casi había hecho lo impensable.

Pero esta vez, Tavin había sido el que había huido.

Sus mejillas se sonrojaron, aunque no supo si era por la humillación u otra cosa. Quizás él había pensado dos veces antes de distraerse con Tatterhelm a sus talones. Quizás ella lo había empujado demasiado para que dejara su fachada.

Quizás había recordado que ella era una Cuervo.

No sabía qué había esperado. Oh, sin dudas había historias, canciones de Gorriones y Halcones separados por la ley de las castas, mendigos y reinas, lores que habían renunciado a sus castas por el amor de un Cisne... pero su fe en las canciones se había desvanecido largo tiempo atrás. Solo los nobles encontraban finales felices en estas historias. Solo un tonto creería que eran ciertas.

Solo un tonto creería, aunque fuese por el momento más breve, que ella sería más feliz recorriendo su camino con un Halcón.

No se dio cuenta de que su mirada se había detenido en su rostro dormido hasta que la crepitación de las brasas la apartó de ahí.

Fie perdió noción del tiempo y la luz plateada comenzó a filtrarse en la oscuridad sobre su cabeza. El canto de un grillo se coló por entre la hierba. Sorbió su té de menta y observó cómo un lobo solitario perseguía un grupo de cabras peludas, abriéndose paso a

través de una ladera lejana cubierta de piedras y arbustos y zarzas amarillentas. No tenía motivo para temer a los lobos en verano, no cuando había presas frescas en sus estómagos. Los lobos en invierno, sin embargo...

Pa le había enseñado a tener cuidado con los lobos hambrientos. Cuando las bestias pasan hambre demasiado tiempo, solía decir, se olvidan de aquello a lo que deben temer.

Ahora, en el frío seco de un amanecer gris, Fie pensó en el lobo y luego pensó en el diente de Hangdog que colgaba frío en su cordel y en la flecha que había atravesado su ojo mientras el lord Pavo Real miraba.

Una ramita se partió detrás de ella.

Fie se quedó quieta, todos sus nervios se encendieron. Cuando no vino ningún otro sonido, dejó escapar un suspiro, apoyó su té y levantó la olla.

En un giro rápido, arrojó el agua hirviendo a la oscuridad rayada de árboles a sus espaldas.

El grito de un hombre destruyó el silencio.

Una sombra se separó de los árboles, solo para tropezarse directo con la cacerola extremadamente caliente que Fie le lanzó. Cayó. Seis sombras más surgieron de la oscuridad, con aceros y dientes destellantes, pero el ataque llegó tarde: ya habían despertado al príncipe y al Halcón.

El resto fue un frenesí de ruido, acero y sangre. Un cuerpo cayó, luego otro... y después, curiosamente, los últimos cuatro agresores volvieron de golpe a la oscuridad, que ya aclaraba.

Un coro de silbidos desagradables siguió a su paso.

Fie se quedó observándolos, con el estómago revuelto. En la refriega, habían tenido el mismo aspecto de cualquier otro Buitre y

sin embargo...

—Los ojos —dijo el príncipe Jasimir con voz ronca—. No tenían... no tenían ojos... —Se inclinó hacia adelante y vomitó.

Tavin sujetó a Jasimir de los hombros.

—Nos vieron a la perfección, Jas. Solo fue la oscuridad.

Una risa borboteó por el campamento. Fie dio media vuelta a toda velocidad y encontró a uno de los Buitres sujetando las tripas que sobresalían de su estómago.

—Sí, Alteza —dijo con una risita—. Solo la oscuridad.

Fie se acercó y se arrodilló al lado. El Buitre se desvanecía. Arrancó un diente de Grulla y lo trajo a la vida. No lo suficiente para obligarlo a decir la verdad, pero lo bastante para oler una mentira.

—¿Cómo nos encontrasteis?

Una sonrisa sangrienta abrió su rostro.

—Tenemos algo que os pertenece.

Fie sintió como si la hubiesen destrozado con un fuerte tirón.

De modo que así era cómo los Buitres habían percibido sus rastros. Lo que fuera que tuvieran —un pelo caído, una camisa usada, una vieja muñeca de trapo— significaba que cualquier Buitre podía ver un camino hacia ellos siempre que tuviesen eso apoyado sobre su mano desnuda, fuesen brujos o no.

Con su don, los Buitres deberían haber aparecido hacía horas. Algo tenía que haber ocultado el rastro.

Los tres dientes. Había quemado la tríada de dientes de Gorrión.

Así que tres podían afectar hasta al mejor de los Buitres. Pa estaría orgulloso.

Pa.

—¿Cuántos Cuervos rehenes siguen vivos? —preguntó,

repentinamente horrorizada de que no hubiese sido su primera pregunta.

El hombre convulsionó, atragantado.

—¿*Cuántos?* —exigió. No sirvió de nada. En unos momentos, el Buitre se había quedado inmóvil.

Tavin se acuclilló a su lado.

—Los rastreadores que huyeron traerán a Tatterhelm tan rápido como él pueda cabalgar. Debemos alejarnos.

—Hay comida para al menos una semana aquí. —Jasimir había husmeado el bolso de un Buitre muerto—. Tatterhelm debe haberlos enviado a rastrearnos por delante del grupo principal.

Fie se puso de pie.

—Tomad de los muertos todo lo que sea útil: provisiones, guantes, pieles. Necesitamos equipo de frío y comida más que ellos. Después nos marcharemos.

Jasimir levantó la vista del bolso.

—Debemos darles las exequias.

—Será mejor que sea un plural mayestático, *primo*. —Fie se dispuso a arrastrar los cuerpos para apilarlos—. Si estos desgraciados estuviesen muriendo de sed en el desierto, no les daría ni una sola gota de mi orina.

—Si los dejamos como si fueran animales, somos tan malos como ellos —insistió Jasimir—. ¿Les ofrecerás a los pecadores las exequias, pero no a ellos? ¿A eso llamas misericordia?

—No —respondió Fie, que miraba con intención la colina lejana donde el cadáver sangriento de una cabra manchaba de rojo la hierba. Buitres muertos. Presas fáciles—. Esto es lo que llamo tierra de lobos.

—Tav. —El príncipe le lanzó una mirada a su Halcón—. El *código*

dice: «No deshonraré a mis muertos».

Los hombros de Tavin se tensionaron.

—También dice: «Serviré a mi nación y al trono por encima de todas las cosas» —respondió y sonaba cansado—. Y eso va primero.



El primer día después de Gerbanyar, cambiaron los turnos de guardia.

Fie encendió tres dientes de Gorrión en cuanto se marcharon e intentó deshacerse de la vibración en sus huesos. Con tres dientes podía tejer un refugio alrededor de ella y de los lorecillos que los dejaba fuera de la percepción de los Buitres pero permitía que se vieran entre sí. Luego los mantuvo encendidos a lo largo de todo el día y de una primera guardia fría y sin estrellas, hasta que Tavin la sacó de su neblina de ojos rojos de una sacudida.

Dejó que los dientes de Gorrión se apagaran y durmió de forma intermitente unas pocas horas, sabiendo que cada respiro los dejaba expuestos a los Buitres que los acechaban.

Al segundo día, un dolor de cabeza se estableció en el cráneo de Fie. De todas maneras, mantuvo sus tres dientes encendidos y practicó otra vez con Tavin cómo usar la espada y borró su cara para que fuera la del príncipe otra vez. Cuando dormía, Tatterhelm aparecía en sus sueños y cortaba las palmas de sus manos para hacer juramento tras juramento hasta que quedaban tan inútiles como las de Viimo.

Al tercer día, se dio cuenta de que echaba de menos despertarse con el canturreo de Tavin. No se lo dijo.

Al cuarto día, le dolían todos los huesos mientras se abrían paso a través de un enorme campo de rocas negras que burbujaban

como espuma, tan duras y afiladas como el hambre. Una hierba ondulada y fina brotaba entre las piedras y, a mitad de camino, encontraron una charca de agua humeante de un azul tan intenso como el ojo de una pluma de pavo real, cuyo fondo no se alcanzaba a ver.

El príncipe Jasimir se estiró hacia allí y Fie por un terrible momento pensó lo fácil que sería dejarlo ir, darles a los Buitres lo que querían y hacer que todo esto se terminara.

En lugar de eso, tiró de él para alejarlo y lanzó una piedra a la charca. Se disolvió casi de inmediato.

Jasimir pasó el resto del día abriendo y cerrando el puño que casi había perdido.

Esa noche Fie volvió a encargarse de la cara de Tavin. Él fingió que no veía cómo le temblaban las manos a Fie y ella hizo como que no veía la forma en que él apretaba los dientes, y luego mantuvieron la distancia para practicar con las espadas. Ella hizo guardia bajo la piel de alce de un Buitre muerto y observó el redoble de truenos de una tormenta sobre la planicie, los tres dientes aún ardían, ardían, ardían y sus huesos zumbaban con tanta fuerza que parecían gritar.

De madrugada, algo cobrizo hizo que le ardiera la nariz. Cuando tocó su labio superior, los dedos se le mancharon de rojo.

Los brujos de piel se habían acercado lo suficiente como para que ella pudiera percibir las telas como de araña de sus redes de caza sobre un horizonte lejano. No los alcanzarían mientras ella durmiese, pero de todas formas ganarían terreno.

La tormenta se alejó y la sangre dejó de caer antes de que Tavin se despertara para hacer guardia. Ella no le habló sobre ninguna de las dos cosas. Por la mañana, por quinto día consecutivo, Fie

encendió los dientes.

Al sexto día cayó.

Manchas grises habían nublado su visión toda la mañana. Había querido creer que era solo porque los Buitres acechaban sus sueños, pero sabía que no era eso. Sus huesos ya no zumbaban, ya no dolían, solo se estremecían y aullaban. Aun así, mantuvo los tres dientes encendidos.

Los brujos de piel se habían acercado demasiado. A un día de distancia, quizás menos.

Habían cruzado la planicie y se habían adentrado en la región donde riscos y peñascos se proyectaban desde bosques oscuros como dientes de una bestia decidida a devorar el cielo. Según los cálculos de Fie, solo faltaba una luna y media para el solsticio de verano, sin embargo, la nieve permanecía a la sombra de los pinos imposiblemente altos. Cada tanto, cuando los chicos le daban la espalda, Fie frotaba un puñado de nieve semiderretida sobre su cara para despertarse con el ardor.

No funcionó. A mitad de la tarde, el gris apagó su vista. Fie se detuvo, sus huesos chirriaron en protesta mientras luchaba por mantenerse erguida. Tenían que seguir avanzando. La tríada de dientes de Gorrión le había mostrado redes de los Buitres merodeando en el horizonte, esperando que ella lo echara a perder. Seguir avanzando. Mantener los ojos abiertos. Cumplir el juramento...

Sus rodillas cedieron. Alguien dijo su nombre, una vez, dos veces... luego nada.

No tenía noción de cuánto tiempo había pasado hasta que el rostro de Tavin flotó en su campo visual. Su voz surgió, un lento latido después.

—... demasiado. Debemos ir a un lugar seguro para que pueda descansar.

—Te las ingeniaste en Gerbanyar —arguyó el príncipe—. Y si tan solo camina...

—No. —Lo interrumpió Tavin—. No es lo mismo. Perdí el control. Ella ha estado quemándose durante días.

—No es así —intentó murmurar Fie. En lugar de eso solo dijo: «Nmjs».

El mundo se inclinó hacia un lado. Tavin la había levantado en brazos.

—Tranquila —dijo, con un tono incómodamente parecido a una voz reconfortadora, y limpió su nariz con una manga. La tela quedó manchada de rojo—. Estarás bien, solo necesitas dormir.

No quería dormir. Los Buitres se acercaban.

—Nmjs —protestó antes de que su vista se nublara de gris otra vez.

Todo daba vueltas cuando Tavin se puso de pie, acercándola a él.

—Debemos conseguir refugio.

No, intentó decir, pero ni siquiera pudo. *Tienes que seguir avanzando, tienes que mantener los ojos abiertos...*

—¿Estás seguro?

—Ella es la única razón por la que los Buitres no nos han acorralado todavía —sostuvo Tavin, con severidad—. Sí, Jas. Estoy seguro.

El gris se fundió a negro y se llevó a Fie consigo.



Despertó con el ruido de dos piedras raspadas entre sí.

—Deja que yo lo haga. —Ese era Tavin.

Rasp. Rasp.

—Yo puedo.

—Jas...

—Solo... solo déjame... —*Rasp, rasp, rasp*—... dame un minuto. Solo tiene que prender...

—Ve a lavarte, Jas —suspiró Tavin—. Probablemente no tendremos otra oportunidad de hacerlo hasta llegar a Trikovoi.

—Si antes no nos capturan los Buitres —murmuró Jasimir en mitad del chirrido de los clavos de unas sandalias.

—Eso no ocurrirá. —Tavin no consiguió otra respuesta. Los pasos hicieron eco y se fueron alejando. Fie captó el traqueteo del pedernal, luego un siseo y un restallido, antes de que brotara una luz anaranjada detrás de sus párpados.

Obligó a sus ojos a abrirse. El borrón de colores y sombras se volvió en paredes de piedra dentadas, un fuego exiguo que trepaba sobre arbustos secos, una sombra arrodillada de espaldas a ella. El resto del mundo fue apareciendo poco a poco: el aire más cálido de lo que debía ser a esta altura en las montañas, suelo más duro que la tierra, pieles suaves y pesadas apiladas sobre ella, cobre en el fondo de su garganta.

Tavin había encontrado un refugio. Atontada, observó cómo agregaba leña al fuego y se preguntó si podía estirarse hacia él desde donde yacía, qué pasaría si ella acariciaba su espalda con la yema de los dedos.

Entonces Tavin se dio vuelta para ver cómo estaba, su cara, por una vez, en carne viva y expuesta por la preocupación. Se suavizó con una sonrisa al ver que estaba despierta. Fie no pudo evitar sonreír en respuesta, demasiado cansada, demasiado lejos de las carreteras para odiarse a sí misma por ello.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida? —preguntó Fie.

Rasp, rasp, rasp. Esta vez el sonido venía de los pasos del príncipe, que regresaba.

—Ni de cerca lo suficiente. —Tavin buscó la olla, colocó unos puñados de arroz y guisantes secos y cerdo salado dentro, luego vertió agua sobre la mezcla y la apoyó en el fuego—. Es mi turno de lavarme. Si no vuelvo en una hora, asumid que los espíritus de la cueva me han atrapado y huid. Pero comed primero.

Jasimir tomó el lugar de Tavin y frunció el ceño mientras el Halcón se iba caminando. Fie se sentó, todos sus músculos lucharon contra eso, y echó una segunda mirada a su hogar por esa noche. Su bolso había hecho las veces de almohada; otras bolsas estaban apoyadas cerca. No vio ni el comienzo ni el fondo de la cueva, solo paredes que se curvaban para quedar fuera de vista. Una corriente más fría de aire soplaba desde el pasadizo contrario al que había elegido Tavin, pero su campamento se mantenía más templado de lo que el fuego solo podía lograr.

Aclaró su garganta.

—¿Por qué está tan cálido aquí dentro?

El príncipe le echó un vistazo, tan breve como una descarga estática.

—Hay una fuente termal más adentro.

Eso lo explicaba. La idea de lavarse en agua caliente casi hizo que Fie llorara. La idea de que Tavin se estuviera bañando en una fuente termal tuvo un efecto completamente distinto en ella.

—Deberías dejarlo en paz.

Fie se quedó mirando al príncipe, un calor le subió a toda velocidad por el cuello.

—¿Qué?

—No soy *completamente* ciego. —Jasimir parecía casi avergonzado

—. Pero solo terminarás herida.

El fuego en la cabeza de Fie nada tenía que ver con sus ideas sobre Tavin ahora.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Solo lo distraes —dijo Jasimir, rotundamente—. Y estoy intentando ayudar. Quizás parezca que es en serio ahora, pero jamás ha estado con nadie más de una luna.

—Métete en tus propios asuntos —espetó Fie—. No estoy aquí para calentar mi cama. Estoy ocupada manteniéndolos a los dos con vida.

—¿Por qué? —Había logrado que Jasimir hablara con claridad y honestidad esta vez—. No estás obligada a nada. Puedes irte en cualquier momento, buscar a tu familia y dejarnos tranquilos. Pero ya no haces esto por el juramento, ¿no es verdad?

Un puño de Fie se cerró alrededor de la piel robada. Su voz tembló.

—Si no me importara el juramento, *primo*, ya te hubiera entregado yo misma a Tatterhelm.

—A tu amigo Hangdog ciertamente no le importó cumplir el...

—*Suficiente*. —Tavin salió de entre las sombras detrás de ellos, sobresaltando tanto al príncipe como a Fie—. Deberías avergonzarte del juramento, Jas. Significa que nuestras castas están fallando en defender a nuestra propia gente.

La boca del príncipe Jasimir se abrió y se cerró. Parecía tan mortificado como se sentía Fie.

Ella sacó de su bolso un cambio de ropa y la bolsa de vainas de jabón.

—Me lavaré —masculló, tambaleándose. Tavin se estiró para sujetarla y ella no supo si quería alejarse bruscamente o caer sobre

él.

No hizo ninguna de las dos cosas, sino que se deslizó más allá y avanzó por el pasadizo en penumbras, con un torbellino en la cabeza. En efecto, el aire se hacía más denso de vapor cuanto más se adentraba y pronto el espacio se abrió a un estanque amplio y cristalino. La luz decreciente del día se arremolinaba en el aire desde su entrada por un lejano agujero en el techo de la cueva.

Fie tardó un momento en probar sus tres dientes de Gorrión. Solo duraron un suspiro, lo suficiente para mostrarle fragmentos de los hechizos de rastreo de los Buitres. Debieron de percibirlos en cuanto ella cayó.

Hizo que un diente de Buitre durara un poco más y buscó al encargado de provisiones de Tatterhelm con una mano sobre el cinturón que había conseguido de los brujos de piel muertos. El rastro se extendió más allá de la cueva a una distancia que les daba al menos una noche.

El pensamiento sobre el juramento se posó sobre sus hombros mientras se quitaba la ropa y la llevaba con ella para lavarla en el agua extremadamente caliente, donde partió un puñado de vainas de jabón con placer.

¿Qué clase de Cuervo daba la espalda a los caminos que la Alianza lo destinaba a caminar? ¿Qué clase de Cuervo practicaba cómo esgrimir espadas? ¿Qué Cuervo enfurecería a un brujo de piel, amenazaría a un príncipe y pensaría locuras sobre un Halcón bastardo?

Un traidor como Hangdog, respondió una parte de ella.

Un jefe como Pa, contraatacó otra.

Una tercera susurró: *Uno demasiado hambriento para temer.*

No había encontrado ninguna respuesta para cuando salió de la

terma, con la piel casi dolorida de tanto frotar y más alegre por eso mismo. No sabía si tendría una respuesta antes de llegar al Marovar o después de ello.

Estaban cerca. Llegarían a Trikovoi antes que Tatterhelm y Pa sería su jefe otra vez y el príncipe sería el problema de otro y Tavin... no podía pensar en Tavin.

Retorció la ropa empapada y se vistió con la seca, luego volvió caminando lentamente, con sus sandalias en la mano. Un cuenco de comida la esperaba junto al fuego; el príncipe Jasimir pasó al lado de ella, sin decir palabra y con los brazos llenos de platos y ropa sucia para lavar en la terma. Tavin no estaba en ningún lado. Ella frunció el ceño. Eso quería decir que estaba haciendo la guardia que le correspondía a ella.

De todas formas, era necesario colocar el glamur de nuevo, sin importar lo cansada que estuviera. Fie tendió sus prendas mojadas para que se secaran cerca del fuego, luego levantó el cuenco del suelo y se fue a buscar al Halcón.

Lo encontró cerca de la boca de la cueva, con un puñado de pieles a su lado para protegerse de la noche helada que les esperaba. Pinos índigos cubrían el valle debajo de ellos; hilos de relámpagos daban puntadas a un cielo afelpado con nubes de tormenta.

Tavin la miró y algo parecido a un relámpago destelló en sus ojos. Después ese viejo, practicado semblante, lo aisló otra vez como una mampara de papel.

Fie decidió que el glamur podía esperar a después de comer. Se sentó al lado de él y comenzó a comer arroz y cerdo con la ayuda de panchato seco. El frío del aire se deslizó por su pelo empapado y se aferró a su cabeza.

—Esta es mi guardia.

—¿Qué tan lejos están? —preguntó él con rapidez.

Fie puso una mano sobre una piel robada, después llamó al diente de Buitre para que volviera a la vida. Le mostró un claro camino a través de los árboles esta vez, hasta algún lugar más allá de la tormenta. A menos de un día de distancia ahora. Se acercaban sigilosamente.

Señaló a la cresta.

—Allí fuera. No nos alcanzarán esta noche, pero...

Tavin asintió. Ella esperó que dijera alguna nueva tontería: una broma sobre los espíritus de la cueva, una burla sobre su comida, algo. Nada vino.

—Puedo escondernos de nuevo —ofreció.

—Ya saben que nos hemos detenido aquí. Conserva tus fuerzas.

—Entonces déjame hacer guardia. —Un viento frío la abofeteó, perseguido por el suave rumor de los truenos lejanos.

Tavin hizo una mueca.

—Está bien. Mereces un...

—Sé sincero —interrumpió Fie, masticando otro bocado de cena—. No quieres estar con el príncipe. ¿Qué te ha enfadado tanto? Nada de lo que ha dicho es nuevo.

Tavin observó el horizonte un tiempo largo antes de responder.

—¿Recuerdas el juego que te enseñé? ¿Los doce caracoles?

—Sí.

—¿Recuerdas que te dije que en el palacio se juegan distintas versiones?

—Sí, ¿qué tiene que ver con el príncipe?

—¿Cuántas castas hay en Sabor?

Doce. Doce castas, en total. Comenzó a comprender a dónde iba él.

—¿Cómo funciona eso?

—Cada caracol representa una casta y tiene un valor.

—Déjame adivinar —dijo Fie—. El caracol Cuervo no vale nada.

—Y si hay un empate... quien tenga el caracol Cuervo pierde.

Fie encogió los hombros y apoyó el cuenco vacío a un lado.

—Tengo malas noticias para ti: se comportan mucho peor con los Cuervos fuera de los doce caracoles.

—Pero es justamente eso. —Su cara permaneció inmutable; sus manos no podían quedarse quietas, hacían rodar piedrecillas, tiraban de un hilo suelto, se entrelazaban hasta que sus nudillos se ponían blancos—. Está en todos lados. Está *en todos lados*. Las Adelfas, los mercados de Cheparok, todo. Tienes razón, has tenido razón todo el tiempo, lo sé y Jas lo sabe y la razón por la que no quiero ni mirarlo es que ambos te dijimos que lo arreglaríamos y... y no creo que podamos.

Fie observó la tormenta, un relámpago retumbó en su cabeza y el viento se levantó.

—No podéis —reconoció finalmente Fie.

—Dijimos que lo haríamos.

—Dijiste que me ayudarías después de esto —lo corrigió—. Y el príncipe juró que nos concedería guardias Halcones, porque eso es lo que pedí.

Tavin soltó una risa breve y amarga.

—Ambos sabemos que no se puede confiar en los Halcones.

—Sí, estaría encantada si nos trataran como personas —señaló Fie—. Pero me conformaré con que sigan las órdenes reales, les guste o no. No cambiaré tus doce caracoles, no evitaré que los pueblos escatimen en viáticos. Y dará el mensaje de que somos parte de Sabor, que el joven debajo de la corona cree que tenemos

valor. Y las opiniones de la realeza suelen contagiarse. —Fie se puso cómoda y apoyó su cuenco a un lado—. ¿Por qué no dijiste nada antes?

La garganta de Tavin se movió; la mampara retrocedió un poco.

—Yo... nunca sé qué decirte —confesó—. Suele salir mal.

Ella no pudo evitar una leve sonrisa.

—Algunas cosas te han salido bien.

—No lo suficiente. Quiero... —Se quedó callado, después aclaró su garganta—. Estás aquí por el glamur, ¿no?

—¿Ahora? —Ella buscó un diente de Pavo Real.

Él agachó la cabeza, resignado.

—Es que Tatterhelm sigue ahí fuera, no es que haya dado media vuelta para irse a casa.

Nunca un diente pesó tanto en la mano a Fie. Lo soltó.

—Tampoco es que esté golpeando a nuestra puerta. Puede esperar.

—No —suspiró él—. Por favor, acabemos con esto. —Tavin cerró los ojos, como si esperara la sentencia de un magistrado. Una que ella le impondría.

Ella se estiró hacia él... luego, por primera vez, dejó que sus dedos acariciaran la mandíbula de Tavin y volvieran su cara hacia ella. Las palabras salieron antes de que pudiera evitarlo.

—¿Qué quieres?

Tavin mostró esa mirada de mil aristas una vez más, pero en esta ocasión, de mil formas diferentes, decía solo una cosa:

A ti.

—No importa —respondió él en lugar de eso, con la voz rota.

Un relámpago sacudió el cielo.

Ella lo había sabido, lo había sabido, lo había sabido todo este

tiempo. Cada mirada, cada contacto, cada sonrisa espontánea que se le escapaba... todo había dicho eso y mucho más. Y su propia cabeza lo había estado eludiendo, insistiendo en que ningún Halcón podía quererla, buscando puntos de vista y motivaciones, hilando mentira tras mentira para tapar la aterradora verdad.

Latido tras latido retumbaba en los oídos de Fie al comenzar a abrirse la semilla de otra aterradora verdad, que se abría paso hacia la superficie de sus pensamientos. No importaba lo que querían. Ella lo sabía muy bien. Era una jefa Cuervo, él era el Halcón del príncipe; hasta que esta pesadilla pasara, deberían cuidar de los suyos. El juramento y el príncipe estaban antes que nada.

¿Qué quieres, Fie?

Los primeros brotes penetraron la superficie: lo deseaba más que al fuego o al acero o los juegos, lo anhelaba de una forma que no podía explicar, ni comprender, ni frenar.

No importaba.

Pensó en el lobo en invierno. Pensó en el hambre más grande que el miedo.

Y la terrible verdad echó raíces:

Si no importaba lo que querían, entonces no importaba si, tan solo una vez, lo conseguían.

Cuando. No si.

Fie sujetó el rostro de Tavin entre sus manos y lo besó.

Al principio, él apenas se movió y, durante un horrible momento, pensó que había cometido un error, que había entendido todo mal, que él iba a pensar que ella era una tonta... se apartó...

Entonces un ligero y extraño escalofrío recorrió a Tavin y, un suspiro después, Fie se dio cuenta de que eso significaba que la

última represión se había roto.

Él le devolvió el beso, pero fue más como si se sumergiera en ella. Sus dedos se enredaron en el pelo de Fie, recorrieron los huesos y los planos de su espalda, colocaron su cintura contra la de él; su boca buscó la de ella como una cura, sedienta y feroz, solo para vagar hacia abajo por su cuello hasta que Fie casi no pudo respirar.

Un arañazo le hizo arder la clavícula... y luego la cabeza de Fie se inundó de calor, de necesidad, de asombro y miedo y deseo embriagantes, todo anclado a pensamientos de... ¿sí misma?

Ah. Atrajo a Tavin de nuevo a su boca.

—Cuidado con los dientes.

—Sí, jefa —murmuró él y se dispuso a hacer precisamente eso.

Ella no tuvo intención de deslizar sus manos debajo de la camisa de Tavin, sin embargo, las encontró ahí, recorriendo cicatriz y músculo y costilla, y encontró que su deseo solo aumentaba, un fuego que se encendía con la piel al rozar la piel y ardía sin misericordia. Pronto sus camisas fueron historia. Una pregunta jadeante y un permiso concedido después y el resto de su ropa siguió el mismo camino, olvidada incluso más rápido en el choque de relámpagos y el fuego que los impulsaba.

Antes, cuando se había acostado con Hangdog, había sido una cuestión de urgencia, un rápido intercambio de servicios. Las necesidades satisfechas y despachadas con un ojo aún en alerta, una oreja aún presionada contra el suelo, los dos listos para huir.

Ahora Fie no sabía si podría apartarse, atrapada de una forma que sentía como ataduras rotas, perdida de una forma que sentía como ser encontrada. Tavin también se movía con urgencia, pero era de una clase curiosa, una necesidad de descubrir todos los lugares que la hacían estremecer o suspirar o morder su puño para

evitar un gemido. Y después los buscaba otra vez y otra vez y otra vez; Fie solo podía distinguir el fuego que la recorría, que lo recorría a él, una y otra vez, hasta que finalmente los dejó a ambos temblando y enredados en la oscuridad.

Luego, recostada en sus brazos debajo de sus capas andrajosas y pieles robadas, Fie le dijo:

—Sabes que no será fácil.

En respuesta, él la atrajo más hacia sí y la besó una vez más. Después reveló:

—Me haces creer que puedo hacer algo mejor con mi vida que morir.

—Oh. —No sabía qué más decir, salvo—: Bueno. Deberías. — Luego se deslizó para alejarse más del frío de la tormenta—: Despiértame para el segundo turno.

Era extraño quedarse dormida sintiéndose más segura gracias al calor a sus espaldas. Dormirse simplemente sintiéndose segura.

Cuando sus sueños la alcanzaron esa noche, ningún Buitre los siguió.



I6

TONTOS

Tavin no la despertó para el segundo turno.

Fie se levantó de todos modos. Fue el tarareo, más suave que antes y, de alguna manera, más familiar ahora. Empujó la cabeza para sacarla de entre las pieles y lo encontró sentado al lado de ella con los ojos en el valle oscuro que había más abajo.

—¿Qué es esa canción? —murmuró Fie, tras apoyar el mentón en su barriga.

Él le sonrió de una forma que Fie hubiese llamado repugnante una luna atrás. Maldito, la había transformado en una verdadera tonta.

—Es un viejo himno de guardia que mi madre solía cantar. Se supone que te ayuda a mantenerte despierto.

—Parece funcionar.

—Bastante. —Sujetó un mechón del pelo de Fie y lo enredó entre sus dedos—. ¿Cómo... cómo te encuentras?

Fie reconocía una pregunta escondida detrás de otra cuando la escuchaba, adormilada como estaba y todo.

—Me has sorprendido. Pensé que sabrías todo sobre acostarse con alguien, pero...

Él se tensionó.

—Es... complicado —explicó él, con una arista de inseguridad en la voz—. El género nunca fue importante para mí, pero yo... nunca he querido dejar a nadie encinta. Así que, si esa era una posibilidad, hacíamos, em, otras actividades. ¿Estuvo... tú...?

—Sí. Lo hiciste bien. —Fie se ablandó y le mostró una sonrisa torcida y sintió un cosquilleo secreto cuando él se relajó y su respiración regresó a un tranquilo vaivén—. Pero no me molestaría si quieres más práctica.

Él resopló una risa en respuesta, una que también resonó en ella. Los dedos de Tavin se enredaron aún más en su pelo y el pulgar fue a descansar justo debajo de su oreja.

—Desearía poder hacerlo todo: flores, poesía, charlas incómodas con tus padres. Ya sabes... cortejarte.

—Ya te he dicho que esas cosas no me interesan —repuso ella, bostezando—. Ni siquiera puedo leer poesía.

—Yo te leeré. Te garantizo que será terrible. —Tavin sonrió—. Tendrá diecinueve versos. Tus ojos serán, sin dudas, comparados con un cielo sin estrellas. También tu pelo. No soy muy creativo.

—Limítate a las flores. —Fie frunció la nariz.

—O a los cuchillos. A las armas. Eso es lo que los Halcones se dan unos a otros. La mitad de la armería de Dragovoi viene del año en

que la capitana general eligió a sus maridos.

—Ya tengo media espada. —Trazó, curiosa, las líneas brillantes de la cicatriz de quemadura de su mano—. ¿Quién te hizo esto?

Sintió cómo se entrecortaba la respiración de Tavin y la piel debajo de la mejilla de Fie se quedó inmóvil durante un latido o dos. Luego, él respondió:

—Alguien que no sabía lo que hacía.

Esa amargura vieja en su voz le hizo recordar a Hangdog.

Fie no hizo más preguntas, solo entrelazó sus dedos con los de él hasta que el subir y bajar del pecho de Tavin volvió a tranquilizarse.

Luego se puso de pie y buscó su ropa.

—Voy a por mi raíz de amarre. Y después haré guardia.

Tavin abrió la boca para discutir, pero bostezó en lugar de eso. Cuando Fie volvió, se sentó al lado de él y le acomodó la cabeza para que quedara en su regazo.

—Supongo que no puedo convencerte de que duermas un poco más —suspiró él, el cansancio hizo que sus palabras se ligaran.

—Quizás cuando dejes de arrastrar las palabras. —Fie no lograba sacar esa sonrisa burlona de su voz—. Ahora deja de protestar y descansa.

Tomó su refunfuño contrariado como una rendición. El ritmo de la respiración que soplaba contra su rodilla se suavizó y ella dirigió sus ojos hacia la oscuridad más allá de la cueva.

En algún lugar más allá del silencio, más allá del calor suyo y de su Halcón, en algún lugar que no podía ver... los Buitres la esperaban.

Durante un momento, el peso de la oscuridad impenetrable agobió a Fie. Los mejores rastreadores de Sabor la perseguían. La

reina había vendido la casta de los Cuervos a una bestia de caza que buscaba matarlos. Y su familia seguiría viva solo hasta que su monstruoso captor la encontrase útil.

Fie debería haber hecho rodar el diente de Pa entre sus dedos. En lugar de eso, los enredó en el pelo de la nuca de Tavin. No debería haberla reconfortado, pero de todos modos lo hizo.

El peculiar Halcón apoyado en su regazo creía que podían arreglarlo todo. Creía en ella. Creía en una vida con ella después de esto.

Quizás era un tonto. O quizás era otra de las cosas en las que había acertado.

Fie mantuvo una mano en su Halcón y los dos ojos en la decreciente oscuridad.

Pasaron algunas horas antes de que el eco de un movimiento surgiera desde el interior de la cueva. El príncipe se había despertado. Las tripas de Fie se retorcieron. Jasimir seguramente comprendería lo que su ausencia significaba. La pregunta era cómo se lo tomaría.

El color del horizonte nublado indicaba que tenían una hora o dos antes de que tuvieran que enfrentarse a él. Quizás menos si los brujos de piel habían aprovechado bien la noche.

Llamó a un diente de Buitre a la vida y tomó una piel robada. El rastro se encendió...

Y se detuvo apenas a una legua de distancia, en el valle.

Fie contuvo la respiración y sacudió el hombro de Tavin mientras intentaba no perder la cabeza.

—Tavin... *Tavin*...

Este se sacudió al despertarse.

—¿Qué pasa?

—Los Buitres. —Ella se puso de pie tambaleante y se meció hasta que la sangre corrió con fuerza por sus piernas entumecidas—. Acabo de mirar... están... están demasiado cerca.

—¿Cuánto?

—A una legua, quizás.

Tavin maldijo y llamó al príncipe a los gritos. Él y Fie fueron de aquí para allá buscando ropa y espadas, tropezándose uno contra otro en la penumbra. Una culpa helada golpeó las tripas de Fie. Si ella hubiese resistido más con sus tres dientes; si hubiese hecho la primera guardia; si se hubiese fijado antes...

Unas manos callosas se colocaron en sus mejillas para frenarla.

—Esto no es por tu culpa.

—Por los doce infiernos, sí —escupió Fie—. Soy la...

—La única razón por la que llegamos hasta aquí. Estamos todos sobrepasados. —La sinceridad bruta causó un filo áspero en su voz—. Eres la única manteniéndonos a flote. Puedes hacernos desaparecer en cuanto dejemos la cueva y volverán a perdernos, ¿de acuerdo? —Ella no respondió. Él la atrajo hacia sí y apoyó su frente contra la de ella—. Fie. Hemos estado así de cerca dos veces ya y aun así los hemos superado gracias a ti.

—Pero tendremos que seguir haciéndolo, seguir superándolos, todo el camino hasta el Marovar —susurró—. Y solo deben alcanzarnos una vez.

Ante el carraspeo de una garganta que se aclaraba, Fie y Tavin se apartaron de un salto. Jasimir estaba de pie a unos pocos pasos de distancia, con el semblante completamente inexpresivo.

—¿Qué ocurre?

—Los Buitres están a una legua —soltó Fie.

Los ojos de Jasimir se abrieron, después aterrizaron en ella.

—¿Cómo se han acercado tanto? —preguntó, con frialdad.

—Todos necesitábamos descansar. —Tavin pasó caminando al lado del príncipe—. Y ahora debemos irnos.

Fie lo siguió, con pieles y capas en un bollo bajo su brazo. Detrás de ella, juró haber escuchado al príncipe mascullar: «Descansar».

Un calor le subió por el cuello. No miró atrás.

Diez minutos después, se marcharon y Fie puso en armonía tres dientes de Gorrión, mientras el amanecer desgarraba el borde oscuro del horizonte. Los dedos delgados y alargados de los hechizos de rastreo de los Buitres fisgonearon toda la cueva detrás de ellos y buscaron a tientas por entre piedras y árboles como un borracho que ha dejado caer su monedero en la oscuridad.

Toda la mañana avanzaron con rapidez, por entre hayas y abetos y pinos erizados, que fueron clareando para dar paso a una roca negra con zonas nevadas. Un suave murmullo que llegaba por entre las hojas creció hasta ser un fuerte rugido cuando llegaron al estruendoso río.

—Es el Fan —dijo Tavin cuando hicieron una pausa en la parte más alta de sus orillas. No había hablado desde que dejaron la cueva. Ninguno lo había hecho. En lugar de eso, había echado miradas hacia atrás por encima de sus hombros una y otra vez mientras avanzaban con velocidad—. Aquí es donde se origina, en los glaciares.

No se parecía en nada al trecho manso que Fie recordaba de Cheparok. Pero el río estaba lejos, muy lejos de los deltas del sur ahora, y también lo estaban ellos.

Tavin se sentó y desenrolló una de las pieles robadas que llevaba en su mochila, luego cortó dos tiras anchas y se las pasó a Fie.

—Envuelve tus sandalias. Pronto cruzaremos nieve y hielo.

—¿En dónde están los Buitres? —preguntó Jasimir por encima del rugido del agua.

Fie se estiró con la tríada de dientes e hizo una mueca.

—¿Una legua y media? Hemos ido hacia el noreste. Ellos avanzan hacia el norte.

—Deben creer que probaremos el Paso de Sangrapa. —Tavin señaló una hondonada entre dos crestas grises leguas al norte, luego entregó dos trozos de piel al príncipe—. Es la ruta más rápida a Draga. Pero Trikovoi está después del Paso de Misgova. —Apuntó hacia una pendiente densa y sinuosa al este—. Podemos atravesarla esta noche. Y si logramos pasar por Misgova sin que nos alcancen...

Eso podía darles la ventaja que necesitaban. Fie aún escuchaba la pregunta detrás de la pregunta. Sacó un puñado de dientes de Gorrión de su bolso.

—Pero si nos alcanzan, sabrán que nos dirigimos a Trikovoi y entonces estaremos jodidos. —Tavin asintió, serio. Ella puso los dientes dentro de unos guantes que le había quitado a un Buitre muerto días atrás para atraparlos contra sus palmas—. Entonces nos aseguraremos de que no lo hagan.

—Te desmayaste ayer —dijo el príncipe—. ¿Estás segura de que...?

—Sí —ladró Fie y empujó la piel que le amarraba las sandalias hasta que los clavos la atravesaron—. ¿Hemos terminado?

Así era. Tavin los guio por las márgenes del río, siguiendo un sendero de caza con unas curvas sin sentido que parecían trazadas por un niño. Los árboles se redujeron a arbustos espinosos y los arbustos dieron paso a la hierba y a los líquenes ásperos. Las cabras peludas no les prestaron nada de atención y siguieron

comiendo con afán todo brote verde.

Continuaron ascendiendo, más y más, arriba y más arriba, y con cada respiro Fie trazaba el camino de los brujos de piel, buscaba las garras de sus hechizos de rastreo, la distancia entre ellos. No aumentaba con bastante rapidez, pero lo hacía lo suficiente para que ella continuara entrelazando diente tras diente a su tríada.

Ese viejo dolor de cabeza también iba creciendo, había comenzado cuando se abrieron paso por un puente de cuerdas colgado a través de un gran desfiladero con áreas de hielo. Fie luchó contra el dolor lo mejor que pudo. Este solo era otra nota en la armonía que, por todos los dioses muertos, tendría que mantener hasta que dejaran atrás el Paso de Misgova.

Después, cuando el sol de mediodía llegaba a su cénit, un mareo la golpeó y Fie cayó de rodillas. Vomitó bilis y logró recomponerse apenas lo suficiente antes de que los dientes de Gorrión se deslizaran en disonancia.

—¿Es por los dientes? —preguntó Jasimir.

—Es la altura —respondió Tavin mientras Fie se limpiaba la boca con un poco de nieve limpia—. Mal de montaña. Algunas personas no están acostumbradas a escalar tan alto.

—Sí —dijo Fie con voz ronca y dejó que el Halcón la ayudara a ponerse de pie, sus manos se quedaron un momento en las de ella—. Solo... sigamos. Tenemos que atravesar el paso.

—Puedo llevarte. —Tavin la agarró con más fuerza.

—No, con esa mochila no puedes. —Obligó a sus pies a avanzar de nuevo en un doloroso tambaleo—. Vamos. Atravesaremos el paso esta noche o no lo conseguiremos.

Siguieron avanzando y subieron por un sendero zigzagueante sobre un terreno que era aún más escarpado. Solo los sencillos

puentes de cuerdas marcaban el paso de cualquier forma de vida por aquí, amarrados entre peñascos, sobre desfiladeros, a lo largo de pendientes verticales. Acababan de pisar uno cuando el viento los azotó: tiró de la capa de Fie y atravesó los harapos y las pieles que llevaba debajo. Ella giró su cara hacia la piedra solo para evitar que la arena se metiera en sus ojos, cerrados con fuerza.

—*Seguid avanzando* —gritó Jasimir cuando el puente se sacudió.

Fie se movió con dificultad por la cuerda temblorosa deslizándose de rodillas. Otra ráfaga de viento obligó a que sus ojos se mantuviesen cerrados. Buscó a tientas hasta que sus dedos encontraron el hueco entre las tablas heladas, luego se empujó hacia adelante. Una tabla. Dos. Cuatro. Perdió la cuenta mientras se arrastraba contra el rugido del viento.

Por fin su mano arañó piedra sólida. Se arrojó sobre la bendita tierra firme, reptó hasta el refugio bajo un peñasco donde el príncipe ya se había acurrucado, luego se convirtió en un ovillo tembloroso. Un momento después algo pesado y cálido se dejó caer sobre ella. Tenía una idea de quién era.

—No hagamos esto nunca más —resolló Fie.

—Tengo malas noticias para darte —dijo Tavin contra su hombro, con voz amortiguada por el frío y los harapos—. Tenemos que hacerlo de nuevo. Muchas veces. —Entonces ella se enderezó con un quejido—. ¿Cómo estás?

Ella se empujó para ponerse de rodillas.

—Resistiré.

—Estoy bien —señaló el príncipe con brusquedad, detrás de ella—. Vamos.

Tavin la ayudó a ponerse de pie otra vez. Los huesos de Fie parecían huecos y enfermos con la canción de los tres dientes. Se

meció hasta que él la afirmó.

—Estamos casi en la cima —la alentó—. Ya casi hemos llegado. Solo resiste.

Esta vez, él no soltó su mano y la sujetó mientras avanzaban a tropezones a través del frío.

La vista de Fie se iba debilitando a cada paso, su cabeza latía. Un mantra, casi una plegaria, surgió en la confusión: *Mantén la armonía. Conserva los ojos abiertos. Cumple el juramento. Cuida de los tuyos.*

El mundo pasó a ser hielo de un blanco cegador y dura roca negra, pisada tras pisada, picos borrosos y pulmones ardientes y ácido en su lengua.

Mantén la armonía.

Escalaron y escalaron, alto y más alto, hacia una nieve que los dobló y los tragó hasta la cintura, con un viento que casi los arranca de la tierra.

Cumple el juramento.

El sol se había hundido casi por la mitad en el horizonte cuando Tavin se detuvo.

—Ahí. —Señaló adelante una protuberancia apenas más elevada—. La cima. Después de esto, atravesaremos el paso enseguida. Luego enviaré el halcón mensajero a Draga para que encienda la almenara de plaga de Trikovoi y todo lo que tendremos que hacer es caminar desde allí. Solo un poco más, Fie.

Ella intentó asentir. Intentó mantener los ojos abierto. Intentó sostener la armonía.

No pudo.

Cuida de los tuyos.

Sus rodillas cedieron. Los dientes estallaron en un grito disonante, luego se ahogaron bajo el rugido en sus oídos.

Mientras todo se desvanecía, una parte de Fie susurró: *Solo tienen que atraparte una vez.*

Cuando sus ojos dejaron atrás las sombras, el mundo estaba inclinado, se mecía con constancia y firmeza. El rostro tenso de Tavin sobre ella se sumergía en un cielo que había comenzado a perder su luz. Había terminado cargándola finalmente.

Temblando, Fie llamó tres dientes de Gorrión a la vida, pero ya sabía lo que encontraría. Las redes de los hechizos de los brujos de piel se desprendieron de los chicos y ella, pero el daño estaba hecho. Los Buitres habían cambiado de rumbo hacia Trikovoi. Les había costado la ventaja y había traicionado su destino en una sola caída.

Cuida de los tuyos.

Había fallado en cumplir la única regla que tenían los Cuervos. Las lágrimas rodaron por su cara y se congelaron allí.

—Estaremos bien —susurró Tavin.

El susurro de ella se entrecortó a la mitad:

—Lo siento.

Jasimir apareció de golpe en su campo visual e hizo una pausa al lado de Tavin.

—¿Y ahora qué? Los Buitres saben...

—Seguimos adelante. —Tavin hizo precisamente eso, dejando al príncipe atrás.

Jasimir caminó para alcanzarlo.

—No dejas de decir eso, pero no está funcionando, ¿o sí? ¿Vamos a seguir haciendo precisamente lo que Tatterhelm cree que vamos a hacer? ¿Para qué, si *ella* no dejará de revelar nuestra ubicación?

—Ya basta, Jas. —Por primera vez, Fie escuchó una clara advertencia en la voz de Tavin.

—Es hora de ir con los Halcones. Si ella no puede desorientar a los Buitres...

—Ya. Basta.

—¡Mi vida, *nuestras* vidas están en juego aquí! —gritó Jasimir—. ¡Ofrezco mis condolencias si eso choca con quien quieres en tu cama esta semana!

Tavin se detuvo. Sus manos temblaron donde aferraban a Fie, la rabia lo recorrió como una ola de calor.

—Bájame —le pidió Fie, en parte para evitar que dijera algo estúpido.

Tavin la dejó de pie.

—¿Puedes caminar?

—Sí. —Fie se bamboleó un momento antes de plantarse con fuerza en la nieve.

Entonces, abofeteó al príncipe.

Un estridente chasquido resonó contra la piedra y él se quedó mirándola boquiabierto, con una mano en la mandíbula. Los ojos del príncipe se dispararon hacia Tavin antes de crisparse nuevamente hacia ella.

—Antes que nada —gruñó Fie—, mantén la voz baja aquí, a menos que quieras generar una avalancha. Segundo, *sí*, he jodido las cosas. Probablemente lo volveré a hacer. Pero, que Ambra me ayude, deja fuera de esto quién se acuesta con quién o juro por todos los dioses muertos que...

—¿Que qué? —escupió Jasimir—. ¿Me dejarás morir aquí arriba? ¿Dejarás que la Cofradía de las Adelfas pisotee a tu casta?

—Lo triste —siseó Fie— es que realmente crees que eres mejor que Rhusana.

Todo el rostro de Jasimir se tensionó, después se frunció. El

viento aulló a través de la protuberancia de la cima detrás de ellos.

Después de un momento, Tavin habló, con más suavidad ahora.

—Cambiar el rumbo ahora no ayuda en nada. Trikovoi sigue siendo el fuerte más cercano en el Marovar. Y aún tenemos que atravesar el paso esta noche.

Sujetó la mano de Fie y bajó por un banco de nieve.

—Por si te lo preguntas —dijo después de mucho tiempo—, así es cómo se trata con el rey. Y todos sabemos que Jas es mejor que eso.

Fie no estaba tan segura. Pero se lo guardó para sí.

—¿El rey hace un berrinche cuando sus Halcones dejan de adorarlo por una hora?

—El rey hace un berrinche cuando otros quieren sus juguetes. Jas es más parecido a su madre. —Tavin hizo una mueca—. Y tenías razón. Tiene miedo de que esté abandonando mi deber.

Fie ladeó la cabeza. El príncipe parecía bastante vivo para ella.

—¿Cómo?

Él apretó su mano y le ofreció una sonrisa cansada.

—Por ti.

—Ah. —Fie no pudo evitar sonreír.

—No esperaba encontrar sentido y propósito cuando fingí mi muerte, pero aquí estamos.

—Aquí estamos —repitió Fie—. Yo no esperaba todo este lío cuando creí que estábamos recogiendo a dos lorecillos muertos.

—Dos lorecillos muertos excepcionalmente atractivos y encantadores.

—Debería haber incendiado la casilla de cuarentena con los dos adentro.

—Y yo que pensaba que el romanticismo no corría por tus venas.

—No te acostumbres —respondió y se dio cuenta de que esto era lo que quería: sus bromas, su risa, sus manos en las de ella mientras viajaban. Incluso con los brujos de piel acechándolos a cada paso, la idea de caminar las carreteras de Sabor con los suyos a su espalda y él a su lado... eso era algo que quería tener.

Si salían de esta.

Delante de ellos, montaña tras montaña arañaban el cielo; a sus espaldas, el príncipe apretaba los dientes.

En algún lugar allá afuera esperaba Trikovoi. En algún lugar demasiado lejos de allí.



Siguieron avanzando.

Después de que el sol se hundiera debajo del horizonte, la Luna menguante del Pavo Real alumbró su camino, reflejándose contra la nieve y el hielo y la roca mojada. Más de una vez, Fie miraba atrás al rastro irregular que habían trazado y se estremecía. Los Buitres no necesitaban hechizos para seguirlos a estas alturas.

Durante toda la noche avanzaron dando tropezones. La nieve dio paso a la roca y la roca dio paso a la gravilla y al musgo fino y malicioso. Las cuestas se elevaban y caían en riscos empinados y cuencas poco profundas, puente de cuerda tras puente de cuerda cruzaban el único camino hacia adelante.

Finalmente llegaron a los árboles, pinos estrechos cual látigos agrupados como si se hubieran apiñado para darse calor. Sus ramas negras se tragaron la luz de la luna hasta que no hubo nada que pudieran ver. Fie durmió unas pocas horas acurrucada en los brazos de Tavin, después lo obligó a intercambiar guardias para que él pudiera descansar, se quedó observando la noche con la cabeza plegada bajo el mentón de su Halcón. Cuando el sol

apareció por el horizonte, repartieron en tres partes unas tiras frías y grasientas de carne seca y partieron.

Al mediodía, cuando Fie miraba la cumbre de Misgova, podía ver Buitres que se abrían camino a caballo por el paso.

Siguieron adelante.

Para media tarde, los huesos de Fie cedieron, demasiado agotados para llevarla a ella y a los dientes. Tavin la levantó una vez más y no la bajó hasta que las montañas se volvieron demasiado oscuras para continuar.

Ella insistió en hacer la primera guardia. Cuando él se despertó para la segunda, le pidió un glamur de Pavo Real.

En la oscuridad y a través de las lágrimas, le dio un rostro tan parecido al del príncipe como pudo.

Cuando Fie se despertó, solo quedaba media legua entre ellos y los brujos de piel.

Siguieron adelante.

Los espinos se enredaban en las cuevas y sus púas arañaban sus brazos. Después de que el príncipe se enredara en un zarzal por cuarta vez, Tavin los guio lejos de los bosques y a plena vista, pero lejos de trampas. Persiguieron el sol naciente hacia el este entre desprendimientos rápidos de piedras y a través de un cañón torcido con peñascos que parecían grandes dedos grises.

Para el mediodía, entre respiraciones agitadas y el grito de su tríada de dientes, Fie podía oír el tenue golpe de los cascos contra la piedra. Tavin intentó hacerlos salir de las planicies abiertas ahora y se dirigió hacia desfiladeros o cuevas salpicados de peñascos y salientes. Los clavos en las suelas de Fie se habían desgastado hasta ser casi protuberancias sin filo a medida que mordían senderos de roca desnuda.

Después, cuando el sol empujaba el horizonte occidental, el terreno irregular se terminó. Los tres se detuvieron detrás de un peñasco para sopesar sus opciones: un desfiladero amplio y no demasiado profundo hacia abajo o un trecho de piedra quebradiza adelante. Tavin dio un paso experimental en el desprendimiento. Una se soltó y desató una pequeña cascada. Echó una mirada hacia atrás por encima de su hombro. Fie siguió su mirada y no vio ningún Buitre, pero eso no significaba nada para ella.

—El desfiladero no nos dejará expuestos —señaló.

—Es más rápido por aquí —dijo Tavin, seco—. Solo tenemos que cruzar antes de que lo noten.

—De acuerdo. —El príncipe caminó sobre el desprendimiento sin mirar atrás.

Fie lo siguió, inquieta. Las rocas se deslizaban y rodaban bajo sus pies mientras ella luchaba por seguir el ritmo, no perder el equilibrio, mantener la armonía. Ola tras ola de piedra quebradiza cayó por la pendiente a su paso. Aunque los Buitres no pudieran atravesar su tríada de dientes de Gorrión, este espectáculo prácticamente los delataría.

La espada rota de Pa le golpeaba la cadera a un costado, la bolsa de dientes se mecía del otro.

Tienes que cumplir el juramento, Fie.

A medio camino por las piedras quebradizas, el príncipe cayó.

Todo sucedió más rápido de lo que Fie creía posible:

En un latido, Jasimir avanzaba tambaleándose delante de ella.

Al siguiente, se había resbalado varios metros y rodaba en un enredo de laja y harapos.

Patinó hasta detenerse y se puso de pie vacilante, pero entero. Debajo de él, la oleada de rocas que caían creció y creció hasta que

piedras del tamaño de la cabeza de Fie se vinieron abajo por la cuesta en una cacofonía de restallidos.

Entonces, un funesto cuerno de caza sonó por encima de la caída de rocas, extendiéndose desde el valle a sus espaldas.

Los Buitres los habían encontrado.

—¡Dirigíos al desfiladero! —Fie corrió cuesta abajo, deslizándose a medias cuando los apoyos cedían y se movían. El rugido de su sangre chocó contra el estruendo de las rocas que se desplomaban. Luego bajaron la velocidad y se detuvieron al borde del cañón y ella se dio cuenta de que parte del ruido venía de los cascos que avanzaban hacia ellos.

Se apresuraron hacia un sendero de caza empinado que serpenteaba hacia el interior del cañón, pero apenas habían avanzado cuando Tavin los detuvo de un tirón. A menos de media legua cuesta abajo, unos jinetes entraban al galope en la boca del desfiladero.

—Puente —jadeó Jasimir, señalando un puente de cuerda más abajo que cruzaba la separación más estrecha del desfiladero—. Si no nos ven cruzar...

—Hecho. —Tavin giró sobre sus talones. Fie maldijo al dios muerto que había inventado las montañas, le ardían las piernas mientras la pura desesperación la llevaba de regreso hacia arriba por el sendero de caza. Algo cobreño manchaba cada respiración agonizante. Llegaron al puente un minuto después, entornando los ojos hacia el cañón. Los jinetes rugían hacia ellos, apenas a un cuarto de legua de distancia, tras unas curvas de las paredes del cañón.

Fie dio un tumbo hacia el puente. Tavin agarró su brazo.

—Espera. —Tocó sus labios con dos dedos. Se mancharon de rojo

—. Fie, tienes... tienes que soltar los dientes.

—Nos encontrarán —susurró ella, la montaña y el cielo daban vueltas en sus ojos.

—Definitivamente nos encontrarán si te mueres. —Sus manos envolvían los hombros de Fie—. Suéltalos.

—Pero... —Los ojos de Jasimir estaban fijos en los jinetes Buitres.

Cuida de los tuyos. Fie negó con la cabeza. No Misgova. Otra vez no. Ella era jefa.

—*Suéltalos.* —Las manos de Tavin la aferraron con más fuerza.

Su vista se nubló antes de que pudiera siquiera responder. Solo la desesperación la había mantenido en movimiento hasta este momento, ella lo sabía tanto como él. Un instante de desconcentración era todo lo que se necesitaba.

Fie flaqueó.

Un diente se escurrió, luego el segundo y el tercero.

—Al puente. Ahora. —Tavin hizo un gesto al príncipe para que avanzara, luego guio a Fie por las tablas bamboleantes, con una mano sobre su espalda.

Otro cuerno de caza aulló por la piedra.

El suelo del cañón subía y bajaba debajo de ellos, ni siquiera a tres hombres de altura. Fie estaba a punto de vomitar.

—Resiste. —Las yemas de los dedos de Tavin presionaron entre los hombros de Fie, en una firme media luna—. Solo tenemos que atravesar el puente.

Jasimir miró atrás.

—No podemos superarlos. No de esta forma.

—Sigue avanzando —ladró Tavin.

El relincho de un caballo desgarró el aire del desfiladero.

Fie intentó apuntar los ojos al final del puente, a un punto fijo.

Atravesar el puente. Mantenerse de pie. Seguir.

El ruido de los cascos se alzó como la marea.

—No lo conseguiremos —gritó el príncipe—. Quizás podamos negociar...

—Negocian con flechas, Jas. Sigue avanzando.

—¡Ya hemos perdido! —Jasimir se detuvo y giró, a unas pocas tablas del final del puente—. Se terminó. Ella está demasiado débil...

—Fie —interrumpió ella, casi sin voz.

—¿Qué?

—Sabes mi nombre. —Escupió sangre hacia abajo, al desfiladero—. Estoy a punto de morir por ti, no estaría nada mal que lo uses, maldita sea.

Jasimir miró de ella a Tavin y respiró hondo.

—Ellos... no vienen por vosotros. Si me entrego, vosotros dos podréis huir.

El viento y el ruido de los cascos y los cuernos de caza chocaron contra las paredes del desfiladero.

El semblante de Tavin se endureció. Miró el cañón y el puente y luego miró al príncipe.

—Sí —dijo Tavin—, vosotros podéis.

Atrajo a Fie hacia él y presionó un beso rápido, suave, en su boca.

—Irás todo bien —susurró.

Y luego la empujó por la espalda.

Fie se estrelló contra el príncipe. Ambos cayeron, no sobre las tablas destartaladas, sino sobre tierra firme, del otro lado del desfiladero, finalmente.

Un acero repiqueteó y destelló. Fie se puso de rodillas. Algo cayó desde sus brazos al suelo al lado de ella: la mochila de Tavin y algo

frío y pesado...

Una funda. Una espada corta. Intacta.

Tavin estaba arrodillado sobre una tabla, con una mano envuelta en una cuerda, la otra sostenía en alto la espada que le quedaba.

Su voz sonó tan fuerte como el hierro.

—Cumplid el juramento.

Y en un solo movimiento mortal, cortó las cuerdas del puente.

Pasó más rápido de lo que Fie creyó posible:

En un latido, sus ojos miraban los de ella.

Puedo hacer algo mejor con mi vida que morir.

Al siguiente, él ya no estaba.

TERCERA PARTE
BASTARDOS Y DIOSES



I7

PEQUEÑA TESTIGO

Donde cuernos y cascos y el aullido del viento habían bramado, ahora reinaba el silencio.

Fie no oyó a Tavin caer contra el suelo. No oyó al príncipe gritando al lado de ella. No oyó los alaridos triunfales de los brujos de piel al oler su victoria cerca.

No oyó nada más que el rugido horrorizado en su cabeza.

Jasimir gateó hasta el borde del cañón, su boca se movía bajo la decreciente luz del sol. ¿Gritaba? ¿Estaba llamando al Halcón? ¿A los Buitres?

Cumplid el juramento.

Se había ido, él se había ido...

Tienes que cumplir... tienes que...

Tenía a un príncipe gritando y un puente roto y una bandada de Buitres que venía por su cabeza. Y tenía una parte suya muy fría que sabía que, pasara lo que pasara, si Tatterhelm los atrapaba, caería un infierno sobre ellos.

Con un sollozo entrecortado, sacó la espada rota de Pa. Luego se lanzó sobre el príncipe.

Él no la vio venir. Ella se estrelló contra su espalda y lo derribó al suelo. Algo crujió en la mochila del príncipe.

—¿Qué demonios estás *haciendo*? —dijo él sin aire.

—Quédate recostado —gruñó ella, entre lágrimas—. Nos delatarás.

Jasimir se agitó frenéticamente en un intento por quitarla de su espalda.

—No, tenemos que ayudarlo... no puede... no podemos...

Los cascos frenaron abajo. Si el príncipe seguía gritando, estarían todos jodidos.

Fie volteó la espada rota y apuntó su punta serrada, temblorosa, al ojo derecho de Jasimir.

—Quédate quieto y cállate, o si no —amenazó ella, con hielo en la voz, hielo en su columna, hielo en sus tripas—. Puedes ser rey sin un ojo.

Jasimir se quedó inmóvil. Por una vez, había creído sus palabras.

—¡... no entendéis!

La voz de Tavin se elevó desde el desfiladero.

—Yo no soy... vosotros... estáis tras el príncipe, ¿verdad? —gimió—. Él me abandonó, él y esa Cuervo... cortaron el puente...

—Cállalo. —Una voz grave y áspera rodó contra las piedras. Fie la había escuchado antes: *Asuntos de la reina*.

Fie escuchó un *crac* y un breve aullido. Si se estiraba, podría echar

un vistazo por encima del borde...

Los Buitres rodeaban a Tavin, lo habían atrapado contra la pared de roca más lejana, de espaldas a ella. Tavin había tirado de sus mangas para que cubrieran sus manos y muñecas y ocultaran su quemadura. Su hombro izquierdo estaba caído de una forma que revolvió el estómago de Fie y su boca y mentón estaban manchados con sangre brillante bajo la luz mortecina.

—No, estáis equivocados —sostuvo Tavin, que daba tanta lástima como Barf cuando pedía sobras—. Soy el *doble*. El príncipe ha huido con esa chica. Me engañaron, cortaron el puente cuando lo estaba cruzando. Solo soy un señuelo para retrasarlos.

Jasimir se retorció debajo de ella. Fie acercó la punta de la espada. Tavin siempre tenía algún plan bajo la manga, tenía que creer en él...

¿Y si ese plan era morir por el príncipe?

Sus dedos resbalaron un poco sobre la empuñadura.

Inhaló con fuerza por la nariz mientras imaginaba que un hierro helado le atravesaba la columna para mantenerla firme.

—Si dice la verdad, estamos perdiendo el tiempo. —Un tercer brujo de piel giró para observar el cañón. Fie se agachó fuera de vista.

—Es una mentira descarada. —La pronunciación alargada de Viimo hizo eco hacia arriba—. Al principito no le gustan las chicas. No huiría con una. El doble es el que tiene un antojo por la Cuervo.

—No —rogó Tavin—, me han dejado, *me han dejado*...

Fie sabía que era un ardid. Conocía bien su juego ahora: dejaría que masticaran esa mentira a medias y nunca sabrían que habían tragado otra completa.

Aun así, las palabras desgarraron sin misericordia su corazón.

Ella lo había abandonado al igual que había abandonado a los suyos en Cheparok, en manos de asesinos, todo por el maldito juramento.

—Este es demasiado escandaloso para ser un Halcón —observó otro brujo de piel—. Estoy con Viimo.

—Tenéis que creerme —balbuceó Tavin—. Están escapando...

—Cállate. —Otro chasquido y otro grito. Las tripas de Fie se retorcieron.

Quería prender fuego el cañón. Quería limpiar la sangre de la cara de Tavin. Quería que no quedara nada de los brujos de piel salvo tierra chamuscada.

El acero roto tembló en su mano, a menos de un dedo de distancia de Jasimir.

—Hay una forma de estar seguros —rugió Tatterhelm—. Ponedlo a prueba.

¿*Ponedlo a prueba?* No se atrevió si quiera a echar otro vistazo. Oyó un tintineo, un suave *rasp-rasp-rasp*, luego un siseo. Los murmullos se extendieron entre los Buitres.

—Sí —afirmó Viimo—. Se ha terminado. Este es nuestro príncipe.

—Amarradlo —ordenó Tatterhelm—. Enviaremos un halcón mensajero a la reina cuando regresemos a la caravana.

El aire se volvió espeso con el forcejeo, los gruñidos y los caballos que resoplaban. Fie se quedó quieta, firme, mantuvo la espada rota apuntada al ojo del príncipe por temor a que destruyera todo, mantuvo los pensamientos sobre Tavin lejos.

Tembló. Las lágrimas corrieron hasta su mentón y aterrizaron en el pelo polvoriento de Jasimir. Se dijo a sí misma que no se apenaría.

Parte de ella sabía que no lo haría. La pena cicatrizaba las

heridas. Esto, ahora... lo que todo esto significaba era que ella aún no podría parar de sangrar.

Un cuerno aulló la orden de marcha a un coro de gritos de victoria. Lentos e imparables, los cascos y los cuernos se escurrieron lejos del desfiladero, hasta que solo quedó el bramido del viento.

Tavin se había ido.

Fie rodó al lado del príncipe y, por un largo rato, miró el cielo, que se oscurecía como una magulladura.

Quería la sonrisa de Tavin. Quería que sus brazos la rodearan, el calor de él contra su espalda, ese momento, ni tres días atrás, en el que había creído, realmente había creído, que quizás los dos podían arreglar las cosas.

Pero no importaba lo que ella quería cuando estaba lejos, tan lejos de su alcance.

En los largos y aterradores meses posteriores a que encontrara los restos de su madre, noche tras noche, había hecho guardia con Pa. Madcap, que había llegado a la bandada después que Fie, la llamaba Little Witness, que significaba «pequeña testigo»: la diosa muerta de los Cuervos, una niña mendiga que veía todas las maldades y las registraba para el juicio de la Alianza. Probablemente, Fie se veía así cuando observaba la oscuridad debajo de la capa de Pa con sus grandes y solemnes ojos negros, su pelo en mechones desgredados que no permitía ni que Wretch peinara.

No pasó demasiado para que alguien le contara lo que había pasado con la madre de Fie a Madcap, que ya no volvió a llamarla Little Witness. Pero Pa jamás le dijo a nadie la verdad: Fie solo hacía guardia porque no podía soportar sus pesadillas.

En lugar de eso, Pa le contaba historias.

Le contaba historias de bromistas y reinas mientras observaban sentados las carreteras, en busca de extraños en la noche. Le habló sobre héroes que lucharon contra monstruos de más allá de las montañas y los mares. Le habló sobre Ambra y el tigre que montaba, los villanos que había vencido, los fuegos que había encendido por todo Sabor. Le contó que todos los brujos de todas las castas eran un dios muerto renacido, incluso él. Incluso ella.

Y cuando Fie por fin se quedaba dormida, no veía a su madre. Veía aventuras mayores que su mundo de caminos polvorientos y muertos amortajados. Y quería creerle a Pa: hace mucho, mucho tiempo, ella podría haber sido una diosa.

No se sentía como una ahora.

Se sentía Little Witness. No había hecho otra cosa que mirar.

El cielo sobre ella nadó en sus lágrimas.

Todo esto era consecuencia de sus actos. Ella había elegido este camino. Ella misma había negociado el juramento. Y si hubiera sido más fuerte, si hubiera sido una mejor bruja, si hubiera comprendido lo que Tavin pretendía hacer...

No. Una bruja más fuerte tampoco habría podido hacer todo el camino a Trikovoi. Tavin sabía que este día llegaría; lo había planeado durante diez años.

Ese es el juego, ¿comprendes? No tienen nada que perder al jugar con nosotros.

Sus propias palabras volvieron en eco, frías y duras.

Y no hay forma de que nosotros ganemos.

Siempre iba a terminar así.

No era ni una diosa ni una heroína en una gran misión para matar a una bestia de más allá de los mares.

Era una jefa. Y su monstruo estaba sentado en un trono.

Entonces, lo hacéis para evitar mayores pérdidas, había dicho Tavin.

Era más difícil de creer cuando cada pérdida tenía un nombre. Tavin. Pa. Wretch. Madcap. Swain. Toda su familia.

Incluso Hangdog.

El juramento, el juramento, ese maldito juramento se los había tragado enteros.

Ese maldito juramento era todo lo que le quedaba.

Y por todos los dioses muertos, iba a cumplirlo. Había una forma de salir de esta carretera y era caminarla hasta el final.

Fie respiró hondo y cerró los ojos. Si no pensaba en él, no pensaba en ninguno de ellos, podía hacerlo.

Fie se sentó, dolorida de pies a cabeza, luego gateó hasta la mochila de Tavin. Jasimir no se movió del suelo, sus ojos estaban cerrados con fuerza, su boca se movía en una aparente plegaria silenciosa. Solo captó algunas palabras:

—... *no deshonraré a mi sangre... un Halcón que... no abandonar...*

Las manos de Fie temblaron mientras desanudaba las cuerdas que cerraban la mochila.

Las palabras se volvieron más claras ahora.

—... *seguiré hasta que deba liderar. Protegeré hasta que deba atacar.*

Fie cortó los nudos con la espada de Pa.

—*Por mi sangre, juro que serviré a mi nación y al trono por encima de todas las cosas.*

No miró la espada enfundada de Tavin, que aún yacía en la tierra.

El murmullo del príncipe cesó. Jasimir se sentó para mirarla con odio. Rastros frescos bajaban por sus mejillas desde sus ojos enrojecidos.

—Eso... eso no es tuyo.

—Lo sé —respondió, inexpresiva—. Tendrás que cargar una

parte también.

—Pertenece a Tavin —dijo Jasimir—. Es de él.

La boca de Fie se retorció. Se acercó a la mochila y sacó la olla.

—Él sabía lo que hacía.

—Tenemos que ir a buscarlo. Los Halcones no abandonan a su sangre.

—Él quería que cumpliéramos el juramento.

—Basta ya. Deja de decir «sabía» y «quería». No está muerto.

La olla cayó al suelo. Ella no respondió.

Aunque no notaran el evanescente glamur de Pavo Real, tarde o temprano uno de los brujos de piel detectaría la cicatriz que rodeaba la muñeca de Tavin, una quemadura que un príncipe Fénix, a prueba de fuego, jamás tendría. Fie solo rezó por que se percataran antes de que dejaran de encontrarles uso a los rehenes.

—No está muerto —repitió Jasimir, furioso.

Fie solo sacó una capa extra del bolso y con ella envolvió su puño tembloroso. Su silencio solo parecía avivar la furia del príncipe.

—Se entregó solo para que tú pudieras escapar —despotricó—. Hizo esto por *ti*. Y tú ni siquiera... tú ni siquiera vas a ir por él. No te importa.

Fie mordió su lengua con fuerza, lo bastante para que sangrara. Luego miró el modesto bulto que formaban las provisiones de Tavin y decidió que lo cargaría todo ella al final. Lo que fuese con tal de salir cuanto antes este maldito cañón.

—Podrías haberlo salvado. Tienes todos los dientes de Fénix de Sabor. ¿Por qué no hiciste nada? Solo dejaste que hicieran...

Fie finalmente recogió la espada de Tavin y se puso de pie.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó Jasimir, que se apresuró a levantarse.

—Debemos irnos —gruñó en respuesta Fie.

—¡Ni por los doce infiernos! —La voz de Jasimir se entrecortó—. Vamos a ir por él.

—Cierra la boca. —Necesitaba que dejara de hablar de Tavin. Necesitaba evitar mayores pérdidas y seguir adelante, partir antes de que se jodiera otra cosa.

—No has hecho *nada*, es por tu culpa...

Fie dio media vuelta.

—Sí, seguro, todo es por mi culpa. Nada tiene que ver que no dejases de machacar con los *Halcones* y el *deber* y cómo *él* debía mantenerte vivo...

—No lo detuviste, lo dejaste ir... —escupió Jasimir.

—... Y es por mi culpa que la rata inmunda de tu primo se volviese en nuestra contra en Cheparok, y estoy segura de que es por mi culpa que tu maldito *papi* dejara que las Adelfas se fortalecieran tanto como para influir a la reina, sí...

—No hables de política si no sabes...

—... y, por supuesto, cuando todo esto se vaya a los doce infiernos, porque nadie en su sano juicio creerá que hay algo de Ambra en *ti*, eso también será por mi culpa, ¿no?

—¿Cuánto más dejarás que te arrebaten? —Las manos del príncipe se cerraron en puño—. Tienen a tu padre, tienen a tu familia y ahora tienen a Tavin. ¿Qué *más* sacrificarás?

Fie giró, en parte para disponerse a partir, en parte porque sus labios temblaron.

—Tenemos que cumplir el ju...

—¡Me *cago* en el juramento! —Jasimir la empujó desde atrás. La espada cayó estrepitosamente al suelo al deslizarse de su mano.

Fie se quedó quieta un momento, respirando con fuerza. Después

recogió la espada y dio media vuelta, despacio, para enfrentarse a Jasimir. Este tenía el mentón levantado y sus ojos ardían a la luz del sangriento anochecer.

—Dilo otra vez —dijo Fie con tono áspero.

Él le lanzó una mirada de odio ciego, las lágrimas trazaban líneas frescas en su cara.

—Me. Cago. En. El. Juramento.

El hierro que recorría la columna de Fie cedió ante el fuego asesino.

Entonces, ocurrió algo curioso: el príncipe heredero de Sabor miró a Fie y por primera vez, un miedo se coló en sus ojos.

Quizás era la espada que ella tenía y él no. Quizás fue el recuerdo de lo que ella le había hecho a Viimo y el saber que más dientes de Halcón esperaban en la bolsa que Fie llevaba.

Quizás fue el hecho de que, para la mayoría de la nación, él estaba muerto.

Por primera vez, los dos comprendieron que él estaba completamente a merced de ella.

Fie ladeó la cabeza, sus ojos brillaron, afilados. Una parte de ella había estado lista para esto desde el momento en que él había intentado no sellar el juramento. El príncipe podía escupir su basura moralista todo lo que quisiera, pero ella había sabido lo que sucedería en cuanto dejara de ser fácil cumplir su palabra. Y aquí estaban.

«¿De qué vale su palabra», había dicho Hangdog, «cuando es como si estuvieran muertos?».

Nada, después de todo. No valía nada.

Podría ser tan fácil. Podría llevar al príncipe hasta el campamento de Tatterhelm a punta de espada. Lo intercambiaría

por todos los rehenes. Les compraría algo de tiempo.

Cuidaría de los suyos.

«Eres la chica con todos los dientes», había dicho Viimo en una duna lejana. «Quizás podamos negociar contigo también».

Al igual que habían negociado con Hangdog.

Una pesada desesperación sofocó ese fuego despiadado. Sí, podría entregarle el príncipe a Tatterhelm. Después, el brujo de piel llenaría a su familia de flechas, solo porque podía.

Y aunque ella pudiera rescatarlos a todos, solo tendría, como mucho, una luna antes de que las Adelfas tiñeran las carreteras de rojo con sangre de los Cuervos.

Podía tener todo el fuego y el acero del mundo, pero ella siempre sería una Cuervo. Todo lo demás eran historias de Pa, un juego infantil en el que jugaba a ser una heroína, una niña pequeña montada en una cabra, sosteniendo un palo y llamándose a sí misma Ambra.

—Ese juramento —se forzó Fie a decir tras un sollozo atragantado— es todo lo que me queda. Y me ha costado todo. *Todo*. Así que ahórrame tu sermón sobre lo que he sacrificado. No te importó cuando perdí a toda mi familia, mientras estuvieras a salvo. Mientras yo mantuviera el juramento. ¿Sabes por qué te hice jurar por la Alianza? Porque sabía que en cuanto el juramento comenzara a molestar, huirías.

—Resulta que eres mejor que yo en eso de dejar a tu familia. Vete si quieres. Yo no abandonaré a mi sangre. —Los ojos de Jasimir destellaron en la penumbra.

Fie lo contempló durante mucho tiempo. El hielo se hizo con su voz.

—Sí. Voy a Trikovoi. No tengo elección. Y tú tampoco. Vas a

venir conmigo.

Jasimir la observó con los puños apretados. Después se sentó en la tierra, de espaldas a ella.

—Inténtalo.

El atardecer terminó de morir y el frío se asentó en la ladera en forma de niebla.

Fie frotó su cara con una manga áspera hasta que las lágrimas desaparecieron.

Se dirigió hasta el príncipe, rodeó con ambos brazos las tiras de la mochila que este llevaba sobre su espalda y comenzó a caminar.

—Ey... ey... —chilló Jasimir en protesta mientras ella lo arrastraba—. ¡Detente!

—No. —Fie observó el horizonte en busca del último rastro del ocaso consumado. Trikovoi yacía al noreste; el sol y la luna tendrían que ser su compás.

Después trastabilló y cayó hacia atrás. Jasimir había deslizado sus brazos afuera de las tiras.

Fie se puso de pie de un salto, antes que él. En una salvaje embestida, lo sujetó del cuello de su túnica. Y se dispuso a caminar otra vez. Los clavos desafilados de sus suelas crujieron contra la tierra pedregosa.

Jasimir iba detrás, en parte tropezando y en parte arrastrado.

—Suél-ta-me —jadeó—. Estúpida... te ordeno que... *te ordeno...*

Fie lo soltó, después lo empujó con odio al suelo.

—Escúchame —dijo con dientes apretados—. *Cumplirás* tu juramento. Para eso se entregaron Pa y Tavin y tú lo sabes. Así que tú y yo podemos caminar a Trikovoi despacio y en paz, tal como ellos nos pidieron. Ni siquiera tenemos que fingir que nos agradamos. O, por todos los dioses, te arrastraré yo misma hasta

Trikovoi.

Se giró hacia el noreste y señaló el cuarto creciente que guiñaba desde el cielo.

—Queda una semana de la Luna del Pavo Real. Elige rápido.

Comenzó a caminar.

Durante un momento, escuchó solo sus propias pisadas raspando el suelo.

Después escuchó un movimiento. Las pisadas del príncipe rechinaron detrás de ella.

No volvieron a dirigirse palabra alguna mientras caminaban en silencio, rígidos y vacíos, en la creciente oscuridad.



I8

COMO LA PIEL

Avanzaron tambaleándose por cerros y planicies, a través de la noche y la oscuridad, y se detuvieron solo cuando el amanecer levantó un pulgar a lo largo del filo oriental. Descansaron durante una escasa media hora, comieron uvas pasas y un panchato ya muy pasado que cayó como una piedra en el estómago de Fie, duro como el silencio entre el príncipe y ella.

Él no rezó al amanecer esta vez.

Mientras masticaban, Fie llamó a dos dientes de Buitre, con una mano sobre la empuñadura de la espada de Tavin. Se dijo a sí misma que solo necesitaba saber que los brujos de piel no habían retomado su caza.

No lo habían hecho. El rastro de Tavin llevaba a los bosques que

habían dejado atrás, más lejos de ella que nunca.

El nudo en su garganta se ciñó aún más. De repente, Fie ya no pudo soportar seguir sentada en silencio. Se puso de pie, se puso su bolso, revisó su mapa, observó el amanecer. En cuanto el príncipe se levantó, continuaron la marcha.

No pudo evitar trazar el camino de Tavin prácticamente cada hora, mientras avanzaban bajo la mirada de un sol frío. La quinta vez, su rastro se extendió más allá de la cima del Paso de Misgova.

Soltó el diente de Buitre y no volvió a llamarlo.

En las primeras horas de la tarde, pasaron cerca de unas chozas esparcidas en el recodo de un valle escarpado. Rebaños de cabras y vacas rodeaban la aldea. Si Fie entornaba los ojos, podía espiar cómo los niños recogían higos de nieve. Una estrecha viáspora se escabullía afuera del campo visual y rodaba hacia lo que debía ser una viaplana.

—Deberíamos volver a las carreteras.

Fie se sobresaltó con la voz del príncipe.

—¿Qué?

—Los Buitres ya no nos persiguen —explicó Jasimir—. Así que podemos permitirnos ir por las carreteras. Será más rápido.

Fie se enfadó. La idea era bastante sensata, sí. Pero la forma en que la dijo... hizo que sonara como si ella hubiera tenido que pensarlo hacía horas.

—No —respondió—. Si nos cruzamos con una almenara de plaga, estamos jodidos.

Jasimir frunció el ceño.

—No te hagas la tonta. De todas maneras nos las estamos saltando.

Si Tavin hubiese estado aquí, habría soltado alguna tontería para

apaciguar los ánimos de ambos. En lugar de eso, solo había aire vacío como amortiguador y no estaba a la altura. Durante un momento, Fie se preguntó si Tatterhelm aceptaría el cadáver del príncipe en un intercambio. Tal vez lo habría intentado si no hubiese estado tan cansada.

Pero el príncipe tenía razón y, además, solo quedaba una semana de Luna del Pavo Real.

—De acuerdo —suspiró—. Borearemos la aldea. Nada de ir con los Halcones. No mires a otros viajeros a los ojos.

—Sí, *jefa* —dijo el título como una maldición, tal como había hecho con Pa. Fie lo tomó como una aprobación y se dispuso a bajar por la colina.

Un pensamiento horrible cruzó su cabeza mientras se abría camino por entre los ásperos pastizales. Habían planeado que Tavin enviaría una señal a Draga por ellos. Ahora se aproximarían a Trikovoi sin aviso previo y sin invitación, un par de Cuervos maltrechos y desgastados por las carreteras. Y tenía una clara idea de cómo los recibirían.

Quizás debía encender dientes de Paloma para la suerte antes de llegar. Y seguramente necesitaría rezar para que los Halcones de guardia tuvieran una mentalidad abierta.

Regresar a las carreteras debería haber sido como un regreso a casa. Parte de ella sí se afianzó en cuanto sus sandalias tocaron el suelo de la viáspora. Pero el resto sintió las miradas de los Halcones cuando pasaban por las señales de legua, los ojos de los Gorriones clavados sobre ellos desde los pastos. Tres Cuervos habían formado una bandada pequeña. Dos era una extrañeza.

Las carreteras eran su hogar. Eso no hacía que fuesen menos traicioneras.

Siguieron avanzando tambaleantes durante el ocaso, hasta que finalmente llegaron a la viaplana. Había una señal de carretera en la encrucijada que mostraba indicaciones de todas las direcciones. Las marcas de los Cuervos estaban rayadas en cada una, pero ninguna le dijo qué camino llevaba a Trikovoi y, a estas alturas, Fie ya había olvidado las letras.

Jasimir no dijo nada.

Fie no sabía si él pretendía ser difícil o si realmente no se acordaba. Ella no quería descubrir cuál de las dos opciones era. En vez de eso, aclaró su garganta y dijo:

—¿Cuál es Trikovoi?

—Ah. —El príncipe se inclinó hacia adelante para observar las letras, con la cara rígida e inexpresiva, después apuntó hacia la derecha—. Por allí.

Siguieron avanzando y pasaron otra señal de legua. Jasimir observó a los Halcones que caminaban cerca del brasero en la parte superior, pero mantuvo la boca cerrada.

Después de un rato, rompió el silencio mientras caminaban fatigosamente por un bosque serpenteante.

—Deberíamos detenernos.

Fie se tragó una protesta. Una parte lejana de ella sabía que no podía caminar sin descanso hasta Trikovoi, pero, por todos los dioses muertos, quería hacerlo.

—De acuerdo —dijo sin entusiasmo, y se sentó al lado de la carretera—. Es lo mismo aquí que en cualquier otro lado.

Eso era mentira: de hecho, se había sentado en una roca angulosa muy incómoda y allí se quedó solo por pura beligerancia. Pero Jasimir solo asintió con la cabeza y se unió a ella.

Buscó en su bolso las semillas de raíz de amarre y contó unas

pocas, mientras parpadeaba para que se le pasara el ardor en los ojos. No tenía sentido dejar de tomarlas ahora, con o sin Tavin aquí... Trikovoi seguía demasiado lejos.

—No me digas que tienes miedo de que *yo* te deje encinta —se mofó Jasimir.

—No seas engreído —disparó ella—. Y aprende cómo funciona el sangrado. No necesito *más* dolores y molestias.

El silencio tirano reinó en el frío entre ellos. Jasimir comenzó a hurgar en su mochila.

—Sigo pensando que deberíamos ir con los Halcones. Están moralmente obligados a...

Fie no pudo esconder su irritación.

—Sigo diciendo que no.

—Porque lo digo yo y no Tavin.

Eso la golpeó con más fuerza de lo que quiso admitir.

—Porque es una tontería. Nunca nos creerán. —Jasimir lanzó la mirada al cielo. El humor de Fie se encendió—. Y si vamos a recurrir a los golpes bajos, entonces déjame decirte que cuando Tavin te dijo que no, tú lo escuchaste.

—Esto es diferente.

—Sigue mintiéndote a ti mismo —respondió Fie.

—Tavin estaba intentado protegernos. Tú solo... —Se interrumpió a sí mismo, negando con la cabeza—. No importa.

—Yo *¿qué?*

El príncipe no quiso mirarla.

—No eres Tavin —murmuró.

—Tú tampoco —dijo Fie, sacando algunas pieles de su mochila. Jasimir se contrajo. Ella arrojó una en dirección hacia el príncipe—. Suficiente. Duerme sobre eso. Haré guardia.

Él frunció la nariz como si la piel aún estuviera pegada a un ciervo en putrefacción.

—Debes estar bromeando. Sé lo que hicisteis sobre eso.

—Ah, ¿sí? —preguntó Fie con una alegría desagradable, azucarada—. ¿Has descubierto lo que es acostarse con alguien? ¡Eres todo un señorito grande!

Los labios de Jasimir se fruncieron.

—No seas vulgar.

—Y tú madura de una maldita vez. —Ya no tenía ganas de andar con rodeos—. Deja de castigarme porque tu Halcón hizo *exactamente* lo que querías que hiciera.

Jasimir se echó hacia atrás como si ella lo hubiera golpeado.

—No te atrevas. No quería que él... que él... Solo quería que él cumpliera con su deber...

—Que es morir por ti...

—¡Que es ponerme *a mí* primero! —Jasimir golpeó su pecho con la palma de su mano—. ¡Él es lo más cercano que tengo a un hermano! Tenía sus aventuras en la corte, ¿te lo dijo? Todas las semanas traía a una Halcón encargada de las espadas distinta, a un cortesano Pavo Real diferente, a un nuevo aprendiz Cisne y aun así me ponía a mí primero. Jamás iba a pavonearse con una pequeña Cuervo semijefa como mujer.

—¿Te dijo que nunca tuvo intenciones de volver a la corte? —gruñó Fie. La boca de Jasimir se abrió de la sorpresa—. Sí. *Nunca*. Me explicó que destrozaría tu historia si ambos sobrevivían a la plaga. Dijo que cuando dejara Trikovoi, él se quedaría a mi lado. Y dijo que la única razón por la que nunca se quedó con un amante fue porque creía que tendría que morir por ti algún día. Así que espero que te sientas realmente como un rey por todas las veces

que le escupiste eso en la cara.

Jasimir se quedó mirándola, pasmado. Ella no había terminado.

—Sabía que no era la primera —siseó—. Y sé quién soy. Ahora dime: ¿tu problema es que has quedado segundo después de mí o que has quedado segundo después de un Cuervo?

Jasimir se quedó petrificado.

—¿Cuál de las dos cosas, niño palaciego? —exigió Fie.

La respuesta vino en una ráfaga áspera.

—*Ambas.*

Fie contuvo el aire. Para su propia sorpresa, sus ojos ardieron con lágrimas. No había esperado que el príncipe lo reconociera. Que peleara con ella, gimoteara, eludiera, negara... eso sí era esperable. No sabía por qué escucharlo admitir ese sentimiento la sacudía de esta forma.

Jasimir frotó su cara. Después se puso de pie y salió caminando ofendido hacia los árboles, sin decir otra palabra.

Cuando volvió, tenía los brazos llenos de ramas caídas. Algunas lo suficientemente secas para arder, pero otras aún se veían verdes en el centro y sus hojas, apenas marchitas.

—Necesito la olla y un fuego.

Fie parpadeó en respuesta, sus pelos se erizaron otra vez ante su tono imperioso, pero se mantuvo callada y abrió bruscamente su mochila para sacar la olla.

Jasimir partió las ramas en dos y se dispuso a apilarlas con metódica precisión en la pirámide de leña más cuidada que Fie jamás hubiese visto, una proeza doblemente impresionante si se tenía en cuenta que su trabajo era cremar cuerpos. El príncipe se meció hacia atrás sobre sus propios talones y la miró, impaciente.

Había puesto ramas verdes en la pila. Novato.

—Esa madera no se encenderá con tan solo un pedernal — comentó Fie.

—Tú eres la que puede encender fuego aquí fuera, ¿recuerdas? — estalló el príncipe—. No yo.

—No tengo dientes de Fénix para malgastar en cualquier pequeñez —señaló Fie—. No pienso desperdiciar uno en una hoguera. Encuentra mejor leña o no tendremos cena.

—Ve tú a buscar. Tú eres la que no quiere usar un diente.

La chispa cayó en una clase de madera diferente. Fie arrojó la olla al suelo.

—Disculpa por no sacrificar más cosas por ti...

—Disculpa si extorsionarme ha tenido consecuencias —espetó—. Sabías que estaba en una situación vulnerable y la aprovechaste para arrastrarme a hacer un juramento que bien podría destruir el reino.

Un nuevo fuego corrió por la columna de Fie.

—No actúes como si no lo hubieses causado. Si el miserable de tu padre hubiese hecho su trabajo...

—No hables de mi padre de esa manera. —Jasimir la miraba con furia—. No tienes ni idea de cómo son las cosas.

—Lo veo cada vez que uso uno de sus malditos dientes. —El estómago vacío de Fie tronó—. Sí, he visto como vivís los Fénix. Toda la comida que queráis, toda la ropa, los académicos más sabios son vuestros tutores, los Halcones más fuertes custodian vuestros muros y los miembros más bellos de la aristocracia besan vuestros traseros.

Jasimir se puso de pie, furibundo.

—No sabes de lo que hablas. No puedo forzar a la nobleza a hacer lo que quiero. Empobrecerán a los habitantes con nuevos

impuestos y dirán que es para pagar a vuestros escoltas Halcones. No puedo fallarle a mi pueblo así.

Por todos los malditos dioses muertos, Fie estaba harta de negociar por su derecho a existir. Se alzó para enfrentarlo.

—¿Por los doce infiernos, qué crees que somos los Cuervos? ¿El pueblo de otro? ¿El problema de otro? Porque ya has hecho este juramento con el resto de Sabor: proteges a tu pueblo y estableces nuestras leyes y nosotros pagamos por tu corona. Ese es tu juramento como rey. Solo que no quieres cumplirlo con los Cuervos.

Él dio un paso atrás, alterado.

—No es... no es tan simple...

—Yo no puedo permitirme mirar a otro lado cuando debo rebanar pescuezos. ¿Por qué tú sí? —La ira rugía en sus oídos—. Ni siquiera puedes reconocer...

Fie se detuvo en seco. El suelo temblaba bajo sus sandalias.

El temblor era más que ira, más que hambre. Cuando dio media vuelta de golpe, vio que se acercaban antorchas desde ambos lados de la carretera.

—Adelfas —susurró. Jasimir maldijo y levantó deprisa su mochila, después se quedó helado. Las antorchas estaban demasiado cerca para que los dientes de Gorrión los salvaran.

La ira se transformó en pánico nauseabundo. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cuánto tiempo había estado lejos de las carreteras, huyendo de ser una Cuervo, para que ahora estuviesen tan jodidos?

La cabeza de Fie se aceleró en busca de un plan. Pa hubiese sabido qué hacer... ¿una ilusión de Pavo Real...? No, no había tiempo... ¿Dientes de Fénix?

Pero las llamas no podían detener el acero. Además, llevaba todos los dientes Fénix de Sabor. Si llamaba uno ahora y alguna Adelfa sobrevivía para informar a Rhusana... si veían que Jasimir salía ileso del fuego...

Su tiempo se agotó.

En pocos instantes, la Cofradía de las Adelfas los había rodeado. Aproximadamente unos doce jinetes, todos armados, todos a caballo, obstruían ambos lados de la carretera.

Tendría que encontrar otra salida.

—Esto es extraño, ¿eh? —Un hombre desmontó, la adelfa que llevaba en su pecho se agitó cuando el sujeto apuntó una lanza con punta de bronce hacia Jasimir. Usaba una máscara rudimentaria: solo dos agujeros para los ojos en un trozo de cuero claro—. Dos ladrones de huesos. Habéis hecho suficiente ruido como para que creyéramos que eran un verdadero nido de ratas.

Fie contuvo la respiración, sus ojos se dispararon en todas las direcciones. La mayoría de estas Adelfas se había cubierto con tela de algodón o de lino sin teñir. Ningún lord elegante esta vez. Detrás de los jinetes merodeaba media docena más de personas. Demasiados para enfrentarse a ellos por su cuenta.

—Mirad esto. —El líder se acercó a Fie y sacó la espada corta de Tavin de la funda que ella llevaba en el costado—. La pequeña ha robado dientes de acero.

Ella tenía que sacarlos de esta.

No, dijo su voz de jefa. Solo al príncipe.

Si le daba la oportunidad al príncipe de huir... ella podría arreglárselas luego.

—La encontramos. —Fie no pensaba inventar ninguna historia cuando, de todas formas, a las Adelfas no les importaba la verdad.

Todo lo que necesitaba era una distracción. Encontró la mirada de Jasimir, después lanzó una mirada intencionada hacia el bosque.

—Ah, la encontrasteis. —El hombre Adelfa rio y dejó caer la espada de Tavin a la tierra. Se inclinó tan cerca que el cuero crudo de su máscara le rozó la nariz a Fie—. ¿Dónde la encontraste, sucia ladronzuela?

Llamó silenciosamente a la vida a dos dientes de Gorrión en su cordel y los ancló a sus huesos cansados. Ahora, encontrar el equilibrio era tan fácil como silbar.

Un movimiento sutil se expandió entre las Adelfas: las cabezas se ladearon y los ojos se desplazaron hasta que todos decididamente *no* miraban al príncipe. El rostro de Jasimir quedó boquiabierto al darse cuenta. Fie disparó los ojos hacia el bosque otra vez, luego miró al líder.

—La encontré en tu trasero —anunció, con la voz tan fuerte que resonó con claridad por la carretera. Siseos surgieron entre las Adelfas. Habían creído que ella rogaría. Ahora la harían pagar.

Fie cerró los ojos. Lo que viniese a continuación... tenía que ser suficiente para cubrir la huida de Jasimir. *Tenía* que serlo.

Pero nada ocurrió.

Cuando abrió los ojos, el líder aún estaba de pie frente a ella, riendo. Lo peor era que Jasimir no se había movido y su cara estaba nublada por la incertidumbre.

—Dos ladrones de huesos —reflexionó el Adelfa—. Qué peculiar. Pero no es lo único peculiar que ha traído esta luna, no. Una amiga, una dama muy amable, nos envió un mensaje, verás. Que busquemos ladrones de huesos que viajen en un grupo de tres, quizás en pareja. Y también nos envió... eh, una ayuda.

Fie percibió un susurro horroroso y escurridizo, como el último

suspiro húmedo de un pecador.

Dos hombres aparecieron detrás de Jasimir y sujetaron sus brazos para obligarlo a ponerse de rodillas.

No, no eran del todo hombres. La luz de las antorchas convertía en demonios a todas las Adelfas, con sus máscaras y bufandas, pero algo en las figuras parecía... estar mal.

—*Soltad...* —Jasimir luchó por liberarse.

Entonces Fie los vio. Los brazos de los hombres se retorcían alrededor de los codos de Jasimir como víboras, como cuerdas, sin huesos y completamente ceñidos. Su ropaje (de confección Buitre) se deslizaba en lugares extraños y se hundía debajo de los hombros y las caderas.

Un brazo reptó alrededor del cuello de Fie, un peso se empujó contra su espalda, como un sudor helado. Aspiró aire con fuerza y clavó la espada rota de Pa en donde debería haber habido tripas.

Se hundió hasta la empuñadura sin hacer ruido, pero la carne que le rodeaba la garganta permaneció firme como el hierro. Se retorció hasta que logró ver a su captor.

Conocía esa cara.

El brujo de piel que les había tendido una emboscada una semana y media atrás. El que habían dejado para los lobos.

Su cara se había vuelto de un gris nauseabundo. Su boca estaba abierta en un silencioso agujero sin dientes; piel flácida ondeaba como una bandera en el lugar donde debería haber estado la nariz.

No tenía ojos. En vez de eso, la luz de las antorchas resbalaba contra una pasta de color granate oscuro donde debería haber estado el cráneo.

Si hubiese tenido aire para gritar, lo habría hecho. Lo único que pudo hacer fue arañar el brazo que tenía alrededor del cuello. La

piel se hundió y estiró entre sus dedos, como si estuviera rellena de aire; aun así, se mantuvo aferrada a ella con una fuerza aplastante como una piedra.

—Las espectras de piel no tienen huesos para ti, ladronzuela. — El hombre Adelfa zarandeo a Fie del pelo con tanta fuerza que le arrancó mechones, luego se giró para enfrentar a Jasimir—. Un regalo especial de la propia Fénix Blanca, ya que su mascota Buitre está tardando demasiado. Quería que encontráramos a alguien muy importante para ella y que lo ayudásemos a regresar.

Jasimir se quedó petrificado.

—La Fénix Blanca dijo que, si lo encontráramos, le dijésemos que puede volver, que solucionarán todo con su padre y que todo estará bien. —El líder se detuvo a un paso de Jasimir—. Obviamente, esta persona *importante* es un príncipe, no un Cuervo. Solo finge ser uno. Un asunto arriesgado, dado que por aquí tenemos nuestra propia forma de tratar con los Cuervos. Pero todo lo que ese príncipe tiene que hacer es darse a conocer y nosotros lo llevaremos de vuelta a Dumosa, sano y salvo. Así de fácil. Todo ha sido un gran malentendido, ¿no es verdad?

El brazo de la espectra de piel se ciñó con más fuerza y exprimió lo que le quedaba de aire a Fie.

Jasimir miró de Fie al cabecilla. Luego inclinó la cabeza.

—¿Qué ocurrirá... con los Cuervos?

Fie casi se echó a reír.

Hangdog había tenido razón. Ella había traído al príncipe hasta aquí, había dado todo lo que tenía y más, todo por un juramento que él jamás había tenido la intención de cumplir.

—No os preocupéis. —El hombre Adelfa sacudió la mano—. Nos encargaremos de ellos, Su Alteza.

La vista de Fie se nubló.

—Os llevaremos a Dumosa. —El líder Adelfa hizo un gesto a la espectra de piel que sujetaba a Jasimir, luego se estiró para ayudarlo a ponerse de pie—. Su padre os espera.

Fie se consoló amargamente pensando en el hecho de que, aunque ella muriese aquí y ahora, la Alianza no olvidaría el juramento. El príncipe podía huir de ella, de Pa, de todos los Cuervos en Sabor, pero cargaría con el juramento hasta su tumba y más allá.

Eso tendría que bastar.

Jasimir se enderezó. Sujetó la mano del integrante de las Adelfas.

Después tiró para acercarse al hombre. Un destello de acero, una espina lanzada bajo la luz de las antorchas.

El líder abrió la boca, mudo, ante la daga clavada en su estómago.

—Ha habido un malentendido. —Jasimir liberó la daga de una sacudida—. Había jurado que el príncipe está muerto.



19

LA JEFA CUERVO Y EL HEREDERO

En la lista de imágenes que Fie pensó que vería antes de morir ahorcada, no había entrado la del príncipe Jasimir vomitando sobre el cadáver de una Adelfa.

El mundo se puso oscuro, los gritos se fueron apagando en sus oídos... después el peso que presionaba su espalda disminuyó abruptamente. Fie trastabilló hacia adelante, el brazo de la espectra de piel aún estaba trabado alrededor de su garganta. Alguien la sujetó y después, con una sacudida, el brazo cayó. Ella aspiró aire con fuerza y tosió, al mismo tiempo que sus ojos se humedecían.

El príncipe estaba arrodillado al lado de ella, clavando el brazo de la espectra al suelo con la espada de Tavin. Restos de piel

ensuciaban el suelo alrededor de ellos y aún se retorcían y desenrollaban. La cabeza de la espectra se había aplanado y extendido como masa cruda, luego volvió a hincharse. Justo detrás de ella, yacía la cabeza del líder Adelfa muerto.

Aún tenía unos pocos mechones del cabello de Fie en el puño cerrado. Los suficientes para hacer una nueva muñequita para Rhusana, una vez que terminasen con ella.

—¿*Ahora* puedes usar un diente de Fénix?

Si alguien podía ser mezquino en un momento así, ese era Jasimir. Fie le lanzó una mirada furiosa y buscó su cordel con torpeza.

Las Adelfas habían desenfundado sus espadas, el resto de las espectras de piel se acercaba tambaleando hacia ellos con silbidos bajos. Demasiados para luchar contra todos.

Pero no para dejar atrás.

El diente de Fénix respondió a la llamada de Fie.

Un rey brujo muerto rugió en sus huesos y un fuego dorado estalló en un arco. Los caballos de las Adelfas chocaron unos contra otros mientras sus jinetes maldecían. Sin embargo, no huyeron, como si dudaran de ella.

Como si dudaran de la ira de un Cuervo.

Fie alimentó el fuego con su miedo y su furia; el espíritu del Fénix lideró la embestida. Las llamas se convirtieron en una pared, en una ola, en las mandíbulas de una terrible bestia que caía sobre ellos.

Las Adelfas huyeron entonces.

—Llévate lo que puedas —resolló Fie. Jasimir tiró de ella para ayudarla a ponerse de pie y se lanzó a por sus mochilas.

Fie arrojó el diente de Fénix hacia la Adelfa muerta, para quemar

hasta el último de sus pelos que aferraba en el puño. Una pared dorada se extendió sobre la carretera y mantuvo a las Adelfas a raya. El diente duraría apenas unos latidos más, pero Fie rogó que les diera suficiente ventaja.

Ella y Jasimir huyeron bosque adentro.

Fie no supo cuánto tiempo corrieron, solo que el fuego dorado disminuyó a un naranja más mundano que se encogía detrás de ellos. Los cascos resonaron a través de los árboles, seguidos de gritos, burlas, fuego de antorchas. Más de una vez, ella y Jasimir se apiñaron entre los arbustos para esperar a que un jinete blanco o una espectra los dejara atrás y la silenciosa oscuridad regresara.

Finalmente dejaron el bosque. Una luna de medianoche con forma de hoz brillaba en el cielo, su luz tenue se reflejaba sobre las suaves cuestas de una pastura salpicada de cabras y vacas.

Fie señaló. A una docena de pasos de distancia, una rudimentaria estructura de madera guardaba heno.

—Allí.

Jasimir asintió. Ambos saltaron la cerca de la pastura, luego la que rodeaba el heno y se metieron en un hueco discreto.

Durante mucho tiempo, ninguno de los dos se movió. Fie simplemente parpadeaba hacia el cielo, mientras olía el aroma dulce y polvoriento del heno e intentaba pensar en cualquier cosa que no fuera el horror que ahora los perseguía. Por el palpitar de su corazón y los escalofríos que aún sacudían sus costillas, eso era una batalla perdida.

—Bronce —dijo Jasimir con voz ronca—. El hombre que he matado. Él tenía una lanza con punta de bronce. La que utilizan los Halcones en los puestos externos de los pueblos.

—Sí —respondió Fie.

Otra pausa. Después:

—He matado a alguien.

—Tavin dijo... —La voz de Fie se quebró—. Dijo que se volvía más fácil. —Jasimir no respondió. Ella se obligó a sentarse y hurgó en su bolso—. Además, me contó que también vomitó sobre el cadáver la primera vez, así que más adelante podréis hablar de que tenéis eso en común.

Jasimir hizo un ruido extraño que se transformó en una risa temblorosa, desesperada. Cubrió sus ojos con un brazo.

—Por los doce infiernos, ¿qué acabamos de...? ¿Qué *era* eso? ¿Qué *eran*?

Fie tragó saliva con fuerza. Podía lidiar con las espectras de piel de la forma en que lidiaba con los pecadores: con la distancia suficiente como para mitigar el horror. O al menos podía intentarlo.

—Jamás he oído que una bruja Cisne pudiera hacer eso. —Fie sacó trozos de fruta seca y tasajo y le pasó la mitad a Jasimir, ignorando sus manos temblorosas—. Parecían como si fuesen tan solo... piel. Pero tampoco he escuchado que un brujo de piel pudiera hacerlo. —El recuerdo de la piel vacía, fría y húmeda se aferraba con demasiada fuerza. Se obligó a morder un trozo de carne y durante un rato lo masticó, su estómago estaba demasiado revuelto como para tragar más que pequeñas cantidades—. Probablemente eso fue lo que invadió nuestro campamento antes de Gerbanyar. Tú viste uno de cerca, ¿no? Cuando los Buitres intentaron emboscarnos.

—Creímos que había sido obra de la oscuridad.

—Pero la mitad del grupo huyó en cuanto cayeron los otros — reflexionó Fie—. Los carnosos. Y, antes, las espectras solo comprobaron nuestro campamento, nada más. Así que no atacan

por su cuenta; necesitan personas a quien seguir. Eso es bueno para nosotros.

Jasimir se atragantó con su fruta seca.

—¿Cómo puede ser una parte de esto bueno para nosotros?

—Las Adelfas no cabalgan de día, aún no, y por ahora los Buitres nos han perdido el rastro. Si vamos solo por las carreteras hasta casi el anochecer y nos ocultamos en algún lugar apartado para pasar la noche, probablemente podamos evitar que nos encuentren. —Fie descorchó un odre de agua y bebió un trago—. Aún podemos llegar a Trikovoi antes de que termine la Luna del Pavo Real.

Jasimir dejó salir un largo suspiro y respiró hondo.

—¿Cómo...? Después de todo lo que he hecho, de todo lo que has dicho de mi padre... ¿por qué aún te preocupas por salvarlo?

—No lo hago. —Fie inclinó la cabeza hacia atrás y dejó que sus ojos se cerraran apenas un momento. Si alguna vez pensó en medir las palabras, no fue en este momento—. Ha sido un mal rey conmigo y no suena para nada como un buen padre para ti. Pero todo empeorará si Rhusana se hace con su lugar. Y no puedo salvar a *ninguno* de ellos sola. Ni a Tavin, ni a mi familia, ni siquiera al rey. No sin la ayuda de la capitana general.

—La tía Draga recuperará a tu familia —aseguró Jasimir—. Y tiene que rescatar a Tavin, porque son familiares de sangre. La capitana general acatará el código Halcón.

Parte de ella se atrevió a tener la esperanza de que Jasimir tuviera razón. El resto creyó que era una estupidez. No pudo decidir cuál de las dos dolía más. En lugar de eso, anunció:

—Haré guardia.

—Deberíamos turnarnos. —Jasimir se sentó derecho.

Ella negó con la cabeza.

—Si las Adelfas se acercan, tendré que encender los dientes de Gorrión tan rápido como pueda.

Jasimir frotó su cara.

—Entonces te ayudaré a mantenerte despierta. Podemos turnarnos para dormir cerca del amanecer.

Si Fie estaba demasiado cansada para discutir, entonces necesitaba la ayuda.

—Haz lo que quieras —suspiró.

La noche regresó al silencio, solo roto por el mugido apagado del ganado y el repique de los cencerros.

Una de las preguntas indomables de Fie se soltó:

—¿Por qué no te fuiste con las Adelfas?

Durante mucho tiempo Jasimir no respondió, tan largo que Fie se preguntó si finalmente se había quedado dormido.

—Tuve una tutora —finalmente dijo—. Una estudiosa de la ética de gobierno... todo lo que debo sopesar cuando tomo decisiones debe ser para el bien del reino. Ha escrito decenas de pergaminos sobre el poder político y los reyes que tuvieron éxito y los que fracasaron. Un ala de la biblioteca real fue bautizada en su honor. Era una de las mejores amigas de mi madre antes de... Tiempo atrás.

Parpadeó, como buscando respuestas en las estrellas para una pregunta que aún no podía decir en voz alta.

—Ella decía exactamente lo que tú dijiste. El pueblo me paga con lealtad y con sangre y con dinero, porque si bastante gente lo hace, entonces como su rey puedo retribuirles mejorando sus vidas... —Negó con la cabeza—. No dijo nada sobre los Cuervos. Nada sobre que la nación se desharía sin vosotros. Ni sobre cómo las otras

castas abusan de vosotros de todas formas. El trabajo de toda su vida es la arquitectura de los países. *Ella...* tiene que saberlo. Pero no habló sobre eso ni una sola vez. —Tragó saliva—. No hay... ninguna razón para que *yo* no lo sepa, ¿no es cierto?

—No —respondió Fie en voz baja—, no la hay.

Jasimir enterró la cara entre sus manos otra vez.

—No sé lo que voy a hacer —dijo—. Las personas más poderosas del reino ni siquiera pueden decir que el problema existe.

—Saben que existe —sostuvo Fie, con firmeza, mientras barría la oscuridad con la mirada en busca de antorchas—. Si no, no estarían tan empeñados en fingir que no.

—No sé cómo arreglarlo.

Y no creo que podamos.

Los ojos de Fie ardieron con lágrimas.

—Tavin dijo lo mismo —respondió, con voz ronca—. No puedes arreglarlo, no en todos lados ni de una sola vez. Pero puedes comenzar cumpliendo el juramento. Diciéndoles a las castas espléndidas y a las castas cazadoras que somos parte de Sabor.

—Lo odio —confesó Jasimir—. Odio ser el heredero. Nunca nada puede ser simple o fácil. La mayor parte del tiempo me siento como... como si tuviera que elegir qué dedo amputar ese día. —Le echó una mirada y suspiró—. Y aquí estoy, quejándome sobre decisiones difíciles con la chica a cuya familia tienen tomada de rehén mis enemigos.

Fie rio.

No fue una risa alegre.

Pero tampoco fue una risa furibunda esta vez.

Los cencerros de hierro repicaron suavemente a través de los pastos. Una nube estrecha manchó la luz de la luna en el cielo. Un

jinete cabalgó por una carretera lejana y los dos contuvieron la respiración mientras intentaban oír el silbido de las espectras de piel, hasta que el ruido de los cascos se desvaneció.

—Lo siento —dijo Jasimir—. Creí... Creí saber quién debía ser para merecer la corona. Pero todo lo que he hecho es causarte dolor.

Antes de que Fie pudiera responder, el parpadeo de la luz de una antorcha apareció en el bosque al borde de la pastura. Ella y Jasimir se quedaron quietos, después se hundieron en el heno. Un diente de Gorrión se encendió.

Una mujer salió caminando de entre los árboles, flanqueada por dos espectras de piel sin ojos. Su capa de lino ondeaba como los brazos flácidos de las espectras al mover su antorcha de un lado a otro; las caras vacías de las espectras seguían esa llama.

La de la mujer Adelfa recorrió los montículos de heno. Avanzó hacia ellos algunos pasos.

Por favor, rogó Fie al diente de Gorrión, a los dioses muertos, a la Alianza, a lo que fuese que estuviera escuchando. Estaba tan, pero tan cansada de los monstruos. *Por favor, que siga de largo*.

Una cabra que pastaba cerca alzó la cabeza y baló, el cencerro que colgaba de su cuello resonó. Otra cabra se unió al balido.

La mujer vaciló, después regresó al bosque. Pronto, las sombras la tragaron al igual que a las espectras.

Fie soltó el diente de Gorrión, tenía los ojos nublados. Tenía por delante un larga, larga guardia. Pero al menos no la haría sola.

—Yo... te debo otra disculpa —reconoció Jasimir, enrollando paja alrededor de sus dedos—. Tenías razón. Creí que todo lo que Tavin veía en ti era una compañera en la cama. Creí que eso era todo lo que podía querer con... con una Cuervo. Pero fuiste más que eso.

Arriba las estrellas se emborronaron y ardieron con lágrimas. Fie

cerró los ojos con fuerza otra vez.

—Te miraba de la misma forma en que tú miras las carreteras. — La voz de Jasimir se quebró—. Como si te asustara a dónde llevan, aunque tú las quieres precisamente por eso.

—Tavin me aseguró que serías un buen rey. —La voz de Fie se mantuvo ronca y baja—. Lo creía tanto como para entregarse. Así que quizás has ganado tu corona.

Jasimir intentó sonreír levemente.

—No puedes empezar a ser amable conmigo. Es aterrador.

Quizás lo consiguieran de esta forma. Fie no quería tener esperanzas, pero no había querido encariñarse con un Halcón galante y eso tampoco había funcionado en absoluto.

Quizás lograran llegar a Trikovoi y recuperar a su familia, recuperar a su Halcón, salvar a los Cuervos.

Quizás pudieran cambiar Sabor.

—Tienes a la Fie amable hasta el amanecer —le dijo al príncipe—. Después de eso, jamás dejaré que te olvides de que vomitaste sobre un cadáver.



La posición de la luna marcaba una hora después de medianoche.

—¿Tu madre era como la capitana general? —Fie arañó la pregunta de entre la neblina de su cabeza agotada.

Jasimir dudó.

—Era... sí y no. El ejército las llamaba a ella y a la tía Draga las Garras Gemelas por una razón, pero en privado eran muy diferentes. Mi madre sentía una disposición hacia la diplomacia y los juegos políticos. Podía destrozar a cualquiera con un solo suspiro si la hacían enfadar. La mayor parte de la corte descubrió rápidamente que era mejor no hacerlo. —Su voz se entrecortó—.

Fie, creo... creo que Rhusana asesinó a mi madre.

Fie se enderezó.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Mi padre usa los pabellones de los Cisnes para albergar los eventos de Estado más pequeños. Un verano comenzó a ir al de Rhusana cada vez más, después empezó a traerla al palacio y luego, para el solsticio de invierno...

Fie recordó ese día frío durante la Luna del Halcón en el que todas las almenaras de Sabor se encendieron y lanzaron humo negro.

—¿Qué pasó?

—El doctor dijo que mi madre estaba enferma, pero no permitió que nadie la viera hasta... hasta la pira. Tenía marcas por toda la garganta, las vi. Y dos lunas después de que la cremaran, teníamos una nueva reina.

—Entonces, ¿Rhusana la envenenó?

—No lo sé. —Jasimir observaba la noche helada—. No. Sí lo sé. Pero no sé cómo lo hizo. Yo... no se lo he contado a nadie. Ni siquiera a Tavin. —Un escalofrío lo recorrió—. Quizás debería haberlo hecho antes, pero... él hubiese creído que soy... débil por no hacer nada.

—¿Tavin o tu padre?

Su boca hizo un gesto amargo.

—Los dos.



Casi había amanecido. Fie no estaba despierta, no realmente, solo tenía la mirada perdida en la oscuridad brumosa.

La boca de Jasimir se movía y formaba palabras que eran apenas un susurro. Había murmurado el cántico para sí tantas veces que

Fie había perdido la cuenta.

—... *No huiré de mis miedos —masculló—. No abandonaré a mi sangre. No deshonraré a mis muertos. Por mi acero, lo juro.*

No era un himno de guardia, pero Fie supuso que las bonitas palabras del código Halcón funcionaban casi de la misma manera.

—*Seguiré hasta que deba liderar. Protegeré hasta que deba atacar. Lucharé hasta que deba sanar. Por mi nación, lo juro.*

Otro destello de fuego de antorcha perforó la noche. Jasimir dio un empujoncito a su codo.

Ambos observaron como subía y bajaba y serpenteaba a través de los árboles, hasta que finalmente desapareció de vista.

Jasimir volvió a empezar:

—*Serviré a mi nación y al trono por encima de todas las cosas —recitó—. No deshonraré a mi mi sangre, a mi nación ni a mi acero. Y no toleraré a un Halcón que lo haga. Por mi sangre, lo juro.*

Palabras bonitas. Palabras de un príncipe.

Sobre el horizonte oriental, el peso de la noche comenzó a aligerarse.



Amaneció.

Cuando Jasimir le dijo a Fie que durmiera, ella no discutió y se acurrucó en el heno. Se despertó con el sol sobre los ojos unas pocas horas después. No fue descanso suficiente, pero bastaría.

Compartieron más fruta seca, se sacudieron para quitarse la paja y se pusieron de pie tambaleándose.

—Ten. —Jasimir le pasó la espada de Tavin.

Ella la enfundó, luego mordió su labio.

—¿Dónde...? —La voz de Fie salió como un chillido. Aclaró su garganta—. ¿Por dónde íbamos con la lectura?



—Te... Trilo... —Fie entornó la vista hacia letrero en la carretera—.
¿Dice Trikovoi?

Jasimir pasó el dedo por los símbolos.

—*Te* y después *ri* se transforman en *tri*. *Ka* y después *o* se transforman en *ko*. *Ve*...

—Con *oi* es *voi*. *Trikovoi*. Sí. Lo sé. —El príncipe le había enseñado letra tras letra una y otra vez durante los últimos cuatro días y hasta llevaba un trozo de piedra y una piedra blanca y ligera con la que escribía. En esta zona tan al noreste, las viaplanas serpenteaban alrededor de las montañas, su tierra seca solo era removida por el paso de los académicos Búhos y los granjeros Gorriones que transportaban vegetales y ganado hacia los mercados del Marovar. Durante el día, había pocas y preciadas distracciones del entusiasmo académico de Jasimir.

No había sido fácil. La primera noche se habían peleado cuando ella le pidió que fuera cauteloso con la cada vez más escasa carne seca que tenían. Se había marchado enfurecido hacia los abetos con una cuerda y su daga. La cena había sido escasa y sus palabras, cortantes. Y después de la puesta del sol, los silbidos de las espectras de piel los habían llevado a los árboles una vez más.

Después ella había despertado para encontrar un urogallo asándose sobre una parrilla improvisada, un faisán muerto en una trampa de cuerda y el príncipe arrodillado frente al amanecer.

Jasimir se había enderezado y alzado el trozo de piedra. Había unas pocas letras simples garabateadas.

—Intentémoslo otra vez.

Y desde entonces se habían empujado entre sí a una especie de rutina. Ella aún sentía el doloroso silencio donde tendría que haber

estado la risa de Tavin, la fría ausencia de los dedos que habían rozado los suyos, el anhelo de verlo mirándola otra vez. El príncipe no canturreaba ningún himno de guardia; ella no se despertaba para encontrar que alguien la había tapado con una piel extra. De todas las pequeñas cosas que deberían haber estado y no estaban, extrañaba a Tavin más que a nada.

Pero tenía un juramento que cumplir. Al igual que el príncipe.

Y eso hicieron. Compartieron el silencio cuando las antorchas de las Adelfas alumbraron los bosques, cuando las espectras de piel rondaban bajo los árboles que habían subido. Cuando el peligro pasaba, el silencio se llenaba con letras sobre la piedra, historias de la corte y de las carreteras, recuerdos intercambiados y admirados y afligidos.

Él decía tonterías a veces, hacía preguntas que solo alguien que había crecido en un palacio haría. Y Fie se lo hacía saber, a veces él se volvía distante otra vez y se quedaba callado durante un rato. Pero cada vez con mayor frecuencia, simplemente asentía y escuchaba el porqué.

—Siguiente desafío —dijo Jasimir—. ¿Cuántas leguas faltan?

Números. Esos eran peor que el alfabeto. Fie entornó los ojos hacia el final del letrero.

—Dos decenas y... cinco.

—Cuatro. Pero estuviste cerca.

—Como lo estamos nosotros. —Fie sumó la distancia—. Tres días de camino.

—Será el final de la Luna del Pavo Real. —Jasimir frotó su nuca, su boca hizo una mueca.

Fie señaló la señal de legua más cercana.

—¿Sabes qué pasó cuando encendieron las almenaras de plaga

por vosotros? Lanzaron colores como de costumbre alrededor del palacio, toda la serie hasta el rojo. Luego, todo el resto de las señales de legua de Sabor ardieron con humo negro. La última vez que eso había ocurrido... —titubeó—... fue hace casi una docena de años. Por tu madre. Así que, si algo le sucede al rey, lo sabremos.

—No sabía eso —respondió él, en voz baja.

—Sí. Madcap me dijo que eran miles de miles de fantasmas de la realeza. —Fie frunció el ceño—. Me asustó mucho.

Jasimir rio ante eso. Después se puso serio.

—¿Hay algún cambio con... con los Buitres?

Como Tavin, tenía una predilección por las preguntas detrás de las preguntas. Fie apoyó una mano sobre la espada intacta y llamó a un diente de Buitre.

—El rastro está demasiado lejos para seguirlo hasta el final —respondió, luego buscó otro diente en su cordel. La chispa de Pa ardía allí—. Podría estar más lejos que Gerbanyar ahora. Y Pa sigue vivo. Eso es todo lo que sé.

No había forma de saber cómo estaba Tavin. Vivo o muerto, los brujos de piel lo habían llevado más allá de lo que ella podía ver.

—Tres días —comentó Jasimir después de un latido. Luego sacó el trozo de piedra lisa—. Tendremos que practicar mucho la lectura.



Otro día y medio transcurrió sin que la Alianza los alcanzara.

Siete días desde que habían perdido a Tavin y regresado a las carreteras. Era un trecho generoso, pero uno que Fie siempre había sabido que terminaría.

El sol flotaba bajo a sus espaldas y el príncipe se sonrojaba con el

tercer verso de *El tío al otro lado del río*, cuando ella vio lo que les esperaba a lo lejos en la carretera.

La misericordia de los dioses muertos los llamaba más adelante:
un hilo de humo rojo sangre pinchaba el cielo.



20

FANTASMAS DE LA REALEZA

—¿Qué tan lejos está? —preguntó Jasimir, entornando la vista hacia la almenara de plaga. Casi se confundía con el cielo rojo del atardecer.

—Siete leguas. Un día. —Fie entrecerró los ojos para mirar el ángulo del sol, los contornos de las montañas—. Hacia el este, así que podría ser cerca de Trikovoi. También podría ser otra trampa.

—Sabríamos si los Buitres nos hubieran pasado, ¿no? —Jasimir frotó su mentón—. ¿Crees que la Cofradía de las Adelfas se ha vuelto más astuta?

—Tal vez. —Un revoltijo de inquietud retorció sus tripas. Si no respondía, la Alianza le cobraría cada uno de los muertos de plaga.

Si lo hacía... Tatterhelm podía estar esperándolos.

—Sigamos adelante —sugirió Jasimir—. O bien llegamos primero a la almenara y podremos buscar señales de una trampa o bien llegamos primero a Trikovoi y le pediremos a la tía Draga que nos preste una escolta.

—¿«Nos»?

—Mi casta no se ha contagiado de plaga desde Ambra —respondió él con firmeza—. Tan solo me limpiaré bien después para estar seguro. ¿No te lo he dicho? Un líder debe ser tan habilidoso como aquellos a los que lidera.

—Sí. Y después dijiste que eras demasiado bueno para vivir como un Cuervo.

Jasimir se contrajo.

—Es verdad. Bueno. Digamos que mi perspectiva ha cambiado.

Fie se permitió una risa tensa cuando comenzaron a caminar, pero su corazón no se tranquilizaba. *Observa siempre a la muchedumbre.* Rodeó un diente de Buitre de su cordel con un dedo, después buscó la espada de Tavin.

Su rastro rodó hacia el sur, lejos, muy lejos por la viaplana, tal como debía. Fie dejó salir un suspiro.

Después el rastro se detuvo. Ella también lo hizo.

—¿Qué pasa?

—Los Buitres han venido hacia el norte —respondió ella, con el ceño fruncido. El glamur de Tavin tuvo que haberse desvanecido hacía días, sin embargo, recién ahora se movían hacia el norte—. ¿Puedes sacar el mapa? —Jasimir lo liberó de la mochila de Fie, luego lo desenrolló sobre la fina hierba al lado de la carretera. La primavera había terminado en calor y sequedad en el Marovar, lo que había tornado amarillos los brotes verdes antes incluso del solsticio.

Fie se arrodilló e intentó trazar el rastro de Tavin contra la línea de la viaplana marcada a fuego en el cuero de cabra. La yema de su dedo trazó la carretera hasta un poco hacia el norte de Gerbanyar. No eran buenas noticias.

—Cabalgan hacia el cruce de carreteras.

Jasimir dio un golpecito en el mapa.

—Podrían estar dirigiéndose hacia la viaplana occidental. Ese es el camino más rápido de regreso a la capital. —Hizo una mueca—. O podrían estar viniendo a buscarnos.

Fie apretó el diente de Pa. Su chispa no se había apagado. Aún vivía, pero ¿quién más? Sabía que Tatterhelm había acabado con uno de los suyos en el puente; sabía que había disparado a Hangdog en cuanto había podido. El brujo de piel tenía diez rehenes al dejar Cheparok. ¿Cuántos se había molestado en mantener con vida?

De todas maneras, preocuparse no la ayudaría a cumplir el juramento.

—Estamos a un día de Trikovoi. Están demasiado lejos para alcanzarnos antes de que llegemos allí. —Jasimir se inclinó hacia atrás sobre sus talones—. Sigamos las almenaras hasta que se alejen de la carretera y veamos lo cerca que están los Buitres en ese momento.

La incertidumbre se encogió para colocarse en el espacio de sus palabras. Fie se sintió un poco mejor.

—Suena bastante bien. Podemos hacer al menos otra legua antes de detenernos a descansar.



Esa noche acamparon en las ruinas de una vieja torre de vigilancia, una que encontraron gracias a las marcas de los Cuervos en un

poste de señalización. Contenía un tesoro: un pozo de agua limpia, un gran huerto silvestre y, lo mejor de todo, una chimenea. Por primera vez en días, podían encender un fuego sin temor a revelar su campamento.

Jasimir observaba a Fie garabateando *T-ri-k-o-v-oi* en las cenizas.

—Y entonces Tavin le pasó al gobernador la fuente de filetes de Hassuran y dijo: «No creí que su hijo lo consiguiera».

Fie estalló en risas, de esas que surgen tarde por la noche con el cansancio.

Jasimir también rio. Cuando los dos se tranquilizaron, dijo:

—Por los dioses, cómo lo echo de menos.

Un nudo se aferró a la garganta de Fie.

—Sí —susurró ella—. Yo también. —*T. Ri.* Las letras se emborronaron. Necesitaba distraerse, cualquier cosa que la alejara de esa herida—. Dijo que el rey tiene una predilección por los Halcones.

—Los Halcones y las mujeres. Al menos tenemos los Halcones en común. Por suerte, por razones diferentes. —La voz de Jasimir se tensó con algo parecido al hambre—. Pero fue por eso que se casó con una de las Garras Gemelas. Creo que la tía Draga jamás se lo perdonó. —Se estiró hacia el fuego y dejó que las llamas le rodearan inofensivamente los nudillos—. Todo lo que quería era un hijo como un Halcón. Cuando Tavin llegó...

Fie hiló todo por su cuenta: cómo el príncipe había exigido que Tavin cumpliera con su deber sin comprender lo que eso significaba. Cómo se había exasperado cuando la lealtad de Tavin había pasado a ella. El temblor en su voz cuando había afirmado que su Halcón tenía una sola tarea.

—El rey puso a Tavin en primer lugar —dijo Fie.

Jasimir cerró los ojos y asintió como si doliera.

—Mi madre pasó mucho tiempo entrenándolo, casi hasta que murió, y mi padre siempre... se iluminaba cuando lo observaba. Casi no lo he visto desde que se casó con Rhusana. —Dejó escapar una risa amarga—. Ni siquiera se molestó en observar mi marcha fúnebre.

Más allá de las paredes en ruinas de la torre de vigilancia, un aullido aflautado viajó en el viento. Ambos reconocían el silbido de las espectras para entonces; los dos se quedaron en silencio hasta que se desvaneció.

Luego Jasimir echó una mirada a las cenizas y se iluminó un poco.

—Tus *voi* están mejorando. Sigue así y cuando vuelvas a ver a Swain podrás ayudarlo con su pergamino. —Jasimir miró fijamente el fuego—. No puedo creer todo lo que los Cuervos lleváis en la cabeza. Es increíble. Toda esa historia, todas vuestras tradiciones...

—Para eso son las canciones de ruta. Las escuchamos desde que nacemos. —Fie meditó un momento—. Los dientes tienen algo así, también. Como si cada uno llevara una canción y cuando los llamo, los muertos la cantan a través de mí.

—¿Alguno de tus padres era brujo?

Fie negó con la cabeza.

—No. Wretch me contó que Ma conoció a mi padre de sangre cuando sus bandas se quedaron en el mismo santuario. Ella se sintió atraída por él y nueve meses después vine. Pa es mi verdadero padre. Me adoptó como su hija cuando mi madre murió.

—¿Todavía la echas de menos?

La piedra resbaló un poco. Fie humedeció sus labios y borró su nombre de la superficie.

—Tenía cuatro años —respondió, frunciendo el ceño mientras comenzaba a escribir otra vez—. No recuerdo demasiado de antes de que... las Adelfas la atraparan. —Cerró los ojos un momento, tirando de los vagos recuerdos como si fueran seda de Cuervo en ramas casi demasiado altas como para alcanzarlas—. Mi madre llevaba el pelo largo para ser Cuervo. Le gustaba recoger dientes de león y soplar su pelusa y jugábamos a ver quién podía hacerlo más rápido. Pa me contó que estaba tan empeñada en ponerme ella misma mi nombre mientras me daba a luz; echó a todos los que no podían mantener la boca cerrada.

—¿Por qué haría eso?

—Los Cuervos nombran a sus bebés con la primera palabra enfadada que reciben. Es de buena suerte. Esa palabra no te puede hacer daño si es tu nombre. Ella contaba que grité como un demonio cuando salí, como si hubiese nacido enfadada con el mundo. Ella no podía soportar el ruido. Así es cómo terminé siendo Fie, que significa «¡Diablos!». —Tragó saliva—. Así que sí. Supongo que aún extraño a mi madre.

Jasimir se quedó mirando las estrellas a través del techo en ruinas.

—Lo siento. Siento que mi padre no haya detenido antes a las Adelfas. Y siento no haber hecho nada al respecto.

Fie dio la vuelta al trozo de piedra.

—Son la misma cosa, al fin de cuentas. Diferentes cabezas de un mismo monstruo. Las Adelfas. Rhusana.

—Mi padre.

Fie le lanzó una mirada afilada al príncipe. Los ojos de Jasimir

estaban clavados en el cielo; su rostro, duro como el acero.

—Querías salvarlo —dijo Fie.

—Aún quiero hacerlo. —Su boca se retorció, en un gesto demasiado parecido al de Tavin—. Si es alguien a quien puedo salvar.

Fie sabía que no se refería a salvar de Rhusana solo al rey.

—Las personas se embriagan con el poder —le advirtió Fie—. Creen que pueden hacer lo que les plazca porque saben que nos esperan doce infiernos si devolvemos el golpe. Pero por todos los dioses muertos, un día lo haré. Y tú también.

—Hagamos que paguen —susurró Jasimir.

—Hagamos que ardan —respondió ella.

Una mirada se cruzó entre ellos como la trama de un telar. Los hilos de sus mundos terriblemente distintos se reunieron, se cruzaron y se tensaron.

No dijeron las palabras en voz alta; no hicieron ningún juramento de sangre. Pero una promesa se arraigó a ellos.

Ella no quería prender fuego Sabor. Tampoco lo quería el príncipe.

Pero, por todos los dioses muertos, un día Sabor sabría que podían hacerlo.



Por la mañana, el rastro de Tavin se detenía al norte de la encrucijada, pero no lo suficientemente cerca como para que los brujos de piel pudieran cercarlos.

—No tiene sentido —comentó Fie, irritada, mientras observaba el mapa con ojos entornados—. No se mueven lo bastante rápido como para estar persiguiéndonos, entonces ¿por qué vienen hacia el norte?

—Pensemos en ello una vez que lleguemos a Trikovoi. —La incertidumbre persistía en el tono de Jasimir.

Siguieron adelante, yendo de almenara en almenara. Para el mediodía, Fie podía ver los colmillos de las torres de Trikovoi, que se elevaban sobre la cima de una cumbre de piedra y que se cernía sobre un campo de maíz.

—Casi hemos llegado. —Extendió el brazo. La cautela colgaba de cada palabra. La siguiente almenara podía llevarlos por alguna viáspora, lo que les daría a los Buitres tiempo para ganar terreno.

Fie abrió la boca para responder; después se quedó petrificada.

Una suave y peligrosa vibración trepó por la suelas de sus sandalias desde la carretera.

Lo reconoció. Reconoció ese temblor como si fuera la voz de un familiar.

Y en ese momento, supo exactamente dónde había estado el gran error.

Jasimir se detuvo en seco, sus ojos se abrieron mucho al leer él también las señales.

—El rastro —susurró él—. No estábamos siguiendo a los brujos de piel, estábamos siguiendo a Tavin.

El temblor creció como una fuerte marejada. Fie escuchó un grito apenas más allá de una curva de la carretera a sus espaldas.

—Corre... ¡Corre! —Jasimir echó a correr lejos de la carretera, Fie lo siguió.

Treparon una cerca astillada y se zambulleron entre los tallos de maíz, que eran casi tan altos como Fie. Un reborde oscuro de abetos esperaba al final del campo y más allá, a menos de una legua, se encontraba Trikovoi.

Fie no podía correr una legua seguida. No con una mochila

haciéndole peso. No iba a lograrlo...

Fie pensó en el lobo hambriento y corrió.

Las hojas de maíz arañaban la cara y las manos de Fie mientras ella y Jasimir trastabillaban entre los surcos de tierra arada. No perdió tiempo intentando llamar a dientes de Gorrión: el movimiento de los tallos revelaba cada paso que daban.

Solo tienen que atraparte una vez.

El grito de un Buitre atravesó el aire. Momentos después, el redoble de los cascos se mezcló con el crujido húmedo de tallos que se partían.

Casi llegaban, casi salían de allí, estaban solo a unos pocos pasos del bosque.

Algo salpicó sus pies y manchó la parte trasera de sus piernas. Percibió un olorcillo a ácido y lana quemada; luego un dolor estalló en sus pantorrillas.

Jasimir se estrelló contra ella y los dos cayeron al suelo. Fie maldijo, desconcertada, e intentó empujarlo para que saliera de encima de ella. Él rodó sobre su espalda para ponerse pie y la arrastró para levantarla.

—Tus piernas... fuego... —resolló.

Fie se retorció y vio marcas de lana chamuscada en la parte trasera de sus calzas de lana; debajo, la piel estaba roja e inflamada. Pequeños fuegos blancos, no más grandes que un puño, se extendían como motas por el maizal, detrás de ellos.

Una flecha silbó a través del aire de forma escalofriante, luego se clavó en el tronco de un abeto cercano. Desde su asta salpicó un fuego blanco como almíbar.

—Fogonazo. —Fie respiró por entre sus dientes apretados—. Es fogonazo.

Tenía que darles crédito a los Buitres: si querías matar a la Cuervo y conservar al Fénix, el fuego era la forma de hacerlo.

El horror en la cara de Jasimir decía que también lo había descifrado.

—Vamos. No podrán disparar con claridad en el bosque.

Corrieron a toda velocidad hacia los abetos. Todo rastro de Trikovoi desapareció bajo las ramas pesadas y llenas de agujas. Gritos y maldiciones hacían eco detrás de ellos. Los caballos no estaban hechos para serpentear por la espesura que había aquí, pero los alcanzarían tarde o temprano.

—Solo... tenemos... que llegar... a Trikovoi —jadeó Fie, mientras trepaba a los tropezones un montículo de piedras. Las almenaras de plaga tendrían que esperar y la Alianza tendría que perdonarla y los dioses muertos tendrían que ser buenos si ella y el príncipe lograban salir de este maldito...

El bosque terminó.

Eso era falso; no terminaba, se había secado. El suelo a sus pies estaba atestado de rocas y madera rota y lodo viejo cuajado. Cientos de árboles se alzaban ante ellos, grises y limpios, sus cortezas y sus hojas con forma de agujas habían sido arrancadas salvo por algunos mechones en sus copas muertas.

Pa los llamaba bosques fantasma, áreas llenas de árboles que un alud de lodo había destruido al cabo de unos pocos suspiros. En este momento, todo lo que Fie vio delante de sí fueron miles de miles de fantasmas de la realeza y los dientes de Trikovoi en las colinas a menos de una legua de distancia.

Detrás de ellos resonaron los cascos.

Fie y Jasimir salieron disparados hacia el bosque fantasma y se dirigieron a la fortaleza. El suelo se hundía y resbalaba bajo sus

pies, con ramas que rodaban, lodo seco que cedía, piedras que se movían hacia todos lados. Fie rezó para que todo eso estorbara aún más a los jinetes.

Entonces, una flecha navegó por encima de su cabeza para clavarse en el tronco de un árbol fantasma.

Llamas saltaron desde cada gota de fogonazo y se propagaron al instante. Jasimir tiró de ella para apartarla hacia atrás al mismo tiempo que el árbol gruñía y se volvía una columna de fuego blanco.

Cubriéndose los ojos, lo eludieron y siguieron adelante, hacia la fortaleza. Estaban a punto de llegar... solo tenían que escapar de los Buitres, solo tenían que dejar atrás estos malditos fantasmas...

Cayó otra flecha y otra y se hundieron en los árboles muertos. Fie se retorció hacia atrás pero no vio ningún jinete. Un grito de guerra se alzó desde el bosque oscuro a su izquierda y el chillido de respuesta hizo eco desde su derecha.

Los Buitres los habían flanqueado.

Llovieron flechas alrededor de ellos, que arrojaban escupitajos de fuego blanco donde quiera que caían. La tierra bajo sus pies comenzó a sisear y a emitir vapor. Las llamas corrían más rápido que ella y el príncipe hasta que el mundo se transformó en fuego de rayas blancas, olas de calor abrasador, aire que apestaba a fogonazo y humo y un rugido que casi ahogaba los gritos triunfales de los brujos de piel.

Habían corrido hasta llegar a la trampa de los Buitres.

Un árbol fantasma chilló al derrumbarse al suelo a menos de diez pasos de ellos. Fie maldijo y protegió su cara de la lluvia de brasas, mientras se ahogaba con el aire que arañaba con ferocidad sus pulmones en cada bocanada.

Jasimir la envolvió con un brazo y continuó corriendo. Su voz apenas se oía por encima de la vorágine.

—Usa un diente de Fénix —gritó—. Puedes extinguir el fuego como hiciste con las Adelfas.

Apagar esa pequeña hoguera de campamento le había quitado casi todo lo que tenía cerca de una luna atrás. Pero, aunque hubiese querido discutir ahora, no le quedaba aliento.

Llamó a un diente de brujo Fénix. El que respondió le ofreció una canción de batallas y gloria, un príncipe convencido de que su nombre resonaría a través de la historia. Fie atrajo el poder hacia ella, luego lo dirigió hacia los fuegos que tenía delante.

Bien podría haberlo dirigido a un océano. Donde fuera que empujaba, el fuego solo se movía alrededor. Fie maldijo y lo intentó otra vez, trató de moverlo lo suficiente para que los dejara pasar, pero las llamas blancas de fognazo arañaban y husmeaban y resbalaban a su alrededor sin importar cuánto las intentara apartar.

Huye. Tienes que huir. Tienes que cumplir el juramento...

Pero donde quiera que mirase, solo veía fantasmas en llamas.

La semilla de una idea brotó en su mente. Fie lamió sus labios secos, intentó respirar hondo, no pudo. El mundo comenzó a inundarse de gris.

Cerró los ojos y llamó a un segundo diente de brujo Fénix.

Una reina respondió esta vez. Y luchó furiosamente con el príncipe muerto, enfrentados en un círculo, siseando como gatos. Pero ninguno era rival para Fie, la peor Cuervo que jamás se cruzarían.

Sin misericordia, los forzó a entrar en armonía y dejó que ardieran juntos.

Un rugiente fuego dorado estalló alrededor de ella y el príncipe, un fuego que respondía solo a Fie. Rotó y chilló, en una tormenta ardiente que desgarró las llamas blancas de fognazo y despejó un anillo para que ella y Jasimir pasaran.

Cuanto más ancho se hacía su halo, más aire limpio tragaba, dejando apenas lo suficiente para no asfixiarse. Y con cada respiración, los dientes mellizos luchaban como ningún otro lo había hecho, agitándose al intentar romper la armonía y, lo que era más peligroso, para liberarse.

Si Fie los dejaba, prenderían fuego Sabor desde las montañas hasta la costa.

—Trikovoi —dijo sin aire y, una vez más, echó a correr trastabillando.

Las torres de Trikovoi acuchillaban el cielo más adelante, más cerca con cada paso, bordeadas por el fuego dorado que ella mantenía contenido. Estaban cerca. Los dientes aullaban y se retorcían contra su dominio.

Tropezó, trastabilló, volvió a levantarse.

Estaban a punto de llegar.

Todo se disolvió en llamas y aire abrasador, respiración agonizante tras respiración agonizante, y el suelo que se movía a cada paso. En realidad no corría, sino, más bien, iba cayendo y levantándose una y otra vez, intentando encontrar el equilibrio cada vez, avanzando a los tumbos a través del fuego blanco y la tierra humeante y los árboles que se venían abajo alrededor de ellos.

Los Buitres gritaban en protesta, rabiosos, desde algún lugar que Fie no podía ver. Flecha tras flecha se estrellaba contra la pared de fuego dorado Fénix, solo para ser destruidas cuando su propio

fogonazo explotaba contra el calor más salvaje. El fuego blanco daba pelea, estruendoso. Ella podía sentirlo; surgido del ácido y hambriento, intentaba morder su halo dorado. Ese fuego era un lobo y esas fauces estaban empecinadas en morderla...

El juramento, cumplir el juramento, seguir adelante, tenía que cumplir el juramento, tenía que cuidar de los suyos, era una jefa, era una jefa, era una jefa...

Fie se tambaleó cuando el suelo dejó de moverse y se endureció bajo sus pies.

La viaplana. Habían abierto con fuego un camino derecho de una curva de la viaplana a la otra. Y las puertas de Trikovoi esperaban solo a unos cien pasos de distancia.

Detrás de ella, Jasimir dejó escapar una risa que pareció un sollozo. Esta vez era puro alivio.

Entonces, los cascos repiquetearon en el viento, a sus espaldas otra vez.

Fie se giró de golpe. Durante un momento aterrador, estaba de vuelta en el puente de la Fortaleza Flotante; por encima de las llamas doradas, vio un jinete coronado con un casco dentado.

No sintió cuando la flecha se enterró en su muslo.

Cayó. No pudo evitarlo; en un momento su pierna derecha sostenía su peso y al siguiente se dobló y la dejó en la carretera. Esta no llevaba fogonazo, solo un asta de acero y, por eso, los fuegos no habían impedido su derrotero.

El dolor se expandió por el muslo de Fie, del tipo que sentía en sus dientes, del tipo que le retorció las tripas y convertía sus huesos en agua. Sus dedos arañaron el tallo de la flecha antes de que pudiera luchar contra el instinto, lo que disparó una agonía abrasadora por su pierna.

Los dientes chirriaron en disonancia. Fie soltó uno, mantuvo el otro encendido; el sudor rodó por su cara mientras obligaba a sus manos ensangrentadas a apretar la tierra en lugar de la flecha. Una pared de fuego dorado se arqueó a través de la carretera. Los jinetes Buitre mantuvieron la distancia.

No se dio cuenta de que el príncipe decía su nombre hasta que se arrodilló al lado de ella.

—Ya casi estamos ahí, Fie, solo un poco más.

Pasó el brazo de Fie alrededor de su cuello. Ella intentó ponerse de pie... resbaló...

Un mal paso puso todo su peso en la pierna derecha. Fie gritó, su vista se llenó de rojo. Jasimir maldijo y la bajó al suelo otra vez.

—No puedo creerlo —dijo, con una sonrisa tensa, demasiado parecido a Tavin—. Se supone que tú debes arrastrarme a mí hasta Trikovoi y no al revés.

Fie hizo una mueca de dolor al empujarse con brazos temblorosos. Tan cerca... estaban tan, tan, tan cerca...

Agitó sus pensamientos confundidos por el dolor mientras la sangre se acumulaba debajo de su pierna. Podría curarse con un diente de Halcón... no, curarse era un trabajo lleno de riesgo en sí mismo, mucho más si estaba herida y con prisa. Podía llamar vientos de Gaviota para que desviarán las flechas... pero aún necesitaría dos dientes, quizás tres, y tendría que dominarlos...

Más neblina roja emborronó su vista. A unos pasos de distancia, los caballos de los Buitres pateaban la tierra.

El lobo hambriento había venido a por ella. Y ella no tenía forma de huir.

Su corazón golpeaba sus oídos. Tan cerca... casi lo había conseguido... Wretch había dicho que contarían su historia por

siglos...

La historia de una jefa.

Sus dedos ensangrentados temblaban demasiado como para deshacer el nudo de la bolsa de dientes Fénix. Se la pasó a Jasimir.

—Abre esto.

—¿Qué estás planeando? —La cara del príncipe se emborronaba y volvía a enfocarse. A ella se le acababa el tiempo.

Fie miró a Tatterhelm. Después volvió a mirar al príncipe.

—Deja tu mochila aquí y corre hasta las puertas. Yo los retendré en la carretera.

Otra flecha pasó suspirando y repiqueteó contra la tierra seca.

El rostro de Jasimir se endureció.

—No es una opción. Te llevaré.

Fie parpadeó en un intento por deshacerse de las manchas rojas en su vista mientras negaba con la cabeza.

—Me queda un minuto de conciencia, quizás dos. En cuanto me desmaye, te alcanzarán.

—No dejaré...

—*Tienes* que hacerlo —gritó Fie, con la voz rota.

—Nadie más va a morir por mí —escupió en respuesta.

Ella cerró el puño alrededor de la camisa de Jasimir, manchándola con tierra y sangre.

—Si te atrapan, todo se irá a la mierda. Todo habrá sido un desperdicio, todo lo que tú has sacrificado, todo lo que yo he sacrificado. Todo. Te atrapan y Rhusana gana. Tienes que ser rey. *Tienes que cumplir el juramento.*

Cuando decía las palabras en voz alta, el último diente de Fénix encendido se escurrió de su sujeción.

Las llamas chisporrotearon en el aire, revelando una línea de

brujos de piel al otro lado de la carretera, fantasmas borrosos en la bruma. Tatterhelm montaba en el centro, su casco lleno de muescas era una corona inconfundible sobre su enorme silueta. Detrás de ellos, avanzaban oscilantes las sombras lánguidas de más espectras de piel.

Tatterhelm empujó a su caballo a un deliberado paso lento, un ritmo despreocupado. Cada golpe de los cascos sonaba como el repique suave de un cencerro.

—Vete —siseó Fie. Si se recuperaba lo suficiente, podría encender un diente más, un fuego más... no podría hacerlos arder a todos, pero por Ambra, podría marcar su nombre a fuego en la historia...

El príncipe heredero de Sabor se puso de pie.

Y se plantó entre Fie y los Buitres.

—No —dijo—. Tiene que pasar por encima de mí. Rhusana me quiere vivo. Así que veremos cuántos de ellos hacen falta para lograrlo.

Tatterhelm hizo una pausa, las ranuras de los ojos en su casco no revelaban nada. Luego agitó sus riendas y cabalgó.

Fie quería luchar. Quería arrastrar ella misma a Jasimir hasta las puertas de Trikovoi. Quería decirle a Tavin que lo había logrado, que había cumplido el juramento.

Quería ver a Pa otra vez.

La tierra tembló.

Al principio, creyó que había caído un relámpago desde las laderas. Pero estaba equivocada, el cielo azul solo estaba jaspeado con humo.

Entonces, pensó que serían más brujos de piel. Pero eso también era un error: Tatterhelm tiró de sus riendas a menos de cinco pasos del príncipe y se giró en su montura para observar la brumosa

carretera detrás de él.

Y entonces Fie vio los colmillos.

Atravesaban el humo ondulante como un barco de guerra por la bruma, un alud de músculos y pelaje áspero. La débil luz del sol resaltó las púas de acero que cubrían los arcos mortales de cada colmillo, las placas amarradas a cada enorme cráneo, y trompa y patas, las lanzas afiladísimas sujetadas al alcance de cada montador.

Fie ya había visto mamuts. A la distancia. En unos pastos. Nunca los había visto preparados para entrar en batalla.

No podía saber si los Buitres ya habían visto algo así, pero de todas maneras, tuvieron la sensatez de dispersarse cuando los montadores de mamut cargaron contra ellos.

El caballo de Tatterhelm se encabritó y relinchó. Fie oyó una maldición gruñida. El Buitre pateó los flancos de su montura hasta que esta bajó y dio un respingo hacia ellos. El corazón de Fie dio un salto cuando la mano del brujo de piel se estiró hacia el príncipe...

Y una lanza se clavó en la carretera a un pelo de distancia de sus dedos, su asta reverberó como un disparo de advertencia.

Tatterhelm volvió a maldecir, giró su caballo y huyó bajo el escondite del humo. En un suspiro, todos los jinetes Buitres y las espectras de piel habían desaparecido de la carretera.

Fie se dejó caer hacia atrás con una risa rota, el rojo invadía su visión. No supo si la ligereza en su pecho era por el alivio o por la pérdida de sangre.

Lo había conseguido.

Había traído al príncipe hasta sus aliados.

Una montaña de sombra retumbó cerca, entraba y salía de vista. Un mamut. Una montadora, con una lanza aún en la mano.

—Capitana general Draga —dijo el príncipe, rígido, desde algún lugar por encima de Fie—, ¿cómo lo supiste?

—Encendisteis un fuego del tamaño de Gerbanyar, *Alteza* —respondió su tía, desde incluso más arriba. Fie apenas podía distinguir su forma por el borrón de su vista, pero sonaba como la clase de mujer que disfrutaba de montar mamuts a toda velocidad contra una bandada de Buitres—. Y aunque no lo hubieseis hecho, me alertaron para que esperara vuestra llegada.

Señaló las puertas detrás de ellos con la lanza.

Fie se dio media vuelta, con el corazón en la boca. ¿Se lo había perdido? Pero Tavin no... no *podía* haber enviado el mensaje...

Un hilo negro se alzaba hacia el cielo desde la almenara de plaga de Trikovoi.

—Ah —soltó Fie.

Y luego, los ojos se le cerraron y se desplomó al suelo.



21

LUNA DEL CUERVO

—**E**stá volviendo en sí.
—No es cierto —refunfuñó Fie hacia la oscuridad implacable.

—Yo, por mi parte, no estoy convencida —dijo otra voz, seca. Fie la había escuchado antes, atravesando polvo y humo... Jasimir la había llamado Draga...

Sus ojos se abrieron de golpe y solo vio piedra.

Fie parpadeó y levantó su cabeza dolorida para comprobar su entorno. Muros de piedra, suelo de piedra, techo de piedra, ventanas con forma de diamante que dejaban entrar la luz del atardecer. Figuras oscuras frente a un escritorio. Otra figura en cuclillas a su lado.

El peso de sus espadas había desaparecido. Fie llevó rápidamente una mano a su cuello y encontró el cordel de dientes intacto, el diente de Pa aún vibraba.

Solo los Halcones se llevarían su acero y dejarían sus dientes.

—Quédate quieta —ordenó la primera voz, la que había anunciado su despertar. Una pequeña punzada de dolor se disparó a través de su pierna derecha. Fie parpadeó una vez más y se encontró a sí misma tendida sobre un banco de madera bajo. Una flecha ensangrentada yacía cerca en el suelo. Alguien había hecho tajos en sus calzas de lana; probablemente la mujer Halcón que estaba a su lado, quien miraba las heridas con el ceño fruncido. Fie no sentía nada, salvo un leve cosquilleo desagradable, hasta que la mujer se echó hacia atrás y se puso de pie.

—Listo. Habrá rigidez por un día. Tendrá cicatrices por el fagonazo.

La Halcón no le hablaba a ella, sino que dirigía su informe a la mujer que se encontraba al otro lado de la habitación. Ahora que Fie podía verla bien, quedaba claro que la capitana general no necesitaba un mamut para imponerse. Draga no se había molestado en quitarse su polvorienta armadura de cuero; la única concesión que había hecho era su casco, que había descartado sobre los pergaminos desparramados sobre el escritorio, donde este dejaba una línea de sudor. Fie vio el parecido familiar entre ella y Jasimir al instante: la misma piel oscura y dorada, la misma mandíbula afilada, la misma contextura delgada.

Mientras Jasimir se removía inquieto en la silla frente a la capitana general, su tía estaba apoltronada contra el escritorio, la imagen de la comodidad.

—Buen trabajo, Cabo Lakima. —Draga hizo un gesto con la

cabeza hacia la sanadora, que hizo un saludo militar y se apostó frente a la puerta.

Había curado las heridas de Fie con mucha más rapidez y mucho menos dolor que Tavin. Él había tenido razón sobre que no era buen sanador. Fie se sentó y estiró su pierna dolorida.

—¿Dónde estamos?

—Dentro de Trikovoi —respondió Draga—. El comandante del fuerte nos ha prestado generosamente su oficina. Cabo, por favor, ordene que nos traigan comida y agua. Los niños parecen bastante famélicos.

—Puedo escoltaros a un lugar más... apropiado para la capitana general —dijo la Cabo Lakima con el tipo de delicadeza que sugería que la oficina del comandante no había sido cedida, sino más bien incautada.

Draga le echó una mirada, algo metálico tintineó en su pelo negro con mechaz grises. Su sonrisa mostró demasiados dientes.

—Encuentro esta oficina apropiada, cabo. Detesto rechazar la generosidad del comandante. Ah, y si es posible, también envíe vino.

En cuanto la puerta se cerró, Draga se deshizo de la sonrisa como si fuera un abrigo de invierno.

—Vosotros oléis a preguntas, entre otras cosas. Sí, Taverin consiguió enviar el Halcón mensajero. La mitad de las señales de legua del norte están a cargo de los markahnos, así que no os asombréis tanto.

Taverin sza Markahn. Bastardo o no, el nombre de Tavin había sido lo bastante bueno. Fie tragó saliva.

La voz de Draga se endureció.

—Los Halcones que enviaron su mensaje dijeron que parecía

estar herido en ese momento, lo que me dice que aún estaba fingiendo ser el príncipe. Está claro que eso no duró lo suficiente. No puedo decir si sigue vivo, pero Tatterhelm sería un tonto si desecha una de sus piezas de negociación. Mientras hablamos, los exploradores están barriendo las montañas cercanas para ver si podemos encontrar su ubicación.

—¿Qué hay de mi padre?

Draga hizo un gesto, como si hubiese pisado excremento.

—¿Qué pasa con él?

—¿Está...? ¿Rhusana no...?

—Ah. No. —Draga se inclinó hacia atrás—. Para bien o para mal, él sigue en el trono.

Un golpe en la puerta los interrumpió. Draga se enderezó y Fie vio que el tintineo provenía de unas plumas de acero de un dedo de largo que colgaban de un nudo de pelo apretado en la parte de atrás de su cabeza. Una costumbre Halcón. Una pluma por cada batalla ganada. Draga tenía más de las que Fie podía contar.

—Adelante.

Un cadete de la edad de Jasimir entró caminando con una bandeja de panchato fresco, suave queso de cabra, higos y carnes ahumadas. Lo siguió un segundo cadete con una jarra de agua y otra de vino tinto. Ambos intentaron disimular miradas de soslayo hacia Fie y Jasimir. El labio de uno se retorció antes de alisarse.

Fie casi se echó a reír en voz alta. Entre la mugre del príncipe, su ropa andrajosa y el pelo cortado de cualquier manera, los cadetes lo habían tomado por Cuervo.

Draga aclaró su garganta.

—Transmitidle al comandante mi agradecimiento —comentó, intencionadamente, la capitana general. Cuando la puerta se cerró,

lanzó los ojos hacia arriba—. Qué niños más delicados. Comed, estoy segura de que estáis hambrientos.

Draga sirvió dos copas de agua y se las dio a Jasimir y Fie, luego se sirvió vino.

—Entonces. Alteza, la última vez que supe algo de Tavin, Rhusana había mandado a arrojar vidrio molido en tu vino, porque supongo que esa arpía necesitaba algún pasatiempo. Mencionó que era probable que pronto le hicieras una visita a tu querida tía. A continuación, me entero de que un Fénix ha muerto convenientemente de plaga por primera vez en quinientos años y, con igual conveniencia, también Taverin y Markahn.

—No sabía que él estaba en contacto contigo. —Los nudillos de Jasimir se apretaron contra su copa, aunque su cara no revelaba nada.

—Markahnos. Somos cotillas hasta los huesos. —Mostró esa sonrisa afilada, llena de dientes otra vez y Fie, de repente, comprendió dónde había aprendido Tavin a hacer que hasta el gesto más leve pareciera letal—. Como mi familiar de sangre, mi protección es tuya y como mi príncipe, mi lealtad es tuya. Pero si tus intenciones van más allá de establecer tu residencia en el Marovar, entonces será mejor que me lo cuentes.

—El plan original de Tavin era que yo declarara que había sobrevivido a la plaga gracias a la fuerza del linaje de Ambra —explicó Jasimir—. Yo regresaría a la capital con el apoyo de los gobernadores regionales. El lord gobernador del Fan dijo que nos ayudaría, pero caímos en la emboscada de Rhusana.

—Así fue cómo viniste a mí. —Draga echó una mirada a su copa y suspiró—. Solo a Taverin se le podía ocurrir un plan tan absurdo. Necesitaré más vino. —Inclinó su copa hacia Fie—. Y tú, Dama

Misericordiosa. No puedo creer que guiaras a los chicos a través de toda la maldita nación solo por bondad y por la caridad de tu corazón. Además, es imposible no notar que no tienes bandada.

—Tatterhelm tomó a mi familia de rehén en Cheparok. —Fie bebió un sorbo de agua, una ostentación de desenvoltura tan deliberada como la elección de Draga de hacerse con las oficinas—. Estoy aquí porque Rhusana se alió con la Cofradía de las Adelfas.

—No puedo decir que me sorprenda —murmuró Draga hacia su vino.

—Así que hice que el príncipe sellara un juramento por la Alianza —agregó Fie.

Draga hizo una mueca y bebió más vino.

—Lo llevaríamos con sus aliados y, a cambio, los Cuervos serían protegidos de las Adelfas. Por Halcones.

Draga escupió su vino.

—¿Qué? —cuestionó—. ¿Qué clase...? Olvidadlo. Olvidad el plan de Taverin, *esto* es lo más ridículo que he escuchado jamás y que oiré en esta vida y en la que sigue.

—Lo absurdo es que no haya ocurrido antes —sostuvo Jasimir—. He visto las cabalgatas de las Adelfas con mis propios ojos. Y he visto cómo el resto del país cree que puede maltratar a los Cuervos porque no hay repercusiones. Eso se terminará.

La frente de Draga se arrugó.

—Déjame ser clara contigo, *Alteza*. Necesitas la cooperación de los Halcones. No la tendrás, no cuando les estás pidiendo que jueguen a los caracoles con la plaga de los pecadores.

—¿El problema es la plaga o los Cuervos? —Jasimir la miró a los ojos con firmeza.

—No fingiré que eso no es una parte del problema —respondió

Draga.

—Tendrán que superarlo —esgrimió Jasimir—. No estoy pidiendo que los Halcones tomen ningún riesgo que Tavin y yo no hayamos tomado nosotros mismos y sobrevivido. Si quieres mirarlo como capitana general, estamos evitando que se apoderen del trono. Yo tengo que mirarlo como rey. Los Cuervos son parte de mi pueblo. Nuestro pueblo. Son parte de Sabor. Ya es hora, y lo ha sido durante mucho tiempo, de actuar en consecuencia.

Draga le lanzó una mirada larga e intensa y se sirvió más vino.

—Tienes razón. Pero tener razón no es suficiente. Conozco a mis Halcones. Si los obligas a hacer esto, se volverán en tu contra. La respuesta es no.

Fie dejó caer su copa, el latón resonó contra el suelo. El agua se derramó y arrojó un brillo color cobrizo al reflejar el atardecer.

No había escuchado bien. Tavin había dicho que Draga era leal, que seguiría las órdenes reales. Y el príncipe...

—Hizo un juramento —soltó, furiosa—. Y mi parte está cumplida.

Las manos de Jasimir se cerraron en puños.

—Fie tiene razón. Hice un juramento por la Alianza.

—No es así cómo funciona —interrumpió Draga, con acero en la voz—. Yo podría jurar que saltaré una montaña en un minuto, pero eso no significa que podré hacerlo. ¿Juraste explícitamente que asignarías Halcones para proteger a los Cuervos?

Jasimir parpadeó.

—Yo... dije que garantizaría la protección de los Cuervos como rey.

—Y yo pedí Halcones —agregó Fie.

—Eso no suena a que hayas jurado darles nada por el estilo,

entonces. —Draga miró el escritorio con el ceño fruncido, buscando un lugar donde apoyar su copa, pero no lo encontró—. En cuanto recuperemos a los rehenes, desfilaremos juntos de regreso a Dumosa. Mientras estoy allí, podré sugerirle a Rhusana en persona que se retire silenciosamente a alguna casa de campo o, de otra forma, encontraré una razón legítima para enviarla al infierno de su elección. Una vez hecho eso, podremos discutir formas más... *razonables* de cumplir tu juramento.

Fie rio en voz alta esta vez y enterró la cara en sus manos. Por supuesto, los Halcones le darían la espalda incluso a su príncipe. Romperían todos los códigos que tenían solo para evitar ayudar a los Cuervos.

Todo lo que había hecho, todo lo que había perdido, todo lo que había soportado para llevar al príncipe hasta allí... no había sido suficiente. La siguiente carcajada salió con sollozos.

—Deberías haberme dejado con Tatterhelm.

Una mano sujetó su hombro... Jasimir. La voz del príncipe se endureció.

—¿Y si no es un pedido, capitana general?

Draga echó su copa vacía a un lado. Luego se puso de pie con toda su inmensidad, sus plumas de acero susurraron una advertencia.

—Tu madre te enseñó el código Halcón, Alteza. ¿Qué es lo primero?

Jasimir lamió sus labios.

—Serviré a mi nación y al trono...

—Correcto. «Serviré a mi nación». —Draga cruzó los brazos—. *Antes* de servir al trono. Estoy de acuerdo con que las Adelfas representan una amenaza significativa, pero no creo que perder

aliados sea bueno para mi nación. Y primero sirvo a ella.

Todos los dientes Fénix en el cordel de Fie querían hacer arder Trikovoi hasta dejarla hecha cenizas. Cerró sus manos en puños para mantenerlas quietas. Si los Halcones pensaban que sus dientes eran una amenaza, también se los quitarían.

Jasimir lanzó una mirada a Fie que decía: «Esto no termina aquí».

Fie deseó poder creerlo. Quizás recuperaría a su familia, pero sin la capitana general, el juramento sería tan vacuo como una espectra de piel.

—Mañana planearemos cómo rescatar a los rehenes. —Una sombra cruzó la cara de Draga y desapareció—. Vosotros os alojaréis en habitaciones privadas contiguas. Ordenaré que os preparen baño y comida. Abre la puerta solo si escuchas cuatro golpes, ¿comprendido?

El último comentario debería haber estado dirigido al príncipe. En lugar de eso, la mirada de acero de la capitana general apuntaba hacia Fie.

Por supuesto. Draga no confiaba en que sus propias tropas protegieran a los Cuervos en las carreteras. ¿Por qué sería diferente en una fortaleza?

—Sí —respondió Fie, devolviéndole la mirada, filo contra filo. Tendría a Tavin y a su familia de vuelta. Detendría a la reina. Pero la lucha por el juramento, para que los Cuervos dejaran de caminar por carreteras letales, no estaba cerca de terminar—. Lo comprendo.



Fie no estaba segura de qué pensar de la cama.

En sus escasos dieciséis años, Fie había dormido bajo techo, al

aire libre, sobre tierra calentada por el sol, en ramas a la sombra, sobre las baldosas de los santuarios, bajo calor sofocante y lluvias incesantes y, a veces, una repentina escarcha. Había dormido en las montañas, en las planicies, y en ciudades y en pantanos.

Pero jamás había dormido en una fortaleza. La habitación en sí misma era bastante peculiar: sencillas paredes de piedra forradas de pesados tapices, más ventanas con formas de diamante, enrejadas contra los intrusos y la oscuridad de las noches sin luna, un brasero frío, lámparas de aceite colgadas en las esquinas. Fie se había sorprendido al encontrar sus dos espadas en un simple estante. Luego comprendió por qué: los Halcones no creían que representaran una verdadera amenaza en manos de una Cuervo.

Un charco barnizaba el suelo donde una tina de cobre la había esperado, junto a una muda de ropa y un surtido de jabones y ungüentos. Cadetes con cara de piedra se habían llevado la tina después de que ella se restregara bien para quitarse el humo y el polvo de la carretera y luego habían regresado con una cena fina más abundante de lo que ella podía tragar. Ahora, una untuosa piel tibia se secaba sobre las sobras de trozos de cabra y calabaza sumergidos en una exquisita salsa. Draga incluso había enviado un pequeño cuenco de sal, un gesto atento que Fie despreció.

Pero aún no estaba del todo segura sobre la cama.

El colchón parecía relleno de paja y plumón, apoyado sobre una red de cuerda de cáñamo. Una suave piel se extendía sobre varias mantas de lana, un lujo que a Fie le resultaba excesivo, hasta que la temperatura bajó abruptamente después de la puesta del sol.

Todo era muy suave. Demasiado suave. Y silencioso.

Debería estar de guardia. Contando sus dientes. Debería estar observando qué acechaba en la oscuridad, envuelta en una piel

robada, intentando no pensar en Tavin o en Pa o en Wretch o en su madre.

Debería estar haciendo algo, *lo que fuera*, para traerlos de vuelta.

En lugar de eso, estaba acostada bajo una sofocante pila de mantas, demasiado llena y al borde de las náuseas por la comida elegante, a leguas y leguas de distancia de quedarse dormida.

Le dolía el estómago, pero más allá de la cena pesada. Sí, lo había conseguido. Había traído al príncipe a un lugar donde estaba a salvo. Había cumplido su parte del trato. Y sería capaz de salvarlos, a Tavin, a su familia, al rey. Draga se encargaría de eso.

Pero su casta...

Sabía en sus huesos que cuando Pa la había enviado a saltar desde el puente y cuando Tavin se había arrojado por el desfiladero, ninguno de los dos lo había hecho para conformarse con que las Adelfas cabalgaran solo de noche.

Quizás en un año o dos o cinco, Jasimir ocuparía el trono y elaboraría alguna ley que proscribiera a las Adelfas, y las castas cazadoras y las espléndidas dirían que eso era suficiente. Y las Adelfas seguirían adelante como siempre, los Cuervos morirían como siempre y, como siempre, la ley no los lloraría.

En algún lugar detrás de la ventana, en la fría noche del Marovar, un Halcón que estaba de guardia comenzó a tararear.

Suficiente.

Podía usar su tiempo para encontrar la salida de este laberinto de piedra para cuando inevitablemente se acabara la caridad de los Halcones. Rodó lejos de la cama, buscó sus sandalias, luego pensó en los rayones que dejarían los clavos en el suelo de piedra y, en su lugar, se puso zapatillas de piel.

Fie se envolvió los hombros con una manta y se escurrió al

pasillo, lejos del molesto himno. Lámparas de aceite indicaban los giros en los pasillos y más ventanas dejaban entrar atisbos de la primera noche de la Luna del Cuervo.

Durante un momento, Fie se quedó petrificada. Luna del Cuervo. La última luna del año saboreano.

En todo Sabor, los Cuervos estarían reunidos en alguno de sus santuarios más grandes: en la torre de vigilancia de Little Witness, los bosquecillos de Gen-Mara, el templo en ruinas de Dena Wrathful. Si no era allí, entonces en cualquier refugio. Si no podían encontrar un santuario, encontrarían una encrucijada. Habría ceremonias: saludos a los nuevos brujos, nombramientos de nuevos jefes, una pira vacía para los recientemente desaparecidos. Votos de casamiento para aquellos que quisieran hacerlos. Bandadas reorganizadas entre rezagados y sobrevivientes.

Un verdadero Cuervo habría estado con los suyos esta noche. Un verdadero aprendiz a punto de ser nombrado jefe estaría en fila con otros, usando coronas de magnolias, esperando. Uno a uno, los viejos jefes cortarían sus propios cordeles de dientes para amarrarlos al cuello de los nuevos y entregarían sus espadas rotas. Las coronas de magnolia serían arrojadas a la pira y entonces...

Entonces, si Fie aún hubiese sido una verdadera Cuervo, se habría convertido en una verdadera jefa.

Un himno de guardia llegó desde la ventana. Fie huyó.

Un diente de Gorrión le permitió escabullirse lejos de los guardias que jugaban a los caracoles al final del pasillo. Cuanto más lejos iba, más se perdía entre los ornamentos de Trikovoi: barandillas de marfil labradas en patrones de nudos angulares, un león de nieve delicadamente tallado con un manojo de incienso de enebro encendido en sus mandíbulas de mármol, columnas de

caoba y vigas talladas, no por pompa, sino por utilidad.

Tavin solo había dicho que su madre montaba mamuts en el Marovar, no para qué fortaleza montaba. ¿Era por eso que había insistido tanto en venir a Trikovoi? ¿Había tenido la esperanza de encontrarla aquí? ¿Había estado ella observando, esperándolo, cuando Fie y el príncipe llegaron maltrechos hasta la puerta, solo para descubrir que no había ningún rastro de su hijo?

¿O estaría durmiendo en alguna otra fría fortaleza de piedra, sin saber que Tavin permanecería con vida solo hasta que Tatterhelm lo permitiera?

Las tripas de Fie se retorcieron en un nudo. Debería estar rescatando a los suyos de los brujos de piel. Debería estar quemando su corona de magnolias en una pira. Debería poder dejar de pensar en Tavin, aunque no fuera más que por un momento.

En lugar de eso, fue en busca de la salida.

Entonces, al pasar por la entrada de otro enorme salón, algo le llamó la atención: una figura que iría bien detrás de filas de soldados.

Soltó el diente de Gorrión y entró al salón. Jasimir levantó la mirada y alzó las cejas hacia ella, aunque no estaba sorprendido en lo más mínimo.

—¿Cómo has hecho para engañar a los guardias? —susurró Fie, mientras caminaba hacia él.

—Práctica. —Jasimir encogió los hombros—. A veces debía asistir a una cena de Estado o algo por el estilo, pero nos enterábamos de una potencial amenaza. Tav tomaba mi lugar y yo solía escabullirme de todos modos. Mi madre solo se percató las primeras veces.

Jasimir le ofreció una sonrisa cansada y, de repente, Fie vio qué lo había atraído a este salón: una delicada pintura detrás de él. Dos mujeres, casi idénticas en sus armaduras, en sus miradas duras, incluso en las manos que descansaban sobre las empuñaduras de sus sables. Las Garras Gemelas.

Fie se acercó unos pasos más para observar el retrato. Después de un momento, señaló la figura de la derecha.

—¿Esa es tu madre?

Él asintió.

Fie podía ver la diferencia, ahora que había conocido a Draga. Los ojos oscuros de Jasindra brillaban más hacia el gris que hacia el dorado, como los de Jasimir; la nariz de Draga se arqueaba de una forma que no lo hacía ni la de su hermana ni la de su sobrino; los tres compartían la angulosidad de sus mandíbulas y la contextura delgada. Pero no había dudas de que la boca afilada de Jasimir y sus amplios pómulos provenían del rey.

Algo se enroscó en la parte trasera de la cabeza de Fie, como al buscar una palabra olvidada. Frunció el ceño.

—Creo que le habrías gustado a mi madre —comentó Jasimir.

El ceño fruncido de Fie se relajó.

—*Primo*, no creo que nuestros caminos se cruzaran, a menos que hubiese contraído la plaga.

El rostro de Jasimir se desanimó un poco.

—Yo... supongo que eso es cierto.

Fie dio un paso atrás y miró toda la habitación. Había más retratos colgados en las paredes: simples, familiares, lujosos, austeros. Dinastías de Halcones. La mayoría, extrañamente, tenía un gato retratado en algún lugar de la pintura: una bola de pelos atigrados en un balcón de fondo, una sombra en una pared, un par

de ojos en la hierba. Había un pequeño gatito atigrado sentado entre Draga y Jasindra, la imagen del desdén peludo.

—¿Por qué tantos gatos?

—La leyenda dice que un markahno ayudó a Ambra a domar al primer tigre que montó para ir a la guerra. Los gatos son como patronos del clan. —Jasimir hizo una mueca—. Había una razón por la que Rhusana quiso pagarlos con un gato atigrado por dos markahnos muertos.

—Déjame adivinar —dijo Fie lentamente—. La misma razón por la que arrastra una piel de tigre por la cola. —Jasimir asintió—. ¿Por eso salvaste a Barf?

—La salvé porque podía. —El príncipe frunció los labios—. No dejo de pensar en la árbitra Grulla, la que casi dejó salir a Barf. ¿Cómo es que a alguien le puede dar aprensión dejar morir quemado a un gato cuando está ahí para hacerle peores cosas a la gente?

—Ya sabes la respuesta.

Jasimir suspiró.

—Creyendo que esa gente es menos que un animal. —El silencio creció, luego menguó—. He hecho un juramento. No me importa si debo ir personalmente a rogarles a todos los Halcones en el Marovar. Los Cuervos tendrán guardias.

Palabras bonitas, palabras bonitas. No dudaba de Jasimir, no después de la última semana. Pero tenía muy poca fe en la misericordia de los Halcones.

—De acuerdo —mintió.

—Algo está molestando a la tía Draga. Ella no es... así. —Jasimir retorció la manga de su bata de noche—. Intentaré convencerla después de que rescatemos a tu familia.

—¿Y si eso no funciona? —Fie no pudo evitar preguntarle. En algún lugar allí fuera, bajo la noche, los Cuervos estaban celebrando su luna. Y eso significaba que en algún lugar allá fuera, bajo la noche, las Adelfas se preparaban para cabalgar.

—Insistiré. Hablaré con todos los Halcones que haga falta, todas las veces que sea necesario —sostuvo Jasimir—. Hice un juramento.

¿Cuánto tiempo tendrían que esperar los Cuervos?

Las palabras del propio príncipe volvieron en eco desde el desfiladero, desde más de una semana atrás.

¿Cuánto más dejarás que te arrebaten?

Ella tendría a su familia de vuelta. Tendría a Tavin de vuelta. Detendría a la reina. Y algún día... algún día quizás se quedara dormida sintiéndose segura otra vez.

Por esta noche, eso tendría que ser suficiente.

Las gemelas Halcones la miraban desde sus retratos, imponentes. Fie deseó que alguien se hubiera tomado el trabajo de pintar a su madre antes de que las Adelfas la hicieran pedazos. Ese escozor particular volvió a enroscarse en su cabeza.

En algún sitio en el salón, el canturreo apagado de un himno de guardia se mezcló con el silencio. Fie sabía que, vagara donde vagara, nunca escaparía de este. No había forma de que saliera de Trikovoi hasta que los Halcones la dejaran ir.

—Gracias por salvar a mi gata —dijo Fie, rígida—. Debería intentar dormir.



Cuatro golpes retumbaron al mediodía en la habitación del príncipe.

Fie dejó a un lado la laja de práctica mientras Jasimir iba hasta la

puerta. La Cabo Lakima estaba afuera, con cara de piedra y los labios en una línea tensa, su mirada fue del príncipe a Fie y a sus letras temblorosas.

—La capitana general os llama. —Jasimir y Fie intercambiaron miradas. Lakima tosió—. Hay un mensaje.

Lakima apenas tuvo tiempo de ceder el paso antes de que Jasimir y Fie salieran volando hacia el pasillo.

Cuando entraron en el despacho del comandante, Draga ni siquiera levantó la vista del único pergamino que había en el ahora ordenado escritorio, su rostro estaba gris y duro como la piedra plana de Fie.

—Cerrad la puerta.

Lakima la cerró de un empujón.

—Están en el Valle de Fallow, a una hora cabalgando desde aquí —explicó Draga—. El propio Tatterhelm salió al encuentro de mis exploradores. Y luego les entregó esto. —Draga se dispuso a leer en voz alta—. «A la capitana general Draga Vastali szo Markahn: yo, Greggur Tatterhelm, en nombre de Su Majestad la Reina, le ordeno que entregue al traidor Jasimir Surimas sza Lahadar». —Lamió sus labios—. «Si no obedece, compartirá con él los cargos de alta traición, conspiración, fraude y blasfemia criminal. Además...».

Draga se detuvo. El pergamino se agitó bajo sus dedos y, de repente, Fie vio manchitas rojas amarronadas en el papel. Algo frío se enganchó en sus tripas y se arrastró hacia abajo.

La capitana general aclaró su garganta y continuó.

—«Además, tenemos a los cómplices del príncipe en custodia, incluyendo diez Cuervos y el Halcón Taverin sza Markahn. Si desea recuperarlos con vida, enviará al príncipe y a no más de un escolta, desarmados y a pie, al Valle de Fallow al amanecer. Todo

indicio de refuerzos adicionales o intento de liberar a los rehenes llevará a su inmediata ejecución».

El gancho frío se arrastró con más fuerza.

Draga respiró hondo.

—«Finalmente, consideraremos cada día de demora como un insulto a la justicia de Su Majestad y someteremos a un cómplice a un castigo apropiado. Encontrará la justicia de la reina... —Draga se inclinó hacia atrás y sacudió el pergamino— ... adjuntada». No sé... quién...

Un gusano torcido, grisáceo rodó sobre el escritorio, dejando una mancha roja.

Por un momento, Fie no vio un escritorio, sino una carretera polvorienta al amanecer años atrás. En aquella época, había sido demasiado pequeña para saber que las ramitas con puntas ensangrentadas no eran solo algo curioso.

A veces, el horror se arrastraba hasta un punto tan profundo de Fie que ella ni siquiera podía comenzar a tratar con él, solo esperar a que su cabeza se pusiera al tanto.

Parpadeó. Respiró hondo. Consideró el zumbido en sus oídos, las palabras de la carta, el color gris de la cara de Draga, el silencio del príncipe, el lento bramido de su propio corazón.

No quedaba demasiado tiempo antes de que el vómito golpeará. Antes de que la ira sofocara cada gota de razón en sus pensamientos.

Antes de que Tatterhelm enviara otro dedo que la señalara.

No le quedaba demasiado tiempo.

Fie se obligó a dar un paso adelante, estirarse y tocar el aguijón de hueso que sobresalía de la carne.

La chispa la pinchó en cuanto la llamó.

—Pa —dijo sin voz.

Y entonces, llegó el vómito.

Jasimir la condujo con rapidez a una palangana, justo a tiempo. Cuando terminó de vomitar, él le pasó una copa de agua, al tiempo que miraba a Draga.

—Podemos tenderles una emboscada. Iré con un solo Halcón...

—Es una trampa.

—Puedo intentar esconder a sus montadores —tosió Fie, luego escupió en la palangana.

Draga negó con la cabeza.

—¿Acaso he tartamudeado? Es una trampa. —Sus ojos se habían vuelto fríos y oscuros—. Matarán a todos los rehenes sin importar lo que hagamos.

—La carta dice... —comenzó a argumentar Jasimir.

—La carta es un cebo. Lo único que quiere es que entres caminando al Valle de Fallow sin protección, creyendo que puedes salvarlos.

—Debo intentarlo.

Draga sujetó con fuerza la silla del escritorio.

—No. Rhusana gana en cuanto entres caminando en su campamento. Si te importan los Cuervos, *todos los Cuervos*, no puedes entregarte. No sin sacrificar a toda la casta. Debes evitar mayores pérdidas.

El malestar estomacal de Fie cedió paso a una ira enardecida.

—Qué fácil es decirlo cuando no son tus pérdidas.

—No me hables de mis pérdidas —espetó Draga.

—No finjas que te importa mi casta —siseó Fie—. Si Tatterhelm tuviera doce Halcones...

—Tatterhelm tiene... —Draga se interrumpió a sí misma, pasó

una mano sobre su pelo—. Por este motivo tiene rehenes: quiere alterarnos, *quiere* que cometamos errores. Si le damos al príncipe, se terminó todo. Podría seguirlo todo el camino de vuelta al palacio real con un ejército de mamuts, pero mientras tenga ese cuchillo apuntado contra... contra Jasimir, no habrá una sola maldita cosa que ninguno de nosotros pueda hacer.

—Cantarás otra canción cuando comience a mandar trozos de un Halcón —escupió Fie.

Draga se quedó mirándola. Jasimir inhaló con fuerza al lado de Fie, pero no dijo nada.

—No lo haré —respondió la capitana general con una voz afilada al extremo.

—¿No? Quizás los primeros días, cuando solo sea el meñique de Tavin. —La voz de la propia Fie tembló de furia—. Si Tatterhelm se pone impaciente, quizás envíe la mano entera.

—Tavin es de tu sangre —agregó Jasimir, con voz cada vez más alta—. ¿Qué hay del código Halcón? ¿Qué hay con «No abandonaré a...»?

—*¡Conozco el código!*

El grito de Draga se estrelló contra las paredes de piedra. En el silencio aturdido, la capitana general caminó hasta la ventana para mirar por las barras de hierro cruzadas. El acero en su pelo se agitó y tintineó.

—Taverin siempre ha sabido cuál es su deber. Servimos primero a la nación. —Una grieta en su voz se llenó de granito—. Cuando actúas enfurecido, ya has perdido. Jasimir, ser rey significa que a veces debes elegir a quién sacrificar. Hoy, la elección es entre diez Cuervos y un Halcón o la casta de los Cuervos y Sabor. ¿Comprendes?

Jasimir no respondió.

Draga no se movió de la ventana, pero su espalda se puso rígida como el dedo de Pa en el escritorio.

—¿Comprendes? —repitió, con más fuerza que antes.

El silencio se estiró tanto como una telaraña, luego se rompió cuando el príncipe susurró:

—Sí.

Fie sintió el puñetazo en sus huesos. El príncipe evitó mirarla.

—Considérate afortunado, porque hoy haré la elección por ti —dijo Draga, mirándolos de frente otra vez—. Cabo Lakima, acompaña a estos dos a sus habitaciones. Quiero que asigne una guardia para asegurarnos de que se queden allí.

Como antes, Draga debería haber mirado al príncipe. En vez de eso, sus ojos quemaron a Fie.

—Sí, capitana general. —Una mano de hierro se posó sobre el hombro de Fie.

—No *puedes*... —protestó Fie.

—Cierre la puerta —masculló Draga, que se dejó caer en la silla del comandante—. Y haga que alguien me traiga un poco de maldito vino.



Al principio, Fie gritó.

Gritó de furia: furia hacia Draga por sentenciar a su familia a una muerte horrible, furia hacia Jasimir por permitirselo, furia hacia Pa por salvarla en Cheparok, furia hacia Tavin por robarle el corazón y desgarrarlo y, más que nada, furia hacia Sabor, hacia la Alianza, hacia los dioses muertos.

Se desmoronó por el remordimiento: remordimiento por haber abandonado a los suyos, remordimiento por haber fallado en

cumplir la única regla de un jefe, remordimiento por no luchar con dientes y uñas para salir de Trikovoi.

Luego, finalmente, lloró de pena y, al hacerlo, lloró por más cosas de las que podía contar, de las que podía nombrar, pero, más que nada, lloró por el breve hilo de esperanza que se había encendido en ella cuando vio la almenara de Tavin encendida a las puertas de Trikovoi.

Cuando dejó de llorar, durmió sin soñar.

Y cuando se despertó, fue a la luz de la Luna del Cuervo.

Durante un rato, se quedó acostada en la oscuridad en la maldita suavidad de su cama, en la maldita seguridad de su habitación, y sus pensamientos dieron vueltas hasta salirse de eje. ¿Enviaría Tatterhelm una parte de alguien más por la mañana o volvería a amputar a Pa?

¿Ella dejaría que lo hiciera?

Cada latido en sus oídos era una acusación.

Draga tenía razón: toda la casta de los Cuervos dependía de que Jasimir llegara al trono.

Jasimir tenía razón: él comprendía lo que estaba en juego.

Tavin tenía razón: podría haber hecho algo mejor con su vida que morir.

Fie buscó respuestas en la oscuridad y no encontró ninguna.

Pero eso tenía sentido. No tenía ningún derecho a esperar respuestas aquí, en esta maldita habitación demasiado cómoda, mientras su familia estaba atrapada en el infierno de Tatterhelm.

Escabullirse fue demasiado fácil: con la ilusión de un diente de Pavo Real creó una segunda Fie, que tropezó frente a su habitación al salir y sobresaltó a los guardias lo suficiente como para que la verdadera Fie se deslizara detrás de ellos. En cuanto dobló una

esquina, envió a la ilusión de vuelta a su habitación e intercambió el diente de Pavo Real por uno de Gorrión.

Y entonces se fue de caza.

Fie serpenteó por pasillos oscuros, algunos estrechos, otros bien amplios, algunos custodiados por Halcones con caras adustas, otros vacíos como el juramento de un jugador. Su calzado no dejaba ninguna marca en la piedra a su paso.

Lo único que necesitaba era una salida, se dijo a sí misma. Luego tomaría sus dientes y su acero y acabaría con cuantos Buitres pudiera, hasta que...

Hasta que la mataran. O, peor, la atraparan viva. Tatterhelm tenía más brujos de piel que los Cuervos que tenía ella y contaba con soldados y espectras de piel. Y luego comenzaría a enviarle partes de ella a Jasimir.

Siempre iba a terminar así.

Tavin siempre lo había sabido. También ella. Desde que había salido gateando de Cheparok. No... desde que había caído del puente de la Fortaleza Flotante.

No... desde que Pa le había puesto la espada de jefe en las manos.

¿Qué quieres, Fie?

Su casta o su familia. Miles de Cuervos, perseguidos de día y de noche. O diez de los suyos, muriendo de a partes.

Ese es el juego, ¿comprendes?

El camino la había atrapado y no podía ver qué dirección era la correcta. Todas las esperanzas, todos los juramentos, todas las pizcas de fe que había tenido en Hangdog, en Tavin, en Jasimir, de alguna forma u otra se habían transformado en flechas disparadas hacia ella.

Tropezó. Se golpeó contra una pared. Se hundió contra esta.

De una forma u otra, perdería todo.

La furia aullaba en su corazón. Todo iba mal. Había aprendido a luchar como un Halcón. Había aprendido a leer y escribir como un Fénix. Había mantenido la cabeza templada, había quemado sus dientes, había roto la única regla de los Cuervos. Casi había muerto, día tras día, carretera tras carretera, montaña tras montaña, para cumplir el maldito juramento.

Y aun así perdería.

No había forma de que ella ganara. Nunca la había habido.

¿Cuánto más dejarás que te arrebaten?

Se dejó caer contra la pared y se acurrucó ahí, temblando. Este era el juego. Esto era la verdadera danza del dinero: el resto de las castas giraban y daban vueltas alrededor de los Cuervos lanzando gritos, se llevaban lo que querían, todo el tiempo que quisieran, sabiendo que los Cuervos no podían hacer nada para detenerlos. Sabor jamás había tenido la intención de que ella ganara.

No creían que una Cuervo pudiese hacerlo.

Lejos, un himno de guardia se deslizó en el silencio. Fie lo ignoró.

Después el himno vagó hacia un solitario hilo de notas. Uno que había escuchado casi todas las mañanas.

Fie se apresuró a ponerse de pie, su corazón palpitaba. No podía ser Tavin... sin embargo, sus inestables piernas la empujaron hacia adelante, en busca del sonido. Él le había dicho que su madre la cantaba... quizás Fie no volvería a ver a Pa jamás, pero al menos podía hacer lo correcto aquí...

Siguió a un Halcón a través de una puerta como si fuese su sombra y salió a la helada noche del Marovar. Las estrellas salpicaban el cielo brutalmente despejado, coronado por la

diadema de la Luna creciente del Cuervo.

Delante de Fie, una mujer Halcón se apoyó contra un puesto de vigilancia, miraba las montañas mientras tarareaba un himno de guardia que a veces se astillaba al entrecortarse su voz.

Pese a la oscuridad, Fie pudo notar el destello afilado de las plumas de acero en su pelo.

Es una montadora de mamuts en el Marovar, había susurrado Tavin junto a una hoguera una luna atrás.

La pregunta se desenredó en la cabeza de Fie.

Garras Gemelas. Pero cómo...

Sabía lo que eso significaba.

Durante un momento, Fie se meció en el lugar, todavía oculta por el diente de Gorrión, su mente revuelta en mil hilos que de repente se unieron en un nudo bien ceñido.

Puntada a puntada, el tapiz se desplegó, extendiéndose más y más hasta que Fie no vio más un tejido sino una furiosa salida.

¿Cuánto más dejarás que te arrebaten?, había preguntado el príncipe.

Esta era la danza. Este era el juego. El que se suponía que ella no debía ganar.

Pero ahora... Fie tenía fuego. Tenía acero.

Conocía el camino.

El príncipe había jurado proteger a su casta. Había jurado hacer que las Adelfas pagaran.

Ella era una jefa; él era un príncipe. Y uno de ellos era un mentiroso.

Fie esperó que otro guardia abriera la puerta, después volvió a toda prisa a los pasillos de Trikovoi rumbo a su habitación, a sus espadas, a sus dientes.

Rumbo al príncipe.

Rumbo al Valle de Fallow.

Hubiese arrojado su corona a una pira o no, era una jefa. Y era hora de que cuidara de los suyos.



22

EL CENCERRO

Fie no tuvo la intención de remover las cenizas al pisar, pero de todas formas lo hizo.

Fie tampoco tuvo la intención de sentirse mal por Jasimir, pero eso también ocurrió, mientras este se trastabillaba con las cuerdas que rodeaban sus tobillos. Tiró de él para enderezarlo, sin demasiada amabilidad, y lo empujó con la punta de la espada corta de Tavin. Su compasión se había extendido solo a una capa Halcón robada —liberada— sobre los hombros para protegerlo del frío previo al amanecer.

Él le lanzó una mirada sombría, pero siguió caminando, con las manos amarradas delante. Fie sospechó que el príncipe tenía muchas palabras reservadas para ella.

En parte, por eso lo había amordazado con un trapo retorcido antes de arrastrarlo hasta el Valle de Fallow.

Había estado aquí antes o, al menos, lo bastante cerca como para verlo arder. Tiempo atrás, el valle había albergado una aldea. Tiempo atrás, esa aldea había matado al marido y al hijo de una jefa. Y tiempo atrás, una almenara de plaga había quedado sin responder. Ahora, lo único que quedaba era tierra ennegrecida y una marca en su mapa que decía «cenizas».

Mientras marchaba haciendo avanzar al príncipe, un viento inquieto jugueteó con las cenizas largamente frías y la arenilla suelta de los muros de piedra en ruinas y los terrenos áridos. Todas las chozas, todos los cadáveres, todos los campos habían sido sometidos al fuego; todo aquello que la plaga había tocado. Solo eso podía detener un brote: quemar todo hasta las cenizas y dejarlo así durante años, durante generaciones, hasta que la hierba por fin creciera verde sobre los vestigios.

Fie tenía que darle crédito a Tatterhelm: entre la niebla de cenizas que se movía con el viento y la miríada de muros detrás de los cuales refugiarse, no podría haber elegido un mejor sitio para esconderse.

Especialmente si tenía un incalculable número de espectras de piel que ocultar.

Una luz grisácea se filtró por la oscuridad sobre la pared oriental del valle, la advertencia de un amanecer que el príncipe no podría ver hoy. Un nudo surgió en la garganta de Fie. Todo esto había comenzado en el Salón del Alba; así que también terminaría con el sol naciente.

—Más rápido —murmuró a Jasimir. Tatterhelm quizás no esperase para arrancar otra parte de Pa. El príncipe le lanzó una

mirada de pura repulsión, pero ella lo empujó hacia adelante. Bajaron la velocidad al pasar la primera casa calcinada, buscando algún rastro de los brujos de piel o sus espectras.

Es una trampa, rugió Draga en sus recuerdos.

Los clavos de las sandalias de Fie crujieron al atravesar algo negro y quebradizo. Un susurro que escapó de unas chispas de huesos le reveló sobre qué pisaba.

—Esa distancia es suficiente.

La voz de Tatterhelm retumbó como un relámpago desde más adelante. Fie se sobresaltó y tiró con fuerza del hombro de Jasimir.

El Buitre salió por un rincón chamuscado, con una mano apretada contra la nuca de Tavin. La otra sostenía una daga apuntada a la garganta del Halcón.

Aún estaba vivo. Fie se quedó petrificada. Tavin todavía estaba vivo. Habían amarrado sus manos por delante.

Un entramado de sangre seca manchaba un lado de su cara y magulladuras oscurecían su mandíbula y sus brazos en casi todos los sitios visibles. ¿Por qué no se había curado a sí mismo? ¿Lo habían golpeado tanto que no le dejaban tiempo para hacerlo?

Pero aún caminaba, aún respiraba. Estaba ahí.

Realmente no había creído que volvería a verlo vivo. No desde que había cortado el puente.

Un tañido repiqueteaba con cada paso que Tavin daba. Fie tardó un momento en encontrar la causa.

Tatterhelm había amarrado un cencerro al cuello de Tavin.

Tatterhelm se detuvo. El repiqueteo no. Más sombras se separaron de los esqueletos ennegrecidos de las ruinas: diez Buitres, diez Cuervos, diez cencerros más que repicaban levemente colgados de otras diez gargantas.

La intención de Tatterhelm era demasiado evidente. Pero esta era la forma de alguien que había sido un cazador toda su vida; quería inquietarla y dispersarla.

En lugar de eso, Fie escupió las cenizas. Su rabia era algo curioso, a veces dentada y rota como la espada de Pa, otras veces pesada y llena de historia como una bolsa de dientes. Había dejado ambas cosas atrás para tratar con Tatterhelm. Él no lograría sacudirla tanto como para que olvidara su furia.

Contó las caras de todos los Cuervos; cada uno, su hogar. Madcap, que tenía el mentón alzado. Pa, con trapos ceñidos alrededor de los nudillos de su mano derecha. Wretch, que movía frenéticamente los labios mientras Viimo mantenía una daga contra su garganta.

No vio a Swain.

Las lágrimas le nublaron la vista antes de que pudiera luchar contra ellas. Swain, con sus pergaminos y sus números, su humor irónico, la arruga que se formaba en su frente cuando leía atentamente un mapa u observaba una moneda. Sin importar dónde estuviesen en Sabor, él se las había ingeniado para encontrar flores para el cumpleaños de su mujer, año tras año, incluso después de que las carreteras se la llevaran.

Tatterhelm se lo había arrebatado a Fie en Cheparok.

No arrebataría a nadie más. Ni un solo Cuervo más. Ella era jefa. Cuidaría de los suyos.

—Fie, *lárgate*... —comenzó a decir Pa. Su captor Buitre agarró su mano derecha y la estrujó. Pa se atragantó con un grito agudo. Las vendas se mancharon con un rojo nuevo y brillante.

Dales fuego, susurraron los dientes de Fénix en el cordel de Fie.

Fie flaqueó cuando miró hacia Tavin. Él no habló, sus ojos la

atravesaron, ardientes. Por supuesto que él sabía que ella aceptaría el trato. Quizás, durante un momento, había creído que elegiría otro camino. Pero ambos sabían que no; Fie solo esperaba que él no se hubiese engañado a sí mismo durante demasiado tiempo.

Una vez más, su cara llena de furia y desesperación y culpa dijo mil cosas, pero, sobre todo, «traición».

Quizás algún día la perdonase por esto. Pero ella siempre había sabido que no sería fácil.

Tatterhelm empujó a Tavin para ponerlo de rodillas, con el cuchillo aún contra su garganta y una mano aferrada a su cuero cabelludo. El norteño ni siquiera se había molestado en lucir su casco predilecto para tratar con una pequeña Cuervo semijefa; simplemente tenía puestas su pechera y botas pesadas sobre sus calzas de lana y su mugrienta túnica amarilla. Sus brazos de color rosado como los cerdos resaltaban en la penumbra, desnudos y crudos, tatuados con insignias de valentía. Su cabello rubio paja se rizaba a la altura de sus hombros. Una máscara de Cuervo picuda colgaba de su cinto como un trofeo de caza.

—Habéis sido como un dolor en mi trasero —rugió—. Me habéis hecho perseguiros por todo el maldito país, todo por una idea estúpida.

Fie escupió las cenizas otra vez.

—¿Estás aquí para negociar o no?

—¿Sabéis cuál es el problema con vosotros? —Liberó la máscara de su cinto de un tirón y la arrojó a los pies de Fie—. Olvidáis lo que sois. La reina irá a por los de vuestra clase y una ladronzuela de huesos no la detendrá.

Un ramillete de menta largamente seca se desparramó desde el pico.

Tenemos algo que os pertenece.

Los Buitres habían estado persiguiendo *su* rastro todo este tiempo. No el del príncipe, no el de Tavin. Habían sabido que debían perseguirla a *ella*.

—Quizás el príncipe aprenda la lección sobre confiar en Cuervos —gruñó Tatterhelm—, pero diría que esa lección... no tendrá mucha vida.

Él quería perturbarla. Fie reconocía una danza del dinero cuando la escuchaba.

—Suficiente —espetó—. Hice lo que querías. Ahora déjalos ir.

—Cálmate. —La punta del cuchillo de Tatterhelm arañó la garganta de Tavin—. Viimo.

—¿Sí, señor? —respondió desde al lado de Wretch la bruja de piel, que sujetaba con fuerza los amarres de la Cuervo. La boca de Wretch se movía, pero su voz era demasiado baja como para que la escuchara nadie más que Viimo. Esta la ignoró.

—¿Han traído alguna compañía estos dos?

Viimo cerró los ojos durante bastante tiempo. Su frente se arrugó, luego se alisó. Su mano libre se cerró en un puño.

—No veo nada, señor.

Draga aún no había notado su ausencia entonces. O había hecho lo que Fie no había podido: evitar mayores pérdidas. De cualquier forma, Fie estaba sola.

Sola y hasta el cuello, demasiado tarde para salir ahora.

Tatterhelm entornó los ojos hacia ella.

—Quítate la túnica.

Fie soltó a Jasimir.

—Te mueves y te destripo —le advirtió y se quitó la túnica por la cabeza.

Tatterhelm observó su camisa y sus calzas en busca de armas escondidas. Ella sabía que no encontraría ninguna. Él hizo un gesto con su mentón y dijo:

—Los dientes.

Fie apretó su mandíbula, luego levantó la espada de Tavin y cortó su cordel de jefa. Cayó a las cenizas junto a su túnica.

—Ahora la espada.

Fie dejó caer el filo Halcón. Cuando este se clavó en la tierra, ella hubiese jurado que había quedado desnuda. La lana fina no detendría las flechas. Ni dientes, ni acero. Una presa fácil.

Pa había dicho que ella era una diosa muerta reencarnada. No se sentía como una ahora. Ni siquiera como Little Witness.

Su pulso era una marcha fúnebre en sus oídos.

No miró a Tavin.

—Trae al príncipe más cerca.

—Déjalos ir —respondió ella.

Tatterhelm presionó hasta marcar una línea roja al lado de la garganta de Tavin, justo debajo de la sombra de una magulladura. Tavin se sacudió; su cencerro repicó.

—No lo pediré dos veces —amenazó Tatterhelm.

El gancho frío en las tripas de Fie se arrastró con fuerza. Se obligó a respirar por la nariz e hizo avanzar a Jasimir, desarmada. Con las manos vacías. Sin dientes.

Cada latido repetía lo que ardía en los ojos de todos los Cuervos:

Traidora. Traidora. Traidora.

Flaqueó y miró a Tavin otra vez. Lo que ardía en su cara era mucho, pero mucho peor.

No sabía por qué se había engañado a sí misma con la esperanza de que él la perdonaría.

Viviría. Eso tenía que ser suficiente.

Cuando estuvieron a unos pocos pasos, Tatterhelm ladró:

—Alto ahí. —Se detuvieron—. El príncipe avanzará solo el resto del camino.

Este era el momento. Fie lamió sus labios y soltó a Jasimir. Él negó con la cabeza e intentó protestar pese a la mordaza. Sonó a algo como: «No puedes».

—Confía en mí —dijo Fie—, es demasiado tarde para eso, Alteza. Ella lo empujó hacia los Buitres.

—¡No! —gritó Tavin, con ojos desorbitados.

Jasimir trastabilló contra la tierra —uno, dos pasos— y Tatterhelm sujetó los harapos de su cuello.

Ahora. Fie lamió sus labios, tomó aire para silbar...

Y las cenizas hicieron erupción a sus pies.

Manos grises, chatas, golpearon sus tobillos. Otro par le rodeó el cuello como una cuerda. Gritó, en parte de miedo y en parte de furia, y se agitó como un animal en una trampa.

Había olvidado las espectras de piel y ahora todo estaba perdido.

Lanzó otro grito ahogado de furia antes de que las manos húmedas y pegajosas tiraran con fuerza.

Llovieron cenizas desde dos espectras de piel que se alzaron desde abajo, pellejos grises y escurridizos que se inflaron como odres de agua. La que sujetaba sus tobillos tiró de ellos al levantarse, hasta que Fie quedó colgada por el cuello y los pies.

Y entonces los rostros de las espectras de piel se rellenaron, huecos, aterradores. Conocidos.

La cara sin ojos de Hangdog bostezaba hacia ella mientras le apretaba con más fuerza la garganta.

La cosa que alguna vez había sido Swain comenzó a arrastrar sus

tobillos.

El pánico chilló por las venas de Fie. Se sacudió en busca de... de algo, una piedra, un trozo de hueso, incluso un puñado de piel. Pero las espectras simplemente se doblaban para salir del camino y tiraban como si tuvieran la intención de despedazarla.

El dolor se extendió por sus mandíbulas, hacia arriba y abajo por su columna, en sus tobillos. Escuchó gritos que no eran los suyos. Algunos parecían decir su nombre. Uno sonó como que podría ser de Tavin.

Las espectras de piel no dijeron nada, ya que no tenían lengua, no tenían huesos, ni dientes con los que hablar. Solo la cara flácida de Hangdog. La de Swain.

La reina, al final, había usado hasta los muertos de Fie para sus fines.

¿Cuánto más dejarás que te arrebaten?, había preguntado Jasimir.

Jamás había esperado morir en silencio. Joven, quizás. Pero no así.

No había venido aquí a morir.

Había venido a cuidar de los suyos.

Fie lamió sus labios y forzó lo que le quedaba de aire a salir en un silbido ensordecedor.

Si Tavin hubiese sido un Cuervo, habría reconocido esa señal. Significaba «al suelo».

Si Tavin hubiese sido el príncipe, habría sabido qué venía a continuación.

Y si Tavin hubiese sido solo un Halcón, habría muerto cuando Fie liberó el diente de Fénix que había estado ardiendo todo el tiempo, escondido en los puños amarrados de Jasimir.

Pero Tavin no era solo un Halcón.

Y entonces, cuando el torbellino de fuego Fénix tragó a Tavin, su príncipe y su captor en un hambriento mordisco de dientes dorados, solo el brujo de piel ardió.

Los Cuervos se aplanaron contra la tierra en un coro melódico de campanadas de hierro. El fuego Fénix pasó sobre ellos y se dispersó al resto de los brujos de piel.

Greggur Tatterhelm salió rodando del fuego, con la piel ampollada sobre sus insignias de valentía tatuadas, y se lanzó a por ella. El cuchillo simple y brutal bajó en una puñalada...

Y salió despedido cuando Jasimir embistió a Tatterhelm por un lado. Los dos cayeron sobre la espectra de piel que sujetaba los pies de Fie, lo que hizo que la soltara.

Los pies de Fie golpearon el suelo. Las manos huecas de Hangdog se enterraron en la carne de su garganta. Con los ojos humedecidos, ella vio que más espectras de piel surgían de las cenizas e intentaban sujetar a los Cuervos. Tenía que liberarse... tenía que cuidar de los suyos...

El diente de Fénix aún ardía en el puño de Jasimir. Ella lo llamó una vez más.

El fuego dorado giró a toda velocidad alrededor de ella, devorando la piel vacía con un horrible crujido. Swain se arrugó como un papel y se marchitó en un instante. La otra espectra la soltó.

Fie chocó contra las cenizas y respiró hondo, el aire estaba saturado con grasa vieja.

La espectra de Hangdog osciló mientras se despellejaba y chamuscaba, hasta que finalmente se deshizo. Los huecos oscuros de los ojos en su cara iban deformándose mientras las llamas lo devoraban por completo.

¿Por qué?, quiso preguntarle. Nos vendiste y en esto te han convertido.
¿Por qué?

Hangdog se desplomó en cenizas.

—¡Fie!

Se retorció sobre sus rodillas. Jasimir gateaba hacia ella. Fie apartó la capa de Jasimir hacia un lado y liberó la espada rota de Pa, que colgaba a lo largo de la espalda del príncipe. El peso de esta la tranquilizó mientras se disponía a cortar las amarras de sus manos.

Los ojos del príncipe apuntaron detrás de ella y se abrieron. Fie no pudo darse vuelta con suficiente rapidez.

Un puño se estrelló como un martillo en su mandíbula y la derribó otra vez a la tierra. El dolor se disparó por sus dientes. Escuchó otro crujido y un grito a unos pasos de distancia.

—*¡Levántate!* —Reconocería la voz de Tavin en cualquier lado, aunque estuviera ronca y quebrada.

Una bota con punta de acero se clavó en sus costillas. Rodó por las cenizas otra vez, patinándose y atragantándose con la arenilla. La espada de Pa resbaló de su mano.

—Bonito truco —gruñó Tatterhelm—. Deberías haber huido.

Dedos ampollados se cerraron alrededor de su cuello y la alzaron para dejarla colgada frente al brujo de piel. El mundo dio vueltas en los ojos de Fie, pintando una imagen a toda velocidad: el fuego se desvanecía, los Buitres y sus espectras de piel cercaban a los Cuervos, Jasimir estaba desplomado contra una pared a unos pasos de distancia con un tobillo doblado en un ángulo espantoso. Tavin estaba arrodillado a su lado.

Fie vio un puñado de llamas decrecientes en la palma de Jasimir, los restos del plan maestro de Fie. La boca de Tavin se movía.

Después, él se estiró hacia la mano de Jasimir.

Ella intentó liberarse, arañó los dedos de Tatterhelm. Este apretó con más fuerza, con más crueldad incluso que las espectras de piel.

—Podrías haberte ido caminando —dijo Tatterhelm lentamente—. Pero tenías que causar problemas. ¿Creías que podías *pelear*? — La sacudió como a una muñeca de trapo. Levantó la voz—. ¿Creíste que podías acabar *conmigo*?

La estrelló contra otra pared. Las piedras se sacudieron, unos pocos trozos cayeron al suelo.

—Olvidas lo que eres —rugió Tatterhelm.

La vista de Fie se nubló, sus pulmones aullaron como espectras en busca de aire. Tatterhelm alzó su cuchillo.

De repente, los brazos de Tavin pasaron sobre la cabeza de Tatterhelm con la velocidad de un latigazo y sus muñecas amarradas tiraron con fuerza contra la tráquea del Buitre. Fie cayó, libre.

Se agachó para eludir el brazo de Tatterhelm, que había intentado sujetarla de un manotazo, levantó con rapidez la espada de Pa y rodó para ponerse de rodillas justo a tiempo para bloquear el cuchillo del Buitre.

—Sé lo que soy —respondió Fie.

Tatterhelm tropezó por el peso de Tavin. Ella saltó para ponerse de pie, a su alcance, pero demasiado rápida como para que la atrapase.

El brujo de piel jamás se imaginó que ella elegiría este camino.

Fie cayó sobre él como el juicio final de la Alianza, el filo se hundió en el antebrazo de Tatterhelm. Su mano quedó cercenada con un *plac* húmedo y carnosos, aún sujetaba su daga cuando aterrizó en las cenizas.

Tatterhelm observó, estupefacto, el muñón sangriento donde había estado su mano. Y luego gritó. Tavin se apartó de él y corrió hacia donde estaba Fie.

—¡Tatterhelm ha caído! —gritó otro Buitre y apuntó su espada hacia Pa—. No toméis rehenes, ¡solo al príncipe!

Tavin puso dientes en la mano de Fie: primero, el diente de Fénix encendido que había tomado de Jasimir.

Después, los otros dos que ella aún tenía que llamar.

Fie cerró los ojos. *Armonía*. Un diente encendido. *Armonía*. Llamó a la vida al segundo y la llama dorada aulló con furia. Los Buitres bajaron la velocidad, temerosos. *Armonía*.

Encendió el tercero.

El fuego Fénix estalló a través del valle, sediento y despiadado, y sacudió cenizas y ruinas y huesos largamente fríos, sin mostrar misericordia alguna salvo con los Cuervos. La llamarada dorada creció como la marea, empequeñeciendo el amanecer, hasta que el Valle de Fallow ardió de extremo a extremo. Tatterhelm no tenía oportunidad alguna tan cerca de Fie; desapareció entre las llamas abrasadoras. Las espectras de piel también se desplomaron en el suelo, deshaciéndose en el humo o derritiéndose en charcos burbujeantes.

Todos los otros Buitres gritaron y corrieron en busca de refugio. No encontrarían ninguno.

Fie levantó una mano apretada en un puño para cosechar el fuego. Este se arremolinó alrededor de los Buitres, enjaulándolos.

El fuego rugió en sus huesos, en su corazón, en sus dientes. Una reina muerta. Tres dientes de leche. Había buscado durante casi una hora dientes de Fénix que no luchasen entre sí. Ahora estaban en armonía, ardían al unísono y solo respondían a su furia.

Tatterhelm jamás había creído ni por un instante que una Cuervo podría superarlo.

Pa tal vez tuviera razón sobre los brujos y los dioses muertos; quizás Fie alguna vez había sido una y quizás también lo había sido Tatterhelm. Pero fuese cierto o no, no había hecho falta una diosa para abatirlo. Solo una jefa y el factor sorpresa.

Tenía asuntos que resolver antes de lidiar con los Buitres supervivientes. Caminó hasta Jasimir envuelta en las llamas, Tavin la siguió detrás.

Jasimir se había levantado, estaba de pie sobre una pierna y se sujetaba a la pared. Los ojos del príncipe aterrizaron en Tavin y las llamas deladoras que lamían inofensivamente sus brazos.

—Eres... eres un Fénix.

Tavin se retrajo, bajó la mirada al suelo.

—Soy un bastardo.

—Es tu hermano —concluyó Fie, ronca, y cortó las ataduras que rodeaban las muñecas de Tavin—. Medio hermano, al menos.

Tavin la miró entonces, mientras la cuerda caía, suelta, al suelo.

Ella quería deshacer con fuego la horrible vergüenza y furia en los ojos de su Halcón. Quería que él se sanara a sí mismo como había hecho antes. Quería su mano en la de ella.

Quería que él la perdonara por arriesgar a su rey, por poner al desnudo su secreto, por dejarlo caer en manos de Tatterhelm en primer lugar.

Pero ella era una jefa y los suyos todavía no habían salido del valle.

—Todo irá bien —mintió y le quitó el cencerro del cuello.

Una mano abierta apareció en el espacio entre ambos. Tavin parpadeó hacia el príncipe, luego la agarró. Jasimir se tambaleó...

y abrazó a su hermano.

—Debería haberme dado cuenta —murmuró Jasimir—. Yo... no quise. Lo siento.

Tavin no respondió, pero tampoco se apartó y, a su modo, eso era respuesta suficiente.

La respiración de Fie se volvió fuerte y áspera cuando se dirigió hacia los Buitres, intentando no ahogarse con el hedor a pelo quemado y la fétida piel chamuscada. Sintió un chisporroteo de sangre en el fondo de su garganta, una señal que ya conocía demasiado bien para entonces. Armonía pacífica o no, la reina muerta se desvanecía.

Fie acechó al resto de los Buitres, que mantenían la distancia y esperaban sus órdenes. De una forma u otra, era hora de que aprendieran qué significaba hacer enfadar a la Cuervo equivocada.

—Soltad vuestras armas —ordenó. La mayoría obedeció; unos pocos rezagados dudaron, hasta que el fuego azotó sus codos. Madcap alzó una lanza y se la pasó a Jasimir para que la usara de bastón.

—¿Ahora qué, jefecita? —preguntó Viimo.

Fie tragó, el ardor de la sangre avanzó hasta su lengua. El fuego giraba alrededor de ella y los lorecillos como una bestia fiel. Tres dientes de una reina y ella podía hacer lo que quisiera. Podía prenderlos fuego, verlos arder, ver a Sabor arder desde las montañas a la costa, si quería.

Estaba cansada de fingir que no lo haría.

No... eso era falso, incluso ahora.

Solo por una vez, quería que alguien la tratara como si ella fuese a hacerlo. Y el terror en los ojos de los Buitres parecía un buen comienzo en ese sentido.

La habían perseguido durante casi una luna entera. Habían secuestrado a su familia. Habían derramado sangre de los suyos. Solo porque jamás habían imaginado que se encontrarían a su merced.

El cencerro de Tavin aún colgaba de sus dedos.

El viento sopló por el valle, llevando ceniza y arenilla hacia la carretera, a través del fuego, mientras la luz del sol asía los bordes de los muros del valle. *Misericordia*, parecía decir.

Y sus dientes respondieron del mismo modo: *Dales fuego*.

—Fie. —La voz de Jasimir atravesó la bruma.

—No me pidas que les perdone la vida —siseó ella, en parte deseando que lo hiciera.

—Esa es tu elección —respondió él, con el rostro tranquilo, bañado por la luz dorada del fuego—. Pero pronto ya no lo será. — Señaló hacia atrás, a la carretera por la que habían caminado.

Un cuerno resonó contra las laderas grises, casi enterrado bajo el estruendo de los mamuts que avanzaban hacia el valle.

Pero Viimo había dicho...

Fie giró y encontró la cara de Viimo en su jaula de fuego. La bruja de piel observaba a la caballería de mamuts aproximándose con pasos furiosos por la carretera llena de cenizas, su rostro sucio parecía serio... pero no sorprendido.

Así que Viimo le había mentado a Tatterhelm. Había sabido que los Halcones venían. Había traicionado a su propio líder y sus compañeros pagarían. ¿Por qué, por los doce infiernos, había traicionado a los suyos?

Quizás Hangdog podría haber respondido.

Si dejaba que Viimo ardiera, jamás lo averiguaría.

Los montadores de mamut entraron a borbotones en las ruinas

de la aldea y los rodearon antes de que Fie pudiera tomar una decisión.

—Puedes dejar ir el fuego —dijo Tavin detrás de ella, resignado.

Fie se contrajo. *Un markahno bastardo. Un Halcón más para la colección.* ¿Desde hacía cuánto tiempo Tavin sabía quién era? ¿Cuánto tiempo había guardado el secreto? Y ahora, aquí estaba, quieto en mitad de una llamarada abrasadora, ileso, frente a decenas de Cuervos y Buitres y Halcones. Y no había forma de escapar a la verdad.

Fie soltó el diente. Los montadores de mamut rodearon a los Buitres y desmontaron, con los grilletes listos. La capitana general cabalgó hacia Fie a través de las llamas menguantes, con cara de piedra. Fie no podía decidir cuál de los dos se alzaba más amenazante, si el mamut o Draga.

Si Draga tenía intenciones de decapitarla por esto, quizás Fie se conformaría con arrastrar a los Buitres hasta los doce infiernos con ella, después de todo.

Entonces alguien pasó renqueando a su lado, apoyado en una lanza, y se plantó entre Fie y la capitana general:

Jasimir.

Otra sombra polvorienta lo siguió y se paró con firmeza en la carretera. Madcap. Otra: Wretch. Y más los siguieron.

Cuervo tras Cuervo, formaron un muro frente a Fie y, finalmente, Pa la envolvió por los hombros al ponerse a su lado.

Pese a todo su rencor y astucia, Fie sintió que había quedado completamente vacía y lo único que le quedaba era un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos. Pa la atrajo hacia él y dejó que ella enterrara la cara contra su camisa, tal como lo había hecho por años. Durante un momento perfecto, a Fie le importaron una

mierda los Halcones y los príncipes y los brujos de piel.

Lo había conseguido. Había cumplido el juramento, había acabado con Tatterhelm, había cuidado de los suyos.

Draga quizás la ejecutara ahora, pero al menos moriría como una jefa.

—Quitaos del camino —ordenó la capitana general.

—No pondrás ni un dedo sobre ella —respondió Wretch, con igual dureza.

—Atacó y secuestró al heredero del trono para usarlo como carnada. Podría haber muerto. —Draga aclaró su garganta—. No puedo...

—Yo le ordené que lo hiciera.

Fie alzó la cabeza y miró a Jasimir. Esto no era parte de su plan.

Draga parpadeó, lo que pareció ser el único gesto de sorpresa que se permitió mostrar en un campo de batalla.

—Pensad cuidadosamente lo que me estáis diciendo, *Alteza*.

—Yo se lo ordené —repitió, fuerte y claro—. Quizás deberíamos discutir esto en el suelo, capitana general.

Draga no iba a permitir que el príncipe gritara frente a sus soldados sobre cómo él y una Cuervo que no había terminado de crecer habían engañado a la líder de los ejércitos de Sabor. Bajó de su mamut y caminó hasta ellos, su cara no mostró señal alguna de haberse aplacado.

—Había claras señales de lucha en tu habitación.

Jasimir encogió sus hombros.

—Si no las hubiese habido, nos habrías buscado en Trikovoi primero. Necesitábamos que vinieras por nosotros en el momento justo.

Eso era verdad. Había dejado un claro rastro de rayones hechos

por clavos de sandalias al salir.

—¿Y si no os hubiese seguido? No podíais simplemente entregaros a Tatterhelm.

—Ah, sí, eso hicieron —dijo Madcap, con voz alegre—. Nos embaucaron a todos, lo creímos con la cabeza y el corazón.

—Yo llevaba dientes de Fénix en las manos —explicó Jasimir—. A Tatterhelm no se lo ocurrió revisar si el rehén tenía armas.

Draga frunció el ceño.

—Los dientes de Fénix no pueden haberlo sorprendido. ¿Mágicamente olvidó traer a un prisionero que vosotros no quemaríais o simplemente decidisteis perder a alguien?

Jasimir echó un vistazo por encima de su hombro, luego volvió a mirar a Draga. Bajó la voz, aunque no había demasiadas razones para ser sutil ahora.

—Trajo a Tavin.

El rostro de Draga se hizo añicos al encontrar a su hijo detrás de los Cuervos. Por una vez, no pudo disimular.

—¿Y? —Su voz flaqueó.

—Estoy bien —respondió Tavin, tenso—. Tatterhelm, no.

—Estás herido...

—Sobreviviré.

Draga asintió, un gesto que fue más una contracción de la barbilla que otra cosa. Luego se irguió y entornó la mirada hacia el príncipe.

—¿Estás diciendo que pensaste todo esto por tu cuenta? ¿Que ella solo siguió tus órdenes?

Pa quiso hablar, pero Fie negó con la cabeza.

—Órdenes reales —dijo ella, soltando a Pa para quedarse de pie por su propia cuenta—. No podía desobedecerlas.

La capitana general le lanzó una mirada gélida.

—Asumo la responsabilidad total —respondió Jasimir—. Cualquier castigo debería caer solo sobre mí.

La boca de Draga se contrajo. Estaba claro que no le creía en lo más mínimo. Pero tampoco podía cuestionar a su príncipe heredero.

—Este truco podría haber destruido todo aquello por lo que habéis trabajado —espetó Draga—. El hecho de que haya funcionado es solo una señal de que la Alianza aún no ha terminado con vosotros.

—Funcionó porque Tatterhelm subestimó a Fie. —La voz de Tavin atravesó la muchedumbre, directo hacia su madre—. Al igual que tú.

El silencio se extendió, tenso como un alambre, hasta que los hombros de Draga se desplomaron. La capitana general frotó su cara con una mano mientras dejaba escapar un suspiro largo y sufrido.

—¿Algo más? ¿Alguien más tiene una queja, o cinco, que ventilar? ¿Algún otro secreto que admitir?

—Tavin y yo hemos dormido juntos —ofreció Fie—, ya que preguntas. Probablemente hubiese salido a la luz de una forma u otra.

Pa transformó una risa en una tos. Madcap dio media vuelta e hizo un gesto vulgar para mostrar su aprobación.

Draga miró a Fie durante mucho, mucho tiempo, después murmuró:

—Montaré de nuevo mi mamut.

—Eso ha salido bien —susurró Pa.

—Cabo Lakima —llamó Draga, alejándose—. Quiero que los

sanadores se ocupen de esta gente antes de regresar a Trikovoi. Y nos llevaremos a los Buitres con nosotros. Nunca viene mal tener algunos rehenes.

—Espera. —Fie se abrió paso hacia Draga, quien giró sobre sus talones, con el ceño fruncido—. Mantened a Viimo separada. Le mintió a Tatterhelm y dijo que no os vio venir. Los otros Buitres lo sabrán.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Draga, desconcertada. Fie negó con la cabeza—. De acuerdo, tendrá un confortable calabozo todo para ella. Ahora seguidme para que podamos curaros.

Los Cuervos se quedaron atrás, mirando de Fie a Pa, y con un extraño estremecimiento, ella se dio cuenta de que estaban esperando la orden de marcha.

Pa alzó las cejas.

—¿Y bien?

Fie titubeó.

—Eh... debo buscar mis dientes —dijo.

Pa asintió y dio una palmada en su hombro.

—Alcánzanos cuando los encuentres.

Silbó la orden de marcha. Los Cuervos comenzaron a avanzar mientras acribillaban a Jasimir y Tavin con preguntas.

Fie se quedó para observar las cenizas en busca de su cordel de dientes. Tampoco quería agregar una espada perdida a la lista de problemas de Tavin.

Al girar, el cencerro de hierro de Tavin se bamboleó en su cuerda. Fie no se había dado cuenta de que aún lo sostenía en su puño sudoroso.

Dedos calientes y membranosos se cerraron alrededor de su tobillo.

Lanzó un pequeño grito y se liberó de una sacudida, tropezándose en el apuro. Una mano ennegrecida tanteaba entre las cenizas hacia ella, amarrada a una masa humeante de carne quemada.

Tatterhelm de algún modo seguía vivo.

Pero no durante demasiado tiempo; su sangre había transformado las cenizas que lo rodeaban en una pasta roja opaca. Si era afortunado, la pérdida de sangre lo haría desvanecer antes de que las quemaduras lo hicieran.

—*Misericordia*—suplicó sin voz.

Fie respiró hondo y el aire supo a cenizas y pelo chamuscado.

Misericordia.

Al final, siempre la querían. Querían cazar a los Cuervos y querían cortarlos en pedazos y, cuando se enfrentaban a la sentencia de la Alianza, querían que los Cuervos les otorgaran una salida más rápida, más limpia.

La mano de Fie se deslizó un poco. Su espada de jefa ya no la aplacaba.

Este era su camino, ¿no? Ella era una jefa. Era una Cuervo misericordiosa. Quizás la Alianza había evitado la plaga para Tatterhelm y, en su lugar, la había enviado a ella para terminar con él. Quizás ahora ella era la sentencia de la Alianza.

Pensó en el pecador de Gerbanyar, la sonrisa que este tenía en la cara, la sangre en sus propias manos. Vio a las Adelfas bajo su árbol, gritando que querían su sangre. Vio a los Halcones de Cheparok acechando sus pasos solo por ser una Cuervo en el mercado equivocado. Porque los Cuervos debían permitírsele. Porque los Cuervos siempre serían misericordiosos.

Vio fuego en un puente. Una flecha atravesando un ojo. A Swain,

compartiendo su pergamino con el príncipe. A Tavin, cortando el puente de cuerda. Cencerros que colgaban del cuello de los suyos.

Vio un dedo en un escritorio. Vio un camino de dedos en una carretera polvorienta.

Vio sus propias manos empapadas de sangre.

Era una jefa; cuidaba de los suyos. Cuervos, pecadores, bastardos, futuros reyes; de alguna forma, todos se habían vuelto suyos.

—*Maldita seas, Cuervo*—rogó el Buitre—. *Misericordia.*

Greggur Tatterhelm no padecía ninguna plaga. Había elegido su propio camino, al igual que Fie había elegido el suyo.

La Alianza podría haber enviado a la plaga a tratar con él. En lugar de eso, había mandado a una Cuervo.

Fie dejó caer el cencerro de Tavin a las cenizas frente a los ojos agonizantes del brujo de piel.

—Algunos Cuervos—le dijo— son más misericordiosos que otros.

Los clavos de sus sandalias machacaron carbonilla y hueso al alejarse del Buitre. Sus dientes y la espada de Tavin esperaban más adelante en el camino lleno de cenizas.

Los recogió y no miró atrás.



23

VIDAS CORTAS

— Ya creía yo que no sería la última vez que te vería. Tal como había dicho Draga, Fie encontró a Viimo sola en su celda. Los Halcones de guardia le echaron una mirada, pero no dijeron nada. Quizás habían aprendido que sus dientes eran una amenaza más grande que cualquier acero.

Se había escabullido mientras la Cabo Lakima acompañaba a los Cuervos a las barracas para invitados. Su familia estaba sana y salva, en su mayoría; pero Fie tenía algo más que resolver antes de poder hablar con Pa. Su cabeza le decía con claridad cuál sería el resultado de esa charla. Sus tripas le decían que no estaba lista para aceptarlo, aún no. Y su corazón...

Su corazón tenía fantasmas que ahuyentar.

La bruja de piel se apoyó sobre un codo, recostada sobre una fina esterilla de paja.

—¿Buscas dar un sermón o lloriquear por tu amigo traidor muerto?

—Los tuyos mataron a Hangdog de un flechazo —le recordó Fie a Viimo, intentando sonar autoritaria—. Sobre los Buitres pesan dos cargos de traición contra uno de un Cuervo, así que fijémonos a quiénes llamamos traidores aquí.

—Será un sermón, entonces. —Viimo se estiró sobre la esterilla otra vez y cerró los ojos—. Adelante, termina con esto. Debo ponerme al día con el descanso.

—¿Qué te prometieron?

No hubo respuesta.

Fie sujetó los barrotes con suficiente fuerza para que el hierro frío chirriara contra sus huesos.

—¿*Por qué* engañaste a Tatterhelm?

Viimo abrió un ojo.

—Y si no respondo, usarás otro diente de Grulla, ¿no?

—Tal vez. Tal vez crea que quieres hablar.

Viimo abrió el otro ojo.

—Estás atrapada bajo una montaña, separada de los tuyos y acabas de hacer caer a tu líder —continuó Fie, inclinada contra los barrotes—. Estoy segura de que quieres contárselo a alguien, *a cualquiera*, el por qué, antes de que te cuelguen por traición.

Por un momento, Viimo no habló. Después se sentó y cruzó los brazos, mientras acariciaba los tatuajes de valentía que tenía.

—Encontraba niños —dijo. Por primera vez, un tono lúgubre atravesó su voz—. Cuando era más joven. Niños perdidos o robados. Podía rastrearlos hasta el otro lado de Sabor si quería. Y

los traía de vuelta. Me volví demasiado buena y la reina se enteró de lo que podía hacer y de repente... Bueno, no le dices que no a una reina. Pero me gustaba traer de vuelta a los niños. Me gustaba quien solía ser. No era alguien que cazaba malcriados o golpeaba abuelas.

Wretch. Fie recordó cómo la vieja Cuervo le había hablado a Viimo, incluso con un cuchillo apoyado en su garganta.

—No hace falta ser un académico para ver la mierda que son las Adelfas —suspiró Viimo—. Así que nadie me prometió nada, jefecita. Ya no quería seguir siendo esa persona.

Fie no supo por qué eso la enfurecía tanto.

No, sí lo sabía.

Las palabras salieron volando antes de que ella pudiera frenar el aluvión.

—¿Así que no hiciste nada hasta que decidiste que *no te gustaba ser quien eras*? ¿No marcaste ese límite cuando amputaron el dedo de Pa? ¿Cuando intentaron quemarme viva? ¿Cuando engañaron a un chico para que traicionara a los suyos con la promesa de que lo tratarían como a una persona? ¿Nada de esto fue suficiente para que detuvieras a Tatterhelm?

—Todo lo fue —dijo Viimo, exhausta—. Pero no lo hice.

—No esperes mi perdón —siseó.

Viimo suspiró y se dejó caer sobre la esterilla.

—No espero nada de ti. Me preguntaste qué me había convertido en una traidora, jefecita, y lo único que tengo en común con tu muerto es esto: ninguno de los dos queríamos ser lo que éramos. Eso es todo.

Cerró los ojos y no dijo una sola palabra más.

Fie consideró arrojarle piedras a Viimo hasta que volviera a

sentarse, pero decidió que la Buitre no tenía nada más para decirle que valiera la pena.

Había venido a sosegar su corazón. Pero los fantasmas aún rondaban y todavía debía enfrentar a Pa.

Y a Tavin, la reprendió otra voz.

Pensar en mirar a Tavin a los ojos esta noche hizo que Fie ardiera como un pecador. También hizo que quisiera salir corriendo de Trikovoi y no detenerse hasta llegar al mar.

Sin embargo, se dirigió a los cuarteles.

Encontró a los Cuervos ajetreados, yendo y viniendo por el patio, revisando pilas de herramientas y productos. Draga había otorgado a los Cuervos la totalidad de la caravana de provisiones de los Buitres, una recompensa que bien podría durarles hasta el final del verano.

Siempre y cuando no se cruzaran con las Adelfas.

Fie dejó escapar un suspiro. Dudaba que después de engañar a la capitana general para que hiciera el rescate, Draga reconsiderase su decisión respecto al juramento.

—Cuento seis odres de agua aquí, Alteza —gritó Madcap.

Fie parpadeó. Jasimir observó todo alrededor de la carreta y escribió algo en un trozo de pergamino.

—Entonces suman doce en total. ¿Podrías llevarlos con los otros?
—Señaló adentro.

Fie caminó hasta él mientras Madcap pasaba afanosamente a su lado.

—¿Qué estás haciendo?

Jasimir le mostró una lista.

—Alguien tiene que anotar todo esto.

Swain siempre había sido quien hacía el inventario. Fie supuso

que la tarea ahora sería de ella.

—Puedo relevarte.

Jasimir negó con la cabeza.

—Nos estamos poniendo al día. ¿Sabías que Tavin envenenó a los Buitres?

—Coló una planta en el estofado cerca de Gerbanyar —agregó Wretch, que cargó un costal de arroz sobre su hombro—. Estuvieron con diarrea durante tres días.

Había encontrado un uso para el musgo. Fie no pudo evitar sonreír.

—¿Os contó el príncipe que vomitó sobre un cadáver?

Los Cuervos estallaron en carcajadas, luego quedaron en silencio cuando la voz del jefe llamó.

—Fie.

Jasimir apuntó con su trozo de carbón por encima del hombro de Fie. Ella dio media vuelta. Pa estaba sentado en una mesa dentro del cuartel y con una mano señalaba la silla frente a él.

Fie desabrochó la espada del jefe mientras caminaba hacia allí y la apoyó sobre la mesa barnizada de rojo antes de sentarse.

Pa no la sujetó.

—El príncipe me dijo que los Halcones se resisten al juramento —soltó. Las tripas de Fie se retorcieron. Ella, en parte, sintió alivio por no tener que dar la noticia; en parte, tristeza por fallarle así—. No te preocupes, Fie. Ya sucederá. Quizás tarde más tiempo del que esperábamos, pero sucederá.

—Tu parte está cumplida, al menos —susurró, cansada.

—Sí. ¿Recuerdas lo que te dije sobre ganar tu cordel? —Pa levantó una olla por el mango. Sin un meñique que la aferrara con fuerza, esta se bamboleó—. Ya no puedo impartir misericordia de

forma apropiada. Podría intentarlo con mi mano izquierda, pero no seré rápido ni firme.

—Y eso no es misericordia. —Fie tragó, sus ojos fijos en la espada rota. *Ninguno de los dos queríamos ser quienes éramos*—. Pa, soy demasiado joven para ser jefa.

No quiero ser jefa.

Fie se quedó mirando el denso barniz rojo de la mesa.

—Yo tampoco quería —dijo Pa, demasiado bajo para que otros lo oyeran.

Ella levantó la mirada, desconcertada. La confesión salió en una ráfaga.

—Pa, he llevado acero, he aprendido a leer, he salido de las carreteras. Me *gustó*. No quiero ser jefa. No sé si quiero ser *Cuervo*.

Él se estiró para tomarle la mano.

—Ningún jefe que haya conocido miró el camino y quiso lo que vio que le esperaba. Hangdog nunca vio una salida para los Cuervos. Nos abandonó. Pero tú, Fie... tú cambiaste ese camino. Lo convertiste en uno que *podías* querer. Aprender las letras, llevar acero... eso no te hace menos Cuervo. Abre caminos para el resto de nosotros. Cuando cualquiera de nosotros mira tu camino, vemos que estás destinada a ser una de las mejores jefas que los Cuervos jamás tendrán.

—Dile eso a Swain. —La voz de Fie se quebró.

—Él mismo lo dijo la noche en que hicimos el juramento. —Pa probó su nudillo cicatrizado, curado por los halcones—. Tu madre dijo que naciste enfadada con el mundo, sí. Y Swain dijo que naciste lo bastante enfadada como para darle vuelta.

Fie no tenía palabras, solo ojos que ardían, húmedos. Pa sujetó su mano con más fuerza.

—Las Adelfas dicen que nosotros nos buscamos los problemas, ¿verdad? —Se inclinó hacia adelante—. Pasas demasiado tiempo mordiéndote la lengua en vez de escupir en respuesta y comienzas a creerles. Pero hay algo bueno en tu camino. Sí, andaremos un camino más largo y arduo, pero será nuestro. Será tuyo. Lo mereces, eso y más. No dejes que te arrebaten esto también. —Se echó hacia atrás y suspiró—. ¿Dónde está tu cordel? No necesito diez dedos para amarrarlo, al menos.

Fie sacó el cordel de dientes de un bolsillo y quitó las cenizas con la mano, luego se lo dio. Pa se colocó a su espalda y pasó el cordel alrededor de su cuello una vez más. Un momento después, lo dejó caer, bien anudado.

—Por gracia de la Alianza y a los ojos de los dioses muertos, eres una jefa —recitó—. Imparte su misericordia. Y cuida de los tuyos.

El cordel pareció más pesado que antes. Había cuidado de dos Cuervos falsos; ahora tenía una bandada de diez verdaderos. Pero tenía a Pa y tenía a Wretch y tenía el juramento de un príncipe.

Y tenía una bolsa de dientes de Fénix. Eso ayudaba.

Pa se volvió a sentar frente a ella y alzó una ceja.

—Así que tú y el Halcón.

Fie escondió la cara entre sus manos.

—No quiero hablar de eso.

—No es nada de lo que debas avergonzarte, ¿eh? —sostuvo Pa, con cautela—. Salvó la vida de todos nosotros en las carretas. Tatterhelm creyó que tenía al príncipe y ya no tuvo interés en seguir arrastrando rehenes extra. Tu chico reveló su propia trampa para evitar que nos mataran, sabiendo que le esperaban los doce infiernos al hacerlo. Tiene la cabeza bien puesta.

—Se ha diluido, de todas formas —suspiró ella, que buscó en sus

dobladillos un hilo del que jalar—. Casi hago que maten a su hermano. Y revelé su mayor secreto frente a la mitad de Trikovoi. Casi no me ha mirado. Calculo que ya somos historia.

Pa la miró con ojos entornados.

—Yo creo que comenzaste a gustarle en el momento en que le diste un puñetazo. Para cuando Tatterhelm lo atrapó, ese chico se encendía como una antorcha cada vez que escuchaba tu nombre. Sin duda, hay un afecto marcado. Yo tendría un poco de fe.

Por segunda vez esa tarde, no tenía palabras, por más que observara la mesa en busca de alguna.

—Perdonad. —La voz de Jasimir llegó desde algunos pasos de distancia. Venía caminando hacia ellos—. Encontramos... esto.

Sostuvo en alto el pergamino de Swain.

Fie lo sujetó con manos temblorosas y lo desplegó sobre la mesa. Por primera vez, las letras se ordenaron para ella: versos de una canción de ruta, tradiciones de los Cuervos, vidas actuales y pasadas.

—Estaba pensando... —Jasimir frotó su nuca—. Hay escribas en el fuerte. Podría hacer que uno de ellos se siente con los Cuervos y siga el documento mientras estéis en Trikovoi. Y si lo permitís, podríamos hacer una copia de este pergamino... para la biblioteca real.

Fie levantó la mirada hacia él y encontró que su sonrisa estaba humedecida.

—Sí. A Swain le hubiera gustado eso.

Jasimir devolvió la sonrisa.

—Esto no ha sido lo único que hemos encontrado.

Fie siguió su mirada hasta la puerta, que Wretch acababa de cruzar.

En sus brazos, intentaba liberarse una muy sucia y muy malhumorada gata atigrada.

—La pequeña criatura siguió a la caravana todo el camino desde Cheparok —explicó Wretch—. Tienes que agradecer a Madcap y a tu Halcón por conseguirle sobras y mantenerla fuera de vista.

Barf finalmente se soltó, trotó hacia Fie y olió sus sandalias. Después de un momento, la gata rodó sobre los pies de Fie, maullando una reprimenda. Solo chilló con más fuerza cuando Fie la levantó y enterró la cara en su pelaje polvoriento.

—Veo que ha echado de menos a la gata más que a nadie —comentó Wretch.

—Calculo que ha echado más de menos al guapo chico Halcón —gritó Madcap desde el otro lado de la habitación.

Barf maulló de indignación cuando las lágrimas mojaron sus pelos y se sacudió para liberarse otra vez. Fie hizo un esfuerzo por mirarlos a todos con los ojos brillantes y el ceño fruncido.

—Echo de menos el silencio —declaró, después frotó su cara y cedió—. Y supongo que os he echado de menos a todos.



Fie se escabulló después de la cena mientras sus familiares cantaban una obscena canción de campamento y bailaban alrededor de un fuego que ardía en el enorme brasero del patio. Algunos pocos montadores de mamut de esta mañana se quedaron con ellos, compararon cicatrices e intercambiaron historias.

Ella necesitaba un poco de aire fresco, eso era todo. Volvería a las barracas y dormiría con los suyos, como lo había hecho todas las noches de su vida hasta la Luna del Pavo Real pasada.

O podía volver a su habitación. Su propia habitación, silenciosa y

privada, donde nadie le preguntaría nada, donde podría lavarse para deshacerse de las cenizas, acurrucarse en la cama y desenredar los nudos en su cabeza y su corazón sobre el camino que ahora se extendía frente a ella.

A una traicionera parte le había encantado el silencio de las mañanas, hacer guardia y cuidar de su pequeña bandada de Cuervos falsos, estar sola y en paz.

Quizás Pa había comprendido eso cuando dijo que ningún jefe quería su función.

Quizás ella no tendría esa clase de paz mucho más.

Fie fue en busca de su habitación.

Eso terminó siendo algo más fácil de decir que de hacer. Los pasillos serpenteantes de Trikovoi la engulleron por completo: la llevaron a subir y bajar escaleras, a rodear una y otra vez salas de entrenamiento y comedores y dar vueltas en círculo como un perro que se acomoda para dormir. Por fin una puerta la escupió a una pasarela entre torres, justo cuando el último filo de luz se hundía entre las montañas.

Y allí encontró a Draga y a Tavin, apoyados contra la pared, las cabezas inclinadas hacia abajo para hablar rápido y en voz baja. Tavin levantó la vista cuando la puerta se cerró de golpe detrás de Fie. Una sombra atravesó su expresión a toda velocidad antes de que él la ocultara.

Fie ahora sabía dónde había aprendido eso.

Draga vio lo que había llamado la atención de su hijo y murmuró algo, luego se apartó de la pared y se dirigió hacia la otra puerta.

Fie supuso que, en realidad, no había estado buscando su habitación.

Se armó de valor y caminó hacia Tavin, intentando ignorar el

estruendo que hacía su corazón al sacudir su jaula.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no crio a un cobarde. —La voz de Tavin sonó hueca a los oídos de Fie; también mantuvo la expresión vacía.

—¿Y eso qué significa? —preguntó ella, en parte para hacerlo hablar otra vez. Quería escuchar su voz. Quería saber que no había sufrido demasiado con Tatterhelm.

Quería saber si él la había perdonado.

Tavin se empujó contra la pared para erguirse, aún sin mirarla.

—Significa que deberíamos hablar en algún sitio mejor que este.

Fie lo siguió por unas escaleras que rodeaban una torre, sentía plomo en las tripas. En la cima esperaba un brasero apagado y un puñado de asientos.

Tavin sostuvo una mano sobre el brasero, luego la sacudió. Su mirada se disparó hacia Fie. Sus hombros se encorvaron.

Arrastró los dedos por los carbones y un fuego dorado surgió a su paso.

—Cuando... —Su voz se estremeció. Aclaró su garganta, pero no sacó la mano del brasero. Las llamas se enroscaron y bailaron sobre las líneas de su cicatriz de quemadura—. Cuando tenía siete años, el rey vino a Dragovoi. Mi madre me había dicho que permaneciera fuera de vista, pero... él me vio. Parecía igual a Jas. Y Surimir sabía que unos ocho años antes, en su propia noche de bodas, había estado lo bastante borracho como para ordenarle a mi madre que fuera a su cama mientras la tía Jasindra aún estaba en la recepción.

El estómago de Fie se revolvió. Tavin le había hablado sobre la lealtad de los Halcones hacia la corona, sobre la afición de Surimir por abusar de ello. Sin embargo, no podía comprender cómo uno

de los Fénix, uno de los favorecidos por los dioses, podía caer tan terriblemente bajo.

Tavin no había terminado.

—Mi madre nunca me reconoció formalmente como su hijo y heredero. Habría despertado demasiadas preguntas sobre mi padre. No conozco demasiados mestizos de casta como para saber cómo son, pero... cuando eres mitad Fénix, no puedes simplemente jugar con fuego, tienes que intentar deliberadamente no quemarte. Mi madre solo podía enseñarme sobre mi don de sangre. Bien. Me preguntaste dónde... —Giró su muñeca quemada —... me hice esto. Cuando Surimir me vio, tenía una fuerte sospecha de lo que yo era. Y sostuvo mi mano en el fuego hasta que descifré la forma de probar que tenía razón.

Más que nunca, Fie quería sostener su mano. Quería quedarse a su lado, plantarse entre él y el rey, si alguna vez volvían a ver a ese monstruo. Quería prender fuego a ese horrible palacio de Surimir y enseñarle el precio de tratar a su pueblo como si fuesen juguetes.

En lugar de eso, se sentó en un banco y observó el fuego.

—Fue así cómo engañaste a los Buitres. Intentaron quemarte.

Tavin asintió.

—El resto de los Halcones me veían como un bastardo y un sanador de la edad de Jas, perfecto como guardaespaldas. Surimir sabía que yo era... suyo. Y perfecto como doble de Jas.

—¿Qué más se me pasó?

Dejó salir un suspiro, pensativo.

—Yo... encendí el fuego en la cueva. El hombre en Gerbanyar... la mitad de eso fue sangre, mitad fuego. La hoguera, antes, con las Adelfas.

—Tú la apagaste. —Con razón los dientes de Fie no habían

detenido las llamas de fogonazo fuera de Trikovoi. Los Fénix sabía cómo encender fuego; sus bastardos tenían que aprender a apagarlos.

Un viento frío silbó sobre la torre, despertando chispas en el brasero. Destellaron de color naranja contra el cielo cada vez más oscuro, después se extinguieron. Fie no podía seguir reprimiendo su pregunta.

—¿Estás enfadado conmigo?

Tavin le lanzó una mirada indescifrable.

—¿Contigo?

—Has estado ocultando esto casi toda tu vida. Y no te pregunté antes de ventilarlo a los cuatro vientos.

Él sacó la mano del fuego y se giró hacia Fie, con el ceño fruncido.

—Me salvaste de una muerte lenta y dolorosa, Fie. Por los doce infiernos, hasta lo hiciste parecer fácil. Enfado es lo *opuesto* a lo que siento. En todo caso, tengo suerte de que aún estés voluntariamente en la misma fortaleza que yo. —Fie ladeó la cabeza, desconcertada. Tavin frotó su nuca—. Todo lo que... lo que pasó entre nosotros... pasó mientras yo te ocultaba todo esto. Eso no está bien. Tienes todo el derecho de odiarme.

—¿Por qué? —preguntó Fie.

—Fingí ser alguien que no soy —respondió Tavin, las palabras salieron casi demasiado rápido y pesadas como para captarlas—. Sé lo que el rey te ha hecho a ti y a los tuyos, lo que ha permitido que ocurra. Sé lo que es mi padre.

—Y yo sé quién eres. —Fie encontró su mirada, firme e inquebrantable. Se sintió como la noche en que se conocieron, cuando ella había observado su espada. Esta vez, él sostenía la punta contra su propia garganta.

—¿Eso no cambia nada para ti? —Él se había quedado inmóvil—. ¿Nada en absoluto?

Fie frunció los labios, pensativa. El fuego crepitaba en el brasero y arrojaba una luz rosada sobre ambos, mientras el cielo se impregnaba de índigo.

Finalmente respondió:

—De haber sabido que me había acostado con un casi príncipe, probablemente habría alardeado un poco más.

Tavin se quedó mirándola sin poder creerlo. Luego sus hombros comenzaron a sacudirse. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que sus carcajadas se desparramaran hacia la noche. Fie le sonrió desde el banco, sintiendo que la tensión abandonaba su columna como un hilo suelto arrancado.

Los dos habían tenido miedo. Los dos habían estado equivocados. Supuso que eso significaba que ambos habían sido unos tontos, al menos esta vez.

Tavin acortó la distancia que los separaba, se arrodilló frente a ella y la atrajo hacia sí, tembloroso aún por la risa y el alivio.

—Te he echado de menos —susurró sobre el pelo de Fie—. Por los dioses, Fie, te conozco hace una luna y media y juro que no sabía que podía echar tanto de menos a alguien.

Su voz ya no sonaba hueca.

Fie intentó responder pese al nudo en su garganta. Un sollozo la delató antes de que las lágrimas lo hicieran; Tavin solo la sujetó con más fuerza y ella enterró la cara contra su hombro. El peso de las últimas dos semanas cayó de golpe: todas las leguas que Fie había caminado sabiendo que la llevarían más lejos de él, todas las horas que había pasado preguntándose si él seguía vivo mientras ella hacía guardia en la oscuridad, todas las veces que había esperado

su risa y sus tonterías solo para recordar que se habían ido.

No esperó a parar de llorar para besarlo. La sal hizo que le ardiera la lengua, pero se desvaneció cuando él le devolvió el beso, con cuidado al principio, después fue aumentando hasta arrojarlos en una espiral de alegría embriagante y febril por haber logrado, de alguna manera, de alguna forma, encontrarse otra vez. Ella había olvidado cuánto le gustaba la forma en que su mentón acariciaba el de ella, sentir cómo la espalda de Tavin se movía debajo de sus manos, la inhalación profunda y rápida al presionar ella su boca a lo largo de su mandíbula. Había olvidado la forma en que él podía encenderla como si tuviera fogonazo en las venas, incluso con algo tan simple como acariciar sus caderas con la yema de los dedos.

Apartarse requirió más esfuerzo del que ella creía; cada vez que recuperaba el aliento, él volvía a robárselo y la peor parte era que no quería que él se detuviera. Finalmente, encontró un momento para susurrar:

—A mi habitación.

Sintió la sonrisa demasiado preciosa de Tavin.

—¿Qué tal es tener una habitación para ti sola?

—Está a punto de gustarme más todavía —respondió—. En cuanto me ayudes a descifrar dónde está.

Él rio otra vez y la levantó en sus brazos al ponerse de pie.

—Sí, jefa.



Fie se despertó con las suaves penumbras previas al amanecer, aún acurrucada contra Tavin, todavía maravillada de que él estuviera ahí.

Y, bajo la luz matinal que se filtraba, se permitió desarmar el

nudo más doloroso en su cabeza y en su corazón, empeorado por el chico a sus espaldas.

Él se movió, murmurando su nombre en sueños, lo que la deshizo por completo. Salió lentamente de la cama, se puso una bata sobre la camisa que le había robado a él y se deslizó al pasillo. Los Halcones de guardia solo hicieron un gesto con la cabeza al verla pasar.

Esta vez captó el familiar himno de guardia más rápido y lo siguió hasta el muro que Draga parecía preferir. La capitana general estaba de pie allí, envuelta en una gruesa piel de león de nieve, con los ojos apuntados hacia el este.

—Tavin tarareaba eso cuando hacía guardia —dijo Fie. La mirada de Draga se disparó hacia ella, después volvió al horizonte—. Fue así cómo descubrí que eras su madre.

Draga ladró una risa baja.

—Él tenía razón. Es verdaderamente imposible que se te escape algo. Mira.

Sacó una daga de su morral y se la entregó a Fie con la empuñadura hacia afuera. La luz de la luna dibujó franjas onduladas sobre el filo.

—Es acero de tigre —comentó Draga—. Es más fuerte que cualquier otro metal que conozcamos. Este filo sobrevivió a mi madre y a su madre y me sobrevivirá a mí. Pero hace falta un maestro herrero para forjarla.

—Sí. —Fie se la devolvió—. Lo vi una vez en un diente de Halcón. Si te das demasiada prisa, se hace añicos. —Se apoyó contra la pared—. Pero si dejas el filo demasiado tiempo, también se estropea.

—Pensé que sería como el acero de tigre —explicó Draga—. El

juramento, digo. Porque tienes razón, ningún saboreano debería vivir como lo hacen los Cuervos. Y si forjamos algo mejor, la nación será más fuerte por ello. Pero si nos movemos demasiado rápido... —Suspiró—. El hecho es que ya hemos comenzado a rompernos. La forma en que tratamos a los Cuervos es un riesgo. La reina lo está usando para hacerse con el trono. Y tú, una joven, lo usaste para engañar a la capitana general de los ejércitos del reino.

—Sin rencores —dijo Fie encogiendo los hombros.

Draga le lanzó una mirada severa.

—Ha sido un largo día y una larga noche, Señorita Cuervo. No me provoques. *Especialmente* cuando estás usando la camisa de mi querido hijo. —Fie tosió, el calor le subió a las orejas. Draga continuó—: He hecho que académicos expertos en guerra busquen en nuestras bibliotecas información sobre espectras de piel. No hemos encontrado nada. No hay forma de saber lo grande que es la amenaza que enfrentamos, pero sabemos que la reina tiene intenciones de eliminar gente que los Halcones estamos moralmente obligados a proteger.

Fie hizo una apuesta.

—Porque nadie nos ha protegido.

—Porque fallamos. —Draga asintió, con las mandíbulas apretadas.

—Pa dice que el cambio siempre tiene un precio. —Fie miró el filo del amanecer en el cielo oriental—. Que hasta los Fénix necesitan cenizas de las que resurgir.

Pasó un momento antes de que Draga hablara.

—Hace algunas horas, la Cabo Lakima vino a mi oficina con otros cinco Halcones. Se ofrecieron a acompañaros cuando os vayáis.

Fie parpadeó.

—Otros puestos de comando han enviado informes sobre la presencia de espectras de piel. Les ordenaré que aumenten el patrullaje nocturno. También transmitiré que los Cuervos están siendo perseguidos y solicitaré que avisen de inmediato si hay víctimas Cuervos. —Draga se giró para observar el este, al igual que Fie—. No es perfecto. Hay mil formas de que salga mal. Pero es una forma de sacar a la luz a los Halcones que son parte del problema, para que una vez que nos encarguemos de Rhusana... podamos cumplir el juramento.

Los dedos de Fie escarbaron la piedra.

—Nos... ¿nos asignarás Halcones?

—Ahórrate la danza de la victoria —respondió Draga con voz cansina—. Primero tengo que desfilar con ese chico todo el camino de regreso al palacio real con suficientes campanas, banderas y soldados armados como para comunicar que «La tía Draga lo quiere». *Después* tenemos que convencer al rey y planear cómo resolver una logística tremendamente horrorosa y reclutar voluntarios y luego... —Draga frotó su cara con una mano—. Luego, sí. Tendréis Halcones.

Fie no podía respirar.

Tendréis Halcones.

Lo había logrado. Había conseguido el juramento. Lo había cumplido.

Por su madre, por Pa, por Wretch, incluso por Hangdog... había cumplido el juramento.

—Yo... lo siento —dijo Draga, con rigidez—. Deberías habernos tenido antes. —Echó otra mirada a Fie—. Ya has descifrado la parte mala del asunto, ¿verdad?

Fie asintió, su garganta se anudó otra vez.

—Entonces, también lo siento por eso. —La cara de Draga se ablandó—. Despertará en cualquier momento. Creo que tienes mejores cosas en las que usar tu tiempo.

Fie imitó el saludo Halcón, para ira de Draga, y volvió a su habitación. Tavin rodó sobre su espalda cuando la puerta se cerró. Adormilado y sonriente, estiró una mano. Ella entrelazó sus dedos con los de él y subió a la cama, a su lado.

—¿Has salido? —murmuró contra su cuello—. Estás helada.

—Sí. —Fie cerró los ojos, se permitió disfrutar de los labios de Tavin sobre su piel un instante más, pero cuanto más esperase, más amargas serían las palabras. Las obligó a salir—: Sé que no puedes venir con nosotros.

Sus dedos se quedaron quietos, las yemas presionaron las caderas de Fie.

—No —reconoció él—, no puedo.

Una cosa era que un bastardo de padre desconocido recorriera Sabor a su lado.

Y otra completamente distinta, que el bastardo del rey lo hiciera.

—Es solo mientras Rhusana esté en el poder. —Se irguió para mirarla a los ojos—. Me usaría contra Jas en la primera ocasión que tuviese. Mi madre me asesinaría si pusiera un pie fuera de Trikovoi sin al menos la compañía de montadores de mamut. Y tendría razón. —Su mano se deslizó por la mejilla de Fie—. En cuanto la reina desaparezca, yo... te buscaré. No me importa lo lejos que esté ni cuánto tiempo tarde, juro que te encontraré otra vez.

Fie cerró los ojos.

—Sí. Y eso podría ocurrir dentro de una luna. O podría ser el

resto de tu vida.

Tavin entrelazó sus dedos con los de ella una vez más y los besó.

—La chica que quiero dijo que todas las vidas son cortas. Así que de todas formas no la haré esperar demasiado.

Fie quería pelear, incluso aunque no hubiese nada que ganar. Quería escucharlo referirse a ella como la chica que quería otra vez. Quería agotar todos los dientes de Gorrión que tenía para mantenerlo con ella, escondido a su lado mientras iban de almenara en almenara, estación tras estación.

Pero tiempo atrás él había dicho que no quería vivir como un fantasma.

Y ella siempre había sabido que esto no sería fácil.

Todas las vidas eran cortas. Solo que ella quería pasar más de la suya con él.

Solo quería más tiempo. Y por ahora, solo tenían hasta que la misericordia de los dioses muertos volviera a llamarla.

Los dioses muertos aún no la habían enviado a las carreteras. Hasta que lo hicieran, tendría lo que quería.

Fie atrajo a su Halcón hacia ella una vez más.



Al séptimo amanecer de la Luna del Cuervo, un hilo de humo rojo rasgó el horizonte y Fie supo que había llegado el momento.

Los Cuervos se reunieron frente a la puerta principal de la fortaleza. Ajustaron las tiras de sus sandalias nuevas y revisaron el compartimento de carga de su nueva carreta mientras su nueva jefa decía adiós.

Jasimir se movió primero. Se acercó con un rollo grueso de pergamino y barritas de carbón.

—Ten. Practica las letras. Y escíbeme.

—¿Es una orden real? —preguntó Fie, incapaz de reprimir una sonrisa.

—Escríbeme, *por favor* —corrigió el príncipe—. Y a Tavin. Ya ha comenzado a echarte de menos y aún no te has ido.

—No creo que «Queridos Jas y Tavin: hoy solo hemos tenido que eludir a veinte Adelfas que intentaban matarnos» le levante el ánimo.

—Por eso es bueno que no os vayáis solos. —Señaló con la cabeza hacia el carro de provisiones que estaba al lado de la nueva carreta de los Cuervos, donde aguardaban la Cabo Lakima y sus cinco Halcones.

Fie no sabía si seis Halcones podrían detener a la Cofradía de las Adelfas, pero realmente era un buen comienzo.

Jasimir la sujetó del hombro.

—No mueras —dijo y solo parte de su tono de voz indicó que era una broma—. Cumpliré el juramento. No tienes permiso para morir hasta que lo hayas visto con tus propios ojos.

La media sonrisa de Fie indicó que le creía.

—Lo intentaré. Hasta hora, me ha salido bastante bien.

—A mí también. Pero creo que Tav cometerá un acto de traición si sigo reteniéndote.

Fie miró a su espalda. En efecto, Tavin se había puesto inquieto y miraba con el ceño fruncido la carretera. Viniendo de él, era casi una amenaza de muerte.

Fie le mostró una sonrisa completa a Jasimir ahora, después fue hacia su Halcón.

—¿Quieres que te devuelva tu espada? —le preguntó mientras se estiraba para desabrochar el cinturón con la funda.

Él abrió la boca, la cerró otra vez y, sin decir palabra alguna, la

atrajo hacia él para darle un largo e intenso beso. Madcap lanzó un hurra desde algún sitio a espaldas de Fie; ella se las ingenió para responderle con un gesto grosero antes de volver a ocuparse de asuntos más apremiantes.

Cuando finalmente se separaron, él se mantuvo cerca y le envolvió la cara con las manos.

—Por favor, por favor, mantente a salvo.

—Acabas de darme una buena razón para que lo haga —le informó Fie—. Pero, de todas maneras, será mejor que eches a Rhusana rápido. Barf te echará de menos.

Eso provocó una pequeña risa.

—¿Solo la gata?

—Supongo que yo también —cedió—. ¿Quieres que te devuelva tu espada o no?

—Quédatela. Úsala. Solo mantente viva, sin importar cómo. —Tavin acarició sus pómulos con pulgares temblorosos—. No me importa si tienes que incendiar la mitad de Sabor. Y no me importa cuánto tiempo me lleve, te juro que te encontraré otra vez.

—No tardarás demasiado. —Lo besó una última vez, ligera y rápida—. Los Cuervos vamos adonde nos llaman.

Y entonces dio un paso atrás, sabiendo que, si se quedaba un poco más, jamás lo soltaría.

Pero era una jefa con una almenara a sus espaldas. Tenía que impartir misericordia; tenía un juramento que presenciar; tenía que cuidar de los suyos. Y su camino la había llevado hasta aquí, por carreteras y zonas extrañas, por donde nadie hubiera creído que un Cuervo caminaría. No tenía razones para dudar de que, pese a que Tavin no podía compartir su camino ahora, algún día este podía llevarla de regreso hasta él.

—Nos vamos —anunció Fie, como Pa había hecho miles de veces antes.

Un coro de síes resonó desde los suyos. Y una nueva respuesta surgió a continuación, de la Cabo Lakima y sus Halcones:

—Sí, jefa.

Silbó la orden de marcha, lanzó una última mirada a sus lorecillos y dio media vuelta.

Tenía un cordel de jefa; tenía la espada de Pa; tenía una bolsa de dientes de Fénix. Tenía el juramento de un futuro rey; tenía la espada de un Halcón; tenía el corazón de un chico bastardo. Tenía una máscara y un puñado de menta fresca.

A una legua de distancia, un hilo de humo rojo llamaba a la misericordia de los Cuervos. Era hora de que una jefa respondiera.

Fie se marchó hacia allí por la carretera.

AGRADECIMIENTOS

Cuando hablamos de este libro, lo único que hice fue escribir las palabras. Hay innumerables personas sin las que esta novela no existiría, y realmente necesitan tener un crédito por ello.

En primer lugar, quiero agradecer al equipo de profesionales altamente calificados que ha hecho que esto sea factible. Gracias a mi agente, Victoria Marini, por guiarme a través de los bancos de arena de esta industria y por darme un salvavidas cada vez que me encontraba decidida a flaquear en aguas poco profundas. Miles de gracias a mi brillante editora, Tiff Liao, quien ha defendido a una jefa, ha elevado los estándares de una reina y ha detectado rápidamente a monstruos de piel con todo el entusiasmo que yo apenas osaría desear que tenga un ser humano tan maravilloso.

Un gran gracias a todo el equipo de Henry Holt y Macmillan Kids, especialmente al grupo de élite de brujas de publicidad y marketing: Morgan, Jo, Allegra, Melissa, Katie y Caitlin. Quiero recostarme y solo pensar en el trabajo que hacéis; sé que no podría estar en mejores manos. Muchas gracias a Jean Feiwel y a Christian Trimmer por abrirle las puertas a una extraña y cabreada historia; a Kristin Dulaney por compartirla con otros países; y a Rich Deas y a Sophie Erb por diseñar el libro perfecto para esa historia.

Gracias a mis primeros lectores y a mis compañeros de crítica: Sheena, Sarah, Jamie, Paula, Hanna, Emily, Christine y Rory, por ayudarme a creer que podía tener algo digno en mis manos;

gracias a Elle McKinney, mi compañero Sailor Scout, sin el cual nunca habría llegado al final de este camino; gracias por nunca haber permitido que pierda la esperanza en Fie ni en mí misma.

También quiero agradecer a distintos grupos de la comunidad YA, grandes y chicos; a los Novel 19s por compartir este viaje; a los Pitch Wars 2015 que han estado junto a mí en esta montaña rusa y más allá; a los bloggers y bookstagrammers que han promocionado mi libro. (Un gracias muy especial a la increíble Hafsah Faizal por compadecerse de mí en todo lo relacionado a diseño, *merchandising*). Y gracias a tantos autores que me han dado una mano, una palabra o han puesto su oído para una autora novel que estaba muy nerviosa; por haberme ayudado en todo: desde decisiones muy importantes hasta mi primera charla abierta. Sin vosotros, seguramente me estaría escondiendo debajo de mi cama por la siguiente década, cosa que no ayudaría en absoluto a mi carrera.

También necesito decir algo sobre mi círculo de amigos y familia, quienes han visto, muchas veces con desconcierto, todas estas travesuras del proceso de publicación suceder, pero siempre dándome aliento y con placer. A mis amigos de Portland (y a London y a Boulder por los capítulos auxiliares), por quienes caminaría al menos quinientas millas, y probablemente quinientas más. Gaby, siempre te tomaste con seriedad mi escritura, lo que es doblemente sorprendente, ya que yo no me tomo nada muy en serio. Megan, ¿puedes creer que realmente no maté a los personajes involucrados en el romance? (Bueno, aún hay una segunda parte). Marie, este es mi agradecimiento por llevarme a todas partes. Solo puedo asumir que esto me ha garantizado otros quinientos viajes gratis. Sarah V, espero que sepas cómo me ha ayudado tu catarata

de gifs de gatos. Codino, te debo una cerveza por soportar mis comentarios y teorías conspirativas. Regan, te debo una cerveza prácticamente todo el tiempo, pero en especial por no dejar que me calcifique en mi apartamento.

Y, por último, a mis padres, que tuvieron la gracia de no cuestionar las decisiones (bastante volátiles) en términos de carrera de su hija, en especial cuando estaba usando mi licenciatura para lavar platos a medio tiempo, mientras trabajaba en este manuscrito. (Pueden decir que uno... salió bien). Me tuvieron muy cerca de los libros cuando era una niña, así que en realidad esto de ser escritora es culpa vuestra; y cuando me marché a vivir sola, me ayudaron a mantenerme a flote, cuando los puertos seguros eran pocos y estaban a largas distancias entre sí. Gracias por dejarme buscar mi propio camino.

(Y, por supuesto, si he olvidado mencionarte aquí, puedes tener la parte de agradecimiento de mis gatos. De verdad, no creo que necesiten que les agradezca. No han sido de mucha ayuda).

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escribenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA



/MundoPuck



/Puck_Ed



LATINOAMÉRICA



/PuckLatam



/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK

